

# *Tres monjes rebeldes*



M. Raymond

## INTRODUCCIÓN

Aquí empieza LA LEYENDA DEL CISTER. En la escuela nos estremecíamos con las vibrantes estrofas de "La Leyenda del Rey Olaf", tal como la narrara el músico noruego en los "Cuentos de Wayside Inn" de Longfellow. El misterio del mar, la violencia belicosa, los destellos de ternura humana, que prestan su encanto a la obra, tienen su equivalente espiritual en el cuento que vamos a relatar. Figuras heroicas, pero también muy humanas, fueron las de aquellos primeros Cistercienses. Para que los lectores de la presente generación puedan apreciar su heroísmo y su humanidad, hemos creído oportuno dramatizar los acontecimientos de acuerdo con los hechos históricos y rodearlos de una atmósfera y de un color local adecuados; pero nada hemos inventado. Esta es una historia perfectamente fidedigna.

Con su publicación se realiza el sueño de medio siglo de nuestro Reverendísimo Padre Abad. Fuertemente impresionado, desde mucho tiempo atrás, con la grandeza de los Santos de nuestra santa Orden, y muy deseoso de hacerlos conocer a los católicos americanos, se vio siempre asediado por las tareas administrativas hasta que, por último, la Providencia le proporcionó un grupo de personas capaces de efectuar ese trabajo. Es éste, pues, el resultado, de la colaboración de muchos, pero principalmente de dos, un "rastreador" (investigador), el Padre Amadeus, y un "escriba", cuyo nombre aparece en la cubierta. El "rastreador" se abrió camino a través de muchos volúmenes y en muchas y diferentes lenguas y recogió interesantísimo y precioso material para el escriba. En página aparte damos una lista parcial de los libros consultados como fuentes de información.

Nuestra deuda de gratitud se extiende a muchos —que desean permanecer en el anonimato— por su crítica amistosa y por su estímulo, pero más que a todos al Reverendo John P. Flanagan, S.

J., de Boston, Mass., quien leyó el manuscrito íntegro, en sus distintas revisiones, como también las pruebas de imprenta.

*TRES MONJES REBELDES* es, lógica y cronológicamente, el primer volumen de *LA LEYENDA DEL CISTER*, aunque no el primero en orden de publicación.

fray M. RAYMOND, o. c. s. o  
Festividad de la Visitación  
de Nuestra Señora  
Julio 2, de 1944

LA LEYENDA DEL CÍSTER  
PRIMERA ÉPOCA

**TRES  
MONJES REBELDES**

PRECURSORES DE LOS TRAPENSES

POR

**M. RAYMOND, O. C. S. O.**

Autor de "La familia que alcanzó a Cristo" "El hombre  
que se entendió con Dios", etc.

1942

Título del original en inglés:

TEIREE RELIGIOUS REBELS

Traducción de  
Isabel Giménez Bustamante



BONAE ATQVIS ILLUSTRIMEMORIAE  
REVERENDISSIMI D. HERMANNI-JOSEPH SMETS  
PRAESULIS GENERALIS  
ORDINIS CISTERCIENSIIUM  
STRICTIORIS OBSERVANTIAE  
A. D. 1930- 1942

**Nihil Obstat:**

FR. M. ALBERICUS WULF, o.c.s.o.

*Fr. M. Mauritius Malloy, o.c.s.o.*

Censores

**Imprimi potest:**

† FREDERICUS M. DUNNE, o. c. s.o.

Abbas B. M. de Gethsemani

**Nihil Obstat:**

ARTHUR J. SCANLAN, S.T. D.

Censor librorum

**Imprimatur:**

† Francis Joseph Spellman, D. D.

Archiepiscopus Neo Eboracensis

**Puede imprimirse:**

† ANTONIO ROCA

Obispo de Augusta

Vicario General

## ÍNDICE

BIBLIOGRAFÍA.....	9
<b>SAN ROBERTO EL REBELDE.....</b>	<b>11</b>
"¡CONOZCO UNA MEJOR HIDALGUÍA!".....	12
"¡NUNCA ENVAINES ESTA ESPADA!".....	26
"BUSQUE QUIEN SE MANTUVIERA EN LA BRECHA".....	40
BLANCO - PLATA SOBRE ROJO - FUEGO.....	52
EL ÚNICO ERROR DE LA VIDA.....	60
LAS LÍNEAS PARALELAS NUNCA SE ENCUENTRAN.....	68
"¡REMA, REMA, MARINERO!".....	82
EL OBISPO TIENE HAMBRE.....	95
LA PROSPERIDAD ACARREA EL DESASTRE.....	103
¡HAY UN SOLO CAMINO!.....	114
CREPUSCULO Y LUCERO DE LA TARDE.....	123
"POST-MORTEM".....	132
<b>SAN ALBERICO EL RADICAL.....</b>	<b>134</b>
"¡ERES UN RADICAL!".....	135
"ESCUDOS PARA EL SAGRADO CORAZÓN".....	142
EL BLANCO ES LA MEZCLA DE TODOS LOS COLORES.....	150
"¡NO ESQUILES DEMASIADO!".....	155
"¿NO SE PUEDE HACER?".....	165
UNA HOJA CAÍDA.....	172
LA LLAMA SE APAGA.....	178
EPITOME Y EPITAFIO.....	183
<b>SAN ESTEBAN HARDING EL RACIONALISTA.....</b>	<b>184</b>
ESTEBAN PROPORCIONA DIVERSIÓN AL MUNDO.....	185
ESTEBAN PLANTEA UN PROBLEMA AL CIELO.....	201
EL CIELO PLANTEA UN PROBLEMA A ESTEBAN.....	213
EL PROBLEMA SE HACE MÁS INTRINCADO.....	225
EL MUNDO PROPORCIONA DIVERSIÓN A ESTEBAN.....	233
LADO A LADO.....	242
UN BÁCULO TORCIDO.....	246
DAD A DIOS LO QUE ES DE DIOS.....	248



## BIBLIOGRAFÍA

(LISTA PARCIAL DE FUENTES DE INFORMACIÓN)

*Analecta Bollandiana*, Bruselas, 1882-1936.

D'ARBOIS DE JUBAINVILLE: *Etudes sur l'état intérieur des Abbayes cisterciennes au XIle et XIIIe siècles*, 1858.

BERLIERE: *Revue d'Histoire Ecclésiastique* I, 1900.

Bollandistas: *Acta Sanctorum*, 1643-1925.

BOUQUET: *Recueil des Histoires des Gauls de la France*, 1876.

BRUNNER: *In Cistercienser Buche*, 1881.

CAESAR OF HEISTERBACH, *Dialogus Miraculorum*, Ed. Strange, 1850; Ed. Coulton, 1921

*Charles de Molesme*, Ed. Laurent, 1907.

*Chronique de Clairvaux*; MIGNE, P. L., 185, 1247.

*Cistersienser Chronik*, 1889-1936.

GRAM, RALPH, ADAMS: *The Gothic Quest*, 1905; *Substance of Gothic*, 1917.

GUIGNARD: *Les Manuments Primitifs de la Règle Cistercienne*, Dijon, 1878.

*Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie*, 1907-1936.

*Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastique*, 1912-1936.

*Exordium Magnum, Cisterciensis Cenobii*, Grande Trappe, 1884.

*Exordium Parvom*, Grande Trappe, 1884.

*Gallia Christiana*, París, 1876.

GERMAIN: *Monasticon Gallicanum*, París, 1882.

- HANNAY: *Spirit and Origin of Christian Monasticism*, Loodon, 1903.
- HELIOT: *Dictionnaire des Ordres Religieux*, reedición, París, 1858.
- HENRIQUEZ: *Fasciculus Santiorum Ord. Cist.*, 1631.
- JANAUSCHEK: *Originum Cisterciensium*, Tomo I (Viena, 1877).
- MABILLON: *Acta SS. Ordinis S. Benedicti*, París, 1701; *Annales Ord. S. Benedicti*, (1753-59).
- MALE: *L'Art. Religieux du XIIIe Siècle en France*, Paris, 1902.
- MANRIQUE: *Annales Cisterciennes*, I, Lyons, 1642.
- MARTENE: *Thesaurus Anecdotorum*, III, París, 1717.
- NEWMAN: *Historical Sketches*, London. 1873; *Lives of the English Saint*, 1898.
- ORDERIC VITAL: *Historia Ecelesbulica*, VIII, ed. Prévost, 1855, Humpfner, 1932.
- OTHON: *Les Origines Cisterciennes*, Rev. Mabillon, 1932-33.
- SHARPE: *The Architecture of the Cistercians; Archilectural Parallels*, London, 1848.
- VACANDARD: *Life of Saint Bernard*, París, 1897.
- Vie de Saint Alberic*, Ed. Lerine, 1875.
- VIOLLET LE DUC: *Dictionnaire Raisannée de l'Architecture Français*, París, 1717.
- VITA S. ROBERTI: *Abbatis Molismensis. autore monache molismensi sub Adone Abbate Saec. XII.*
- Voyage Littéraire de deux Religieux Bénédictine*, París, 1717.
- WILLIAM OF MALMENSURY: *De Rebus Gestis Anglorum*, 1259-1286.
- ZIMMERMAN: *Kalendarium Benectinum*, I y II, 1932-1936.

## **PARTE I**

### **SAN ROBERTO EL REBELDE**

## Capítulo Primero

### "¡CONOZCO UNA MEJOR HIDALGUÍA!"

Oh! ¡Qué torpe soy! —gruñó el joven Roberto—. Siempre estoy revelando mis más íntimos pensamientos. Lo hago en la escuela, durante los juegos, y ahora lo he hecho delante de mi padre. ¡Cuándo aprenderé a callarme! Lamentándose así, apoyó la cabeza contra la ventana y contempló el cielo de noviembre.

Allá, en las alturas, el lucero de la tarde empezaba a brillar. En la oscuridad de Occidente, la noche se mantenía semejante a un monje encapuchado, aguardando el llamado de la campana de Completas de lo que fuera un hermoso día. Pero Roberto no veía la estrella, ni la noche encapuchada, ni el día agonizante. No veía nada más que la mirada absorta que le dirigió su padre cuando le oyó decir a su primo: —Nunca seré armado caballero. Conozco una mejor hidalguía.

Detrás suyo, un viejo siervo removía despaciosamente los últimos rastros del banquete servido en honor del flamante caballero, Jacques, el primo de Roberto, de allende el Sena. El anciano encendió luego una antorcha que colocó sobre la mesa antes de abandonar el salón. Al abrir la pesada puerta de roble, la voz potente y la risa de Teodorico, señor del castillo, invadieron el sosiego de la habitación. Roberto se sintió molesto. Tenía miedo de ese gigante que era su padre. Sabía que su frase, pronunciada durante el banquete, lo había disgustado y que le pediría explicaciones antes de la caída de la tarde. Por un momento aún, oprimió la frente contra el cristal de la ventana. Bruscamente se incorporó.

— ¡Muy bien! —dijo—. Daré las explicaciones. La verdad debe ser revelada alguna vez. Esta noche es tan buena como cualquier otra—. Y sus manos se crisparon sobre el ancho cinturón de cuero.

Así le encontró su madre, cuando volvió al salón, luego de despedir a los invitados. Lo contempló unos minutos. Su cabeza se erguía hacia los cielos. Los firmes y recios rasgos de su mandíbula y de su mentón se per-

filaban como en un bajorrelieve, contra el azul oscuro del crepúsculo. Ermengarda se estremeció ante ese espectáculo. Pensó que su hijo se convertía en un hombre. Y dejando escapar un leve suspiro, se reprochó: — Ermengarda, los niños se convierten en muchachos y los muchachos se transforman rápidamente en hombres.

Luego murmuró con orgullo: — ¡Cómo se está pareciendo a su padre! Será un hombre grande.

Como Roberto no se moviera, ella se aproximó suavemente y, apoyando las manos en los hombros de su hijo, le preguntó: — ¿Mi muchacho se está convirtiendo en un contemplador de estrellas?— El joven se estremeció a su contacto, pero al oír su voz, puso los brazos de su madre alrededor de sus propios hombros.

— ¡Mira! —dijo señalando el blanco resplandor de la solitaria estrella que brillaba en la oscura profundidad del crepúsculo—. ¡Es hermosa! pero tan terriblemente sola. Parece perdida, ¿no es así?

Ermengarda apoyó la mejilla en el hombro de su hijo. — ¡Contemplador de estrellas! ¡Soñador! ¡Poeta! ¿Qué te sucederá, hijo mío?

Roberto tomó a su madre por la cintura. Guiñó maliciosamente los ojos, y le dijo: —Tus palabras son acertadas, madre, mas no así su sentido. Debieras haber preguntado lo que mi padre preguntará tan pronto vuelva. Debieras haber dicho: — ¿Qué vas a ser, hijo mío?; y verás con qué tono lo dice.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Teodorico irrumpió en el salón. —Ermengarda —exclamó con estentórea voz—, mi hermano León dice que su cosecha ha sido como la nuestra, tres veces superior a la normal. En verdad esto quiere decir que podremos resarcirnos de estos tres años de... Pero su mirada cayó sobre Roberto, y la expresión de sus grandes ojos negros cambió. Se frunció su entrecejo y hundió el mentón en el pecho. Esto era lo que Ermengarda llamaba "tragarse en su enmarañada y negra barba". Se sonrió para sus adentros al par que su marido se aclaraba ruidosamente la garganta y se dirigía a la chimenea para colocar un gran leño en el fuego. Era el prelude habitual antes de iniciar una conversación importante. ¡Qué persona sencilla y transparente era este caballero gigante!

Sacudiéndose el polvo de las manos, dijo Teodorico con firmeza: — Hijo, esta noche dijiste a tu primo una frase que no comprendo bien. — Ermengarda sintió que Roberto se ponía tenso. —Quiero comprender bien el sentido de tus palabras. Exactamente, ¿qué quisiste significar al decir que

nunca serás armado caballero?

Las manos de Roberto oprimieron la mesa. Su padre era un hombre gigantesco en cualquier marco, Pero, en ese momento, destacándose frente al fuego crepitante de la chimenea, parecía más enorme aún. Reinaba un profundo silencio. Roberto sentía la garganta terriblemente seca. Sabía que toda la ambición de su padre era verlo armado caballero de Champagne: que había soñado ardientemente con el momento en que su hijo cabalgase a su lado, rumbo al torneo o a la batalla, armado como él, como él fuerte y bravo, con su propia, indomable bravura. Roberto no dudaba del cariño de su padre, ni tampoco temía sus accesos de ira; pero se aterró pensar en el daño que causaría a ese hombre enorme y bondadoso, cuando le dijera la verdad. Cuando su padre interrumpió sus pensamientos con un impaciente — ¿Y bien?, el último leño de la estufa crepitó violentamente, lanzando una lluvia de chispas que iluminaron la campana de la chimenea y se perdieron sobre el piso de piedra.

Estos dos agudos sonidos retumbaron en la otrora tranquila habitación y estremecieron visiblemente al joven Roberto, pero, aunque parezca una paradoja, este acto involuntario le proporcionó el control que necesitaba. Sus brazos se relajaron y aun cuando sus uñas seguían clavadas en las palmas de las manos, la voz y la mirada permanecieron firmes al contestar: —Quise decir lo que dije, señor. Nunca seré armado caballero, pues conozco una mejor hidalguía.

— ¿Y cuál es? — preguntó Teodorico, clavando sus negros ojos en los ojos pardos que tenía por delante.

—La más alta hidalguía en este mundo, señor. ¡La hidalguía de ser caballero de Dios!— Al pronunciar estas últimas palabras, la cabeza de Roberto se irguió y sus hombros se cuadraron. Continuaba contemplando a su padre con una mirada que era casi un desafío.

Ermengarda contuvo el aliento al observar el ademán de reto de la cabeza de su hijo y el mentón hundido de su señor. Teodorico lo oyó y, deliberadamente, volvió la espalda al muchacho. Con todo cuidado empujó, con la punta de su bota, unas brasas caídas del hogar y luego, con forzada calma, se aproximó al respaldo de la lasilla de su mujer.

¿Quieres sentarte, hijo y explicarte mejor? — preguntó señalando un asiento—. Yo conozco una sola hidalguía para los caballeros de Champagne. ¿Cuál es esa más alta hidalguía de que tú hablas? —El tono de su voz era más profundo y suave, pero Roberto, al mirar aquellos ojos negros y penetrantes, observó que su expresión no había cambiado.

—Prefiero estar de pie, señor, si me lo permites—contestó el muchacho, separándose de la mesa y avanzando hacia la chimenea. Allí se dio vuelta y enfrentó a sus padres. Las inquietas llamas reflejaban sombras en sus facciones contraídas.

Teodorico, al contemplar ese rostro, se apercibió de pronto que no hablaba con un niño, sino con un hombre. Su hijo parecía haber envejecido ante sus ojos. Miró a Ermengarda, que conservaba las manos cruzadas sobre su regazo. Toda su actitud irradiaba absoluta calma. Se alegró de haberla mirado porque su serenidad lo tranquilizó. Al levantar sus ojos hacia su hijo, un momento después, no le sorprendió descubrir en su rostro la sombra de una sonrisa.

— ¿Bien? — dijo Teodorico, al ver que Roberto parecía aguardar una invitación para continuar.

—Señor, soy tan corpulento y fuerte como mi primo Jacques, ¿no es así?— Su padre asintió—. Sé montar tan bien como el primo Jacques, ¿no es verdad?— Teodorico volvió a asentir. La voz del muchacho era vibrante. —En las justas puedo competir con él muy bien. Lo he demostrado dos veces en torneo aquí, en nuestro propio patio. —Teodorico se limitó a asentir por tercera vez, preguntándose adónde iría a parar su hijo. —El primo Jacques fue armado caballero en Troyes la semana pasada. Esta tarde lo hemos celebrado con un banquete para rendirle homenaje y demostrarle nuestra alegría. —Señor, no estoy celoso de mi primo. No temo ni a la caballería ni a todo lo que con ella se relaciona. Pero hay dos razones por las cuales no he sido armado caballero la semana pasada. Una, mi edad. La otra está aquí—. Su mano se alzó hasta el corazón. Entonces, todo su semblante se iluminó y exclamó: —Señor, quiero ser caballero de Dios. Quiero ser monje.

— ¿Ser qué? — bramó Teodorico y su voz de trueno llenó la habitación.

Roberto se sonrojó, pero sus ojos mantuvieron la mirada firme. Esperaba esta reacción. Esa última semana había suplicado a su madre que no dijera nada a su padre hasta fin de año. Y, ahora, a principios de noviembre ya lo sabía. A pesar de su ansiedad, el muchacho experimentó un alivio. Antes que su padre tuviera tiempo de reponerse, continuó: —Señor, he sido educado por los monjes. Pero de ellos he aprendido mucho más que mi **trivium** <sup>(1)</sup>. He aprendido lo que es la alta hidalguía. Tú has dado mucho

---

<sup>1</sup> En las escuelas medievales, nombre dado a las primeras tres artes liberales, a saber: Gramática, Retórica y Lógica.

a los pobres y a los hambrientos durante estos tres años de escasez. Tío León, del otro lado del Sena, también ha dado mucho. Me siento justamente orgulloso de la sangre que llevo. —Su voz cobró más vehemencia al exclamar: —Pero, señor, ¡los monjes han dado más! —Teodorico aguardó. Nunca había oído a su hijo expresarse así. El muchacho estaba arrebatado. —Durante estos últimos tres años, la puerta de Saint Pierre de la Celle ha estado abarrotada de hambrientos —dijo Roberto—. Ni un solo siervo se alejó de esa puerta con las manos vacías. ¡Para eso, los monjes pasaron hambre! ¿Oyes, señor? ¡Ellos sufrieron hambre!

Roberto hizo una pausa y añadió: —Fue entonces cuando comencé a comprender que no era necesario llevar cota de malla o enarbolar el hacha de combate para ser valiente. Fue entonces cuando supe que hay una hidalguía más alta que la caballería misma.

Su voz era más grave: —Desde entonces, he rezado y consultado. Los monjes están dispuestos a recibirme. Mi madre no se opone a que me vaya. Confieso que he sido un cobarde al no decirte antes todo esto, señor, pero ahora te ruego que me perdones, me bendigas y me des tu consentimiento.

Las últimas palabras salieron a borbotones. Era el discurso más largo que Roberto había pronunciado delante de su padre. Comprendía que su confesión había sido temeraria y se sentía satisfecho de sí mismo y, también, un poco avergonzado. La tentación de solicitar auxilio a su madre era muy fuerte, mas decidió defenderse solo y en su propio terreno. Los oscuros y penetrantes ojos de su padre no vacilaron un momento y el muchacho creyó ver que sus labios se contraían tras la poblada barba, pero no estaba seguro de ello. Apretó los puños y esperó.

— ¿Quién te puso esa idea en la cabeza? —preguntó fríamente Teodorico—. ¿Tu madre o los monjes?

—Ninguno de los dos —contestó Roberto, sintiéndose invadido por la ira.

— ¿Quién, entonces? — continuó Teodorico con un tono cada vez más cortante.

— ¡Dios! —Fue la respuesta de su hijo, y la palabra retumbó en el salón con el sonido agudo de la espada que choca contra un escudo. Más aún, causó el efecto de un rayo. No hubo estruendo, pero hasta el silencio que reinaba en el aposento pareció estremecerse.

Teodorico cambió de posición y se colocó al lado de la silla de su esposa. La respuesta de su hijo lo había sobrecogido, pero más todavía el



fulgor que brillaba en esos profundos ojos pardos, que lo contemplaban con tanta seguridad. Reinaba un profundo silencio, interrumpido por el suave rumor del fuego y la caída de la ceniza, a medida que las llamas consumían los leños del hogar.

Teodorico quedó aturdido con la noticia. Roberto había sido el sol de su vida. Tenía chochera por él. A menudo, con los otros nobles, se había jactado de que el muchacho llegaría a ser un perfecto caballero. Las ceremonias de la semana anterior y el banquete de esa tarde, lo habían hecho soñar con el momento en que su hijo, a los pies del Conde de Champagne, rodeado de los caballeros de la corte, recibiera el espaldarazo consagratorio. El cuadro que la noticia de esa noche hacía presentir —la de su hijo, con la cabeza afeitada y la capucha colgando—, era demasiado distinto para agrardarle. Se encolerizó. Mas dos cosas le hicieron mantenerse sereno. La presencia de su dulce esposa y el eco de la última palabra pronunciada por su hijo.

Alejándose de la silla de Ermengarda, Teodorico señaló a Roberto un almohadón a los pies de su mujer, y se instaló frente a la chimenea.

—Siéntate cerca de tu madre, Roberto —ordenó—. Necesito más explicaciones que las que acabas de darme—. El muchacho se maravilló de la serenidad de su padre y de la calma de su voz. —Dices que Dios puso esa idea en tu cabeza. ¿Puede saberse cuándo?

—Es muy difícil precisarlo señor. Creo que siempre ha habido una inclinación.

— ¡Oh! ¿De modo que no es más que una inclinación? Dios no hace manifestaciones directas, personales, ¿no es verdad? Bien. Eso cambia la cuestión por completo. —Roberto intentó levantarse, pero la mano de su madre, apoyada sobre su hombro, lo contuvo.

—Ten calma, hijo mío —le aconsejó—. Tu padre tiene razón. El debe preguntar.

— ¿Tú no sabes, hijo mío —empezó Teodorico—, que, prácticamente, todo el mundo tiene esa fantasía en alguna época de su juventud? El noble se balanceó varias veces sobre sus pies, añadiendo: —pero, si hasta yo mismo me sentí inclinado— y, con una sonora carcajada—: y no creo que tu madre pueda negar que eso fue pura fantasía. ¿Puedes imaginarme monje, acaso? —Y, de nuevo, su risa se expandió por el salón.

Ermengarda sonrió, pero Roberto se levantó, intranquilo, de su asiento. Teodorico lo contemplaba atentamente. Había esperado ver dibujarse una

sonrisa en el rostro de su hijo. Se impacientó. Teodorico nunca había soportado oposición y ésta se le había presentado muy contadas veces en su vida. Sus siervos obedecían siempre y los nobles, sus amigos, le respetaban. La actitud de su hijo lo hirió profundamente.

Desde el momento que Dios no había efectuado manifestaciones especiales, estaba seguro de que la atracción que sentía su hijo por el claustro era sólo una ilusión pasajera, propia de su juventud. Era, pues, necesario terminar la entrevista antes de que adquiriera más importancia. Roberto crecería y olvidaría sus fantasías y, en el futuro, sería su orgullo, convertido en leal caballero de Champagne. Manteniendo su tono de chanza, dijo: —Tus hombros son demasiado anchos y tus muslos demasiado fuertes para ser ocultados por un hábito, hijo mío. Dios te bendijo en un cuerpo de guerrero. ¡Has nacido para cabalgar un brioso corcel, con el mazo o el hacha de combate en tu mano!

— ¿Es el claustro sólo para los enclenques? —preguntó Roberto en son de desafío.

—No, no —contestó rápidamente Teodorico—, pero los verdaderos guerreros son para el mundo—. Y, tratando de despertar la vanidad del muchacho, añadió—: Y tú llegarás a ser un verdadero guerrero. Tus ojos me lo demuestran. Tienes algo más que un físico magnífico. ¡Tienes fuego! —La expresión de Roberto, que denotaba despego por estas cosas, le demostró que nada ganaría prosiguiendo tales argumentos. De modo que, en un tono de confiada autoridad, ordenó—: Pero se está haciendo tarde. Es hora ya de que los jóvenes se acuesten. Esta ilusión pasará.

—Señor —prorrumpió Roberto, saltando de su sitio, a pesar de que la mano de su madre intentó detenerle—. No es una ilusión. No pasará. ¡Ya no soy un niño! —El muchacho temblaba y su rostro se había enrojecido más aún. Permaneció erguido frente a su padre, con los puños crispados y los ojos llameantes.

Teodorico nunca había visto a su hijo en ese estado y el espectáculo lo sobresaltó. Observó que sus labios temblaban y sus manos se estremecían, y comprendió que había llevado a Roberto a un paroxismo de furia. Por un momento se quedó desorientado. Una palabra poco oportuna podía desatar esa ira próxima a estallar; un gesto torpe, herir ese corazón joven y fuerte. Se contentó con sostener la ardiente mirada con la suya, firme y serena.

Ermengarda, que había dejado su silla al levantarse Roberto, se acercó a él y, rodeándole los hombros con sus brazos, dijo con una sonrisa—: Tu padre se olvida de que el tiempo vuela, hijo: pero si sigues comportándote

así, nunca te perdonará que hayas dejado de ser niño.

Ni siquiera la influencia de Ermengarda consiguió acercarlos.

—Padre —dijo Roberto, con tono serio y grave—, siento haber llegado hasta la irreverencia. Pero, señor —y el mismo tono de implacable determinación volvió a resonar en la voz del muchacho—, deseo que recuerdes que soy tres años mayor que Theophylactus, quien según dijo tío León, será coronado Papa.

Roberto no pudo haber elegido peor argumento. Si hubiera desenvainado la espada y atacado directamente a su padre, no lo hubiera herido tan profundamente como con esa alusión al Papado. Teodorico poseía un alma ardientemente católica. Nada le preocupaba tanto como las condiciones de la Iglesia. Cuando la Casa de Tusculum dominó el Trono Papal, empezó a sentirse intranquilo. Cuando Benedicto VIII murió en 1024 y su hermano Romanus, a pesar de ser todavía seglar, fue elegido para sucederle, Teodorico se enfureció. Pero Romanus, como Juan XIX, aun no siendo un santo pontífice, era de limpia moral. Había muerto esa semana. Y cuando la noticia de que Theophylactus, su sobrino de doce años de edad, ocuparía su puesto, llegó a Teodorico, su indignación llegó al máximo. Que su propio hijo trajera a colación, como argumento, a ese niño totalmente inmoral, hizo que la sangre se le helara en las venas. Sus negros ojos se achicaron hasta convertirse en dos pequeñísimos puntos de fuego. Señaló la puerta y pronunció una sola palabra: — ¡Vete!

Roberto había observado con asombro esa transformación. Era lo bastante perspicaz como para comprender que esa fría severidad era más peligrosa que un estallido de furor. Lleno de estupor, se dirigió a su habitación. Ignoraba qué era lo que había herido a su padre, mas no deseaba volver a ver esos dos puntos de fuego que eran sus ojos.

Cuando Roberto salió, Ermengarda cruzó rápidamente el salón y, tomando el brazo de su marido, le dijo: —Siéntate, mi señor, tenemos mucho que hablar—. El permaneció inmóvil, presa de la fría furia que lo invadiera al oír nombrar a Theophylactus. —Teodorico, —dijo ella suavemente—: ésta ha sido una alusión muy poco oportuna. Roberto te quiere, señor. Simplemente, te adora y no te mortificaría por nada del mundo. Por eso no quería hablar antes de este asunto. Conoce las esperanzas que habías forjado sobre él y temía defraudarte.

Teodorico se sentó, apoyó los codos sobre sus rodillas y miró, sin ver, las llamas doradas y azules que saltaban en la chimenea. Parecía no haber oído a su mujer. Ermengarda esperó una reacción.

Al ver que era inútil, decidió utilizar una vieja estratagema. Con un ardid, lograría entrar en discusión. —Pero —continuó—, si me preguntaras, diría que el muchacho ha llevado la mejor parte en el debate de esta noche.

Teodorico se echó hacia atrás. Sí, la mejor —prosiguió—. El tiene argumentos sólidos y, tú, solamente palabras.

— ¿Qué quieres decir? —estalló Teodorico—, ¿quieres decirme que he estado equivocado al manifestar que es sólo un muchacho?

—No tenía aspecto de muchacho cuando se quedó mirándote, hace un momento. —Ermengarda se sonrió al recordar la escena. — ¡Más bien parecía un guerrero y su actitud era la de un conquistador!

— ¡Oh! Físicamente, es grande para su edad —admitió Teodorico con un rezongo—, pero no olvidemos que sólo tiene quince años. Eso es todo.

—Eso es sólo uno de tus errores, mi noble señor. Roberto no tiene simplemente quince años.

—Estamos en 1033 —dijo Teodorico, que se había calmado hasta el punto de ser irónico—. Nació en 1018. De acuerdo con mis pobres conocimientos, hace justamente quince años. Y eso es todo.

Ermengarda acercó su silla a la de su señor. —Matemáticamente, estás en lo cierto. Mas hay otros modos de calcular los años. ¿Qué edad tiene el alma de Roberto?

—La misma de su cuerpo: quince años, y eso es todo.

—Te equivocas aún, Teodorico—. Luego, con un repentino cambio en su voz y en su rostro, continuó—: Te olvidas de la lluvia, mi señor. El sol madura los frutos. La lluvia maduró a los hombres. Tres años sin sol, de lluvias casi ininterrumpidas, trajeron el hambre; el hambre trajo la muerte y, la muerte, abre los ojos de los hombres a la vida. Los hombres han madurado más rápidamente estos tres años, Teodorico, que lo que maduran generalmente en treinta. Han aprendido para qué es la vida. ¡Se han orientado hacia Dios!

Las movedizas llamas de la chimenea reflejaban sombras en las vigas ennegrecidas del techo, que parecían subir y bajar con una extraña y fantástica vida. Teodorico levantó la cabeza y las contempló un momento. Luego murmuró: — ¡Se han orientado hacia Dios! ¡Qué frase! Y, sin embargo, ¡qué perfectamente expresiva! Y, en verdad, la lluvia dirigió los hombres hacia Dios. —Pero —añadió pausadamente—, Roberto no es un hombre. Es demasiado joven para que este terrible azote, del que Dios acaba de librarnos, lo haya afectado. La juventud toma la desgracia en la misma

forma que el placer, como una cosa pasajera.

—No conoces a tu hijo, Teodorico —exclamó Ermengarda con convicción—. Roberto no tiene nada de superficial. Su alma es profunda y, su mente, madura. Después del debate de esta noche, no debieras ponerlo en duda. Por lo menos dos veces, te dejó sin contestación.

Teodorico asintió. —Sí —dijo lentamente—, me dejó sin contestación por lo menos dos veces. Me asustó. Cuando me dijo que Dios le había puesto la idea en la cabeza, me quedé desorientado. Pensé que, tal vez, se tratara de una revelación íntima...

— ¡Oh! calla —interrumpió, impaciente, Ermengarda—. ¿Qué esperabas?, ¿que fuera arrojado de su caballo como San Pablo? Mira Teodorico, el muchacho es, físicamente, un gigante, ¿no es así?

—Sí, es grande para sus años. Promete convertirse en un hombre fornido.

—Muy bien. Entonces tiene las cualidades físicas que se requieren para el claustro; tiene salud. Sus cualidades morales no se ponen en duda. El muchacho es oro puro. ¿Has notado algún rastro de vicio en él?

—Es terco y se está poniendo vehemente. Pues el modo con que pronunció algunas de sus frases, esta noche, me dejó sin aliento. Sin embargo, lo realmente grave es su terquedad.

— ¡Terco! —dijo Ermengarda—. ¿Sería hijo de su padre si no fuera terco? Pero eso es una bendición, mi señor. Ningún hombre vale mucho si carece de obstinación. Mas le has dado un nombre poco acertado: no es un vicio, es una virtud. Su verdadero nombres es: fuerza de carácter, tenacidad. Y permíteme decirte que Roberto posee eso. Vamos, admite que el muchacho tiene buenas cualidades.

Los dientes de Teodorico brillaron con una sonrisa. —En obsequio a la discusión, lo admito.

Ermengarda se alegró de esa sonrisa. Insistió: —En cuanto a su capacidad mental, has tenido una prueba esta noche. Sus clasificaciones en la escuela son altas. No es un genio, pero sobresale un poco de la generalidad. De manera, señor, que Dios, dándole todas las cualidades morales, intelectuales y físicas, además del ardiente deseo de consagrarse al claustro, ha puesto en evidencia sus planes en forma casi tan definida, ya que no tan categórica, como si lo hubiese volteado del caballo y hablado desde el Cielo. Cualquier sacerdote te confirmará que éstos son indicios de una genuina vocación.

—Es demasiado joven —bramó Teodorico con impaciencia—. ¿Qué sabe de la vida? ¿Qué sabe del claustro? ¿Qué sabe de sí mismo? Quince años no es edad para desechar la vida. ¡Cuando ni siquiera la ha probado!

— ¡Qué vergüenza! —exclamó Ermengarda—. ¡Qué vergüenza para Teodorico! ¡Qué vergüenza para el noble gigante de Champagne! En primer lugar, mentalmente, Roberto tiene más de quince años. Luego, quien se dedica al claustro, no desecha la vida. Y, finalmente, lo que la mayor parte de ustedes, los hombres, quiere significar con eso de probar la vida, es agotarla hasta las heces. Oh, me tienes harta. Un muchacho nunca es demasiado joven para aprender el arte de la guerra. Tampoco es nunca demasiado joven para que le enseñen a montar, a luchar en torneos, a matar. No. Pero hay una profesión para la que puede ser demasiado joven. Sí. Una solamente: jamás demasiado joven para entrar al servicio de su soberano en la tierra, mas para consagrarse a su Rey Eterno...

— ¡Para entrar al servicio de su Rey Eterno debe ser un hombre! —interrumpió Teodorico.

—San Benito aceptó niños pequeños — le hizo notar su esposa.

— ¡Oh! ¡San Benito ha muerto hace mucho, tiempo! —gruñó el señor del dominio que estaba ahora completamente excitado—. Y el mundo ha cambiado mucho desde entonces. Pues, cuando Benito era niño el mundo estaba sumido en la barbarie. El Imperio Romano se había derrumbado. Carcomido por la corrupción interna, invadido por tribus salvajes desde el exterior, la ruina era inevitable. Y la Iglesia se encontraba en las mismas condiciones que el Imperio. Agrietada por el cisma, acosada por la herejía, también ella parecía estar al borde de la ruina. ¡No es de extrañarse que Benito huyera a Subiaco! ¡No es de asombrar que permitiera a los nobles ofrecer sus hijos recién nacidos al Señor! Porque se creía que el claustro era el único lugar donde el hombre podía salvar su alma. Sin embargo, eso sucedió hace cinco siglos largos—. Teodorico se movió en su silla antes de añadir—: Hoy es diferente. Fíjate en nuestra Tregua de Dios. Piensa en nuestra caballería. ¡Piensa en lo que tú misma has llamado **orientación hacia Dios!**

Ermengarda se inclinó hacia atrás, ladeó ligeramente la cabeza y, arrugando, apenas, la frente, dijo: —Me desorientas, Teodorico. No creo que haya en esta corte un noble tan consagrado a la Iglesia como tú y, sin embargo, pones inconvenientes a que tu hijo entre en religión.

Teodorico se dirigió a la chimenea y colocó otro pesado leño sobre las ardientes brasas. Por un instante, permaneció absorto, contemplando las

voraces lenguas doradas que lo lamían. Luego, se volvió hacia su esposa: — Ermengarda, querida mía, es precisamente porque me consagro tanto a mi Iglesia y a mi hijo, que me opongo. No quiero que Roberto cometa una equivocación.

— ¡Hum! Si no se equivoca, nunca hará nada. Es humano. No es un crimen cometer errores. Lo trágico es no tratar de repararlos.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —interrumpió Teodorico con voz cortante—. No temo que Roberto se engañe. Pero tengo un terror mortal de que él mismo sea un engaño. Tú conoces algo del mundo, mi querida. Sabes que, entre los que militan en el sacerdocio, hay algunos que nunca debieron ver el claustro. Ya, ya —continuó rápidamente, al ver que su mujer se disponía a protestar—. Sé lo que vas a decir. Es absoluta y vergonzosamente cierto que, muchos de ellos, han llegado a ser obispos y clérigos, más por la voluntad de nobles ambiciosos que por la voluntad de Dios. La investidura laica es una maldición. Muchos, si no todos, de los escándalos de la Iglesia tienen su origen en los reyes, condes, emperadores y duques, que consideran al báculo y al anillo más como un medio para obtener el poder que como emblemas de autoridad eclesiástica. No quieren en esos cargos pastores de almas, sino ladrones que llenen sus insaciables arcas. No niego nada de eso. A pesar de lo que he dicho respecto al mejoramiento, la Iglesia no está tan blanca como los lirios. Pero lo que quiero recalcar es que no hay un espectáculo más deprimente en nuestra tierra que un engaño con disfraz de fraile.

—Pero Roberto no...

— ¡Oh!, ya sé que Roberto nunca será un engaño. No obstante, y francamente, me asusta su corta edad. No quiero que el muchacho se equivoque. No quiero que marche por la vida con la cicatriz de un tremendo fracaso en su alma que le recuerde siempre la locura de su juventud.

—No fracasará.

— ¿Qué es lo que te hace tan positiva, querida? —preguntó Teodorico con un notable tono de incredulidad—. ¿Te das cuenta de todo lo que el claustro exige? —Hizo una pausa antes de agregar—: Llama a los más nobles de entre los hombres y apela a lo más noble del hombre. Demanda la más grande resistencia física y una aterradora firmeza de propósito. Sólo puede obtener allí éxito aquel que posea la visión inflexible de una invencible fe. Uno debe mantener la mirada fija continuamente en Dios, mi querida. Sí, ininterrumpidamente en Dios. Y temo que muchos hombres tengan ojos de murciélago para ese sol resplandeciente. Ojos de águila

necesitan aquellos que desean consagrarse al claustro.

— ¿Y crees que nuestro hijo es ciego?

—Nada de eso. Sólo tengo la duda de que sus ojos se hayan abierto por completo a los quince años.

—Creo que es la quinta vez que te refieres a Roberto como a un niño de quince años. Por última vez te repito que excede esa edad. No son años lo que se requiere para el claustro: es madurez. Y Roberto es maduro. El hombre es realmente maduro —añadió Ermengarda—, cuando comprende que pertenece a Dios. Y esa lección la enseñó, a la fuerza, la lluvia. Francia se ha orientado hacia Dios, Teodorico; la falta de sol hizo que nuestros ojos se abrieran a la Luz del Mundo. Vamos, reconoce los hechos.

Con estas palabras, Ermengarda abandonó su asiento y, aproximándose a su marido, se alzó hacia él con ojos suplicantes y dijo: — Mi señor, cree en mi palabra. Nuestro hijo nació para el claustro. No cometerá una equivocación. No será un fracaso. Dios nos lo dio. Devolvámoslo a Dios—. Como Teodorico no respondiera, ella añadió—: La caballería está creciendo en el mundo. Dejemos a nuestro hijo que la lleve hasta el claustro. Permitámosle ser caballero de Dios.

Teodorico se asombró de su empeño. Silenciosamente la oprimió contra su pecho. Inclinando la cabeza hasta su oído, murmuró: —Amor mío, nunca me has dicho si hay algo de verdad en la leyenda que tantas veces cuentan, con misterio, nuestros siervos. Dicen que dos meses antes del nacimiento de nuestro hijo, la Santa Virgen llegó hasta ti y te anunció que desposaría la criatura que llevabas en tu seno—. Ermengarda se abrazó más a él—. La contrahecha mujer de Ulrico, el más anciano de nuestros vasallos, cuenta que la Virgen colocó un anillo en tu dedo, en señal de esos sagrados desposorios. ¿Por eso dices que Roberto ha nacido para el claustro?... ¿Es por eso?... ¿O esa piadosa leyenda se debe a la ingenuidad de nuestros siervos?

El fuego había ido muriendo hasta convertirse en ardientes rescoldos. Las llamas ya no iluminaban el hogar, ni lanzaban sombras sobre los muros. Pareció que transcurría largo tiempo hasta que Ermengarda contestó:

— ¿Cuándo un sueño no es un sueño, amor mío?

Teodorico se apartó para contemplarla: — ¡Dímelo! —le imploró—. Cuando es una visión —respondió Ermengarda—. Los ojos de Teodorico tenían una dulzura que su hijo nunca había visto en ellos. No pudo hablar, pero se arrodilló y besó las manos de su esposa. Ermengarda se inclinó hacia



él con una sonrisa. —Pero, en realidad, no he contestado a tu pregunta. Tal vez, fue solamente un sueño, mas de ser así, ¿no fue, acaso, hermoso? ¿Puedes imaginar algo más divino para una mujer que va a ser madre? Y si fue algo más que un sueño, ¿no estaría obligada a guardar el secreto de la Reina? Vamos, señor, retirémonos. Nuestro hijo irá a Saint Pierre. Será un caballero de Dios.

Y condujo a su marido fuera del salón donde moría el fuego y donde la luna de noviembre lanzaba pálidos reflejos sobre el piso.

Cuando pasaron por el dormitorio de Roberto, no imaginaron que el muchacho estaba todavía despierto, mirando por la ventana. Al principio quiso únicamente sentir el aire fresco de la noche; pero pronto el retintín de las bridas y el resonar de los cascos de un caballo lo hicieron pensar en su primo Jacques y en su flamante caballería. Dirigió luego su mirada hacia el norte como si pudiera ver las agujas de Saint Pierre. Una caballería de más alta alcurnia le esperaba allí, pensó. Tenía que convencer a su padre de que debía entrar ese mismo año. **¡Debía hacerlo!** Poco a poco, el hechizo de la noche le infundió paz. En el momento en que sus padres pasaron delante de su puerta, él se asombraba de la multitud de estrellas que habían seguido la estela del lucero de la tarde. El sonido de sus pasos lo arrancó del esplendor de los cielos. Al sacarse la ropa, se preguntó cuál podría haber sido la conversación entre sus padres. Tirando su túnica sobre la silla, murmuró con firmeza: —Bien. No seré armado caballero, y lo admita mi padre o no, hay una más alta hidalguía. Después se sacó las botas y, dando la espalda a las estrellas, se arrodilló junto a la cama.

## Capítulo II

### "¡NUNCA ENVAINES ESTA ESPADA!"

Ermengarda conseguía, generalmente, lo que quería en el Castillo de Troyes. Por eso, tres semanas después, cuando las primeras nieves del año 1033 comenzaban a caer, Teodorico llevó a Roberto a su gabinete. Durante unos minutos, los dos hombres permanecieron silenciosos, uno al lado de otro, frente a la ventana, observando la suave caída de los copos.

Finalmente, Teodorico se volvió y, colocando la mano en el hombro de su hijo, le dijo con dulzura: —Hijo mío, tu madre me ha convencido y, tú, también. Por último, me doy por vencido. Puedes ir a Saint Pierre y puedes ir este año. — Roberto trató de interrumpirle. —Pero, hijo mío — continuó el padre, con diferente tono—. ¡Si vas, quédate! ¡Si vas a ser monje, sé un verdadero monje! Sé firme. Sé sincero. Inspira siempre confianza. ¡Dices que quieres ser caballero de Dios; entonces sélo!

Puso su otra mano en el hombro de Roberto y lo hizo girar para mirarlo de frente. —Hijo mío, considera tu entrada en la vida religiosa como si desenvainaras tu espada por la causa de Dios. — Hubo una pausa. Luego, con más solemnidad y fiereza: —Roberto de Troyes, hijo de mi corazón, yo te ordeno: ¡Nunca envaines esta espada! ¿Oyes? **¡Nunca envaines esta espada!** Y Teodorico subrayó cada palabra con un fuerte sacudón en los hombros de su hijo. Después de echarle una profunda y ardiente mirada, preguntó con más calma: — ¿Entiendes, muchacho?

—Entiendo, señor —respondió Roberto asombrado de lo difícil que le resultaba hablar.

Teodorico, entonces, apartó las manos de los hombros del joven y fue hasta la ventana. Dio vuelta el rostro y, con sus ojos fijos en los copos que caían sin cesar, dijo: —En estos momentos, la Iglesia necesita combatientes, hijo. Los necesita mucho. Tal como me lo recordaste la otra noche, ha habido, no hace mucho, una elección en Roma... Tenemos ahora un nuevo Papa... su nombre es Benedicto IX... ¡Pero antes era **Theophylactus!** El gigantesco señor giró sobre sus talones. — ¡Piensa en eso! ¡Un niño de doce

años en la Silla de San Pedro! La Iglesia de Dios necesita santos para equilibrar esta monstruosidad. ¿Me oyes bien, hijo? ¡Santos! Has deseado ardientemente alistarte en lo que llamas la **alta caballería**. Bien: ¡Arde! Pero no seas un fuego de pajas. Arde con vigor, tan vigorosamente como las estrellas y como el sol. ¡Continúa ardiendo hasta que te quemes! Si estás dispuesto a entregarte a Dios, entrégate por entero o no le entregues nada. Sé un Santo.

Entonces, tomando al muchacho por el brazo, lo acercó a la chimenea. — ¡Mira! —dijo— y abrió la campana. La corriente de aire que penetró, levantó las llamas hasta la boca misma de la chimenea. — ¿No ves, hijo mío? ¡Mira la furia salvaje y el vuelo de estas llamas! Roberto asintió. — ¡Observa ahora! Teodorico cerró a medias el escape y, muy pronto, las llamas perdieron su vigor y los leños ardieron con tranquila intensidad. — ¿Ves el efecto del control, hijo mío? Algunos llaman a esto **tapar el fuego**. Lo que quiero que recuerdes es que los fuegos tapados con ceniza, arden por más tiempo y dan más calor. Tienes un gran fuego en tu carácter, muchacho. A veces, te vuelves violento, como el fuego cuando se abre el escape de la estufa. Eso significa falta de control. Quiere decir que tus llamas llegan hasta lamer la campana, sin beneficio para nadie. ¡Quiere decir, también, que tu fuego arderá rápidamente y se consumirá! Aprende a taparlo, hijo mío, para continuar ardiendo. —Luego apoyando tiernamente las manos en los hombros de Roberto, exclamó: —Hijo, arde para Dios. Necesita algún calor para derretir el hielo que debe rodear su corazón, al ver lo que ciertos hombres están haciendo con su Iglesia.

Al son de esta música marcial y de esta ardiente súplica, Roberto partió para su noviciado. Y el aire marcial no cesó de rodearlo, aun después de su llegada a Saint Pierre. Porque el Abad Bernardo vio algo más que ávida juventud en los ojos del niño de quince años que le pedía su admisión. Vio espirituales fuegos de hidalguía y, secretamente, resolvió que, con la ayuda de Dios, los atizaría hasta convertirlos en brillante hoguera.

Lo condujo al noviciado con una sonrisa y le dijo: —Este será tu campo de combate. No dejes que te desmonten—. El muchacho devolvió la sonrisa, algo intimidado y hasta ruborizado, pero interiormente, se dijo—: No seré desmontado sin lucha—. Al separarse del Abad, encontró doce pares de ojos fijos en él. Comprendió instintivamente que éstos serían sus compañeros de noviciado y se sintió cortado e incómodo hasta que uno de los mayores del grupo se adelantó, diciendo: —Me llamo Maurus—. Al mirar esos ojos sonrientes, Roberto comprendió que había encontrado un

amigo. El Abad se retiró y el joven experimentó la primera sensación de su vida religiosa. Fue la de soledad.

El sueño tardó en llegar esa noche para el muchacho, a pesar de los acontecimientos del día. Inmóvil en su cama, contemplando las movedizas sombras que, en las vigas del techo, producía la luz vacilante de la lámpara, Roberto se preguntaba si todos, al entrar en el noviciado, sentirían el pavor que él había experimentado ese día. No había estado amedrentado, se decía, pero se había sentido y se sentía aún, lleno de timidez. Dándose vuelta en el lecho, recordó súbitamente que su padre había dicho alguna vez que todo guerrero experimenta una sensación de tirantez un momento antes de lanzarse a la lucha. Este recuerdo le consoló. Lo hizo sentirse mayor y le ayudó a recuperar la calma. Miró, a través del dormitorio, el lugar donde dormía Maurus y recordó la sonrisa que el mayor de los novicios le dedicara al entrar. Tal vez, no se sintiera tan solitario, pensó, al reclinarsse finalmente sobre la almohada y cerrar los ojos.

Durante la semana siguiente, Roberto no tuvo tiempo de sentirse solo. Se levantaba mucho antes de que se retiraran las estrellas, y estaba continuamente ocupado hasta largo rato después que las mismas volvieran a prestar su luz argentina al zafiro de la noche. De la iglesia al **scriptorium**<sup>2</sup>, de la sala del capítulo nuevamente al templo, el muchacho se veía envuelto en una sucesión de tareas que lo hacían maravillarse de cómo había desperdiciado días enteros en su casa.

De no ser por Maurus, Roberto se hubiera sentido perdido. El mayor de los novicios se acercó a él una mañana y le susurró: —Ponte más cómodo en la silla y montarás mejor—. Y cuando Roberto le miró, con el rostro iluminado por una sonrisa de agradecimiento, Maurus continuó—: No es un caballo rebelde ni un corcel de batalla el que cabalga, **Frater**. Es solamente un viejo y bondadoso rocín. Déjate llevar por él y gozarás del paseo.

Roberto se rió. Entendía muy bien a su compañero. Para enseñarle a montar, años atrás, su padre había empleado idéntico lenguaje. A medida que pasaban los días, Roberto iba encariñándose cada vez más con ese novicio mayor que él, irónico, alegre e inteligente. No tardó mucho en cimentarse una amistad que admitía tanto controversias como chanzas, y esas amigables discusiones mantuvieron a ambos novicios dentro de una seriedad que nunca se volvió demasiado severa.

Apenas Roberto había conseguido librarse de la sensación de ser un extraño, y comenzaba a estudiar con más atención el ambiente que le

---

<sup>2</sup> *Scriptorium*, lugar donde se unían los novicios para copiar manuscritos.

rodeaba, cuando el Abad lo mandó llamar. Su pulso empezó a latir apresuradamente, mas el bondadoso Bernardo logró que el novicio se sintiera cómodo a los dos minutos de conversación. Con ansiedad se inclinó el muchacho para oír de labios de su Abad el mejor modo de buscar a Dios. Entraba, por supuesto, en un mundo enteramente nuevo y ponía toda su atención para entender bien las palabras del Abad. Bernardo se dio cuenta de ello y se sonrió. Los novicios siempre se mostraban atentos, pero él creyó notar algo más profundo en este muchacho. A fin de darle algo más tangible, más familiar, le dijo finalmente: —Hijo, toma la Regla como tu espada, tu escudo y tu armadura—. El rostro de Roberto se iluminó. Esos términos eran claros para él—. Eso será ella para ti, muchacho, si tú vives para ella. Créeme si te digo que no es sólo una coraza de defensa, sino también, una espada para el ataque. Vive tu Regla, hijo, y no sólo vivirás seguro, sino que lo harás piadosamente. Serás un caballero de Dios.

Tales conceptos hicieron vibrar el alma de Roberto, quien marchó a través del monasterio con la cabeza bien erguida. Maurus notó el cambio y nada dijo por unos días.

Luego, una tarde, cuando paseaban por el jardín le dijo: — ¿Has oído hablar alguna vez del "DUODÉCIMO GRADO DE HUMILDAD"?

— ¿El duodécimo? —rió Roberto—, no sabía ni que hubiera diez.

—Ya lo imaginaba—, contestó Maurus con un gesto de sabiduría—. ¿Hasta dónde has leído la Regla?

—Bastante —respondió Roberto—. He encontrado la única palabra que me hacía falta. Está en el Prólogo. San Benito dice que debemos ser soldados de Cristo. Eso es todo lo que necesito saber. **Militaturus** es mi regla.

— ¡Hum! —exclamó Maurus con una guiño—. Eso explica muchas cosas. Has andado estos días con la cabeza erguida, como un caballo de batalla presintiendo la pelea. San Benito escribió setenta y dos capítulos después de ese Prólogo; y su **Duodécimo Grado de Humildad** dice que debemos mantener nuestras cabezas inclinadas y nuestros ojos hacia el suelo...

— ¿Cómo?... ¿Siempre? —El tono de Roberto denotaba incredulidad.

—Siempre —contestó Maurus con una sonrisa.

— ¡Uf! —gruñó Roberto. El concepto no lo atraía. — ¡Estoy empezando a creer que prefiero San Pablo a San Benito! —dijo lentamente—. Él era un luchador. Justamente esta mañana, tuve que transcribir un pa-

saje en el cual habla del casco, la coraza, la espada y el escudo. Me gusta ese lenguaje. Era un guerrero de Dios y yo también quiero serlo. Mi padre...

—Tu padre no es tu abad —interrumpió Maurus riendo.

—Ya lo sé; pero el abad me ha dicho lo mismo que mi padre. Me ha dicho: Sé un caballero.

—Muy bien. Sé un caballero, si quieres; mas recuerda que San Benito quiere caballeros humildes. Si no me crees, pregunta al Padre Preceptor.

Roberto siguió ese consejo seriamente, y se dirigió al Preceptor de los Novicios. El Padre Guillermo simpatizaba con el muchacho, pero pensaba que tenía demasiada confianza en sí mismo dada su corta edad. No podía conciliar la madura mente y la actitud serena del joven, con sus años. Creía que Roberto simulaba, y se había propuesto despojarlo de su amor propio antes de que terminara el año. Por supuesto, no podía saber todo lo que el muchacho había visto durante esos años de hambre, así como tampoco podía apreciar aún la hábil influencia que había ejercido Ermengarda al moldear ese carácter. De manera que Roberto recibió una muy clara, pero brevísima respuesta a su pregunta. Se le dijo que Jesucristo había sido un caballero — el más noble de todos los caballeros— pero que, al mismo tiempo, fue manso y humilde. Las palabras finales del Preceptor fueron: —Los monjes deben seguir su ejemplo.

Roberto meditó sobre esa respuesta en la iglesia, en el trabajo, en el capítulo y hasta en el lecho. Comprendía los términos con bastante claridad, mas no alcanzaba a comprender el aguijón que esas palabras dejaron en su corazón. No le dolía lo que el Padre Guillermo le había dicho, sino el modo que había empleado. Roberto se sentía como si lo hubiesen acusado de un crimen vergonzoso. Y, a pesar de saberse inocente, se consideraba humillado. Era la primera vez que el joven debía afrontar una penetrante y sutil humillación. Y ello le dolió.

Dos días después, seguía cavilando sobre ese problema, cuando Maurus se le acercó, sonriente como de costumbre. Roberto atajó la frase chistosa que estaba por salir de labios de su amigo con una pregunta:

—Maurus ¿puede un hombre significar más de lo que dice, o decir menos de lo que quiere significar y pretender, al mismo tiempo, que se le entienda?

—Has estado hablando con el Padre Preceptor, —exclamó Maurus con una amplia sonrisa—. Y estás hablando del Padre Preceptor. El siempre significa más de lo que dice, y quiere que uno entienda, no sólo lo que dice,

sino también lo que quiere significar. ¿Qué te pasa?

—Eso justamente —contestó Roberto con seriedad—. Sé lo que dijo, pero no sé lo que quiso decir.

—Bien. Pues un solo modo de averiguarlo —dijo Maurus categóricamente, mirando a su joven amigo con intención.

Roberto comprendió esa mirada, de modo que, antes de la caída de la tarde, el Padre Guillermo fue abordado por un joven novicio nervioso y muy grave. Ese día, Roberto habló muy claramente y se le contestó de idéntica manera; pues el Padre Guillermo tuvo que admirar la hombría que había provocado esa valiente actitud. El resultado fue que Roberto oyó mucho sobre orgullo y sobre humildad. En realidad, oyó más de lo que podía captar; una sola cosa no pudo dejar de comprender: y es que él era orgulloso y que debía aprender a ser humilde. El muchacho estaba atónito ante el cargo que se le había hecho, pero lo aceptó con una humildad tal que dejó al Padre Guillermo en la duda de que había cometido un error.

Pero pasaron meses antes de que se convenciera de ello. Y, durante esos meses, el tierno corazón del novicio fue muchas veces traspasado. Quince años, aun tratándose de quince años excepcionalmente maduros, sufren con intensidad cuando, quien los hiere, es alguien que se considera casi infalible en cosas que su conciencia nunca le ha reprochado. Roberto era acusado de altanería, independencia, determinación y orgullo, cuando, en realidad, era sólo arrogante de aspecto y franco en sus palabras. Ese concepto equivocado del Preceptor produjo el más sazonado fruto posible de lograr, ya que el muchacho se propuso firmemente obedecer las órdenes sin titubear. No habían pasado aún seis meses y Roberto podía resumir la vida religiosa en una sola palabra; pero ya no era su preferida: **Militaturus**, sino la otra, más breve, más aguda y más incisiva: **Obedeced**.

Naturalmente, el muchacho era demasiado joven para comprender lo que estaba pasando en su alma; sin embargo, la verdad era que el Divino Forjador de Armas lo tenía sujeto entre las fuertes tenazas de su Omnisapiente Providencia. Lo colocó en el fuego de la adversidad para templarlo, en el yunque de la incomprensión, para moldearlo, y lo golpeaba, ahora, con el pesado martillo de las falsas acusaciones para forjarlo, de tal manera, que nunca se doblase ni se rompiese.

¡Pero había otro proceso de temple, también! Dios no sólo había sumergido esa alma en el fuego de su fragua, sino que la enfriaba con la grata y estimulante brisa de la amistad; pues el Abad había visto más hondo que el Preceptor y, Maurus, se había sentido atraído hacia él desde el

principio. Dios prueba las almas con el fuego; mas nunca las destruye entre las llamas.

Fue así que Roberto aprendió muchas cosas a medida que pasaron los meses del noviciado; y no fue el sufrimiento su único ni mejor maestro. Maurus, con su incontenible jovialidad y el Abad, con su paternal aliento y consejo, hicieron mucho más por el muchacho que lo que consiguió el Preceptor con sus graves reproches y, algunos de los novicios, con sus críticas.

Roberto cometió los errores que cometen comúnmente los novicios activos y sinceros. Era exagerado en muchas cosas. Pero el Abad, con sus bondadosas advertencias, logró frenar esa impetuosidad juvenil, con más eficacia que el Preceptor, con sus concisas órdenes. —Has tardado casi diez y seis años para conseguir tu peso y tu estatura actuales, hijo mío. ¿Por qué no dar a lo sobrenatural una oportunidad? Ello se basa en la naturaleza y sigue muchas de sus leyes. No seas tan impaciente acerca de tu aparente falta de aprovechamiento —le dijo un día el Abad—, así es la naturaleza.

Cuando Maurus dijo, con una carcajada: —Algunas personas creen que son humildes sólo porque piensan en diminutivo—, animó notablemente a un muchacho que sólo tenía pensamientos grandes, grandes deseos y grandes sueños. Más aún, lo ayudó a obtener verdadera humildad más rápidamente que el cáustico —eres demasiado ambicioso—. Y, cuando Maurus dijo: —Tú sabes, Roberto, que los verdaderos talentos despiertan emulación en las almas grandes y envidia en las pequeñas—, el joven entendió mejor algunas de las miradas de sus condiscípulos.

Y así continuaron los días del noviciado, algunos grises, otros azules y, otros, negros; pero, en su gran mayoría, dorados por un alegre sol. Todo contribuía a la progresiva evolución del muchacho.

No obstante, siendo el aprovechado Roberto hijo de Teodorico, Maurus no se equivocaba al decirle que era exasperadamente terco. Los dos novicios discutían siempre y, muy a menudo, esas discusiones producían más calor que luz. No había tema más propicio para esos debates que sus respectivos conceptos sobre la Regla. Bajo la cuidadosa guía del Abad, Roberto había llegado a considerar la Regla en una forma que Maurus juzgaba fanática.

Era de esperar este resultado, ya que el Abad acostumbraba a explicar una parte del texto, todas las mañanas en el capítulo. Esta diaria insistencia ahondaba más aún la idea primitiva que dio al joven el día de su entrada en el monasterio. La Regla fue todo para Roberto. Pero esta dedicación produjo



dificultades que el Abad nunca previó y que mortificaron al muchacho. Entre la letra de la Regla y su cumplimiento cotidiano, existían discrepancias y, esto, lo perturbó. Con el correr de las semanas, su preocupación aumentó.

Las primeras nieves de 1034 llegaron a fines de noviembre y encontraron a Roberto contemplando a través de los espesos copos, la torre gris de la nueva iglesia, que se estaba construyendo en Saint Pierre. La nieve y la torre despertaron distintos recuerdos en su alma. Una, las palabras de Teodorico, pronunciadas justamente un año antes, a la caída de las primeras nieves; la otra, lo que el Abad Bernardo le dijera la semana anterior. Pero las palabras de su padre natural y las de su padre espiritual, no armonizaban. Este desacuerdo era algo nuevo, y Roberto se sentía inquieto. Y, a pesar de repetirse que el Abad, y no su padre, era su director espiritual, los consejos de este último le parecían mejores, más profundos y más verdaderos.

Roberto se apercibió repentinamente de que este conflicto, cuyo recuerdo despertaran la torre y la nieve, no era nuevo. No. Había tenido que hacerle frente bajo diferentes aspectos y luchar contra él muchas veces durante esos últimos tres meses. Cada vez creía haberlo vencido, pero siempre volvía con mayor fuerza. La nieve que caía parecía acercarle a su padre, mientras que la aguja gris de la torre, se le aparecía como un símbolo de la fuerza de su Abad. Por primera vez, ese joven que había llegado a ser mirado como la encarnación de la energía, permaneció ocioso y abatido. De pronto, oyó que lo llamaban y, al darse vuelta, encontró al Preceptor que le hizo una señal.

—Ven, — dijo el Padre Guillermo y Roberto obedeció. Al seguir los pasos de su superior, el joven novicio se preguntó qué podría significar ese llamado. ¿Sería, tal vez, una secuela de su última controversia con Frater Maurus? Bien, de ser así, tendrían que oírle. El Padre Guillermo había cambiado últimamente. Parecía mucho más bondadoso y se comportaba de un modo notablemente suave. Roberto se propuso ser más franco. El Preceptor era considerado un erudito y el joven lo sabía piadoso. El sería capaz de resolver ese tentador e inasequible problema.

Cuando ambos estuvieron frente a frente, en la pequeña y desmantelada habitación, el Preceptor de Novicios le dijo: —Bien, hijo mío. Pronto llegará el momento de hacer los votos. ¿Crees que estás preparado?

—No estoy nada preparado — fue la rápida y firme respuesta.

Sólo la habitual calma del Preceptor le impidió dar un salto de sorpresa. Su pregunta había sido una simple formalidad, una introducción a

la conversación. Pues Roberto era llamado —y con razón— "el novicio modelo". Muchos de entre los monjes viejos habían dicho al Abad que la presencia del joven les hacía bien, y el Padre Guillermo admitía ahora que se debía al reconocimiento de los méritos de Roberto y no a un afecto paternal. La energía que el muchacho ponía en todo, desde el canto de los salmos hasta el lavado de los pisos, realmente levantaba el ánimo. Roberto era algo impresionante. Su prestancia y su físico lo hacían destacarse, pero lo que a todos estimulaba —hasta al Preceptor—, era la forma en que el joven se sumergía en la vida. Para él no había vacilaciones ni medias tintas. Se daba por entero. ¡Y ahora salía con que no estaba preparado para hacer los votos! Gravemente el Preceptor de Novicios lo interrogó: — ¿Qué te ocurre, criatura?

—Creo que usted lo llamaría "conflicto de ideales" —respondió Roberto precipitadamente al par que sus mejillas comenzaban a arder—. Escúcheme, Padre Preceptor. La semana de mi llegada, el Abad nos habló en una forma que me traspasó como si hubiera sido fuego, hasta los huesos. Tal vez, usted recuerde ese sermón. Era aquel que, a la terminación de casi todas las frases preguntaba: — ¿Qué hubiera dicho San Benito a esto? —El Preceptor asintió con la cabeza—. Bien, esto me ha servido de guía durante casi todos los días que he pasado en esta casa. En el trabajo, en el coro, al asistir a misa, en el dormitorio, en todas partes yo me preguntaba: — ¿Qué hubiera dicho Benito a esto? Y eso me ayudó mucho—. El Preceptor observaba atentamente al novicio—. Me hizo estudiar la Regla con más ahínco que el que hubiera puesto de ordinario.

Roberto se detuvo. Sus ojos no se habían desviado de los del Preceptor durante su perorata. Los bajó y los mantuvo clavados en sus manos que tenía entrelazadas sobre las rodillas. Tragó saliva y se agitó en la silla, visiblemente nervioso.

El Preceptor aguardó un momento más y, luego, dijo: —Hasta aquí vamos bien, Roberto. En realidad, debiera decir hasta aquí, excelente. ¿Qué sigue ahora? Y sonrió bondadosamente.

Roberto se apercibió de esa sonrisa. Era el apoyo que necesitaba. Contestó con un gesto algo tímido. —Padre, aún no he cumplido diez y siete años. No he terminado el noviciado. Sé que es absurdo lo que voy a decir, pero debo hacerle saber que, muy a menudo, al preguntarme "¿Qué hubiera dicho Benito a esto?" respondo: "¡Que no está bien!"

La sonrisa del preceptor continuó bondadosa como antes, mas sus ojos adquirieron una expresión más seria. Roberto podía decir que sólo tenía diez

y seis años; sin embargo, el Padre Preceptor sabía que su perspicacia era mayor que la de muchos hombres de sesenta. Más aún, el Preceptor había dedicado años al estudio del Benedictinismo. Sabía que allí había un buen terreno para la discusión. Se preguntó hasta qué punto Roberto se había dado cuenta. Se reclinó hacia atrás, contra el respaldo, y le dijo: —Me alegro de que hayas hablado, hijo. No es absurdo que lo hayas hecho. El no haber terminado tu noviciado es precisamente un motivo para hablar. ¿Dónde está ese conflicto que has mencionado?

—Mi padre me dijo que diera todo o nada—. El rostro de Roberto se enrojeció y sus ojos despedían fuego. —El dijo: —"¡Saca tu espada por Dios y conserva esa espada desenvainada!" El dijo: —"¡Sé un verdadero monje, un santo!" Para mí, eso quiere decir: Sé como San Benito. Por lo menos, es lo que yo pensé que él quería decir después de oír ese sermón del Abad. ¡No obstante, Padre Preceptor —y al llegar aquí se corrió hasta el borde de la silla— no somos como San Benito! Apenas la semana pasada, yo trabajaba en la nueva iglesia y el Padre Abad me explicó los cambios en la arquitectura. Me dijo que el nuevo estilo, el Románico, ostenta más líneas verticales que horizontales, llevándonos hacia las alturas en vez de mantenemos en la tierra. Me señaló las diferencias entre ese estilo y el antiguo y me demostró sus ventajas. Fue muy interesante. Cuando terminó, yo lo miré y le pregunté: "¿Qué hubiera dicho Benito a esto?" Lo dije en son de chanza, pero no lo tomó así. Me miró y dijo: "¿Crees que hubiéramos debido permanecer para siempre en la caverna de Subiaco? Nada es demasiado bueno para Dios—. Roberto agregó: —Parecía muy serio, y hasta un poco perturbado, pero, Padre Preceptor ¿qué hubiera dicho Benito a esto?

— ¿Piensas que lo hubiera encontrado demasiado magnífico?

Roberto retorció sus manos entrelazadas, respiró profundamente y contestó: —Tal vez, no la iglesia en sí, pero nuestro monasterio y nuestra manera de vivir le hubieran parecido extraños. Padre, ¿cree usted realmente que San Benito se hubiera sentido cómodo aquí, en Saint Pierre de la Celle?

— ¿Por qué no, hijo mío? —El Padre Guillermo procedía con cautela. Conocía una docena de cosas que habrían molestado a San Benito, mas no estaba dispuesto a enterar de ellas a un novicio.

—No trabajamos mucho en los campos, Padre. Nuestros siervos labran nuestra tierra. Eso no le hubiera gustado a San Benito, ¿no le parece?

—Debemos estar libres para el coro, hijo. No podemos estar en dos partes a la vez. ¿Tú sabes? Dios no nos ha dado aún el don de la ubicuidad.

Lo ha dado a algunos de sus santos, es muy cierto, pero no creo que todos nosotros seamos santos, ¿no te parece? —Y el Padre Guillermo se sonrió satisfecho.

—Sin embargo, la labor manual parece tan importante en la vida de un Benedictino — arguyó Roberto gravemente.

— ¿No has tenido bastante labor manual? He visto muchas de tus copias, algunas buenas, otras, no tanto.

— ¡Oh Padre! ¿llama trabajo manual a copiar manuscritos? —La cara del joven Roberto reflejaba indignación—. San Benito no quiso decir eso ¿no es cierto? Creo que quiso significar verdadero y rudo trabajo en los campos; labores como las que desempeñan nuestros siervos.

—Yo también lo creo así, hijo; porque ésa era casi la única labor que San Benito debía desempeñar. Recuerda que ese Santo llevaba una vida extremadamente simple y que los monjes que le seguían eran hombres muy sencillos. No eran sacerdotes, ni siquiera clérigos. No estaban destinados al sacerdocio, como tú sabes. El mismo San Benito nunca fue un sacerdote. Oían misa los domingos y algunas de las principales fiestas, y eso era todo. La mayor parte de su vida la pasaban en el oratorio y en el campo. Era una sencilla vida para hombres sencillos. Pero, como habrás observado, nuestra comunidad no tiene la misma sencillez. Tú perteneces a la nobleza, como casi todos los otros. Estás destinado al sacerdocio, también como casi todos los otros. Esto ya se ha hecho un hábito en todo el Continente. Eso establece una diferencia. Las manos unguadas son manos unguadas.

Roberto pestañeó rápidamente y movió la cabeza en señal de asentimiento. Estaba sumido en la cavilación. El sacerdocio establece una gran diferencia. Eso, lo veía muy claro.

—Tienes el privilegio de ayudar una misa privada todos los días — continuó el Padre Guillermo—, y de asistir a la misa de la Comunidad. Los domingos tienes la bendición de tres misas. Esto es muy distinto a la época de San Benito, pero no me dirás que está mal, ¿no es verdad?

— ¡Oh no! —contestó Roberto con premura—. Amo la misa. Pero ¿y con respecto a la labor manual, Padre? San Benito habla sobre los sacerdotes en su Regla. Dice que pueden ser admitidos en la Comunidad. Pero la única diferencia que establece para ellos, es que pueden ocupar los lugares más importantes en el coro. No los exime del trabajo manual—. El muchacho hizo una pausa. Su propia vehemencia lo cohibía. Recordaba las frases de su padre acerca de los fuegos tapados con cenizas... Y, a pesar de ello, no pudo refrenarse y exclamó: —Padre Preceptor, estoy perturbado. Quiero ser el

mejor monje posible; es decir, que quiero parecerme a San Benito. Mas observo tantas desviaciones de su Regla, que no comprendo cómo lograré ser al mismo tiempo como él y como el resto de la Comunidad. ¿Ve, usted, cuál es mi problema?

El Padre Guillermo, colocando los codos sobre el escritorio, se inclinó hacia adelante y dijo: —Ya lo creo que veo tu problema, muchacho. Permite que te haga una sola pregunta, que, pienso, lo solucionará. Si San Pedro volviera a Roma, ahora, en este 20 de noviembre de 1034, ¿crees que se sentiría cómodo en la Ciudad Eterna? —Roberto frunció el ceño—. ¿Crees —, continuó el Preceptor—, que reconocería la Iglesia Católica como la misma Iglesia que él gobernara en el año 34?

—Yo...no... sé, — contestó Roberto lentamente.

El Preceptor, con una leve sonrisa, prosiguió: —Yo creo que el bueno de San Pedro se sentiría perdido entre el fausto y la pompa de las ceremonias de la coronación de un emperador, digamos, o hasta en la Solemne Misa de Pontifical en su propia Iglesia. Creo que no estaría cómodo rodeado de Cardenales, Arzobispos y Obispos; duques, condes, reyes y emperadores. Estoy seguro de que se alegraría mucho de volver al Cielo. Pero el asunto es, Roberto, que se trata de la misma Iglesia Católica. Lo externo ha cambiado enormemente, pero es el mismo Dios, la misma Fe, el mismo Bautismo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí —respondió el novicio, ansioso—. ¿Quiere decir que somos esencialmente iguales a los monjes de la época de San Benito?

—Exactamente. Somos cenobitas. Vivimos en comunidad, bajo un Abad y de acuerdo con la Regla. Las diferencias exteriores no llegan al corazón. Benito encontraría aquí su espíritu igual que en Monte Cassino. Considero que puedes mantener tu espada desenvainada, hijo mío, y no preocuparte más por los trabajos manuales. ¿Qué te parece?

La expresión de alivio en el rostro de Roberto era respuesta suficiente. — ¿Qué me parece? —exclamó—, creo que le debo un gigantesco gracias y creo, también que debo aprender a meditar—. Luego, con una ligera sonrisa, continuó—. San Pedro se pondría furioso al ver a un niño de 13 años en su trono, no lo dudo: y que le disgustarían muchos de los Obispos y Arzobispos de hoy en día, tampoco lo dudo. Pero, como usted lo ha dicho, encontraría la misma Católica Iglesia. Esas cosas no tocan el corazón. Ahora comprendo mi error.

—Pienso que si recuerdas que progreso no significa desviación, encontrarías paz. Mira. ¿Ves ese árbol? —Roberto dirigió la mirada a través

de la ventana, a las desnudas ramas de un roble gigantesco—. Ha cambiado desde que tú llegaste —añadió el Preceptor—. Es más alto este año que el pasado. Está muy distinto de lo que era cuando llegué a esta casa, hace unos treinta años. Pero es el mismo roble que creció de la misma bellota. El progreso no significa desviación. Hemos crecido desde la época en que San Benito estaba en Subiaco.

Dejó su asiento y contempló la tormenta de nieve. —El crecimiento —dijo con el rostro vuelto hacia los blancos copos—, es signo de vida, Frater Roberto. Pero el crecimiento significa cambio. Si queremos que la Regla de Benito perdure, tenemos que aceptar cambios.

Roberto permaneció silencioso. Al fin, exclamó: —Frater Maurus dijo algo por el estilo, días pasados. Me preguntó si mi madre reconocería, en mi gran cabeza, mi gran boca y mis enormes manos y pies, al mismo niño que amamantó en su pecho. Discutíamos justamente este asunto.

—Así he oído —dijo el Preceptor, sonriendo—. La verdad es que, por eso, quería hablar contigo. ¿Qué piensas ahora sobre ese problema?

— ¡Oh! Frater Maurus es mayor que yo y me aventaja en inteligencia. Tiene razón y no le guardo rencor. Fue un buen debate el nuestro. Pero tiene, en verdad, una lengua mordaz.

—Ya lo sé —contestó el Padre Guillermo—. El mismo no se da cuenta hasta qué punto es incisivo. Tiene un agudo ingenio que parece afilar sus palabras. ¿No sientes hostilidad hacia él?

—Nada de eso —rió Roberto—. Podemos discutir sin pelearnos, Padre. Me gusta discutir. Y, a Frater Maurus, también. ¿Quién habla de rencor?

—Es lo que me pregunto —exclamó el Padre Guillermo, ahogando la risa, y prosiguió—: Tienes razón, hijo mío; la discusión es madre del descubrimiento, pero las lenguas afiladas a menudo causan heridas en los corazones sensibles. Y, ahora, deja que te prevenga. Estás lleno de fuego, hijo, parecías querer inflamar a Frater Maurus, según me han contado. Y, oyéndote hoy, veo que el término "inflamar" es adecuado—. El Preceptor sonrió y Roberto se ruborizó—. Trata de seguir el camino de Cristo, hijo. Sé manso. De ahora en adelante, cuando les dé permiso a ti y a Frater Maurus para conversar, recuerden que es para hablar y no para discutir. Puedes, ahora, ir a Vísperas. Ruega para que conserves siempre el espíritu de San Benito.

Roberto se alejó, con sus dudas resueltas, por lo menos,

momentáneamente; sin embargo, el Preceptor permaneció largo tiempo contemplando la nieve que seguía cayendo. Por último, exclamó en voz alta: — ¿Fue esa comparación mía realmente plausible? ¿Ha dado, acaso, el muchacho con el verdadero fondo del problema? ¿Somos los Monjes Benedictinos de Saint Pierre, verdaderos discípulos de San Benito? Yo me lo pregunto—. No era ese asunto una novedad para el Padre Guillermo. Después de años de seguir, a través de los manuscritos, las huellas de los Benedictinos, desde Subiaco a Monte Cassino por medio de Agustín, en Inglaterra; por todos los monasterios de los reinos de la Galia; viajando, con Bonifacio, entre los Germanos; observando cómo la Regla se había apoderado de España, de Escandinavia y de los países Eslavos; viéndola suplantar otras Reglas de un modo tan absoluto que Carlos el Grande pudo preguntar si hubo, alguna vez, otra legislación monástica, el Padre Guillermo había visto progresos y desviaciones.

Sabía mucho acerca de Benito de Aniane y su reforma en los albores del siglo IX; sabía más aún, acerca de Cluny y de la reforma de principios del siglo X. En verdad, él mismo vivía ahora bajo la observancia de Cluny. Pero se había interrogado muchas veces si lo que llamaban evolución, lo era realmente. Pensaba si el joven Roberto no habría sondeado con exactitud la profundidad del problema con el asunto de la labor manual. La campana llamando a Vísperas puso fin a sus meditaciones, mas no le proporcionó una respuesta. ¿Tendría razón Roberto?

## Capítulo III

### "BUSQUE QUIEN SE MANTUVIERA EN LA BRECHA"

La primera nieve del año fue cubierta por otras tres copiosas nevadas, antes de que pasara diciembre. Champagne parecía destinado a pasar un invierno blanco y una helada Navidad. El Padre Guillermo había estudiado el clima con atención, pues notaba desasosiego entre sus discípulos y sabía que si conseguía sacarlos al aire libre, por un rato, sus ánimos mejorarían. Había observado especialmente a Roberto, para quien se acercaba, con gran rapidez, el día de la profesión, y tenía la certeza de que el alma del muchacho no estaba tranquila. Se preguntaba si no habría sido tentado.

Una mañana, al pasar por el **scriptorium**, halló a Roberto con la pluma en el aire, los ojos apartados del manuscrito que estaba copiando y el entrecejo fruncido. Se acercó suavemente y murmuró: Hace frío aquí, ¿no es verdad, hijo? Baja un momento a la estufa y caliéntate. Tengo un trabajo especial para ti y Frater Maurus.

El joven dejó el **stylus** a un lado. No había transcrito una sola letra. Se levantó mecánicamente y abandonó el gran scriptorium, donde las cabezas inclinadas dirigían los laboriosos dedos en la transcripción de antiguos rollos de pergamino. Encaminó sus pasos a través de los anchos y helados claustros, hasta la habitación donde algunos monjes se calentaban frente a un fuego abierto. Roberto fue directamente al hogar y, con aire absorto, extendió las manos hacia las llamas. Su mente estaba ocupada con las palabras oídas al Abad esa misma mañana, en la sala del capítulo: "Busqué... un hombre... que se mantuviera en la brecha, delante de mí, en defensa de la tierra, para que yo no la destruyera; y no encontré ninguno." (Ezeq. 22, 30).

Estas palabras habían perseguido a Roberto toda la mañana. Le habían hecho imaginar el cuadro de una ciudad sitiada, con una enorme brecha en su muralla. Veía un solitario caballero, de pie, en medio de la abertura,



como única defensa de todo el pueblo. Esa fantasía removía su sangre guerrera. Pero lo que había oprimido su corazón en el capítulo, y continuaba aún oprimiéndolo, era el dolorido lamento de la última frase: "...y no encontré ninguno". Se preguntaba si Dios tendría más éxito en su búsqueda en los tiempos que corrían. No podía liberarse de la idea de que ese pasaje le concernía directamente, que estaba dirigido a él. Desde el alba, no pensaba en otra cosa. Y ahora, mirando fijamente las llamas, no veía su transparente belleza con reflejos dorados y azules, sino sólo una ancha brecha en una muralla y, más allá, a un Dios lleno de ira, pronto para hacer justicia. —"Busqué a un hombre... y no encontré ninguno"— murmuró Roberto.

—**Benedicite**... hablando solo, ¿eh? Eso es mala señal.

Roberto se volvió sobresaltado y encontró los alegres ojos de Frater Maurus—. Di **Dominus**, soñador. El Padre Preceptor nos ha dado permiso para hablar y una comisión que cumplir.

—Dominus — respondió Roberto.

—Ahora vamos mejor —dijo el jovial Maurus—. Óyeme. Tenemos que salir y barrer la nieve de las plataformas que los constructores usan en la nueva iglesia. Eso sólo es una buena noticia. Hace una semana que no salgo, ¿y tú?

—Yo tampoco.

—Bien. Siguen mejores noticias. Podremos quedarnos afuera hasta la hora nona y discutir a nuestro antojo. Orden del Padre Preceptor. Ven, busquemos nuestros mitones; las escobas de nieve están en la Iglesia.

La primera reacción de Roberto desilusionó a Maurus que, lleno de entusiasmo, se dirigía a la puerta. Girando alrededor del tan abstraído muchacho, preguntó: — ¿Qué te está royendo el cerebro? Te comportas como si te hubiera picado una de esos chinches que producen sueño. ¿Qué te pasa?

—Esa brecha — respondió Roberto.

— ¿Qué brecha?

— ¿No estabas esta mañana en el capítulo?

—Por supuesto, estuve, pero observé mi Regla.

— ¿Qué Regla?

—La Regla que dice que se debe seguir el ejemplo de los mayores. ¡Lo seguí, estuve medio dormido!

— ¡Oh! Sé serio, Maurus.

—Oh! Sé razonable, Roberto —rió el mayor de los novicios—. No tomes esta vida tan en serio; ellos se encargarán de que no la tomes demasiado a la ligera. Vamos —exclamó, volviéndose hacia la puerta—. Me hablarás de la brecha cuando estemos en la iglesia. Allí hay muchas—. Y fue el primero en salir del aposento.

Roberto lo siguió y, pronto, la rápida caminata lo apartó un poco de su abstracción. El aire penetrante y frío de diciembre le lastimaba las aletas de la nariz y le traspasaba los pulmones.

—Mejor que el scriptorium, ¿no es así? — preguntó Maurus.

Se abrieron camino a través del espacioso jardín, con los ojos heridos por el resplandor del sol que se reflejaba en la nieve. Roberto se cubrió los ojos con la mano, exclamando: — ¡Uf! ¡esto ciega la vista!

—Mejor quedarse ciego aquí que en el scriptorium, copiando manuscritos sin sentido —rió Maurus—. ¿Cuántas letras iluminaste esta mañana?

—Ninguna — gruñó Roberto, atravesando penosamente un montículo de nieve.

Maurus se dio vuelta, sorprendido. — ¿Ninguna? ¿Qué le pasa a nuestro novicio modelo? ¿Se te helaron los dedos?— Roberto no contestó.

Pronto llegaron al extremo del jardín y Maurus se ocupó de abrir el cerrojo de la puerta que les permitiría salir del recinto. — ¿Y, bien? ¿Tenías los dedos helados?

El novicio estaba a punto de continuar sus chanzas, cuando apercibió un movimiento en una de las ventanas del monasterio. — ¡Oh! ¡Oh! — susurró—, las paredes no sólo tienen oídos, también tienen ojos. No te muevas, pero sabe que en la ventana del medio, del piso alto, está nuestro buen Padre Abad contemplando a sus dos mejores novicios y deseando saber qué hacen. ¡Salgamos! —exclamó levantando el cerrojo—. Y dejemos a Su Señoría con sus cavilaciones.

Roberto mantuvo la puerta entreabierta durante un instante y contempló los tres frentes del sombrío monasterio. En cada uno de ellos, tres hileras de ventanas reflejaban el sol que estaba ya bastante alto. No pudo ver al Abad, pero el profundo silencio del jardín, la doble huella de sus pasos en la nieve intransitada y el firme resplandor de las ventanas le produjeron una sensación de desconuelo. Ese era su monasterio, la casa que había elegido para servir a Dios, tal vez por el resto de su vida. Saint Pierre era grande y próspero; su comunidad, numerosa; bajo su silencio se podía pulsar la

excitante energía y el bullicio contenido, condiciones siempre presentes en una agrupación de hombres dedicados al trabajo. Esa calma momentánea era más infecunda que el silencio. Para Roberto, a quien el sufrimiento interior había hecho más sensible, esa calma le producía un efecto de vacío. La voz jovial de Maurus llegó hasta él como un alivio: —No estás en medio de una brecha, valiente. Es la puerta del monasterio. Ciérrala y vamos.

Un angosto sendero había sido trazado en la nieve, cerca del muro del monasterio. Maurus lo siguió hasta el ángulo del edificio. Luego, se volvió bruscamente y encaminó sus pasos entre los montículos de nieve que cubrían las maderas y piedras que yacían, desparramadas, alrededor de las nuevas construcciones. La iglesia tenía techo, pero aún no se habían colocado las ventanas. Los dos novicios entraron, abriéndose camino entre los cascotes, y la nieve que había penetrado por los espacios abiertos. Bajo la rústica plataforma, encontraron las escobas de nieve y, trepándose a ella, se pusieron a trabajar con afán.

Durante unos minutos, barrieron en silencio. Roberto gozaba con su trabajo. La nieve volaba a ambos lados de la plataforma llevada por los fuertes golpes de su gran escoba de madera. La actividad era un alivio. Las energías contenidas de las dos semanas anteriores se liberaban. Hasta sus pensamientos parecían más livianos. Se sonrió. —Vamos mejor —dijo Maurus que lo había contemplado con atención—. ¿Te das cuenta que es la primera vez, en todo el día, que veo un pliegue en tu cara? Eres más hermoso cuando sonríes. Deberías hacerlo más a menudo. El mundo no está sobre nuestras espaldas, hombre. ¡Animo! Y ahora cuéntame el asunto de la brecha—. Maurus balanceaba lentamente su escoba. Roberto se detuvo un momento a descansar. Respiró hondo. —No sé si decírtelo o no —dijo riéndose—. Es una brecha que indicaría que tienes una brecha, más grande aún, en tu cerebro, si al hacer esa observación de que no tenemos el mundo sobre nuestras espaldas, has hablado en serio. ¿Qué concepto tienes del monje, Maurus?

—Un hombre sabio que, en vez de llevar el mundo sobre sus hombros, huye de ese mundo.

— ¿Un alma egoísta, entonces?

— ¡Oh! Egoísta, con un saludable egoísmo. Sabe que tiene un alma que salvar y conoce el lugar donde puede salvarla.

— ¿Nunca has pensado en salvar otras almas?

—Deja eso a los sacerdotes. Nosotros somos monjes solamente.

—Bien. Ahí es donde está tu brecha y empieza la mía —dijo Roberto, balanceando otra vez su escoba—. El Abad habló de Dios esta mañana.

—Lo hace casi todas las mañanas —protestó Maurus—. Por eso es que lo oigo sin escuchar. Nunca he conocido un hombre que pueda decir la misma cosa de tan diferentes maneras. Nada nuevo dijo esta mañana, ¿no es así?

Roberto no pudo contener una sonrisa. El abad Bernardo, a pesar de toda su sinceridad, realmente se repetía a menudo.

—Sí —dijo Roberto con una risa ahogada—. No sólo habló de Dios esta mañana; habló, también, del hombre ausente.

La escoba de Maurus se detuvo. — ¿Qué hombre ausente?

—El hombre ausente que perdió las vidas de todos los habitantes de la ciudad. El hombre que no llenó la brecha.

— ¿Quién era él?

—Dímelo a mí, también — irrumpió una tercera voz detrás de ellos. Ambos novicios se volvieron bruscamente para encontrar la bondadosa mirada del Abad en persona, que se sonrió ante la sorpresa y turbación de los dos jóvenes rostros—. Necesitaba un poco de aire —dijo—. Y, además, estaba preocupado por esta plataforma. Pero, ahora, tengo curiosidad por saber quién es el hombre ausente del Hermano Roberto. ¿Quién es él, Frater?

Roberto se cortó apenas, pero recobrándose rápidamente, se inclinó con reverencia y dijo **Benedícite**.

—Dominus — respondió el Abad, cubriéndose más aún su cabeza casi calva con la capucha.

Hablaba del hombre que Dios buscó y no pudo encontrar. El hombre de quien usted habló en el Capítulo, esta mañana. Estaba pensando si nosotros podríamos ser él.

El Abad se sonrió y, volviéndose a Maurus con un significativo brillo en los ojos, dijo: — ¡Qué extraña combinación de singular y plural!, ¿no es así? ¿Qué piensa usted, Frater? ¿Podríamos nosotros ser él?

—Me reconozco pecador, Reverendo Padre —replicó Maurus—. Dormité esta mañana. Pero de ninguna manera quisiera estar entre los ausentes, si Dios me buscara.

El Abate se rió. Roberto envidiaba en el novicio su aplomo en presencia del Abad. El nunca hubiera podido hacer semejante confesión con tanta calma.

—Bien, Frater Roberto, ¿qué es lo que piensas? ¿Encontró Dios alguna vez un hombre que se mantuviera en la brecha? Y los ojos azules del Abad estudiaron el rostro del joven novicio.

Roberto contempló un instante el polvo de nieve de sus botas. —Sí, Reverendo Padre. Creo que San Benito se mantuvo en la brecha, allá en el siglo VI.

—Muy bien —aprobó el Abad. Luego, mesándose la barba gris, preguntó—: ¿Y podría encontrar alguien hoy en día?

El rostro de Roberto se ensombreció. Sacudió el polvo de sus botas antes de contestar: —Podría, si encontrara alguien como San Benito

El aliento del Abad se congelaba en el aire frío. Sacudió la cabeza un momento, en silencio. No era ésa la respuesta que había esperado. Deseaba saber más de lo que pasaba en el alma del muchacho. Sin embargo, como estaba helado y temía que los novicios se resfriaran, dijo: —Ven a verme cuando termines el trabajo que te ha encomendado el Padre Preceptor, Frater Roberto. Y tú, Frater Maurus, cuida que ninguno de los dos se hiele.

—No nos sucederá si seguimos en movimiento, Reverendo Padre —dijo el novicio reiniciando su tarea—. El Padre Preceptor nos dio permiso para quedarnos hasta la hora nona. ¿Podrá Frater Roberto verle entonces?

—Perfectamente —dijo el Abad, y, dándose vuelta desapareció.

Cuando hubo traspuesto el ángulo del edificio principal, perdiéndose de vista, Maurus murmuró: — ¡Uf! Qué escapada. Casi perdemos nuestra salida. He visto unas huellas cerca del estanque de los peces y quiero explorarlas. Podremos hacerlo si te apuras con esta nieve.

—Si nos apuramos, querrás decir — replicó Roberto, dando mayor impulso a su escoba. La nieve caía copiosamente a ambos lados de la elevada plataforma, gracias a su ahínco. Durante breves instantes, trabajaron en silencio. Entonces, Maurus descansó y, soplando, exclamó:

— ¡Eres fuerte, muchacho! Llegarás a ser tan corpulento como tu padre. Cuando llegues a los cuarenta, serás un monje del tamaño de una regular montaña.

La escoba de Roberto iba y venía sin cansancio. Estaba próximo al extremo de la plataforma cuando dijo: — ¿Qué querrá conmigo el Abad?

— ¿Tal vez quiera averiguar por qué no has dicho que Dios hubiera encontrado el hombre que buscaba si lo hubiera hecho en este monasterio? Esa habría sido una respuesta diplomática. Pero tú no crees en la ventaja de ser diplomático, ¿no es cierto?

—Yo no creo en la ventaja de ser hipócrita —dijo Roberto y, sacándose los mitones, se agachó para prender el borde de su hábito. Inclinado, continuó: —Temo que Dios tendría tanto éxito aquí, en Saint Pierre, como el que tuvo allá en tiempos del Antiguo Testamento. No podría encontrar ninguno como San Benito acá, simplemente porque no vivimos la Regla de San Benito.

Maurus se apoyó con calma en el largo mango de su escoba. — Roberto —dijo en tono jovial—, en muchas de tus cosas me recuerdas a un buey. No solamente eres tan grande y fuerte como él, sino que también eres tan impasible y terco.

Como Roberto no respondiera, Maurus preguntó: — ¿Nunca has visto un buey pisando trigo?

—No.

—Bien, da vueltas, vueltas y vueltas; sin cansarse, gira, gira y gira. Así trabaja tu mente. Sencillamente das vueltas y vueltas y vueltas y no llegas a ninguna parte. Nosotros somos Benedictinos.

—Pero no somos como San Benito — dijo Roberto con ardor al mismo tiempo que daba fin a su trabajo y colocaba su escoba en el rincón.

—Ven aquí —ordenó con impaciencia, tomándolo del escapulario—. Cuenta conmigo estos edificios. Casa de huéspedes, uno. Escuela, dos. El cuadrángulo del monasterio, de tres pisos, y ciento cincuenta pies de largo, tres. Nueva iglesia, con torre, que se eleva cientoveintisiete pies hacia el cielo, cuatro. Cuatro sólidos edificios rodeados de no sé cuántos graneros, talleres, establos y las viviendas de los siervos. Una pequeña ciudad de por sí, con el Abad como señor feudal.

—Pero, ¿qué quieres? No somos ermitaños.

—Sin embargo, ¿dónde está la simplicidad Benedictina? —arguyó Roberto con fiereza—. Es como el hombre para la brecha, me parece. También está ausente.

El otro novicio lo miró de soslayo. —Vamos hasta el estanque — exclamó disgustado—. Estás obsesionado. No sólo necesitas ejercicio, sino que, también necesitas ser exorcizado. Ven. Te haré hacer ejercicio y dejaré que el Abad haga el resto—. Luego, en el momento de pasar por el hueco de una ventana, se dio vuelta y le preguntó: — ¿A qué hora te levantaste esta mañana?

—A eso de las dos — replicó su amigo, intrigado.

—Y todavía no son las doce. Has estado unas diez horas, de las cuales,

cinco, en una iglesia helada cantando las alabanzas de Dios, y todavía dices que no somos Benedictinos. ¿Puede algo ser más Benedictino? Quería hombres que cantaran el salterio, ¿no es así? —Roberto asintió—. Bien, nosotros lo hacemos. De modo, que olvida tu obsesión y no seas tan ávido de penitencia—. Y, al ver la cara de su compañero, exclamó: — ¡Hola! No me tomes demasiado en serio. En este momento te pareces al viejo Padre Deusdedit. ¿Has visto alguna vez una expresión de más "Dios nos ampare" en el rostro de un hombre?—. Entonces, avanzando hacia un grupo de árboles que remataban un otero y señalaban el comienzo del bosque, continuó: —Ese hombre debe tener vinagre en las venas. ¡Qué cara! Cada vez que lo miro, pienso en las redomas en las que Dios guarda su ira.

La sonrisa de Roberto se hizo más visible. Luego, tratando de decir algo caritativo acerca del hombre cuyo carácter solía causarle asombro, remarcó: —Bien, tendrás que admitir que el viejo "cara de hielo" sigue la Regla. Es muy metódico.

—También lo son las vacas — replicó Maurus distraídamente. Acababa de encontrar las huellas entre los árboles. Levantó la vista y dijo—: Hay métodos y métodos, Roberto. El viejo Deusdedit no es humano y Dios no quiere eso. Es peor que el novicio del cual me hablaba el Padre Preceptor días pasados. "Nunca da trabajo", dijo. "No, respondí yo, tampoco da otra cosa". En ese momento no le gustó al Preceptor, pero después comprendió mi punto de vista—. Maurus se encaminó hacia los bosques diciendo—: Esto es lo que pasa con muchos allí. No dan trabajo, porque no dan nada. Si los Instructores, Cantores y Superiores emplearan más tiempo en despertar esa gente y, menos, en mantener a raya a los enérgicos, quizá Dios pudiera encontrar al hombre ausente de que hablabas hace un rato.

— ¡Oh! De modo que no te has olvidado.

—No olvido muchas de las cosas que tú dices, Frater; pero me alegro de que el sol, la nieve y el aire te hayan hecho olvidar por un instante. Eres demasiado serio. ¡Mira! Haz algo así y vivirás más—. Con esto, Maurus dio una vuelta de carnero en la nieve, pero antes de terminarla, resbaló y cayó de bruces.

—El viejo aún no ha muerto, ¿no es así? Rió Roberto al ayunarle a levantarse y sacudirse.

— ¿Muerto? —preguntó Maurus indignado—. ¿Muerto? ¡Debe estar enterrado! Jamás en mi vida me había fallado una vuelta de carnero. Pero sigamos, estas huellas se internan en el bosque.

Cuando estaban de regreso en la puerta del monasterio, después de su prolongado paseo a través de los bosques, Roberto dijo: —Espero no parecer raro, Maurus; sin embargo, no creo dar bastante a Dios. Esperaba una vida más dura, y no la he encontrado. Me gusta mucho cantar. El trabajo es demasiado fácil. Tengo la impresión de que doy demasiado poco.

— ¿Demasiado poco? —exclamó Maurus con incredulidad—. Estás dando tanto como los fundadores de Cluny. ¡Y ellos eran santos! ¿Por qué no te satisface lo que hacen los otros?

—Porque —dijo Roberto con gravedad—, porque he aprendido un poco de la generosidad del Calvario—. Maurus se estremeció—. Porque creo que Dios busca un hombre que se mantenga en la brecha.

El otro novicio le dio la espalda lentamente y tanteó el cerrojo, pero antes de entrar dijo: —Roberto, verás al Abad. Creo que debes decirle todo lo que has pensado sobre este asunto desde el primer día que llegaste aquí. Se lo debes tanto a él como a ti. Y al abrir la puerta, susurró—: Silencio, ahora. Entremos.

Cuando Roberto llegó al aposento del Abad lo encontró estudiando un pergamino arrugado y amarillento. Levantó la vista y sonrió al joven novicio. Roberto había admirado siempre esa sonrisa, que difundía en su semblante una luz pocas veces vista en el rostro de los hombres.

—*Primarium officium nostrum est in terna praestare quod Angeli in Coelo* —dijo el Abad—. ¿Puedes traducir esto, hijo mío?

—Nuestro principal deber es continuar en la tierra lo que los ángeles hacen en el cielo —dijo Roberto con una cierta cortedad.

— ¡Bien! —exclamó el Abad—, este hombre habla de nosotros, Hermano Roberto. ¿Crees que tiene razón?

—Supongo que se refiere a nuestro coro. Es un hermoso concepto de nuestra vida, ¿no es verdad?

—Hermoso —dijo el Abad, reclinándose en su silla y señalando otra al novicio—, pero poco adecuado. Esta mañana he hecho algo que ningún ángel ha hecho, ni hará. Y, con la gracia de Dios, tú también llevarás a cabo, algún día, esa gran obra.

— ¿Más grande que los ángeles? —Roberto no pudo ocultar su sorpresa.

—Sí, por cierto —asintió el Abad. No has sido traído a este lugar para ser un ángel, hijo mío. Fuiste traído para dar a Dios algo que nadie en los nueve coros de ángeles, ni ninguno de los nueve coros, ni por cierto los



nueve coros juntos, podrían dar—. Roberto se perdía en conjeturas. El Abad continuó—. No fuiste traído para desempeñar trabajo angélico, ni tampoco trabajo humano, pero si trabajo divino. No estás aquí para convertirte en otro Miguel, Gabriel o Rafael, hijo. ¡Estás aquí para ser otro Cristo!

El Abad hizo una pausa. Los ojos de Roberto se iluminaron. Había captado la idea. Al ver la comprensión que brilló en los ojos del novicio, el anciano prosiguió: El Sacrificio de Alabanza es grande, Roberto. Es, en verdad, un eco del cielo. Pero el Sacrificio de la Misa es más grande aún. Porque no es un eco del Calvario, ¡es el Calvario mismo! Y el Calvario, tú lo sabes bien, fue el único Sacrificio que satisfizo a Dios y salvó a los hombres. De modo que ya ves por qué digo que este verso sobre nuestra vida es hermoso, pero no es exacto —exclamó señalando el rollo de pergamino depositado en su mesa.

Roberto asintió con estupor. El Abad separó el pergamino a un lado diciendo: —ayer, leí un verso sobre nosotros que dice *Propter Chorum fundati*, quiere decir que hemos sido traídos para el Coro. Tampoco eso es exacto, hijo mío. O por lo menos es una verdad que necesita explicación. No estamos aquí para ser cantores de salmos solamente. No es a David a quien debemos imitar: a pesar de que su salmodia alabada y agradaba al Señor. Estamos aquí para ser hombres crucificados; pues es a Cristo a quien debemos imitar. El no solamente alababa y agradaba a Dios, sino que salvó a los hombres. El era el Hombre que se mantuvo en la brecha, ¿no es así?

— ¡Oh! —exclamó Roberto—, ¡por cierto que sí! Nunca había pensado en El de ese modo, Reverendo Padre; pero le había dicho a Frater Maurus que estábamos aquí para salvar hombres tanto como para servir a Dios. También le hice notar, como a usted, que San Benito me ha parecido siempre el hombre que se mantuvo en la brecha; y creo que el mundo necesita otro Benito.

El novicio se detuvo. Sonriendo, el Abad lo instó a continuar: — ¿y ahora?

—Ahora veo que hay una vocación más alta que la de imitar a San Benito. Tengo que imitar a Jesucristo. Nosotros, los monjes, debemos mantenernos en la brecha como se mantuvo El.

— ¡Muy bien! —aprobó el Abad—. Porque nosotros somos cristianos, es decir otros Cristos. Pero nunca debemos olvidar que somos Cristianos Benedictinos y debemos seguir a Cristo de acuerdo con la Regla de San Benito.

Fue esta observación la que precipitó la confesión de Roberto. Contó

al Abad todo lo que lo había atraído hacia Saint Pierre. Cómo había admirado a los monjes y su modo de ejercer la caridad durante aquellos tres espantosos años de hambre, plagas y muerte; cómo les había envidiado la oportunidad de glorificar Dios; y cómo había resuelto, finalmente, llevar la caballería al claustro. Relató qué era lo que lo llevó a interpretar la regla en la forma en que él lo hacía, vivida como la vivió Benito, con perfecta valentía. Cuando el novicio le contó, con voz vibrante de entusiasmo, su ansia por rivalizar con la generosidad del Calvario, Dom Bernardo llevó la mano hacia la frente para ocultar las lágrimas que asomaron a sus ojos. Entonces Roberto vaciló, pues no deseaba herir a ese hombre bondadoso, señalando las discrepancias que había observado entre la Regla y la práctica. El Abad lo animó diciendo: —Habla, hijo. Quiero saber lo que piensas.

Roberto lo contempló durante un instante, y luego, en tono casi suplicante, le preguntó: —Reverendo Padre, la práctica original de la Regla ¿no sería un obsequio más generoso a Dios? ¿No sería más noble vivir la simplicidad de Monte Cassino, con su soledad, su duro trabajo manual, su completo alejamiento del mundo, que vivir la vida que llevamos en Saint Pierre?

El Abad comprendió que el muchacho hablaba con profunda seriedad. Reflexionó un momento, pensando en la relativa comodidad en que vivían tanto él como su comunidad. El se había llamado, alguna vez, *ocio para amar a Dios*; veía ahora que era *ocio*, y que se podía amar a Dios sin eso. Fue una gran decisión para él. Inclinando la cabeza lentamente, dijo —Sí, hijo, tienes razón. Creo que sería más noble.

Esta fue la frase que decidió el destino de Roberto.

\* \* \*

Conversando con el Hermano Maurus al día siguiente, le dijo: —Está decidido, haré mis votos. Pero el Abad está de acuerdo conmigo. Hay un modo más noble de vivir; y voy a tratar de vivir de ese modo tanto como sea posible.

Esa misma tarde el Abad llamó al Preceptor de Novicios y le relató su conversación con Roberto. El Preceptor, también sonriendo, dijo. —Es un entusiasta ese muchacho.

—El entusiasmo es una preciosa cualidad hoy en día —replicó el Abad—. Usted Padre no ve tanto como yo la inmoralidad y la simonía a que ha llegado el clero en este mundo. Tal como traté de demostrar esta mañana,

con poco éxito, temo; *hay una brecha*, y Dios debe estar buscando, un *hombre que se mantenga delante de El en defensa de su tierra, para que no la destruya*. Mantenga su atención en el joven Roberto. Tal vez él sea ese hombre.

Oh, Padre Abad —replicó el Preceptor—. Ese muchacho es indomable. No sólo es vehemente, sino que hasta llega a la violencia. Siempre le recuerdo que debe tratar de adquirir la mansedumbre y la humildad de Cristo. Al fin y al cabo, el Cordero de Dios es nuestro Modelo.

—Sí, Padre, es muy cierto —dijo el Abad con una sonrisa—, el Cordero de Dios es nuestro modelo. ¡Pero no olvide, y no permita que sus novicios olviden, que el Cordero de Dios fue también el León de Judá!

## Capítulo IV

### BLANCO - PLATA SOBRE ROJO - FUEGO

Fue en la Iglesia recientemente concluida donde Roberto profesó. El Abad Bernardo invitó a los padres del muchacho a asistir a la ceremonia. Los oscuros ojos de Teodorico no perdían uno solo de los movimientos de su hijo. El gigantesco señor se sorprendía de encontrar tan notable similitud entre la armadura de un caballero y la profesión de un monje. Vio a su hijo colocar sus manos entre las de su Abad de la misma manera que el flamante caballero coloca las suyas entre las de su señor feudal; le oyó formular un voto muy parecido al ofrecido por un vasallo, un voto de servir hasta la muerte. Pero sólo cuando Roberto se hubo postrado con el rostro hacia el suelo, a los pies del Abad, fue cuando Teodorico se dijo: —El muchacho tenía razón. ¡Hay una más alta hidalguía! Luego, inclinándose hacia Ermengarda, cuyos ojos estaban cuajados de lágrimas de alegría, murmuró —: Nuestro hijo es armado caballero por Jesucristo. El Abad es el delegado de Cristo. Estoy orgulloso de nuestro hijo.

Por el momento, Roberto también estaba orgulloso, pues consideraba su profesión más como un regalo de Dios que como un regalo hecho a Dios. Sabía que lo armaban caballero, de modo que subió las gradas del altar con el corazón palpitante. Tenía que colocar su profesión, que había escrito sobre pergamino, en el lado de la Epístola de esa piedra sagrada de sacrificio, como expresión exterior de la íntima entrega que acababa de hacer con tanta alegría. En el instante de llegar al último escalón, el sol atravesó las espesas nubes que le habían ocultado desde la mañana y, por los coloreados vidrios de las ventanas, lanzó rayos de roja, dorada, azul y verde luz sobre el piso de la Iglesia. Cuando Roberto colocó su pergamino en el altar, observó que su plateada blancura parecía flotar en la roja luz que entraba a través del cercano ventanal. Estaba demasiado entusiasmado para reflexionar, pero la combinación de colores lo impresionó, e intuyó vagamente que tenía un sentido especial. Al volver al lado del Abad, murmuró suavemente: —*Mauro-plata sobre rojo fuego.*

Cuando la ceremonia terminó, se apresuró a saludar a sus padres. Se sorprendió de encontrar a su madre con los ojos llenos de lágrimas. Al estrecharlo contra ella, le susurró al oído: —Hijo mío has hecho lo más noble que puede hacer un hombre. Te has hecho caballero de tu Dios.

\* \* \*

Fue un día muy feliz para Roberto. Pero como sucede a menudo pasaron diez años hasta que comprendió que ése había sido únicamente el día de su profesión. El verdadero *día de sus votos* fue en mayo, en mil cuarenta y cinco. Ese día, el Abad lo mandó llamar y lo designó Prior del monasterio, pero, al mismo tiempo, le informó que no debía haber innovaciones, así como tampoco renovaciones. Debía seguirse la práctica acostumbrada de la Regla. Ese fue el día en que Roberto aprendió lo que cuesta el voto de obediencia. Al encaminarse al mismo altar mayor, sobre el cual colocara su pergamino blanco-plata diez años atrás, su corazón no palpitaba con la misma juvenil alegría. Mas era el mismo corazón y era una más verdadera hidalguía la que latía en él, al arrodillarse el joven monje y renovar su voto de servir hasta la muerte. Ese fue para Roberto el verdadero día de sus votos.

Muchas cosas habían pasado durante esa década en el corazón del joven noble. Su amor por la Regla se había hecho más hondo; pues el Padre Guillermo, convertido ahora en un verdadero amigo, lo inició en el estudio de manuscritos que le permitieron seguir la historia de la Regla desde Monte Cassino hasta Saint Pierre. Roberto era suficientemente joven como para sorprenderse de lo que seis siglos habían hecho de esa Regla y, suficientemente viejo, como para desear deshacer lo hecho. A menudo discutía ese asunto con su antiguo Preceptor, pero nunca consiguió llevarlo a la conclusión de que la Regla podría seguirse al pie de la letra proporcionando con eso una mayor gloria a Dios. Maurus, por supuesto, se reía de sus ideas, aconsejándole que bajase de las nubes y tratase de ser humano aun esforzándose por ser divino. El Abad Bernardo era el único que le escuchaba.

Pero una historia más antigua y más importante se había apoderado, durante esa década, del alma de Roberto, y es la historia contada en el Evangelio. San Benito repetía una y otra vez en su regla: *que no prefieran absolutamente nada a Cristo*. Roberto tomó literalmente este Precepto. Todos los detalles de la vida de Cristo, desde la Anunciación hasta la Ascensión eran larga y amorosamente pesados por el joven. La caverna

abierta en las colinas de Belén llenaba la imaginación y la mente de Roberto. Que Dios se convirtiera en hombre lo asombraba, pero esa tumba prestada, cavada en las rocas cercanas al Gólgota, lo anonadaba. Que Dios hubiera muerto por los hombres, y, luego, resucitado en señal de la futura resurrección de los mismos, colmaba de asombro la imaginación del joven monje y lo azoraba en extremo. Lo inevitable sucedió. Roberto amó a Jesucristo.

Era la hombría de ese Dios-Hombre lo que llegaba especialmente al alma de ese joven tan viril. Veía a Jesús como al más valiente entre los valientes y, mucho antes de cumplir sus veintiún años, había llamado a Jesucristo *Caballero de la Cruz Roja del Calvario*.

Cuando Maurus lo halló con un dibujo de la Cruz, en la cual en lugar del cuerpo figuraba un libro abierto con la Regla de San Benito, le preguntó: — ¿Qué título pomposo vas a dar a esta extravagante fantasía? Roberto lo miró con ojos que despedían llamas y le contestó solemnemente: *Quis Non Redamaret?* ¿Quién no retribuiría tal amor? Luego, colocando su dedo primero en el libro de la Regla, y después, en la Cruz, exclamó—: ¡Eso es mi pago por esto!

Así fue creciendo ese concepto. Amor sólo podía pagarse con amor, hidalguía con hidalguía y, la Cruz, con la Regla. Mas esa idea encontró escaso apoyo, salvo por parte del Abad. Dom Bernardo oía siempre con gusto cuando el joven monje hablaba de Cristo y de su Caballería. Por eso, las esperanzas que Roberto había forjado sobre un ensayo de su idea, crecieron la mañana en que el Abad le anunció que sería Prior, y se desvanecieron antes de que el anciano terminara de hablar. Cuando Maurus se acercó al flamante Prior, retuvo las calurosas felicitaciones que tenía a flor de labios y preguntó—: ¿Qué mala noticia te ha convertido en piedra?

La dura expresión del rostro de Roberto no se alteró, al contrario. — Las peores noticias que he recibido en mis veintisiete años de vida. Voy a ser Prior, pero no habrá reforma.

— ¡Confórmate! ¡Confórmate! —exclamó Maurus con una carcajada—. De lo contrario, te deformarás con lo primero que aprendas,

Roberto sacudió la cabeza. Maurus —dijo suspirando—, permíteme que te recalque que obedecer cuesta. Créeme si te digo que el Abad me ha dado, esta mañana, la noticia más triste que he recibido en mi vida.

En ese mismo instante, en el gran salón del castillo, Teodorico decía precisamente lo contrario. Acababa de atravesar las puertas de su morada, a gran velocidad, en un caballo cubierto de espuma y con los ojos salidos de

las órbitas a causa de la furia con que había sido conducido. El excitado señor había saltado de su silla, tirado las riendas a un palafrenero, pegado al caballo en el anca, y hecho su entrada en la casa a pasos de gigante. Irrumpiendo en la sala principal, gritó: — ¡Ermengarda! ¡Ermengarda!—. Y, cuando su esposa apareció, en el extremo de la habitación, el exultante Teodorico corrió hacia ella con los brazos extendidos—. Mi querida—, exclamó estrechándola contra su pecho—. ¡Traigo las mejores noticias que se han oído en diez años! Y, apartándola a la distancia de sus brazos, continuó: — ¡Tenemos un nuevo Papa! Benedicto IX ha renunciado. ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy! Debemos visitar a Roberto esta misma tarde. ¡Seamos heraldos de tan gloriosa nueva!

El proyecto de visitar a su hijo entusiasmó tanto a la madre como las noticias del nuevo Papa habían entusiasmado a su marido. Llenos de alegría, comenzaron los preparativos para la jornada.

Las tierras del monasterio les parecieron encantadoras esa tarde. La vida bullía en ellas con las abejas, los capullos y los pájaros que construían sus nidos. La naturaleza toda parecía acompañar al exuberante Teodorico, que se paseaba, impaciente, aguardando la llegada de su hijo. Roberto no había concluido de saludar a su madre, cuando la grata noticia brotó de labios del señor, entre sonrisas, movimientos de cabeza y cordiales palmadas en los hombros. Entonces, lleno de entusiasmo, Teodorico bosquejó el mundo a su hijo con unos cuantos trazos audaces y le contó sus fundadas esperanzas de un renacimiento de fervor. Los ojos del joven monje se iluminaban a medida que hablaba su padre y, Ermengarda, que había observado cómo se encendía ese fuego, comprendió súbitamente que estaba frente a un espejo que reflejaba el alma de su marido.

Aplacada la primera emoción, la madre acribilló al joven con las consabidas preguntas acerca de su salud, su estado de ánimo y la vida del monasterio. Ya Teodorico, bajo ese torrente de lo que él llamaba "preguntas inútiles", comenzaba a ponerse nervioso, cuando Dom Bernardo se aproximó. Después de cordiales saludos, invitó al señor a pasar a los establos, pues deseaba su opinión sobre unos caballos que acababan justamente de llegar. Fue una interrupción afortunada para todos.

Habían transcurrido casi dos horas, cuando el Abad y Teodorico regresaron y, ni Roberto ni su madre se habían apercebido del correr del tiempo. Diez pasos antes de llegar, Teodorico gritó: —Hijo, ¿por qué no nos has dicho que te han hecho Prior?

Roberto dirigió una mirada de reproche al Abad y. al mismo tiempo

que su madre lanzaba una exclamación de alegría, dijo: —No creo que me hayas dado mucha oportunidad para contar algo. Pero, además, padre mío, tampoco hay mucho para contar. Tú ves, el Prior en un monasterio Benedictino es algo más que un niño para mandados del Abad. No hay nada de qué jactarse en ello, ¿no es verdad, Reverendo Padre?

Dom Bernardo ahogó la risa y, antes de que replicara, Roberto prosiguió: —San Benito dice en su Regla que el Prior no debe considerarse "segundo Abad", y, cuando me designó, el Reverendo Padre fue suficientemente bondadoso como para llamarme "primer monje". En realidad, fue lo bastante honrado como para decirme que me había colocado en el medio. Estoy entre la comunidad y su director. Supongo que me apretarán de ambos lados, hasta que me expriman por completo. De modo que deben presentarme condolencias, en lugar de congratulaciones.

El Abad rió francamente. Estaba encantado con el pequeño discurso de Roberto y se dijo que llegaría a ser un buen Prior. Luego, inclinándose ante Ermengarda, le preguntó si no querría acompañarlo a la Iglesia para examinar las nuevas vestiduras. Mientras tanto, Roberto y su padre recorrieron el huerto y, allí, en medio de los blancos capullos de mayo, Roberto abrió su corazón. Habló a su padre de la ambición que lo devoraba; le describió la brecha que siempre tenía ante sus ojos y, detrás de ella, el rostro justamente airado del Señor. El joven Prior se ruborizaba al hablar. Su padre le oía atentamente y le observaba con mayor atención aún. Su hijo ya era un hombre, pero había mucho del niño en ese hombre. El paseo le reveló muchas cosas y dejó a Teodorico sumido en hondas cavilaciones.

Los padres se quedaron para las vísperas y pudieron contemplar a su hijo ocupando su sitio en el coro, frente al Abad, la más alta dignidad a que puede llegar un monje. Se sintieron orgullosos y agradecidos. Al retornar al castillo, las aguas del Sena resplandecían como si fueran de oro bajo el sol agonizante. Impulsivamente, Ermengarda rogó a su marido: —Envíenos el carruaje a casa, Teodorico, y permanezcamos un rato cerca del río. Hace muchos años que no nos sentamos a sus orillas.

Teodorico aceptó complacido y el carruaje fue enviado al castillo. Luego de caminar un buen rato por la ribera, aquél señaló un enorme castaño y propuso: —Sentémonos un rato. Es un rincón para enamorados.

Cuando Ermengarda se hubo instalado cómodamente, al pie del pulido tronco, sonrió satisfecha y exclamó: —Bien, han pasado más de diez años desde esa noche en que temías que tu hijo cometiera una equivocación o fuera un engaño. ¿Qué dices ahora?



Teodorico contempló las aguas del río con una grave expresión en su semblante. Luego, sacudiendo la cabeza, dijo lentamente: —El muchacho no es un engaño. Tampoco ha cometido una equivocación. Pero permíteme que te diga que tiene toda la hechura de un rebelde. No sé cuánto te ha dicho de esa gran ambición que lo devora, mas si continúa ardiendo de ese modo (y estoy seguro de que continuará), habrá una hoguera monástica. Roberto, querida mía, es distinto a la mayoría de los monjes y a la mayoría de los hombres. Los hombres diferentes son peligrosos.

—No sé qué quieres dar a entender —contestó Ermengarda con indignación— pero puedo decirte que ningún hombre se ha destacado en el mundo, y ningún hombre se destacará, si no es diferente. Los peces andan en majales, las ovejas en manadas y, las vacas en rebaños. No quiero que mi hijo sea un pobre pez, una oveja tonta o un estúpido buey. Me alegro de que sea diferente. Y, como Prior, creo que será peligroso para los holgazanes, los engreídos y los que se contentan con poco. Eso será una bendición. Estoy orgullosa de mi hijo.

—También yo. También yo —dijo Teodorico, tratando de apaciguarla—. Pero tú formulaste una pregunta y te la contesté francamente. Roberto tiene un ideal fijo que lo domina. Y agregó, como para sí mismo—. Yo quisiera que no fuera tan místico. ¿Te habló alguna vez de su blanco-plata sobre rojo-fuego?

—Por supuesto —respondió Ermengarda con entusiasmo, al mismo tiempo que se levantaba de su asiento—. Mientras tú paseabas con el Abad, me habló acerca de su ideal. Ansía cumplir la Regla al pie de la letra. Dice que ese anhelo está engastado en su alma, tan esplendorosamente como el Lucero de la Tarde en un límpido cielo. Dice que lo ve con claridad, como si fuera una patena de plateada blancura, colocada sobre un fondo de rojo-fuego. A medida que su confesión avanzaba, observé que usaba esos colores más de una vez al describir las cosas. Cuando se lo hice notar, me contestó simplemente: "Son simbólicos". Eso me hizo meditar y, durante las Vísperas, encontré la solución. ¿Sabes lo que esos colores simbolizan? —Teodorico movió negativamente la cabeza—. Imagina una hostia blanca como la nieve —dijo Ermengarda con lentitud— en medio de un corazón, como la sangre—. Teodorico dejó escapar un murmullo de sorpresa—. Sí —continuó la madre rápidamente—, esa es mi explicación del blanco-plata sobre rojo-fuego de que habla Roberto. Señor, yo estoy convencida de que nuestro hijo ha hecho algo más que orientarse hacia Dios: de que está profundamente absorbido por Dios. Jesús late en el corazón de nuestro hijo.

Los padres permanecieron en silencio, en tanto que las sombras avanzaban hacia el Oriente y el color rojo dorado de las aguas tornaba lentamente del púrpura al Plateado y, luego, al negro. Cuando, al fin se levantaron y se dirigieron hacia su hogar, Ermengarda elevó la mano hacia los cielos y exclamó con suavidad: — ¡Mira! ¡El símbolo de Roberto! ¡El solitario Lucero de la Tarde!

\* \* \*

En ese preciso momento, su hijo señalaba el mismo cielo y el mismo símbolo. A su lado se encontraba el belicoso Padre Maurus. Habían estado comentando la visita. —Sí —decía Roberto—. Le conté acerca de eso. Le hablé de la agonía que sufro a causa de ese dolor que hay en mi corazón, por dar más a Dios. Hasta le conté que muchas veces me enfadan los paliativos que se han aplicado a la observancia de la Regla.

—Y ¿qué te contestó? —interrogó Maurus con ardor—. ¿No te dijo lo que te hago notar tan a menudo? ¿No te dijo que sueñas?

Roberto, que se dirigía a la ventana, se detuvo a mitad del camino y, volviéndose hacia su amigo, dijo: —Has olvidado que fue mi padre quien me exhortó a que mantuviera la espada desenvainada. No. No me ha dicho que sueño. Pero sí me dijo que recordara que las líneas paralelas nunca se encuentran. Dice que yo estoy en un nivel y, el mundo monástico, en otro.

—Bien, ¿no es lo mismo que decir que sueñas?

— ¿Lo es? Bien, entonces es una orden extraña la que me dio después. ¡Me dijo que nunca descendiera! Me dijo que, si continuaba ardiendo, algún día otros llegarían hasta mi nivel.

— ¿Dijo eso, realmente, tu padre?

—Sus últimas palabras fueron: "Arde, hijo mío, arde hasta que te quemes". Y eso —agregó Roberto hoscamente—, es lo que pienso hacer.

Maurus se alejó del Prior y se acercó a la ventana. Con el rostro levantado hacia el azul firmamento que, poco a poco, se cubría de centelleante plata, exclamó con suavidad:

— ¡Qué padre! ¡Qué padre!

El tañido de la campana de Completas les impidió continuar la discusión. Maurus, perplejo, siguió a Roberto fuera de la habitación. Había sentido admiración por Teodorico desde el primer día que lo vio. El tamaño gigantesco del señor, su noble apariencia y su franco lenguaje era lo que Maurus exigía en un verdadero hombre. Durante los últimos diez años de

amistad, siempre había encontrado en Teodorico un consecuente aliado en la batalla librada contra lo que llamaba "el excesivo idealismo de Roberto". Esta última evolución desconcertó a Maurus. Se preguntaba por qué el prudente, práctico y sagaz Teodorico había aconsejado a su hijo que continuara ardiendo.

Maurus no cantó bien las Completas esa noche. Recuerdos de Roberto y de su ideal surgían a cada instante. Evocó los días de noviciado y cómo había tratado de disuadirlo desde entonces. No había cesado en ese esfuerzo durante diez años. Y, en lugar de desvanecerse, el ideal seguía ardiendo con un resplandor siempre firme. Y, ahora, llegaba a esa confirmación de parte de su padre. Maurus gimió interiormente: —No debían haber aconsejado a Roberto que "continúe ardiendo" —se dijo cuando las Completas llegaban a su término—. Debían haberle dicho que "arda hacia afuera". ¡Y seré yo quien se lo diga! Este asunto no ha terminado. Otros, también pueden arder.

## Capítulo V

### EL ÚNICO ERROR DE LA VIDA

Entre los mayores de la comunidad, hubo más de uno que se resintió interiormente por la designación de este "muchacho de veintisiete años", para el Priorato de la Abadía. Mas no habían transcurrido aún seis meses, y hasta ellos, felicitaron a Dom Bernardo por su acertada elección. Un nuevo Roberto se les había revelado. Tenía la misma energía y el mismo entusiasmo de antaño, pero, al tratarlo de cerca, pudieron apreciar algo que nunca observaron antes: una sinceridad clara como el cristal y una sencillez diáfana. Todos reconocieron su bondad; sin embargo, los más sagaces admiraban su majestuosa calma y se maravillaban de su autodomínio. Pero ni aún Maurus llegó a saber a qué precio el joven Prior conseguía esta sujeción. Al despuntar el alba de cada día, debía tomar su corazón entre sus vigorosas manos y decirle: — ¡Obedece!—. Era la única forma de contener el ansia que había en su alma por una práctica más estricta de la Regla.

Hacia el final del tercer año que llevaba en su cargo, y en ocasión en que el Abad Bernardo hablaba de la generosidad de la comunidad y en la forma grandiosa en que devolvía a Dios los beneficios con que la había colmado, Roberto pensó que había llegado el momento oportuno para sugerir la posibilidad de hacer más grande la retribución por medio de verdadero trabajo manual. Dom Bernardo sonrió:

—Padre Prior —dijo con un gesto bondadoso—, nunca serás un diplomático. Dios te ha dado un alma abierta como el aire. Eres más transparente que un claro cristal. No, hijo mío, el tiempo oportuno para la reforma no ha llegado aún.

Maurus encontró a Roberto, esa tarde, con los ojos fijos, en una mirada vaga, Cuando lo acusó burlescamente de ocioso, el Prior dejó escapar un gruñido desdeñoso y dijo: —Hace falta una fe gigantesca para creer que nuestra vida entera no es otra cosa que ocio.

— ¡Uh! —exclamó Maurus con un silbido—. Hacía años que no

empleabas ese tono—. Luego, moviendo la cabeza con aire de sabiduría, añadió—: Pero pensé que habías estado demasiado tiempo en las alturas.

— ¿Alturas? —contestó Roberto sin darse vuelta—. Tengo la impresión de que estoy en el abismo desde que fui designado Prior—. Sentía que los sagaces ojos de su amigo lo estudiaban con atención—. ¿Puedes ver esa niebla en las colinas?— preguntó. Al hacer Maurus un gesto de asentimiento, Roberto continuó: —Bien. He vivido en esa atmósfera durante años. He caminado a través de la niebla, hacia los cerros que, siempre purpúreos, se mantienen a la distancia. Por más que me afano, nunca llego a la meta. ¡Qué vida!

— ¿Qué anda mal, Roberto?—. El tono de Maurus estaba tan lleno de simpatía y de verdadera inquietud, que indujo al Prior a contarle todo. Habló a su amigo de la última desilusión que le ocasionara el Abad y le desnudó su corazón. Maurus comprendió que Roberto necesitaba un desahogo y le dejó hablar. ¡Y Roberto habló! Razonamientos elaborados durante horas de honda reflexión brotaban con tanta lucidez y precipitación que asombraron hasta al propio Maurus. El Prior no defendía su causa; se limitaba simplemente a presentar convicciones a las que había llegado tras ardua y consistente meditación. Daba salida al pensamiento acumulado durante años. Ponía de relieve su ideal y las razones por las cuales se esforzaba en cumplirlo, con una fuerza lógica que sacudió al obstinado Maurus. Culminó su confesión con la siguiente frase: —Y todavía la comunidad se ríe tranquilamente de mí, el Abad me protege y me complace, mientras tú mismo, y el resto de mis amigos, creen que estoy alucinado. ¿Será que yo soy el único equivocado?

Maurus se quedó confundido. En el transcurso de esos últimos años, había envidiado secretamente en Roberto ese aspecto de sólida seguridad que señalaba todos sus actos. Le creían desprovisto de dudas, libre de atormentadores problemas, viviendo una vida totalmente simplificada, porque su meta era clara y, el camino para llegar a ella, abierto como los cielos. Creía sinceramente que Roberto avanzaba por una despejada vía, ancha como un camino romano y, brillante, como el firmamento de un mediodía sin nubes. Oírle decir que se abría paso penosamente entre la niebla, era desconcertante para Maurus. No supo qué decir.

Roberto se separó de él, acercándose a la ventana. —Sí —murmuró—, la vida parece, a veces, terriblemente vacía.

— ¿La de Cristo parecía más llena?—. La pregunta fue hecha en forma vacilante. Maurus sabía que era la única contestación posible, pero no

estaba seguro de que fuera el momento oportuno para que Roberto se enfrentara con ella—. Necesitas un descanso — añadió en seguida.

—Necesito una oportunidad... — replicó Roberto y se contuvo. Lentamente, una sonrisa dulcificó sus rasgos contraídos. Volviéndose a su amigo, se rió como avergonzado de sí mismo y dijo—: ¿No te he dicho que estoy caminando entre la niebla? Heme aquí buscando la forma de hacer algo por Cristo y acabo de tropezar con la oportunidad de sufrir por El. Gracias por aclarar la atmósfera, Maurus. Pero, aquí entre nosotros, debo confesar que me encantaría ensayar esas prácticas primitivas.

— ¡Olvídalas! — fue la respuesta de Maurus.

\* \* \*

Y, por años, Roberto pareció olvidar. Sin embargo, el día del entierro de Teodorico, Maurus comprendió que Roberto no había olvidado. Esa tarde, encontró al Prior sentado ante su mesa, contemplando fijamente el Crucifijo que sostenía entre sus manos. Maurus se acercó con suavidad. — ¿Pensando en la muerte? —le preguntó—. ¡En la vida, Maurus!, ¡en la vida! — Fue la firme e inesperada respuesta, dada sin levantar los ojos—. No es la muerte lo que importa. Es lo que sucede antes de la muerte—. Luego, mirando a su amigo, agregó—: ¡Piensa en eso! La eternidad de mi padre fue decidida por lo que hizo en el tiempo. Acciones que denominamos pasajeras; hechos, de los cuales decimos que son cosas del momento, tienen en sí una condición de perdurabilidad. Nuestras vidas se desenvuelven bajo el blanco resplandor de la eternidad, Si sólo tuviéramos ojos para verlo. Maurus, nuestros días se estrellan contra un fondo tan definitivo, que asusta. ¿No oíste las últimas palabras de mi padre?

—No.

—Hay un solo error en la vida, y es no ser un santo.

— ¿Qué... é... é?

—Sí, Maurus, ésas fueron las palabras finales de mi padre y nunca pronunció, en su vida, nada tan verdadero. Es para eso que han nacido los hombres, Maurus. Por eso, estamos tú y yo aquí, en Saint Pierre de la Celle. ¡Para no cometer el único error de la vida!

El Prior depositó el Crucifijo sobre la mesa. —Mi madre está sola ahora, Maurus, pero es dichosa en su soledad. Lloraba cuando hablaba conmigo, más había una luz en sus ojos, en medio de las lágrimas, que me hizo comprender el fuego de felicidad que arde en su corazón. Me dijo: "Tu

padre no cometió el único error de la vida". La creo y creo que podía haber contestado: "Mi madre tampoco". Pero, Maurus, estoy pensando en su hijo.

— ¿En su hijo?

—Sí. ¿Estoy cometiendo el único error de la vida?

— ¡Por supuesto que no! — fue la indignada respuesta.

—Quisiera estar tan seguro como tú —dijo Roberto dirigiendo una mirada al cielo crepuscular—. Dios nos ha dado tantas oportunidades, Maurus

—Y las has aprovechado casi todas. Siempre has seguido el camino angosto...

Ah! Pero hay un más noble camino. Y tú lo conoces.

— ¿Más noble?

—Sí. Está simbolizado allí — dijo el Prior, señalando el Lucero de la Tarde.

Maurus dirigió su mirada hacia lo alto, con aire meditabundo y preguntó: — ¿Quieres decir observar la Regla al pie de la letra?

— ¡Exactamente! —dijo Roberto—. La Regla al pie de la letra. ¡Qué no daría por probar!—. Y luego, con un hondo suspiro, añadió—: Pero parece que mi sueño morirá conmigo. Nunca tendré una oportunidad.

— ¿Quién sabe? —exclamó Maurus—. ¿Quién sabe?—. Hizo la reflexión únicamente para consolar a su amigo, pues no simpatizaba con el ideal sino con el dueño de ese ideal.

\* \* \*

Maurus tuvo buenas razones para recordar esa respuesta unos pocos años más tarde, cuando el Abad lo mandó llamar para decirle: —Mañana, perderás un amigo y yo, el báculo de mi vejez—. Y, al pedir Maurus explicaciones, el viejo Bernardo agregó—: El Padre Prior ha sido designado Abad de Saint Michele de Tonnerre. Ambos vamos a extrañarlo mucho, mas...

—Dominus est —terminó Maurus, sin mayor entusiasmo—. Supongo que es un egoísmo de parte mía el no alegrarme, pero es tan repentino, Reverendo Padre. ¿Qué sabe, usted, de Tonnerre? ¿Le gustará a Roberto?

—No lo sé —contestó con aire ligeramente dudoso—. Hunault, el último Abad, tildó a la comunidad de fría. Dijo que había adoptado una postura, que siempre hablaba de cruces pero que pensaba poco en el

Crucificado. También dijo que la sombra de una verdadera cruz les rompería la espalda a la mayor parte de los monjes. Pero Hunault es un poco hablador. Dijo que eso era cierto en muchos religiosos. No obstante, yo me pregunto si Roberto intentará su reforma. El momento parece oportuno.

Maurus miró al Abad con expresión de burla y, luego, preguntó algo que lo había intrigado durante años. — ¿Por qué no le permitió hacerlo aquí?

— ¿Debo contestar a eso? —interrogó el Abad, levantando los ojos hacia Maurus—. Conoces el temperamento de mis monjes y el ritmo de este monasterio. Por varias décadas, he simpatizado con la idea de Roberto, pero...

—Pero no lo creyó factible —acosó Maurus—. Ahora, dígame Reverendo Padre, si cree que es posible llevarla a cabo en algún lugar.

—Todo es posible para Dios, hijo mío.

—Lo cual no es una respuesta a mi pregunta.

El Abad se volvió lentamente y descansó su peso sobre el antebrazo izquierdo, mirando a Maurus frente a frente. —Padre Maurus, no sé si puede o no llevarse a cabo. Pero lo que sé es esto: ¡si alguien puede realizarla, es Roberto! Soy un viejo monje y un hombre muy viejo. He visto muchos monjes y muchos hombres en mis casi ochenta años, pero nunca he visto un monje, a un hombre, de la tenacidad del Padre Roberto.

— ¡Oh! Admiro eso —dijo Maurus con impaciencia—. Mas lo que siempre me ha desconcertado es no saber si está del lado de la razón o no. Padre Abad, ¿por qué no ha logrado convencerme? Todo lo demás lo veo con sus ojos; pero no puedo comprender su ideal.

— ¿Has tratado de hacerlo?

—Con toda mi voluntad. Cuando convenció a su padre, hice un esfuerzo supremo. Pero, como de costumbre, retorné a mi antiguo ejemplo: el roble no es la bellota. No, es el árbol que vive, crece y se expande. Así es el actual Benedictinismo. Es el desarrollo lógico y viviente de la semilla que sembró Benito en el surco de Subiaco y de Monte Cassino. No podemos volver atrás, tal como el roble no puede volver a la bellota de la cual proviene. Nuestro Señor dijo: "A menos que muera el grano de trigo"...

El Abad movió la cabeza lentamente en señal de negación. —Padre —dijo bondadosamente—, esto es un ejemplo perfecto del más cabalmente incontestable razonamiento teórico, pero ahora vamos a la práctica. Escúchame. He visto más de medio siglo de proyectos de reforma. No han



tenido éxito. Todavía se intentan. Cada nuevo Papa llama a concilio. Se reúnen. Enfrentan los hechos. Redactan decretos. Lee esos decretos, Padre. Lee los de los últimos sesenta o setenta años. ¡Todos son iguales! Simonía e incontinencia. Incontinencia y simonía. Pero el comercio continúa. Los Obispados se venden y se compran y el clero no es limpio.

—Pero, los monjes...

—Padre, has pasado tu vida entera aquí, en Saint Pierre. A Dios gracias, hemos tenido una comunidad muy normal, pero no hay muchos Saint Pierre en el Continente. Cluny fue una reforma y realizó maravillas. No obstante, hoy en día, Cluny... — y el anciano se detuvo.

— ¿Qué pasa en Cluny? — incitó el Padre Maurus.

—No importa —dijo el anciano sosegadamente—, pero sabe que el mundo monástico necesita algo drástico, algo radical, algo que lo sacuda y rompa su complacencia. Roberto tiene una idea. Quizá sea eso. Me ha hecho sentir avergonzado de mi aceptación, demasiado rápida, de las cosas establecidas. No vivimos la Regla al pie de la letra, Maurus.

—Por supuesto que no. La letra mata...

—Sí —respondió el Abad pausadamente, al reclinarsse en su silla—, la letra mata al "hombre viejo", indolente, gruñón y egoísta que vive dentro de nosotros. Roberto cree que puede matarse a ese "hombre viejo", Padre Maurus. Lo ha conseguido en el mismo, estoy completamente seguro. Y creo que puede conseguirlo en los demás. En Tonnerre tendrá su oportunidad.

Por un momento, los dos hombres guardaron silencio. Luego, el Abad levantó los ojos y miró de soslayo a Maurus con aire burlón. —Tú también tendrás tu oportunidad, hijo mío.

— ¿Qué oportunidad? — preguntó Maurus.

—Deseo hacerte saber que necesito un Prior y que tú eres el hombre que necesito.

— ¿Yo? — fue una exclamación de incredulidad. El Abad reprimió la risa. —Sí, tú.

—Pero, mi lengua afilada...

—Puede ser contenida.

—Treinta años de recio esfuerzo no lo han logrado.

—Continúa tratándolo —sonrió el Abad—. Ve ahora y habla con el Padre Roberto. Tiene que explicarte algunos asuntos.

El Padre Maurus dejó la habitación del Abad lleno de congoja. Se cruzó con varios monjes en el claustro; no los saludó, ni siquiera los vio. Encontró a Roberto sentado frente a su escritorio, con las manos ociosas. Ambos hombres se miraron y Roberto sonrió. — ¡Salud! Padre Prior. ¿No quieres tomar asiento?

— ¿De modo que ya sabes?

—Sí, lo sé y tú lo sabes ahora. Es un cargo de responsabilidad el tuyo, Maurus. Dom Bernardo está viejo. Serás Abad en todo, menos en el título.

—No te preocupes por mí; piensa en ti —dijo Maurus, atravesando la habitación y ocupando una silla cercana a la mesa del Prior—. Dime, ¿vas a intentar la reforma?

Roberto se puso grave. Sus ojos se fijaron en el Crucifijo colocado frente a él y, después de lo que pareció un largo intervalo, preguntó: — ¿Crees que la conciencia permitirá otra cosa?

Oh! no te molestes por la conciencia —saltó Maurus, haciendo un gesto impaciente con la mano—. ¿Qué dice el sentido común?

Roberto repiqueteó un instante sobre el escritorio y, luego, se dirigió a su amigo. — ¿Es que te rehúsan a entender, Maurus? Durante treinta años has conocido lo que arde en mi alma. Ahora es mi oportunidad. Tendré mi propio monasterio, mis propios hombres. ¿Qué puedo hacer, sino tratar que ellos ardan como yo he ardido y continúo ardiendo? ¿Sería leal a Cristo, sería sincero conmigo mismo si hiciera otra cosa? Te he hablado de la Hostia en mi corazón...

—Sí, ya lo sé —interrumpió Maurus—. Pero te has conformado durante treinta años. Eso te ha santificado. ¿Por qué intentar, ahora, una reforma que te expondrá a trastornar el curso de tu vida, para no hablar de la vida de los que te rodean? Es una aventura demasiado grande, Roberto. No lo hagas.

Roberto levantó el Crucifijo que tenía en sus manos, miró a su amigo y dijo: —No sé si se te ha ocurrido alguna vez, Maurus, que los soldados no fueron los únicos aventureros en el Gólgota. Ellos jugaron a los dados, al pie de la Cruz y se repartieron las vestiduras de Dios hecho Hombre. Pero el principal aventurero pendía de la Cruz; Jesús perdió su vida y se hizo traspasar el corazón por el remoto albur de que pudiera ganar, alguna vez, el corazón de los hombres. No dirás que Él ha perdido.

De nuevo, reinó el silencio entre los amigos. Al depositar el Crucifijo sobre la mesa, Roberto continuó: —Hay una brecha que llenar, Maurus.

Estoy convencido de que la ira de Dios contra los hombres, debe estar enardecida. Mira el Papado. La Cátedra de Pedro ha sido prenda de los políticos, aun antes de que tú y yo viniéramos a esta casa. Primero, fue el Conde de Tusculum, quien la traspasaba a quienquiera que fuese. Ahora, es el Emperador de los Germanos. Esto no debe ser. Es lo que nos da antipapas y hace que la gente se descarríe como ovejas perdidas.

—Lo sé. Pero mira los claustros. Piensa en los santos de Cluny y en los de Camaldulense...

—Sí, piensa en ellos. En tu nuevo oficio, Maurus, entrarás en más íntimo contacto con los hombres de este monasterio y de otros monasterios. Pronto verás que hay una brecha. Yo voy a tratar de llenarla.

Como Maurus no hiciera otro comentario, Roberto prosiguió: — Quisiera que vinieras conmigo. Voy a necesitar un amigo fiel; y, tú, ciertamente lo has sido.

—Todavía lo soy — afirmó Maurus con vigor.

—Entonces, ya que no puedes acompañarme físicamente, acompáñame con tus oraciones. No cierro los ojos ante lo que me espera, Maurus. No será tarea fácil. Pero mis esperanzas son grandes, porque es trabajo de Dios, después de todo. El tendrá que llevarlo a cabo. Reza para que yo no cometa el único error de la vida.

## Capítulo VI

### LAS LÍNEAS PARALELAS NUNCA SE ENCUENTRAN

Roberto permaneció sentado, luchando por capturar un inasequible y esquivo recuerdo. Trataba de encontrar a qué se parecía la mirada de su Prior. Hacía ya cuatro meses que sufría diariamente, la misma atormentadora experiencia. Cada vez que el Padre Antonio abandonaba la habitación, Roberto hacía un esfuerzo por captar ese recuerdo, que siempre se mantenía lejos de su alcance. Hacía todo lo posible por que le agradara ese hombre de mediana edad, ancho de espaldas y cuello corto, cuya cabeza se proyectaba fuera de los hombros como la cabeza de un pato.

Lo encontró desempeñando el cargo de Prior cuando llegó a Tonnerre, y lo dejó en su puesto. El hombre era bastante capaz, pero a Roberto no le gustaba su rápida y fácil conformidad, su sonriente servilismo y su lengua demasiado suelta. A menudo, había estudiado esos ojos pequeños y separados que le miraban por encima de una saliente nariz y debajo de una frente estrecha, dividida en el centro por una punta de flecha formada por un cabello oscuro y fino. Era la mirada de aquellos ojos lo que le intrigaba. Despertaba en su memoria algo que, simplemente, no aparecía entre los velos para ser visto a la clara luz del intelecto. Cuatro meses de esfuerzo no había obtenido resultado. La mirada continuaba y, también, la sensación que había despertado en su memoria. Pero seguía siendo inasequible. Roberto encogió los hombros, burlándose de sí mismo y alejó al Prior de su pensamiento.

Cuatro meses habían pasado desde la mañana en que, con lágrimas en el corazón, abandonara Saint Pierre. Le pareció que esa mañana, arrancaba de raíz su vida. El primer tirón lo experimentó al abrazar al Padre Maurus. Roberto se sorprendió al descubrir cuán hondamente amaba a su amigo. Le sorprendió, también, la profundidad de su cariño por el monasterio. Pero Tonnerre contribuyó mucho a hacerle olvidar con su cariñosa acogida. La sinceridad del recibimiento conmovió al joven Abad e hizo que sus secretas esperanzas remontasen vuelo. Con hombres tan cordiales como esos pensó

que podría hacerse mucho. Todavía no había hablado de sus proyectos. Quería conocer a sus hombres, y hacerse conocer de ellos, antes de relatarles cuál había sido el embeleso y la congoja de su alma, desde el día en que dijo: Voveo<sup>3</sup>.

Encontró en Saint Michel muy poca diferencia con Saint Pierre. La comunidad era, más o menos, de igual número y había mucho, en la distribución del terreno y en los edificios del monasterio, que le hacía sentirse como en su casa. Dedicó varias semanas a revisar la propiedad. Halló las granjas en perfecto orden, los edificios bien conservados y, los siervos, contentos y laboriosos. Le complacieron las condiciones del ganado y el aspecto del suelo. Todo hablaba de la diligencia y habilidad del ecónomo. Se sonrió para sus adentros al decirse que no era necesario mucho talento o inteligencia para ser el señor feudal Abacial de ese dominio. El ecónomo le permitiría ser una figura decorativa.

La comunidad, por supuesto, lo absorbió. Sus años de Prior fueron una preparación excelente para su posición actual. Le costó poco clasificar, a grandes rasgos, la comunidad. Como es usual, halló los muy fervientes, los medianamente fervientes y los apenas fervientes. Mas no hacía un mes que estaba en Tonnerre cuando debió admitir resueltamente el hecho de que, si bien los monjes eran metódicos, su regularidad era maquina. Obedecían rápidamente las campanas y, en el Oficio Nocturno, todos los sitios del coro, estaban ocupados. Sin embargo, aun cuando el canto que se elevaba y resonaba en el oscuro silencio, adquiría gran volumen, Roberto notaba en él escaso fervor. Pronto se convenció de que la comunidad de Tonnerre era rutinaria, cómoda y vulgar.

Roberto no se desanimó. Encontró que la mayor parte de ellos eran de buen corazón y decidió que, sobre esa base, podría construir. Sentado frente a su escritorio, resolvió iniciar la primera tentativa de incitarlos a una mayor generosidad el próximo día, Festividad de San Pedro y San Pablo. Bajo el patrocinio de esos hombres que lo dieron todo, expondría su petición.

Después de la misa, la comunidad se reunió en la sala capitular. Roberto se sorprendió de que su pulso se apresurara. Esperaba sacudirlos de su apatía, empleando sus eficaces dotes de orador. Ese debía ser su primer paso en el programa. Decidió utilizar como texto las palabras: "Hagamos

---

<sup>3</sup> Voveo: en latín, la palabra *vovi* o el presente activo *voveo* significa prometer a Dios, hacer voto, para dedicarse a Dios. También es la raíz de la palabra para dedicar y consagrar. El nombre no llama a que recordemos nuestra dedicación a nuestro Señor y nuestra promesa de servirle.

que Dios olvide". "Hagamos que Dios olvide el mundo que se olvida de Él", dijo, y les describió un vívido panorama del mundo en el año 1065.

Les habló de la codicia que se había apoderado de los hombres, enloqueciéndolos con la concupiscencia del poder, de la fortuna y de los placeres carnales. Sus trazos fueron amplios y audaces, sin sombra alguna. Nada omitió, desde la complacencia de la jerarquía hasta la mezquina avaricia de los siervos. Llamó al mundo "olvidado de Dios" y rogó a sus monjes que trataran de que Dios olvidara ese olvido.

Cuando hubo logrado atraer la atención de su auditorio por entero, cambió el tono y les habló de la luz que había desbordado en su alma desde los tiempos de su noviciado, señalándoles las discrepancias que existían entre la letra de la Regla y su práctica. Les dijo que un fuego ardía en él por vivir en forma más generosa la vida monástica, por ser caballero de Dios, siguiendo estrictamente su observancia. Luego, les propuso sus métodos. Debía imperar el más riguroso silencio, para hacer que Dios olvidara; mayor soledad aún, para hacer que Dios olvidara. Un más riguroso ajuste al texto de la Regla, en lo concerniente a la alimentación y todo debía ser llevado a cabo para hacer que Dios olvidara.

El ardor y el entusiasmo del momento no distrajeron la atención de Roberto, fija en su auditorio. Observaba su reacción ante cada una de sus palabras. Vio que el Padre Juan María, el mayordomo de la casa de huéspedes, que era muy conversador, parecía molesto al oír hablar de silencio. Notó que al Padre Jorge, el procurador, no le gustó su demanda de una mayor soledad. Hubo unos cuantos que se movieron, inquietos, al oírle hablar de la comida. Pero, en general, le pareció que aceptaron bastante bien su plática.

Tan pronto como Roberto abandonó la sala, uno de los padres más ancianos se volvió hacia su compañero y exclamó: —Cuando Dios quiere un hombre grande, lo hace grande. ¡Por fin tenemos un Abad! Grande físicamente, grande moralmente, grande espiritualmente. El corazón de ese hombre es tan grande como él; y deberán reconocer que no es un pigmeo. En cuanto a su alma... ¡Sí, tenemos un Abad!

El otro sacudió la cabeza y dijo: — ¡Tenemos un volcán; y está muy lejos de apagarse!

Ese mismo día, el Padre Antonio fue a ver a Roberto, después de la hora nona y se mostró verdaderamente efusivo; expresó a su Abad hasta qué punto lo había conmovido su alocución, pero, a medida que hablaba, Roberto descubrió que todo ese entusiasmo y esa admiración eran figuras de

retórica. No se habló de la reforma.

Empezó a dudar y, al cabo de una semana, esa duda se transformó en parecer. Antes de que pasara el mes, éste se convirtió en certidumbre. El silencio no había aumentado. La soledad se violaba tan a menudo como antes. Se oían ruidosos murmullos acerca de la cantidad y de la calidad del vino que se servía en la mesa. Roberto se desilusionó, pero rehusó darse por vencido.

Seis meses más tarde, en el día de Año Nuevo, hizo otro llamado. Su texto fue el siguiente: "Hagamos que Dios se acuerde". Fundamentalmente, era la misma plática que les dirigiera en junio. Se limitó a invertir el concepto de hacer que Dios olvidara el mundo, en hacer que Dios recordara su misericordia. Presentó el mismo panorama, pero, en esta ocasión, enfocó preferentemente el tema de la necesidad de gracia que tiene este mundo. Insistió en que las dos únicas saetas que se necesitaban para traspasar las nubes y hacer caer una lluvia de misericordia, eran las saetas de la oración y de la penitencia. Instó a que hubiera, en el coro, más corazón y más cabeza, aunque fuera a costa de menos voz. —Eso hará que Dios recuerde — les dijo; y les pidió que se contentaran con las vestimentas que sientan a los hombres pobres y que no se quejaran de la comida prescita por San Benito. Terminaba cada súplica con el estribillo: "Eso hará que Dios recuerde".

Cuando un buen número de monjes agitó los pies en evidente señal de protesta, Roberto hizo una pausa. —Hombres de Dios —tronó—, no introduzco nada nuevo. Sólo les pido que dejen a un lado aquello que nunca debió ser introducido—. Este cambio de táctica logró instantáneo silencio—. Los paliativos no son para hombres; por lo menos —continuó el Abad—, no son para hombres ansiosos de ser caballeros de Dios, tan ansiosos que, por voluntad propia, han hecho voto de dejar su vida y vivir solamente para El. Permitidme que os diga que esas mitigaciones en la alimentación, en los vestidos, en el trabajo manual, sientan mal a aquellos que han afeitado sus cabezas para que el mundo entero pueda reconocerlos como esclavos de Jesucristo.

A pesar de su rostro enrojecido, el Abad estaba helado al dejar la habitación esa mañana de Año Nuevo. Nunca creyó que los hombres pudieran ser tan fríos. El Padre Antonio, se acercó, lleno de alabanzas, como de costumbre, y Roberto, al contemplarlo atentamente, capturó el esquivo recuerdo. Trató de desecharlo y no lo consiguió y, al alejarse el Prior, el Abad murmuró: — ¿Así que era eso, todo este tiempo? La rata que vi esa vez, cuando el hambre de 1033. Tenía en sus pequeños y ávidos ojos la

misma mirada, medrosa, inquieta y siniestra.

Esa misma tarde, hizo llamar al Padre Carlos, un monje bajo y rechoncho, de cabello gris, cuyos ojos grandes y separados reflejaban un alma profunda y generosa. Roberto creía instintivamente, que podía confiar en el criterio de este hombre y en su discreción, cosa que empezaba a dudar con respecto a su Prior.

El Padre Carlos le aseguró que había muchos miembros de la comunidad ansiosos por seguir sus mandatos, que las quejas que habían llegado a sus oídos constituían tan sólo una instintiva reacción de la humana naturaleza. Recordó, luego, a Roberto que debía socavar la ciudadela levantada sobre costumbres arraigadas por largo tiempo y que ese trabajo de zapa requería, no sólo labor, sino también, tiempo. Esa noche, el Abad se encaminó al lecho nuevamente lleno de esperanzas.

No habían comenzado aún a soplar los vientos de marzo cuando, sin embargo, esas esperanzas sufrieron ruda sacudida. Roberto comenzaba a sospechar que alguien hablaba abiertamente, pues las objeciones presentadas a su proyecto eran demasiado uniformes para ser producto de diferentes individuos. Del Prior, era imposible averiguar nada concreto, ya que era un hombre que se evadía hábilmente. Lo único que restaba al Abad por hacer era vigilar y aguardar. A medida que pasaban las semanas, pudo observar que los hombres decían, cada vez más a menudo: "El Padre Antonio dice esto", "el Padre Antonio piensa aquello" y "el Padre Antonio es de esta opinión".

Su corazón se dilató al observar que el Padre Carlos y unos cuantos monjes de igual sinceridad se tornaban, poco a poco, más observantes de la Regla, pero la desilusión llegó con la comprobación de que éstos eran los menos y que no se producían cambios en la gran mayoría. Las protestas contra la comida y la bebida continuaban y hasta se exigía la alta calidad habitual en las ropas.

Esos días oró fervientemente y mantuvo largas conversaciones con el Crucifijo. Comenzaba a creer que había estado demasiado ardiente, demasiado precipitado. Había formulado su súplica demasiado pronto y con exceso de vehemencia. Quizá se habría excedido en sus demandas, hechas en una sola vez. Probablemente, podría alcanzar su objetivo en forma más gradual. Se concentraría en una sola cosa. —Pidamos esto y posterguemos lo otro por un tiempo.

Le pareció que su plan era práctico, de manera que el 21 de marzo, festividad de San Benito, plagió una página del anciano Abad Bernardo y



dio a sus monjes una plática en la cual sonaba y resonaba el: "¿Qué hubiera dicho San Benito a esto?". Pero Roberto disintió con Bernardo, pues contestó a las preguntas de Benito leyendo distintos capítulos de la Regla. Era un sermón lógicamente irrefutable, pero psicológicamente difícil de tragar. Cuando Roberto llegó al asunto del trabajo manual —punto en el cual pensaba insistir— y preguntó: "¿Qué hubiera dicho Benito a esto?" hubo un movimiento de inquietud en toda la sala capitular. Cuando continuó con el: "¿Qué hubiera dicho Benito a esto?" y empezó a leer la Regla, se oyó un rotundo siseo, seguido de murmullos claramente perceptibles: "¡Hoy en día, no! ¡Está pasado de moda!".

Su antigua impetuosidad desbordó. —Busquemos verdaderamente a Dios— gritó, sólo para oír: "lo hacemos", susurrado con indignación desde todos los ámbitos de la sala. Roberto contempló las largas filas de hombres. Algunos parecían tan ofendidos como él, pero la mayoría mostraba rostros duros, enérgicos y, algunos, murmuraban abiertamente. El Abad luchó contra la tentación de flagelar sin misericordia a esos hombres cobardes. Para dominarse, dijo en voz alta estas palabras de la Regla: —"Entonces ellos son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus manos, como lo hicieran nuestros Padres y los Apóstoles".

Fue al llegar a este punto que el Padre Enrique, individuo atrabiliario, se puso de pie y exclamó: — ¡Lea la frase siguiente! ¡Lea la frase siguiente! —. Al mirarlo Roberto con asombro, continuó: —Dice: "Hagamos todas las cosas con moderación."

Los ojos de Roberto se fijaron en el texto de la Regla. El hombre tenía razón: ésa era la frase siguiente, pero había omitido las últimas palabras: *Propter pusillanimes* —"a causa de los débiles". Todo en Roberto clamó por decir esa frase en voz alta, por gritarle con más vehemencia y mayor desprecio que la vehemencia y el desprecio de su impugnador. ¡Esa era la respuesta a todo el problema! Esos hombres eran débiles. Pero había fuerza en su debilidad; eran obstinados y, aquella mañana, abiertamente antagónicos. Roberto se levantó. Sabía que si permanecía un momento más surgiría una diatriba. Los murmullos decrecieron gradualmente, mas las miradas hostiles continuaron. Levantando su mano derecha en actitud de bendecir, el joven Abad dijo: —*Pax*. ¡La Paz sea con vosotros!—, y abandonó la sala con la dignidad y prestancia de un rey. En ese momento, era, exteriormente, el hombre más seguro de sí mismo y con mayor dominio de toda la asamblea, pero, interiormente, bullía de pasión y su corazón se hallaba enfermo y muy dolorido.

Faltaba una hora para la misa, cuando el Padre Antonio golpeó la puerta del Abad, con el texto de la Regla en sus manos. Inclinandose sonriente ante Roberto, con un brillo siniestro en sus astutos ojos, dijo —Si tiene usted un momento Reverendo Padre, quisiera hacerle unas preguntas.

Roberto señaló una silla, pero el Prior exclamó —Permaneceré de pie, Reverendo Padre ¿Fue San Benito irónico o puramente retórico, cuando escribió su Regla, Reverendo Padre? ¿O escribió sinceramente lo que pensaba?

Roberto dirigió la mirada hacia su escritorio y sus ojos se fijaron en el Crucifijo. Esto le ayudó a conservar su serenidad. —Creo que esa pregunta se responde por sí misma, Padre —dijo con pausada voz.

—Yo también lo creo —contestó el Prior cuyos labios se contrajeron en una sonrisa trivial. Sosteniendo el texto de la Regla, prosiguió: Entonces, cuando él escribe en su Prólogo que está dispuesto "a establecer una Escuela para el Servicio de Dios, en la cual esperamos no ordenar nada riguroso e pesado", ¿quiere realmente significar eso? ¿Debemos o no interpretar literalmente sus palabras? Con toda seguridad, el niño que huyó de las escuelas de Roma *scienter nescius*, como lo expresa de modo tan original su biógrafo, no era un retórico.

Roberto se contuvo interiormente, pues lo invadía la ira. —Debe ser interpretado literalmente, Padre.

El Prior depositó el texto de la Regla sobre el escritorio —En realidad, ése es el principio fundamental de toda la Regla, ¿no es así, Reverendo Padre? "Nada áspero. Nada pesado". Como usted lo sabe, si comparamos la Regla de Benito, con la vida de los monjes de Egipto, o aun con las Reglas, que en su tiempo se practicaron en Europa, encontraremos que la Benedictina es la más suave de todas.

—Eso es históricamente cierto, Padre —dijo Roberto, clavando las uñas en las palmas de sus manos para conservar la calma—. ¿Hay algo más?

Los labios de Antonio conservaron su sonrisa, pero un velo pareció levantarse por un momento de sus ojos, al decir —Nada más que la Regla de San Benito no es una Regia de penitencia, ¿no es así? Que su espíritu es de moderación—. Roberto guardó silencio. El Prior continuó: — ¿No parece significativo que en ninguna parte de su Regla use el Santo la palabra "mortificación"?

— ¿Usa acaso la palabra "mitigación"? —preguntó Roberto. Comprendió inmediatamente que había cometido un error al hablar. No

debía entrar en discusión con ese hombre. Su corazón estaba demasiado dolorido, demasiado enardecido. La sola presencia de Antonio le producía un íntimo y hondo resentimiento. A pesar de tener sus ojos fijos en el Crucifijo, pudo ver el modo seguro con que la mano del Prior se dirigió al texto de la Regla.

—El Capítulo Cuarenta —continuó Antonio con sedosa voz—, dice así: "A pesar de que leemos que el vino no es para los monjes, ya que los monjes de nuestros días no pueden ser persuadidos, usémoslo, por lo menos, con moderación". Creo que muchos llamarían a esto un paliativo.

—¿Paliativo? —Exclamó Roberto—. Pero si eso es una condenación.

Mas Antonio sin prestarle atención, depositó el texto frente al Abad, señalando con el índice el Capítulo Cuarenta y nueve, y dijo: —Ahora Reverendo Padre, he aquí otra apelación a la tradición monástica relacionada con la austeridad de vida. Dice así: "A pesar de que leemos que la vida del monje debe seguir en todo tiempo las observancias de la Cuaresma...". Aquí está la apelación, ¿no es eso, Padre? —Roberto notó la omisión de "Reverendo", pero se limitó a inclinar la cabeza en señal de asentimiento—. Bien, he aquí la forma deliberada en que se deja a un lado la tradición por medio de los paliativos. El Santo continúa diciendo: "...mas si unos pocos tienen ese coraje, los incitamos a que en esos días de Cuaresma traten de borrar esas negligencias de otras épocas". Esto es suficientemente explícito e implícito para cualquiera. Más todavía, aun en lo relacionado con el Oficio, Benito fue moderado. Benito era un Santo muy humano, Reverendo Padre —dijo el resuelto Prior, volviendo las páginas del texto hasta encontrar el Capítulo dieciocho.

—Creo que con esto basta, Padre —dijo Roberto categóricamente.

—Quería únicamente demostrarle que, a pesar de que Benito reconocía el hecho de que los antiguos Padres dejó del d Desierto recitaban todo el salterio todos los días, él e lado deliberadamente esta práctica, e hizo que sus monjes lo dijeran sólo una vez por semana. Eso es realmente una mitigación. Realmente una moderación. Realmente un trozo de legislación humana. Ve usted, Padre Abad, nosotros aquí, en Tonnerre, estamos completamente convencidos, de que Benito de Nursia no fue un descubridor. Fue un revolucionario. No tomó el ascetismo Oriental y lo adoptó al Occidente. Trazó, él mismo, un camino sobre líneas enteramente diferentes. Eliminó la extrema austeridad; introdujo la moderación, e hizo que el ascetismo consistiera en la sumersión de la individualidad, la desaparición del individuo en la vida común.

Roberto apartó el texto a un lado y fijó sus ojos en el Crucifijo. Ese hombre le sacaba de quicio mucho más que cualquier otra cosa desde su llegada a Tonnerre. Esperaba no demostrar exteriormente su nerviosidad; pues, interiormente, se sentía tenso como la cuerda de un arco. La voz de Antonio pareció llegar desde muy lejos: —Aquí, en Saint Michel, sabemos bien que Benito de Aniane consideraba la Regla del gran Patriarca de Occidente como una Regla adecuada solamente para principiantes, para niños en el camino hacia Dios. De modo, mi buen Abad, que nos hemos preguntado a quién se referiría usted esta mañana con su frase: "¿Qué hubiera dicho Benito a esto?" Muchos opinan que debe haber sido a Benito de Aniene.

Roberto se levantó, descollando, con su elevada estatura, sobre su Prior. Este recogió el texto de la Regla y lo cerró mirando a su Abad con expectación. Roberto creyó notar un relámpago de desafío en aquellos ojos, pero estaba tan hondamente conmovido, que no quiso fiarse de su propio juicio. —Creo conveniente que nos preparemos para la misa, Padre, dijo muy pausadamente. No había el menor temblor en su voz y su mirada se mantuvo serena. Su apariencia demostraba la más absoluta calma, pero, interiormente, estaba ardiendo.

El Padre Antonio le miró con sus esquivos y pequeños ojos. Le indignaba la compostura de su gigante Abad. —Pero, Reverendo Padre —exclamó con voz más cortante— no ha contestado aún a ninguna de mis preguntas. Nosotros, aquí en Tonnerre...

—Sucede que yo soy uno de ustedes aquí, en Tonnerre —interrumpió Roberto severamente—. Por la gracia de Dios, soy Abad de Tonnerre. ¿Qué significa esa diferencia? — y su tono era cortante como una espada.

Si Antonio hubiera conocido a Roberto tan bien como lo conocía el Padre Maurus, hubiera sabido que eso era una señal de peligro. Pero carecía del poder de percepción de Maurus. Nunca había estudiado Antonio a los hombres, para tratar de ver lo que haría en ellos, pero, únicamente, para ver lo que podía sacarles. La elección de Roberto lo desilusionó e hirió, pues había oposición de la comunidad a Roberto, era la oportunidad que se le presentaba a Antonio, y había decidido sacarle el mayor provecho. Había fomentado el descontento por medio de insinuaciones taimadas y sutiles indirectas. Consideraba ahora su posición suficientemente segura como para arrancarse la máscara. Con abierto desafío, dijo: —Esa diferencia quiere decir que usted es Abad en Tonnerre y no de Tonnerre. Esa diferencia quiere decir que no queremos reforma, porque no la necesitamos. Esa diferencia

significa que lo que usted llama "mitigaciones", nosotros llamamos "Regla"—. El rostro de Roberto parecía tallado en piedra—. Usted —gritó Antonio, furioso—, no es un Benedictino. ¡Usted es un rebelde!— Se oyó el susurro de un hábito, el golpe de una puerta al cerrarse y el Abad se encontró solo.

Con el golpe de la puerta, algo se rompió en Roberto. Se precipitó a su silla, tomó papel y stylus e, inclinándose sobre la mesa, murmuró: — ¡Veremos quién es Abad en Tonnerre y de Tonnerre!—, y, con rápida mano, escribió:

Prior..... Padre Carlos  
Sub-prior..... Padre Pachomius  
Mayordomo de la  
Casa de huéspedes..... Padre Corentine  
Procurador..... Padre Lambert

Miró su lista. —Estos hombres obedecerán, pues son leales—. Luego, volvió a escribir, hundiendo su stylus en la tinta con feroz arrebató: Excomulgados, Padres Antonio, Enrique, Idesbaldo. —Eso los mantendrá a raya por un tiempo— exclamó en alta voz. Luego, se detuvo, pasando revista mentalmente a la comunidad. Buscaba descontentos para aplicarles un castigo. Los murmuradores serían reducidos a silencio por medio de una penitencia pública. Más nombres fueron llenando la hoja que tenía al frente. Una y otra vez volvía a repetirse, torvamente: —Veremos quién es Abad de Tonnerre y en Tonnerre.

De pronto, tres tañidos de la gran campana interrumpieron su escritura. —La misa —exclamó—. Debo irme. Terminaré esto después de la comida.

Cuando se aproximaba a la entrada de la iglesia, oyó una voz que hacía el solo y dirigía el canto. Era una voz clara y segura, casi desdeñosamente segura. Roberto la reconoció; era la voz de su Prior. El hombre cantaba como solía hacer todo cuando tenía auditorio, en forma magnífica. Los labios del Abad se comprimieron con enojo. Eres eficiente Antonio; pero tus días de eficiencia han terminado.

Al empezar la misa, la ira de Roberto era algo frío, implacable, mortal, pero al llegar al Ofertorio, prestó mayor atención al Santo Sacrificio. Celebraba el Padre José, Preceptor de los Novicios. Roberto recordó a su propio Preceptor y le pareció oír, como en un murmullo que llegaba de lo desconocido, las palabras del Padre Guillermo: "Estudia la mansedumbre de

Cristo, hijo". Roberto se sobresaltó. Habíais transcurrido ya treinta y tres años desde la primera vez que oyera esa frase y había pasado esos treinta y tres años afanándose por comprender e imitar esa mansedumbre. A pesar de ello, helo ahí, inflamado por la cólera. Secretamente, se golpeó el pecho. Antes de que la misa llegara a su término, Roberto se sentía torturado entre el apremio de su justa indignación y el de la inmolación de sí mismo.

Pasó toda la tarde sentado ante su escritorio, frente al Crucifijo y a la hoja de papel escrita esa mañana. Por largo rato, sus ojos pasearon de uno a otra. Luego, con un poderoso esfuerzo, procedió a pasar revista desapasionadamente, a los catorce meses que llevaba en Tonnerre. Examinó con frialdad cada uno de sus esfuerzos. Pesó las reacciones de la comunidad, tanto individuales como colectivas. Su examen fue concienzudo y, tan objetivamente honesto, como puede hacerlo un hombre. Antes de que se pusiera el sol, llegó a una clara conclusión. Apartando la hoja de papel a un lado, se dijo: —Mi padre era un profeta. Las líneas paralelas nunca se encuentran. Yo estoy en un nivel y, mi comunidad, en otro.

Se incorporó entonces y comenzó a caminar por la habitación. En el capítulo había reinado franco antagonismo. Su Prior se había comportado, en privado, en forma desafiante e insultante. Quedaba sólo una cosa por hacer ¡y era forzar la comunidad a elevarse! Permaneció un instante contemplando la lista de nombres que había escrito y sus manos temblaron. — ¿Qué hay con eso? —pensó—. Fuego contra fuego —y, al tropezar sus ojos con la Cruz, comenzó de nuevo la antigua batalla—. ¿Manso como Cristo? ¿Manso como Cristo? ¿Manso como Cristo?

Esa interrogación lo detuvo. Arrugando con enojo el papel entre sus manos, reinició su paseo por la habitación. No podía resolverse a aceptar ese amotinamiento. Debía mostrarse más fuerte que la comunidad. Una y otra vez recorría el cuarto y sus pensamientos seguían el mismo ritmo de sus pasos. Primero, el Crucifijo; luego, la hoja de papel. Sus emociones se balanceaban de la cólera a la mansedumbre y, luego, nuevamente, a la cólera. A medida que avanzaba la tarde, su agonía crecía. Con el crepúsculo, le pareció que su mente hacía un alto. No podía pensar más; no podía planear más. Ni siquiera podía rezar. Justicia y misericordia, corrección y mansedumbre, eran las únicas palabras que llenaban su mente. Su monótono ritmo lo enloquecía. En un arrebató, se lanzó de rodillas y tomó el Crucifijo con airadas manos. — ¡Jesús! —suspiró—, ¡Jesús!— dijo otra vez y, durante las largas horas de la noche, la única palabra que pronunció fue: — ¡Jesús!

Cuando las campanas llamaron al Oficio de la Noche, su decisión estaba tomada. Se dijo que hace falta más fuerza para ser manso que para ser arrojado, y que requiere mayor hombría el dominarse a sí mismo que el dominar a los demás; que hay una más alta hidalguía en ser manso y humilde como Cristo que en convertirse en un jactancioso conductor de hombres. Resolvió humillarse él, en lugar de sus monjes. Fue un Abad abrumado y emocionalmente exhausto, el que asistió, esa mañana a la Vigilia.

La comunidad se inquietó al ver que los días pasaban y no se hacía referencia al disturbio del capítulo. Roberto lo presintió y comprendió que el silencio era, por el momento, su arma más poderosa. No hubieron apologías ni retractaciones, mas la intranquilidad aumentó. El Abad dejó llegar el tiempo de Pascua, antes de entrar en acción. Luego, una mañana, abrió el texto de la Regla en el Capítulo Segundo y leyó: "Sepa Abad que cualquiera falta de aprovechamiento que el Preceptor encuentre en el rebaño, será considerada falta del pastor". Después de este breve pasaje, contempló a su comunidad durante un tenso minuto y continuó: —Dado que estoy preparando mi juicio aquí, en Tonnerre, y ustedes serán los que dicten mi última sentencia, debo ordenar que, a partir de hoy, se observe más literalmente la Santa Regla. La conciencia no me permite otro camino.

Fue el postrer esfuerzo que hizo Roberto para despertar a Tonnerre. La orden fue recibida en silencio, pero más de un par de ojos buscaron al Padre Antonio. Roberto lo notó y comprendió que la crisis se había producido.

Dos semanas después, el Padre Carlos llamó a su puerta y, al abrir, el Abad se apercibió que los ojos del anciano monje estaban llenos de lágrimas. — ¿Qué pasa, Padre?— interrogó bondadosamente.

—Estaba equivocado, Padre Abad. Estaba equivocado al decirle que sería sólo cuestión de tiempo y de paciencia; que la comunidad quería ser más generosa y que anhelaba, realmente, una observancia más estricta. He cometido un error, posiblemente, por haberle juzgado de acuerdo con lo que yo pensaba. No quiere reforma—. El corazón del anciano sufría.

Roberto, colocando, agradecido, una mano sobre su brazo, le sonrió: —Ya lo sé, Padre. Pero les daremos un poco más de tiempo. Rece, por ellos y por mí. —Pero, Reverendo Padre, usted tiene razón y ellos están errados.

—Errados, no, Padre Carlos: solamente están arraizados a las convenciones. Proseguiremos con nuestro fuerza para sacarlos de esa rutina. Rece para que tengamos éxito.

Y, durante seis meses enteros, Roberto continuó esos esfuerzos,

agotando su ingenio en planes y estratagemas. Con algunos argüía; a otros, castigaba. Reganaba a éstos; lisonjeaba a aquéllos. Pero, el final del plazo que se había fijado lo encontró nuevamente midiendo, con sus pasos, el piso de su celda y, en medio de la noche, sólo una palabra había en sus labios: — ¡Jesús!

El primer plan que se le ocurriera volvía a su mente. ¿Por qué no remover al Prior? ¿Por qué no separar a los descontentos? ¿Por qué no dar los cargos del monasterio a los pocos deseosos de obedecer y obligar a los demás a conformarse? El proyecto parecía cada vez más tentador. Roberto comprendía instintivamente que tenía suficiente fuego como para dirigirlos. Pero allí se detuvo. Sería indigno de él, de sus monjes y de su Dios, que no quiere obediencia a regañadientes. Eso corresponde a las bestias que obedecen al látigo y no a hombres, que han consagrado su vida a Dios. Una y varias veces luchó contra la tentación y, finalmente, se sintió atraído hacia el Crucifijo. Antes de que amaneciera, había llegado a la única conclusión posible.

¡Al día siguiente renunció! Fue ésta la lección que le enseñaron los brazos extendidos en la Cruz. Y, así como Cristo ofreció la humillación suprema por la salvación de los hombres, Roberto elevaba, ahora, su humillación llena de amargura, como una ofrenda para que amaneciera, alguna vez, el día en que hubiera hombres, dispuestos a seguirle hacia donde tan ansiosamente deseaba llevarlos.

Cabalgando de regreso, a Saint Pierre, pasó revista a la entera situación y razonó. Se argumentó que los hombres no pueden ser acosados hacia la santidad. Esa era la raíz de todo el problema. Si hubiera sido un monje del montón, con seguir la interpretación del Abad, le habría bastado para tener paz en su alma; mas, como Abad, la responsabilidad de interpretar correctamente la Regla caía sobre sus hombros. Después de dos años, comprendió que no podía sacudir a esos hombres. E hizo, entonces, lo más prudente, humilde y práctico para obtener la paz de su alma, la paz de la comunidad que estaba bajo sus órdenes y la paz del mundo monástico que lo rodeaba. En lugar de renunciar a sus ideales, renunció a su Abadía. ¡El llamó a eso, humildad, pero hubo quienes lo denominaron egoísmo!

Sin embargo, el consuelo de haber imitado a Cristo, no consiguió levantar su corazón. Al acercarse a Saint Pierre, lo sentía como si fuera de plomo. Pues le parecía que su hermosa burbuja había estallado; que su primera gran oportunidad había terminado en un trágico fracaso. Se envolvió más aún en su manto, al sentir la brisa que soplaba de los cerros. El



aire de la noche, próxima ya, era frío como su alma. Pero, súbitamente, divisó una estrella solitaria en la pálida y dilatada bóveda del cielo. Con su resplandor, llegó hasta él el eco de las palabras de su padre: "¡Arde, y continúa ardiendo hasta que te quemes!" Se enderezó en la montura, espoleó su caballo y, levantando una mano hacia la estrella, en señal de saludo, exclamó: ¡Lo haré!

## Capítulo VII

### "¡REMA, REMA, MARINERO!"

El viejo Abad contempló con admiración el jardín que se extendía frente a su celda. El sol, que brillaba sobre el pasto húmedo de rocío, y las flores, le recordaban un enjoyado paisaje del Apocalipsis. El Padre Maurus puso fin a su meditación entrando a la pieza tras un breve llamado. — Adelante, —dijo el Abad—. Esta mañana, tu rostro no se parece al de la naturaleza, Padre Prior. Debieras robar gotas de rocío a la noche para alegrar tu mañana.

—Muy a menudo, deseo que no haya mañana para mi noche —contestó el Prior amargamente—. ¿Qué es eso que acabo de oír acerca del Padre Roberto? ¿Nuevamente lo envía usted lejos de aquí?

— ¿Nuevamente? —repitió el Abad—. ¿Acaso lo he enviado antes, alguna vez?

— ¿No lo mandó usted a Tonnerre?

—Por supuesto que no —dijo el Abad—. Fue elegido por la comunidad de Saint Michel como lo ha sido ahora por la de Saint Ayoul.

— ¿Por qué no eligen uno entre ellos?— protestó el Prior.

—Por la misma razón que no lo hizo Saint Michel. Piensan que Roberto es mejor que lo que ellos tienen. Y —añadió el Abad—, no creo que se equivoquen mucho, ¿no es así?

—Usted conoce mi opinión sobre Roberto —dijo Maurus—. Sabe lo que he pensado de él en estos últimos cuarenta años, pero —y una expresión ansiosa apareció en el rostro del Prior—, ¿no tiene usted miedo?

— ¿De qué?

—Del espíritu de Roberto. Es seguro que intentará de nuevo su reforma —dijo Maurus—, y, por supuesto, fracasará. ¡Oh! Ya sé que volverá aquí y admitirá su derrota como un hombre. Mas, a pesar de que han transcurrido siete años desde su regreso, noto a veces que aún no ha

olvidado.

—Tienes buenos ojos, Padre Maurus — fue el único comentario del Abad. El Prior se apercibió del temblor que sacudía las manos de cera que el anciano mantenía sobre sus rodillas. Por un momento, ambos hombres se perdieron en un ensueño. Un golpe en la puerta, los despertó—. ¡Adelante! —exclamó el Abad—. ¡Ah! —continuó, al abrirse la puerta—, eres tú, mi buen hijo, Roberto. Ven y reconforta el corazón de este viejo. Y, tal vez puedas, también, ahuyentar la melancolía del avinagrado rostro de nuestro excelente Prior.

Maurus lanzó un bufido al acercar dos sillas a la mesa del Abad. — Hablábamos justamente de la oportunidad que se te presenta en Saint Ayoul — dijo Dom Bernardo.

—Oportunidad para la angustia — gruñó el Padre Maurus.

— ¡Qué alegre! —dijo Roberto, estudiando el rostro de su amigo—. Y, ¿qué decían ustedes, Reverendo Padre?

—Bien —contestó el anciano, sonriendo—. No tuve ocasión para decir mucho. Nuestro Prior, aquí presente, habló casi todo el tiempo. Me acusó de enviarte a la tortura, o algo por el estilo. Pero eso no importa, lo que queremos saber es qué piensas tú de la oportunidad.

Roberto miró al Abad, luego al Prior y, de nuevo, al Abad, antes de responder. —Estoy muy agradecido, pero debo ser franco. Tengo cincuenta y cinco años—. Y, después de una breve pausa, continuó con una sonrisa: —Ya sé que ambos se preguntan si volveré a repetir mi hazaña de Tonnerre.

—No —dijo el Abad, con expresión meditabunda—. No exactamente. Creo que yo y nuestro regañón Padre Prior nos preguntábamos, en realidad, si Saint Ayoul repetiría la hazaña de Tonnerre. Los dos sabemos que intentará...

—Pero, ¿para qué? —interrumpió Maurus—. ¿Acaso no te enseñó nada Tonnerre? ¿Por qué no puedes continuar como lo has hecho estos últimos siete años? Aquí no has perdido méritos por eso, ni Dios ha perdido ninguna gloria. ¡Ah! Nunca aprenderás —concluyó con disgusto—. ¡Pensar que has pasado cuarenta años con esa sola idea!

El Abad Bernardo tocó suavemente la rodilla del levantisco Maurus. —Cuarenta, es un número místico. Padre Prior. Recuerda las Escrituras; cuarenta años, cuarenta días, cuarenta noches. Tal vez, nuestro Roberto se está aproximando a la Tierra Prometida.

— ¿Quién le prometió algo?

Roberto sonrió sin decir nada. El Abad Bernardo jugueteó con su Crucifijo. Maurus se dio vuelta y miró por la ventana, lleno de cólera. Antes de que el silencio se tornara penoso, Roberto se enderezó en su asiento, pasó la lengua por sus resecos labios y exclamó: —Padres, ¿no creen ustedes que yo mismo he luchado contra eso? ¿No creen que yo he comprendido cuán fácil sería seguir siempre la corriente de la época? ¿No se dan cuenta de que Tonnerre me indicó claramente hasta qué punto son profundamente rutinarios los monjes de hoy en día?

Ninguno de los dos hombres respondió. La voz de Roberto bajó de tono al continuar: —El ver una comunidad entera alzarse y rechazar su ideal, en su propia cara, templa a un hombre. Pueden estar seguros de que he orado y meditado. Una y otra vez me he preguntado qué haría si se presentara otra oportunidad. Padres míos, la respuesta ha sido siempre la misma. ¡Hela ahí!— Y su mano señaló el Crucifijo colocado sobre el escritorio de Dom Bernardo.

Una nueva e insólita ternura vibró en el tono de Roberto, al concluir: —Cristo no bajó de su cruz. ¿Por qué habría de evadirme de llevar a costas la mía?

—Porque tú mismo la has fabricado —explotó Maurus—. ¿Qué justificación tienes para imponer tu interpretación subjetiva de la Regla en una comunidad? ¿Por qué no puedes adoptar la opinión general?

—Quizá porque es general, y sólo una opinión —contestó Roberto—. Si Cristo luchó contra algo en sus días, fue contra la opinión general.

—Tienes razón —fue la fogosa respuesta del Prior—. Y, si no me equivoco, la opinión corriente que El atacó, fue la de observar la letra de la ley y descuidar su espíritu.

Roberto, cansado, ladeó la cabeza. — ¿Cuántas veces tendré que insistir en decirte, Maurus, que quiero volver a la letra para recapturar el verdadero espíritu?

—Mas, ¿por qué perseguir algo que ya posees? ¿No has vivido el verdadero espíritu durante cuarenta años?

Roberto dirigió su mirada al Abad y se encogió de hombros con aire de impotencia. El anciano sonrió ante su evidente aprieto. Maurus captó esas miradas e, inclinándose hacia ellos, les habló: —Permítanme que les pregunte una sola cosa: ¿Es nuestro deber hacer, hoy en día, exactamente lo que nuestros antecesores hicieron en su época, o hacer exactamente lo que ellos habrían hecho de haber vivido en nuestros días?— Los dos Abades

cavilaron un momento. Maurus continuó: —En otras palabras, ¿debemos guiarnos por sus prácticas o por sus principios? De todo el problema, es éste el punto que se discute, y no otro.

Dom Bernardo movió pausadamente la cabeza, en señal de afirmación. Maurus prosiguió: —Admito que estamos lejos de las primitivas prácticas de Benito, pero mantengo firmemente que seguimos cada uno de sus principios. Y, eso —concluyó— es exactamente lo que Benito hubiera hecho en este año de gracia de 1073.

—Le llamaré de desgracia, si continúas discutiendo en esa forma —dijo Roberto. Luego, alzando el borde de su escapulario hacia el Prior, le pidió: —Palpa esto—. Maurus lo frotó entre el pulgar y el índice. ¿Se avergonzaría un caballero, señor o duque de una tela como ésta?—. Maurus no contestó. — ¿Vivo yo del trabajo de mis manos, o del trabajo de las manos de otros?—. Maurus continuó silencioso. —He oído decir que algunas personas insisten en que Nuestro Señor santificó la pobreza de espíritu y no la pobreza material —dijo Roberto concisamente—. Mas, en mis cincuenta y cinco años de vida, he aprendido que no hay medio más verdadero, seguro y rápido de llegar a esa pobreza de espíritu, que el de ser materialmente pobre. Reverendo Padre, la fundamental debilidad del mundo monástico de nuestros días, ¿no se debe, acaso, a la ausencia de la verdadera pobreza?

— ¡Bah! — protestó Maurus.

—No te apures, Maurus. No te apures. Tú mismo me has dicho que el monje de hoy tiene poco que hacer. Las funciones litúrgicas le ocupan el día. Sus intereses son escasos y, su mentalidad, se haya agotada. Físicamente, está gordo y perezoso. Y aquí está la curación: que el monasterio sea pobre materialmente, y no sólo de espíritu y, los monjes, no desperdiciarían tontamente su vida.

El anciano Bernardo escuchaba con gran atención. —Hay una sola cosa que me preocupa, mi buen Roberto. El Padre Maurus me la sugirió esta mañana. Es ésta: ¿Podrás soportar otro fracaso?

Roberto se inclinó hacia el escritorio y colocó su mano sobre el Crucifijo de Dom Bernardo. — ¿Puedo?—preguntó al levantarlo. El Abad asintió—. Tonnerre me hizo poner de rodillas frente a este Rey Crucificado, llorando como un herido, suplicando como un demente, pidiendo como alguien fuera de sí mismo y, allí, de rodillas, aprendí la lección de la Cruz. ¡El cristianismo no es un culto que lleve al éxito!

Por un momento, nadie habló: — ¿Comprenden, ahora, por qué no

tengo miedo al fracaso? —Los ojos de Roberto no se apartaban del Crucifijo—. Para mí, eso no existe.

Dom Bernardo se incorporó. —Con ese espíritu, hijo mío —dijo—, nunca habrá fracasos para ti, en ningún sentido...

\* \* \*

No habían pasado aún cuatro meses y el otoño mantenía el apogeo de su carnaval de colores, que precede al largo y blanco ayuno del invierno, cuando el Prior de Saint Pierre fue llamado con urgencia, a los portones por un jadeante portero. Al Padre Maurus no le gustaban las intromisiones y se disponía a reprender al portero por su intrusión pero, en el momento en que oyó su mensaje, abandonó precipitadamente la habitación. Su evidente impaciencia se notaba hasta en el movimiento de su escapulario, al recorrer la avenida bordeada de árboles que conducía a la entrada. Atravesó como una exhalación el pabellón del portero y abrió, de par en par, la puerta que daba hacia afuera. Extendiendo ambos brazos en un gesto de bienvenida, gritó: — ¡Roberto!

La yegua zaina, con la blanca estrella en la frente, caracoleó inquieta. Roberto se sonrió desde lo alto de su montura: —Tengo una fogosa cabalgadura, Maurus, pero no tiene ni la mitad del espíritu de su caballero. No puedo detenerme, mas debes leer esto—. Y, sacando un rollo de pergamino, que llevaba bajo su cinturón, lo entregó al Prior.

Maurus desenrolló apresuradamente la misiva. Provenía de Roma e hizo que sus ojos se dilataran, maravillados. El Papa Alejandro II ordenaba a Roberto de Saint Ayoul que se hiciera cargo de los ermitaños de Colan. El mensaje era breve, y terminaba con una bendición. Dejó a Maurus aturdido. —Es un pequeño secreto que te he ocultado por años, Maurus —dijo Roberto, volviendo a enrollar el documento y ocultándolo bajo su capa—. Cuando estuve en Tonnerre, esos hombres me pidieron que los guiara. Yo lo deseaba, mas la comunidad de Tonnerre no quiso que me fuera.

—Baja de ese caballo, ordenó Maurus — baja de ese caballo y pasa el día conmigo.

—No puedo. Fue la corta respuesta, mientras la yegua se movía con impaciencia—. Debo hacer diez leguas más antes de la caída del sol. Siento que el Abad Bernardo no esté, pues quería verlos a ambos antes de seguir.

Viendo que su amigo hablaba en serio, Maurus se volvió y ordenó al portero:

—Haz ensillar un caballo inmediatamente. Acompañaré al Abad.

Diez minutos después, los dos monjes dejaban atrás la ciudad de Troyes y penetraban en una sombría extensión de bosques. Poco a poco, Maurus consiguió que su amigo le narrara la historia. En el año 1065, justamente en momentos en que el conflicto con la comunidad de Tonnerre había llegado a su punto culminante, un solitario ermitaño de Celan se presentó en el monasterio, suplicando a Roberto, en nombre de sus compañeros, que los ayudara a seguir el camino que conduce a Dios. El joven Abad consideró a este ermitaño como un enviado del cielo para poner fin a la situación planteada entre él y su comunidad. Mas, así como fue votado para ocupar su cargo, Roberto debía ser votado para salir de él. Tan seguro estaba del resultado de la votación, que hizo permanecer al ermitaño en Tonnerre, confiado en que podría acompañarlo a Colan. Pero a la mañana siguiente, aprendió mucho acerca de la contradicción que existe en lo más profundo de los hijos de Adán, pues los hombres que se negaron a aceptar su reforma, desecharon la oportunidad de liberarse de él. El voto contrario a su ida a Colan fue casi unánime.

Cuando Maurus le preguntó por qué había mantenido el asunto en secreto, durante esos últimos siete años. Roberto le expresó su temor de que el Abad Bernardo se comunicara con los ermitaños y lo enviara. Hubiera parecido, entonces, que renunciaba a Tonnerre, únicamente para trasladarse a Colan. Decidió colocar el entero asunto en las manos de Dios. Al llegar a este punto, Maurus se volvió hacia su compañero y le dijo:

— ¿Nadie te ha dicho nunca lo que aconsejó un capitán al hombre que estaba en el bote?: "confía en Dios, marinero, pero ¡rema hacia la playa!" Si hubieras empuñado el remo, allá en 1065, te hubieras ahorrado tú y esos ermitaños siete años y medio.

—Sí, y hubiera pasado el resto de mi vida preguntándome si estaba haciendo mi propia voluntad o la de Dios —replicó Roberto—. Ahora, en cambio, no puede haber duda.

Al acercarse al final del bosque, divisaron las cuadradas piedras, quemadas por el sol, de la antigua vía romana y, Maurus, sujetando las riendas de su corcel, propuso a Roberto que los caballos abrevaran en un arroyuelo que corría por allí cerca. El Abad desmontó y condujo su yegua tras el caballo tordillo del Prior. Mientras los dos animales, con las manos en las movedizas aguas, bebían ruidosamente, Maurus frunció el entrecejo y exclamó:

— ¡Pero, la agonía de esperar siete años!

—Conservo las cicatrices, Maurus. Pero no olvides que Él fue crucificado.

—Sí, pero...

—No hay "peros" que valgan, Maurus —dijo el Abad, examinando el freno en la boca chorreante de su yegua—. Aunque los hombres nos hagan todo lo que los enemigos del Señor hicieron con El, nosotros sólo podemos hacer lo que El hizo, rezar para que sean perdonados por Aquel que últimamente tiene derecho a sentirse ofendido.

Maurus permaneció silencioso. No podía llegar a parte alguna con Roberto, cuando éste comenzaba a hablar de Cristo. Pronto estuvieron de nuevo en el camino y, los caballos, refrescados, harían resonar las piedras bajo sus cascos. Roberto habló poco de Saint Ayoul. No había permanecido allá lo suficiente como para intentar su reforma. Todo su pensamiento parecía concentrarse en Colan. Cuando Maurus se enteró de que solamente siete hombres le esperaban allí mostró abiertamente su disgusto. Pero Roberto rechazó, riendo, sus objeciones, con estas alegres palabras:

—Mejor pocos buenos, que muchos no tan buenos.

Al llegar a otro bosque, el sol había descendido mucho en el oeste. Roberto tiró las riendas de su yegua e insistió en que Maurus regresara. A esa hora, señaló, el Prior no llegaría a Troyes antes del anochecer. Maurus se negó por un rato a obedecer esas indicaciones. Tenía el presentimiento de que esta separación era definitiva: presentimiento que había ido en aumento durante todo el camino. Estaba poco dispuesto a abandonar a su amigo, pero comprendía que Roberto tenía razón. Al fin, acercó su caballo a la yegua y colocó su mano sobre el hombro de Roberto, diciendo:

— ¡Que Dios esté siempre contigo!

Roberto se inclinó en su montura y dio a su amigo el beso de paz, murmurando:

—El permanecerá aunque todo nos abandone—. Ambos se bendijeron, tornaron sus caballos y partieron. Uno, hacia el sol poniente; otro, hacia las verdes sombras del bosque. Ninguno miró hacia atrás...

A día siguiente, Roberto comprendió por qué había pasado tanto tiempo sin tener noticias de esos entusiastas eremitas. Cuando la comunidad de Tonnerre había frustrado sus planes siguieron luchando, como lo habían hecho siempre, por continuar su vida de ermitaños. Pero, pronto cundió la intranquilidad. Necesitaban un conductor y querían alguien que los llevara hacia Dios. Sabían que había uno y resolvieron conseguirlo. Por último,



acertaron con el único medio. Uno de ellos fue a Roma y presentó su súplica ante Su Santidad, quien la oyó con simpatía y le otorgó el edicto que sacó a Roberto de Saint Ayoul. El peregrinaje hasta Roma y la vuelta habían exigido tiempo. Pero, ahora...

— ¡Sí, ahora!— pensó Roberto. Estudió a esos siete hombres, contempló las pequeñas celdas construidas por ellos mismos, inspeccionó el diminuto jardín e hizo una revista general de los alrededores. No perdió tiempo, pues deseaba ver por dentro la vida y las luces de esos hombres. Su más emocionante descubrimiento fue que deseaban observar la Regla de San Benito en toda su pureza.

Antes de que el lucero de la tarde comenzara a brillar, solitario, en el pálido cielo, Roberto daba gracias a Dios con el corazón desbordante. La comunidad era pequeña, y eso era para él una ventaja. Nadie había vivido en los monasterios de la época y, también eso, lo consideraba una ventaja. Parecían perfectamente dóciles y, ésa, era la mayor ventaja. Roberto casi lloró, esa noche, al dar gracias a Dios. En Colan no había nada que reformar, ni costumbres que abolir, ni litigaciones que anular. Lo único que debía hacer era cumplir el deseo de su comunidad, y suyo propio, dándoles la Regla de San Benito en toda su simplicidad. Al fin, el rebelde parecía encontrar colaboradores. Al fin, su sueño se convertía en realidad. Podía vivir en "la forma más noble".

Antes de que pasara el mes, Roberto había organizado por completo la comunidad de acuerdo con las líneas de la Regla. Hasta tenía un Prior, un ermitaño que lo impresionó particularmente desde el primer día. Era el más alegre del grupo y uno de los más enérgicos. Cuando dijo a Roberto que su nombre era Alberico, éste le contestó:

—Debía haber sido Hilario. Me gusta tu sonrisa, Padre. Haz que siempre brille.

Alberico sonrió más ampliamente aún y contestó:

—Los búhos sólo ululan; los perros sólo ladran; yo, sólo puedo sonreír. Un leopardo no puede cambiar sus manchas, Reverendo Padre.

—No —replicó Roberto—, pero, un Abad puede cambiar puestos. De ahora en adelante, serás Prior.

Alberico lanzó una carcajada, diciendo:

—Estoy aquí para obedecer.

—La primera orden es que siempre sonrías—. Alberico se inclinó y cumplió inmediatamente esa orden.

Los primeros actos de Roberto fueron significativos. Recordó el cargo que le hiciera Maurus con respecto a que quería imponer a los demás su interpretación subjetiva de la Regla, de manera que todas las mañanas, inmediatamente después del Canto a la Salida del Sol de la Hora Prima, reunía a su alrededor el pequeño grupo y, con ellos, discutía la Regla. Les explicó lo que había sucedido con dicha Regla, en el correr de los siglos, y lo que pasaba en la actualidad. Era perfectamente sincero, y después de su conversación, les invitaba a discutir y a formular sugerencias. El resultado fue que se adoptó la orden del día y muchas de las más estrictas costumbres de Cluny; mas como hombres, los eremitas pedían pobreza, simplicidad, silencio y dura labor manual. Era justamente lo que Roberto quería.

Se sentía feliz al ver su decisión y se los demostraba. Cuando les expresó que debían prepararse para soportar incompreensión, tergiversación y, hasta, ridículo, Alberico exclamó en voz alta:

— ¡Oh! no hay por qué preocuparse de eso, Reverendo Padre. Sólo hay tres clases de hombres que no nos comprenderán.

— ¿Sólo tres? —interrogó Roberto.

—Sólo tres —contestó Alberico—. ¡Los jóvenes, los de mediana edad y los viejos!— Roberto se rió y admitió que solamente esas tres categorías de hombres no los comprenderían.

A medida que los meses pasaban, aumentaba la felicidad de Roberto. Parecía que, al fin, después de cuarenta años de espera, su sueño se convertía en realidad. La espera había sido larga y había estado muy solo, sobre todo en ciertas épocas. Pero, ahora, todo aquello había valido la pena. Rejuveneció. Se sentía mejor, más grande y valeroso. Por las noches, se retiraba a su lecho mucho más cansado que antes, pero siempre menos abrumado. Y nunca le pareció más verdadera esa paradójica diferencia, que cuando recordaba las noches de Tonnerre.

Por un año entero, nada perturbó al Abad. La comunidad casi se había duplicado. Eran trece ahora. No obstante, una mañana mandó llamar a Alberico. Estaba preocupado, pues la pequeña comunidad no se encontraba bien de salud: desde tiempo atrás, se repetían las enfermedades. Alberico trató de calmarlo, diciendo:

—No es nada serio, Reverendo Padre, sólo ligeras sombras; eso es todo. ¡Y las sombras son prueba de que brilla el sol!

Pero Roberto insistía en que las enfermedades se hacían crónicas y que era necesario efectuar una prolija investigación.

Durante las semanas siguientes pesaron muchas posibilidades y vigilaron la dieta. Una comida en el día, sólo de legumbres y que la hacían a la caída del sol, en Cuaresma, y a eso de las dos de la tarde durante el resto del año, es difícil que pueda producir gigantes físicos, hombres de fuerte envergadura y carne y músculos firmes. Y, sin embargo, universalmente se admitía que eso bastaba para mantenerse en perfecta salud. Pronto los dos superiores llegaron a la conclusión de que no era la dieta solamente la causante de las enfermedades entre los monjes. Observaron, entonces, la forma en que trabajaban, las horas de sueño y hasta los hábitos mentales de los hermanos dolientes. Sólo sirvió para aumentar el ceño preocupado de Roberto. Al cabo de un mes de investigaciones, Alberico exclamó súbitamente:

—Hemos mirado hacia atrás. Hemos mirado alrededor. Es tiempo que miremos hacia adelante.

—¿Qué quieres decir? —urgió Roberto.

—Quiero decir que no es la comida; no es el alojamiento; no es el trabajo. No es la combinación de ayuno, vigilia y trabajo. Es el sitio.

—¿Quieres decir Colan?

—Sí, digo que Colan es insalubre.

Roberto consultó a todos los que pudo sobre este asunto y todos estuvieron de acuerdo con Alberico. Roberto no sabía qué decisión adoptar, cuando le llegó, como un eco de lo desconocido, la voz de Maurus. Decía: "Confía en Dios, marinero, pero rema hacia la orilla". El Abad se sonrió. — Tiene razón. ¡La presunción no es una virtud, la prudencia sí! La piedad no consiste en falta de sentido práctico. Nos mudaremos—. Y Roberto mantuvo su decisión.

El otoño de 1075 vio una pequeña banda de trece personas que se perdían en la espesura de los bosques de Molesme. Varios meses antes, Roberto se trasladó a Borgoña y encontró allí un lugar que le pareció ideal. Quedaba alejado de cualquier aldea y, eso, significaba soledad. Era tierra virgen; y ello quería decir trabajo. Era saludable, por lo cual la Regla podía observarse en todo su rigor. La pobreza, en todos sus aspectos, pensó Roberto, alcanzaría en Molesme, su plena realización.

La naturaleza se engalanaba con sus vestiduras de verde, oro, bermejo, rojo y pardo, cuando la reducida banda se internó en el bosque. Pero estos hombres no miraron por segunda vez, pues sólo tenían ojos para las blancuras del invierno. Sabían muy bien que, después de las heladas,

vendríaais las nieves. Esos hombres eran constructores.

¡Y qué constructores! Los árboles caían y las ramas eran desmochadas. Los troncos se abrían por el medio y, pronto, se alzó un oratorio. No era gran cosa en su apariencia. Hasta el propio Alberico tuvo que reconocer que era pintoresco más que románico. Pero, rústico como era, satisfizo a ese puñado de hombres fervorosos. Era la casa que ellos habían construido para Dios. Sabían que ése era el verdadero corazón de toda su instalación y comprendían que, si no lograban que latiera con vida y ardiente amor, el resto de los edificios no sería otra cosa que la tumba de un cadáver. Todo el otoño, y hasta parte del invierno, lo dedicaron a la construcción de su pequeño oratorio. Para ellos, levantaron pequeñas celdas con las ramas cortadas. Esa abigarrada colección de pequeñas chozas, alrededor de un rústico oratorio de troncos, fue la primitiva Abadía de Molerme.

Con las nieves de diciembre de 1075, la pequeña iglesia fue consagrada. A los ojos de Roberto, el Lucero de la Tarde no aparecía ya tan solitario. Tenía su monasterio, sus hombres y sus actividades. Dio gracias a Dios y juró ser siempre un caballero...

Cierto día, cuando los junquillos empezaban a asomar a través de los últimos vestigios de la nieve, Roberto encontró a Alberico forcejeando con un pesado tronco. Sin decir palabra, se inclinó y ayudó a su Prior a hacer rodar el obstinado trozo hasta el linde del claro. Al detenerse para recuperar el aliento, el Abad se sonrió y señaló la larga hilera de informes troncos, diciendo: —Eso representa un invierno de trabajo.

—Y esto —replicó Alberico, haciendo un ademán en dirección al claro—, representa una primavera nada ociosa y un verano de ruda labor. No obstante —añadió con una sonrisa—, espero que también represente un otoño con cosechas. No podemos comer raíces.

—No —dijo Roberto lentamente—, no podemos. Pero, dime, ¿qué esperanzas tienes en la cosecha?

—El suelo virgen no da cosecha abundante el primer año que se cultiva— respondió Alberico con franqueza—. Sin embargo, esperaremos en Dios —añadiendo luego con una amplia sonrisa—: ¡Y remaremos hacia la orilla!

—Me parece que has remado todo el invierno. Vamos, muéstrame todo lo que has hecho.

Alberico llevó al Abad, primero a un distante lugar en los bosques y le enseñó una profunda zanja. Era, según le explicó, el comienzo de un

acueducto, El lejano arroyo de la montaña sería conducido de tal modo que el monasterio y sus jardines nunca conocerían la sequía. Luego, lo condujo hasta donde se estaba cavando un aljibe. El agua helada vendría muy bien después del solsticio de verano, según la opinión de Alberico. El Abad se sonrió. Entonces, haciéndolo girar sobre sus talones, Alberico llevó a Roberto a la profundidad del bosque y le señaló una ciénaga. —La estamos secando dijo—, y cuando esté lista, nos proporcionará una tierra de pan llevar—. Después, mirando a la distancia, agregó: —Esos monjes que están allá, a lo lejos, se ocupan de nivelar la colina y llenar las zanjas de alrededor, porque, algún día, ese será un campo de ondulante trigo.

— ¡Optimista! —rió Roberto.

Pero, en ese instante, el golpe de un hacha llegó hasta sus oídos. Roberto le miró, intrigado. —Eso —sonrió Alberico—, es mi optimismo. He enviado a dos de nuestros monjes a preparar tablones para el granero, que todavía no tenemos y para albergar el ganado que aún no es nuestro.

—Tienes fe, Padre Prior —dijo el Abad—, y ¡esperanza!—. Después, más seriamente y con más suavidad, agregó: —y caridad.

—Hasta ahora, sólo he tenido bastante trabajo —replicó Alberico—. No seremos los hidalgos caballeros que usted ambicionaba, Reverendo Padre. No seremos tan caballerescos con Dios, como usted cree que deben ser los monjes. Pero, al menos, debe admitir que somos los trabajadores manuales como dice usted que deben ser los Benedictinos. Hasta ahí, su reforma se ha cumplido.

—Me alegra que la llames "reforma", Alberico. Otros, la llaman "rebelión".

— ¿Quién?

—Los monjes de otros monasterios —dijo el Abad—. Nos critican.

— ¡Bien! —Exclamó Alberico—. Esto nos atraerá la atención de los hombres. Las críticas nos hacen un favor: despiertan la curiosidad. Puede prepararse para recibir postulantes, Reverendo Padre. De dos clases: los simplemente curiosos y los sinceramente celosos. Y yo —agregó mientras se retiraba—, debo preparar más tierra para ambas clases.

Alberico probó ser un profeta. Llegaron los curiosos. Se dieron cuenta de que, al menos por esta vez, el rumor era verdad. Los hombres de Molesme llevaban una vida más estricta que la de cualquier otro hombre de la región. La mayoría de ellos estaba integrada por los simplemente curiosos; de manera que, al cabo de una semana, partieron. Pero los celosos

también vinieron y se regocijaron que el rumor fuera verdad. Permanecieron allí y cavaron la tierra para glorificar a Dios.

## Capítulo VIII

### EL OBISPO TIENE HAMBRE

Troyes resplandecía bajo los primeros rayos de sol; pero el Obispo de Troyes estaba tan hosco esa mañana como si el mundo estuviera envuelto en grisácea bruma. — ¿Está seguro de que sólo hay veinte personas en el séquito? —preguntó a su Vicario con impaciencia. El Vicario, que podía leer los pensamientos de Su Señoría mejor que los campesinos leen en los cielos, comprendió que no le agradaba nada el trabajo que debía desempeñar ese día. Esto llamaba la atención del Vicario, pues sabía que el viaje a Borgoña no cansa y estaba seguro de que la visita a los nuevos monjes resultaría realmente interesante. Estos se habían convertido en el tema del momento en la ciudad. Su curiosidad por conocer a esos hombres que habían puesto en movimiento a tantas lenguas, había llegado a un grado febril. No se explicaba por qué razón Su Señoría no participaba de sus sentimientos.

Cuando hubo dicho al Obispo que sólo serían acompañados por veinte personas, éste frunció el ceño y exclamó: —Me gustaría saber qué ponerme — y, al captar la sorpresa que brilló en los ojos del Vicario, se sonrió—. ¿No se da cuenta de que hoy puedo hacer un papel ridículo? Si esos hombres son lo que dicen algunos, pareceré una eclesiástica ave de paraíso o un pavo real, también eclesiástico, si aparezco con mi atavío habitual. Y, si son como dicen otros, apareceré como un impostor, si no me presento ante ellos con mis más brillantes vestiduras—. Dándose vuelta, continuó con irritado tono: —No sé por qué tengo que hacer esta investigación. Después de todo, soy Obispo de Champagne y Molesme queda en Borgoña.

—Es casi un paseo, Monseñor. Estaremos allí a mediodía y podemos regresar antes del anochecer.

—No sé qué hacer con los monjes —replicó el Obispo—. Si estos monjes son los fariseos, que muchos dicen, los suprimiré sin miramientos. Vamos, creo que este traje es lo suficientemente modesto y, al mismo

tiempo, bastante digno. Esconderé esta enjoyada cruz—. Y la ocultó bajo los pliegues de su ropa.

Era un obispo lleno de colorido el que trotó rumbo a Borgoña esa hermosa mañana. El Vicario les había informado acerca del destino de la excursión y todos los acompañantes charlaban sobre lo que hallarían en la tan comentada Abadía de Molesme. Se especulaba mucho, principalmente con lo que haría el Obispo. Sabían que era un hombre de decisiones rápidas e inflexibles, una vez tomada una determinación. ¿Suprimiría el monasterio y dispersaría los monjes? Viéndolo cabalgar sobre su fogosa yegua, blanca como la leche, y observando las ceñidas líneas, bien marcadas alrededor de su boca y de sus ojos, muchos profetizaron una rápida absolución para los monjes de los bosques.

A mediodía, se acercaron a la espesura de Molesme. El Vicario aproximó su reluciente caballo negro a la yegua del Obispo. Encontró a éste más conversador que por la mañana. Conociendo su aversión por los monjes, el Vicario aventuró una chanza sobre lo anómalo que resultaría el encontrar un monasterio con claustros y monjes que trabajan realmente.

— ¿Anomalía? Sería una bendición —dijo el Obispo—, si los monasterios fueran realmente de clausura y los monjes trabajaran de veras. Los Obispos tendrían menos preocupaciones y, la Iglesia, menos escándalos—. Luego, después de cabalgar en silencio por un rato, continuó: —No. Eso no me parecería mal, Reverencia, pero los comentarios van más allá. Hablan de hambre, silencio y esclavitud. Dicen que ese hombre, Roberto, es un rebelde que ha imbuido sus ideas propias a un grupo de hombres inocentes y que los hace vivir de un modo como nadie ha vivido. Ningún hombre tiene derecho a eso. Si lo que dicen es verdad, Roberto volverá a Troves y Molesme se convertirá en bosque otra vez—. Una mirada al rostro del Obispo, convenció al Vicario de que realmente hablaba en serio.

Cuando penetraron en los bosques, el Obispo comunicó al Vicario que su principal obligación consistiría en inspeccionar el monasterio, mientras él mantendría una conversación con el Abad. El Vicario debería comprender el espíritu de los monjes, averiguar si verdaderamente vivían de legumbres, si realmente trabajaban como siervos y si seguían, de manera estricta, y en todo su rigor, la Regla de San Benito.

El Vicario manifestó que había oído decir que Molesme se regía por el horario de Cluny. —Sí, sí —dijo el Obispo con impaciencia—. Yo también sigo con bastante exactitud el horario de Cluny, pero eso no quiere decir nada. Cualquiera puede recitar el Oficio en horas establecidas. Lo que yo



deseo saber es esto: ¿son éstos, monjes o están disfrazados de monjes? En otras palabras: ¿son fanáticos o santos de Dios?

Muy pronto los tortuosos senderos impidieron que los jinetes adelantaran de dos en fondo. El caballo negro del Vicario tuvo que seguir detrás de la blanca yegua. El Vicario se alegró de la estrechez del camino, pues nunca había visto a su Señoría tan irritable. Se dedicó a meditar sobre todo lo que había oído decir de esos hombres; pero se apercibió que los informes eran tan contradictorios, que se anulaban mutuamente. Sumido en su perplejidad, no se dio cuenta de que el Obispo había hecho un alto. Lo sacó de su distracción la exasperada voz de Su Señoría. — ¿Qué le pasa? ¿Está dormido? Adelántese y vea por qué se han detenido los otros.

El Vicario se apresuró hasta un claro cultivado y el Obispo, al alcanzarlo, exclamó: —El monasterio no puede estar lejos. Busquemos el sendero que nos conduzca allí—, y, en el momento en que los hombres dirigían sus caballos hacia el linde del campo, el Obispo gritó: —Aquí viene un monje. Él nos indicará el camino.

Allá, a lo lejos, entre los árboles, que bordeaban el extremo del campo, el Obispo había divisado una solitaria figura que caminaba con la cabeza gacha. Era Esteban Harding. Al oír un relincho, la cabeza de Esteban se irguió y, al ver los jinetes, se apresuró a atravesar el campo para averiguar qué deseaban.

—Este es el Obispo de Troyes —dijo el Vicario, haciendo una inclinación ante Su Señoría—. Desea visitar el monasterio de Molesme, que dirige un tal Padre Roberto. ¿Puede indicarnos el camino?

El monje se adelantó y besó el anillo del Obispo. Expresó que, como miembro de la comunidad, consideraba un privilegio el que le fuera permitido guiar a Monseñor hasta el monasterio. Esteban acarició el hocico de la yegua y tomó con mano experta el freno; y el Obispo se asombró de la cortesía y cultura demostradas por el joven monje. Posiblemente, las habladerías habían exagerado, pues éste no era un fanático enloquecido.

El sendero que salía del campo estaba bien marcado, mas era estrecho. Repentinamente se cortó y el Obispo se encontró frente a un rústico oratorio de madera, rodeado de chozas informes y apiñadas. Su antipatía retornó con mayor fuerza. Esto era peor de lo que esperaba. Esto no era pobreza, era miseria. Esteban los condujo a la iglesia. Mientras los demás desmontaban, el Obispo admitió de mala gana lo que su Vicario decía: realmente, en el lugar reinaba un ambiente de soledad y silencio que indicaba recogimiento. Mientras tanto, Esteban hizo señas a un monje, que había estado orando, y

lo envió a Roberto con la noticia de que el Obispo de Troyes, con veinte jinetes, estaba allí de visita.

Al par que el último de los acompañantes desmontaba, se oyó el tañido de una campana. — ¿A qué llaman? —preguntó el Obispo.

—Al Oficio de la Hora Nona, Monseñor —contestó Esteban.

—Bien. Asistiremos.

No. El Obispo no presidiría. Él y sus acompañantes permanecerían atrás. Que los monjes se alinearan como de costumbre, pues él quería ser testigo de la ceremonia. El séquito se agrupó al fondo del pequeño oratorio, mientras silenciosas figuras surgían de las chozas y, con las cabezas inclinadas, se encaminaban hacia la iglesia. El Vicario y el Obispo ocuparon su sitio, codo contra codo. Cuando el último monje hubo tomado su lugar en el coro, aquél se volvió hacia Su Señoría y le susurró: — ¿Ha observado usted su humildad? Ninguno de ellos nos ha dirigido una segunda mirada—. El Obispo se limitó a asentir, pero sus ojos pasaban de una a otra figura.

El último monje ocupó su lugar. Un gran silencio llenó el oratorio. El grupo que estaba en el fondo se sobrecogió por la solemne quietud. Se oyó un golpe y el pequeño conjunto de monjes cayó de rodillas con la uniformidad de una compañía de soldados perfectamente adiestrados. Por unos momentos, su plegaria fue mental. Otro golpe los hizo poner de pie y una única y clara voz rompió el silencio, *Deus in adiutorium meum intende*, para ser contestada por las voces del reducido coro que se elevaron en un vibrante: *Domine ad adjuvandum me festina*. Luego, los monjes cantaron el himno y los salmos, verso tras verso, en alternado coro; primero, los del lado del Evangelio y, después, los de la Epístola.

Con el último versículo, los monjes se arrodillaron de nuevo y el mismo silencio solemne, que tanto emocionó a los visitantes al principio del oficio, tomó posesión del diminuto oratorio. Esteban Harding se aproximó al Obispo y le hizo una seña. Al salir de la iglesia, le presentó a un hombre gigantesco, con la cabeza blanca como la nieve: —Este es nuestro Reverendo Padre Roberto, Abad del monasterio—. El Obispo extendió la mano derecha y Roberto, de rodillas, besó su anillo.

—Monseñor nos ha proporcionado la sorpresa más agradable del año. En realidad, debiera decir de los cinco años que llevamos juntos. Permítame darle la más calurosa de las bienvenidas, con todo mi corazón y el de todos los de nuestra pequeña comunidad—. El Obispo se inclinó en señal de agradecimiento—. Dentro de unos momentos, comeremos. ¿Nos hará el honor de compartir nuestra humilde mesa?

El Obispo dijo: —Con mucho gusto—. Poco se imaginaba él que Roberto había hablado literalmente al decir "humilde mesa". La noticia de la llegada de los inesperados huéspedes fue comunicada a Roberto cuando estaba en compañía del Padre Alberico, el Prior. Este se rió y llamó al ecónomo que acertaba a pasar en ese momento.

—Veinte bocas más para la comida —le dijo—. ¿Puedes arreglarte?

El pobre hombre era la imagen de la desesperación. Con las manos en alto, exclamó: —Padres míos, ustedes saben la condición de nuestra despensa y de nuestra bodega.

—Echa agua en la sopa —ordenó Alberico—, y sirve vino únicamente a los huéspedes. La comunidad beberá el que sale del aljibe.

—¿Echo agua en el vino, también? —interrogó el ecónomo.

—No. No —rió Alberico—. El vino es bueno con todo, menos con agua; y el agua es buena con todo, menos con vino.

La campana sonó, entonces, para la hora nona, de modo que Roberto y Alberico se encaminaron hacia la iglesia. El Abad dijo con resignación: —No es una gran comida para un Obispo; pero, ¿qué podemos hacer?

Cuando Su Señoría vio la comida, se sintió escéptico. —Averigua si esto es lo habitual, o sólo una representación —murmuró a su Vicario. El séquito estaba hambriento, después de la cabalgata de la mañana y aceptaron, de buen grado, la caliente sopa de legumbres. Pero, cuando el segundo plato, consistente en simples lentejas, sin condimento, fue colocado delante de ellos, hasta su voraz apetito se aplacó. La comida terminó antes de que muchos de ellos se apercibieran que había empezado. En otros monasterios del país, esa sosa, ese vino y esas lentejas apenas habrían sido considerados un entremés. Al fin, cuando se convencieron que se les habían servido todo lo que había, murmullos de desagrado salieron de la comitiva entera, al mismo tiempo que se oían susurros de: — ¡Locos! ¡Hipócritas! ¡Fraudes piadosos!

El Obispo oyó los murmullos que partían de su séquito. Y había estudiado el comportamiento de los monjes. Para él no había duda de que esa era la comida de siempre. No habían demostrado sorpresa alguna y compartido los dos sencillos platos con evidente agrado.

Durante toda la visita, el Obispo estuvo embargado por sucesivas y contradictorias impresiones. El clima de Molesme era de oración; debía admitir eso. Se había emocionado casi hasta las lágrimas con el canto del Oficio. Había oído con frecuencia recitar los salmos, pero ese día, por la

primera vez, los había oído rezar. La pobreza en la comida, en la ropa y en el alojamiento, sin embargo, le parecía excesiva. Quería investigar, además, el asunto del trabajo manual.

Cuando terminó la visita de acción de gracias en la capilla, el Obispo dispuso que su Vicario inspeccionara con Esteban Harding todo el establecimiento, mientras él y Roberto conversaban en la celda de este último. Estuvieron encerrados más de una hora. El Obispo de Troyes era un experto en extraer informaciones y, ese día, hizo uso de toda su habilidad. El Abad contó más tarde a Alberico que el Obispo le había arrancado una confesión de toda su vida.

A eso de las cuatro de la tarde, y cuando la comitiva era conducida más allá del bosque, pasaron por un lugar donde varios monjes estaban ocupados en arrancar muñones y preparar el campo para las plantaciones de otoño. A la pregunta del Obispo sobre si esa labor era muy pesada, Esteban Harding replicó con el famoso verso de Agustín: "Cuando se ama, no hay trabajo o, si hay trabajo, éste se ama".

El Obispo miró al Vicario. —Esto suena a verdad. Esto es convicción; no una apariencia de piedad —fue el comentario de Su Señoría.

Una vez en el camino, y cuando no podían ser oídos por los monjes, se produjo una verdadera babel. Casi toda la comitiva prorrumpió en críticas. El Vicario miró al Obispo con aire inquisitivo. Como éste se mantuviera en silencio, el Vicario hizo un gesto señalando a los gruñones acompañantes y dijo: —No creo que ellos aprueben Molesme.

—Tienen el estómago vacío.

—Yo mismo tengo un poco de hambre —dijo el Vicario con una sonrisa.

—Yo estoy humillado —contestó el Obispo.

El Vicario lo contempló con sorpresa. —Entonces, ¿no habrá supresión?

— ¡Supresión! ¡Supresión! Plegue a Dios que haya difusión. Han estado ustedes en la Ciudad de Dios esta tarde, mi buen hombre. Esos monjes no son ni locos ni falsos. ¡Quiera Dios que tuviéramos unos cuantos Robertos más en el mundo monástico! Entonces, Dios conseguiría algo de los hombres que Él ha creado. Ese hombre es la esencia de la sinceridad y de la simplicidad. ¡Vamos! —exclamó y clavó las espuelas en su yegua—. Debemos llegar a casa antes de la caída de la noche—. Y el camino romano resonó al compás del galope de los caballos.

Seis semanas más tarde, los árboles de Troyes se mostraban en toda su desnudez. Su Señoría contemplaba, desde la ventana de su gabinete de trabajo, un mundo que había sido despojado por los vientos helados de noviembre. Nada había de alegre en el espectáculo. El cielo era gris. Un viento cortante plañía. Todo el paisaje se mostraba frío y desolado, y un poco de esa frialdad se apoderó del Obispo esa mañana. Su humor estaba lejos de ser amable.

El Vicario se dio cuenta de esto desde el momento en que entró y gruñó para sus adentros.

Las noticias que traía hubieran convulsionado al Obispo aun cuando se encontrara de excelente humor; mas ahora producirían una erupción. Sin embargo debía cumplir con su deber. Inclinandose ante su superior le informó que habían llegado varias noticias acerca de dos hombres de aspecto salvaje, con harapientos ropajes de monje, que pedían limosna en todas las puertas de la ciudad.

— ¿Qué? —exclamó el Obispo—. ¡Que los traigan en seguida! La pobreza evangélica es una cosa y la mendicidad es otra—. El Vicario retrocedió. Afortunadamente, pensó, había hecho esperar a los últimos que-rellantes. Aplacaría la impaciencia del Obispo enviándolos en busca de los monjes.

Veinte minutos después aparecieron los dos pordioseros. Sus rostros eran delgados, sus ropas pobres y andrajosas. En sus ojos brillaba un extraño fuego. El Vicario los condujo inmediatamente a la presencia de Monseñor.

— ¿Es cierto lo que he oído? —tronó el Obispo—que ustedes han estado... —pero se detuvo y mirándolos más de cerca, exclamó—: ¿Es posible? —se aproximó más aún con los brazos extendidos—. ¿Juan María? —gritó—, y ¿Padre Luis? ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!—. Y abrazó calurosamente a los dos monjes. El Vicario permaneció mudo de asombro, y el Obispo, al ver la expresión azorada de su rostro, se rió a carcajadas—. Ah, mi pobre Vicario ¡qué ojos tienes! ¿No reconoces a tus anfitriones de Molesme?—. El Vicario miró con más atención e inmediatamente los reconoció.

El Obispo hizo tomar asiento a los monjes y les pidió que le contaran lo que les había traído a Troyes. En seguida supo la historia. La cosecha había sido escasa, y la comunidad había aumentado. La despensa estaba vacía, y el Padre Roberto los había enviado a la ciudad para comprar todo lo necesario en cuestión alimento y ropas. ¡Pero había olvidado darles dinero! Los monjes se encogieron de hombros y extendieron sus manos en

expresivo ademán diciendo: — ¿Qué podíamos hacer? "Comprar" significa "mendigar" cuando uno carece de dinero.

Su Señoría rió. —Su Abad debe haber estado leyendo los antiguos profetas. Isaías tiene un párrafo que puede haberle servido de inspiración. Dice: "Tú que no tienes dinero, apúrate, compra y come: Ven, compra vino y leche sin dinero y sin precio".

—Eso puede ser una profecía, Monseñor —dijo Juan María tristemente—, pero hasta el momento no se ha realizado.

El Obispo contempló los desconsolados rostros de los monjes, recordó la pobre sopa, el vino agrio, y las lentejas sin sazonar, y se sonrió. Secretamente se reprochaba el haberse comportado en forma tan poco considerada. Decidió inmediatamente reparar su error. Con pocas preguntas se enteró de todo lo que necesitaban, y luego envió los monjes a descansar.

Una hora más tarde los hizo llamar y les mostró un carro repleto de ropa y provisiones. —Lleven esto al Abad con mis excusas, y háganle presente en mi nombre, que Molesme nunca más conocerá necesidades. Pueden decirle también que lo hago en mi propio beneficio, ¡pues no quiero volver a casa con hambre, otra vez!

## Capítulo IX

### LA PROSPERIDAD ACARREA EL DESASTRE

El Obispo mantuvo su promesa haciendo que los nobles del dominio se compenetraran de su obligación de contribuir a las obras piadosas, señalándoles Molesme como una de las más acreedoras.

¡Y ese fue el principio del fin! Los diez años siguientes vieron prosperar la Abadía como pocas abadías han prosperado jamás. El oratorio de troncos y las abigarradas chozas cayeron y, en su lugar, se elevaron sólidos edificios monásticos. El granero que Albarico había construido con tanto optimismo, años atrás "para el ganado que no tenían", fue reemplazado por una construcción cuatro veces mayor que la primitiva, y llenado inmediatamente. Las tierras fueron desmontadas por siervos y donadas a la Abadía; se construyeron granjas y se poblaron; y la comunidad creció tanto que había ahora tantos edificios como hubo chozas en un principio.

Pero Roberto no era feliz. En realidad, estaba muy preocupado. Su reforma se había extendido por Champagne y por Borgoña. Hombres de su monasterio fueron solicitados para introducir las prácticas de Molesme en muchas otras comunidades. Era, para el anciano, un motivo de verdadera alegría el ver a tantos otros ser más generosos con Dios. Y, sin embargo, le ocasionaba preocupaciones su propio monasterio.

Un día le dijo a Albarico que deseaba que el Obispo de Troyes no hubiese vuelto a su casa hambriento aquel día de 1080; porque esa hambre había traído demasiada prosperidad a Molesme. El espíritu del establecimiento había cambiado. ¡El elemento joven no sabía sufrir! Era además, demasiado independiente en acción y en pensamiento. No habían sido inflamados por el fuego que inflamó a los eremitas de Colan. Molesme se desmejoraba.

¡Qué bien sabía eso Albarico! Por meses no había oído otra cosa que quejas. Muchos de los jóvenes querían más estudios y menos labor manual; más de Cluny y menos de Molesme. ¡Y, algunos de ellos, conseguían lo que

deseaban! Era esto lo que perturbaba a Alberico. Podía disculpar y soportar cualquier cosa; pero no aceptaba la desobediencia.

Al contemplar ahora, el preocupado rostro del Abad, pensó especialmente en el joven Romanus. Albarico lo había adoptado "el intelectual" desde la primera semana de su estadía en la casa. Romanus era activo, educado, capaz y entusiasta. Este último elemento era el que ocasionaba complicaciones. Si el joven hubiera sido indisciplinado en cualquier sentido, nunca habría adquirido la consideración de los demás. Pero lejos de ser indisciplinado, seguía las prácticas con escrupulosa exactitud. Sin duda alguna, era un hombre sincero. Sin duda alguna, también, era la fuente de toda la intranquilidad del Monasterio.

La ambición por una exacta interpretación había inflamado a este joven, tanto como la ambición por una exacta observancia había inflamado a Roberto medio siglo antes. Mas las opiniones del superior y del subordinado diferían en el asunto de la labor manual. Una cita que logró que muchos pensaran en la misma forma que Romanus fue la del Capítulo Cuarenta y ocho de la Regla que dice así: "Si, sin embargo, las necesidades del lugar o la pobreza requiere que ellos recojan por sí mismos la cosecha, que no se contristen".

¡Romanus tomó ese pasaje palabra por palabra y lo utilizó como una prueba de que solamente como excepción, los monjes debían ayudar en la cosecha! La pobreza, o una necesidad pasajera, podía ocasionalmente demandar tal ayuda, decía la Regla, e implicando, por supuesto que la comunidad no debía desempeñar habitualmente ese trabajo. Lo citaba a Cassiodorus, contemporáneo de San Benito, que decía: "De todos los trabajos que pueden ser desempeñados por medio de la labor manual, ninguno me agrada tanto como el de los copistas, siempre que lo hagan correctamente," Y sembraba así las semillas del descontento, cuya flor sería la distinción y, la deserción, el fruto.

Roberto sabía esto tan bien como Alberico; pero mientras este último imponía silencio al joven, Roberto se inclinaba a un procedimiento más suave, fiándose en la lealtad y en la fuerza de la verdad. Pero Roberto no había calculado bien la influencia de Romanus. Antes de que se diera cuenta de ello, la comunidad estaba dividida en dos facciones; cada una de ellas reclamando, como punto de partida, la misma base y con idéntica meta para sus esfuerzos. Romanus argüía por una interpretación literal, tanto como lo hacía Roberto; ¡y Romanus parecía tener argumentos más sólidos! Los jóvenes, quienes eran, al mismo tiempo, los más bullangueros y numerosos,



se agrupaban alrededor de un conductor tan capaz e inteligente.

Roberto había estado tan preocupado con los mil asuntos del monasterio, que no pudo prestar a Romanus, y a su movimiento, la atención que merecían. San Benito, legislando para una pequeña comunidad, había puesto todo en manos del Abad. Lo que Benito quería que se hiciera en una comunidad de veinte, Roberto trataba de hacerlo en una de doscientos miembros. Era un hombre fatigado y perseguido. Frecuentemente, se veía obligado a tomar decisiones en el momento, que hubieran requerido horas y, hasta días, de reflexión. Alberico sabía esto y, muchas veces, se lo reprochaba. Mas siempre se le respondía con un "Deus providebit". Sí, pensó Alberico, Dios te proveerá de una tumba, si continúas marchando a este paso.

Pero, cierto día, un Prior rebelde se presentó, exigiéndole que hiciera algo. Alberico contó al Abad que, a pesar de que el propio Romanus siempre obedecía, algunos de sus secuaces no seguían su ejemplo. Le narró cómo había asignado a algunos la tarea de limpiar las zarzas que habían invadido un campo de trigo, sólo para que se le respondiera que tenían trabajo en el scriptorium ¡y fue ese el trabajo que hicieron!

El Abad frunció el ceño. Luego, recordó que Romanus, quien se había ofrecido voluntariamente a transcribir la **gesta monachorum**, había perdido, últimamente, unos cuantos ayudantes. Pero a Roberto no le agradaba la desobediencia al Prior, aún con el pretexto de cumplir una orden anterior. Menos le habría gustado si Alberico le hubiera repetido la frase de algunos de los copistas: "Que los siervos hagan ese trabajo. ¡Nosotros somos monjes!" Su disgusto se habría convertido en consternación, si Alberico le hubiera dicho que este mismo hecho se había repetido cuatro o cinco veces durante ese último mes.

Roberto no siguió inmediatamente los consejos de Alberico. Tenía confianza en el profundo espíritu religioso de Romanus y su confianza estaba bien fundada. Pero en lo que el Abad erraba, era en depositar similar confianza en el espíritu religioso de los prosélitos de Romanus. No estaban tan dotados de corazón y de intelecto como su dirigente. Lo que éste consideraba una verdad merecedora de conocimiento intelectual, era, para ellos, un punto de partida para la rebelión. Inconscientemente, Romanus les había quitado mucho de su confianza en el Abad y puesto en contra de su idea de vida benedictina. Roberto comprendió todo esto poco a poco, por medio de una serie de acaloradas discusiones que culminaron en varios actos de abierta desobediencia.

Alberico estaba enardecido. Dijo a Esteban Harding que no podía comprender cómo un hombre física, mental y moralmente gigantesco como era Roberto, podía ser tan débilmente manso. Tampoco podía comprender la ceguera que impedía al Abad ver el verdadero color de Romanus. Esteban trataba de explicar al Prior que un hombre puede ser muy sincero y, al mismo tiempo, estar equivocado; que Romanus podía ser muy honesto y, sin embargo, estar en el error. Mas Alberico se negaba a escuchar. Hasta la apariencia del joven sacaba de quicio al Prior. Había concebido tal antipatía hacia Romanus que, a menudo, debía hablar de ello a su confesor. ¿Por qué el Abad no hace algo con él? era la incesante queja de Alberico.

Finalmente, Roberto entró en acción. Una mañana, tomó las palabras que, como estribillo, se repiten en la Regla, "que nada se prefiera a Jesucristo" y las usó como texto para el sermón más conmovedor que jamás se oyera en Molesme. El Abad demostró que no sólo conocía la Regla de San Benito, sino también, el Evangelio de Jesucristo. Hizo que el Dios hecho Hombre saliera de las frías hojas impresas y apareciera con el calor de la carne y de la sangre. Hizo notar a los monjes los muchos aspectos del carácter de Cristo, llamándoles la atención sobre los distintos y brillantes destellos que presenta su personalidad. Roberto se parecía mucho a un joyero haciendo girar un diamante para mostrar sus diversas facetas y sus veteadas luces. Al final, les mostró el blanco corazón de ese diamante y la fuente de toda esa luz al exponerles el punto central de todo el carácter de Cristo: la humildad expresada en la obediencia.

Les dijo que la verdadera humildad era el reconocimiento de la supremacía de Dios y de nuestra sumisión, con el consiguiente sometimiento de nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Les hizo ver cómo Cristo era humilde, con esa humildad, desde la cuna hasta la sepultura; pues Él había sometido su voluntad a la voluntad de su Padre hasta la muerte en la Cruz. Luego, Roberto dijo: — ¡Si vosotros queréis ser Benedictinos según el corazón de San Benito, debéis someteros a Dios como se sometió Cristo! Vuestra humildad debe ponerse de manifiesto, expresada en una completa obediencia; debéis ser suficientemente grandes, suficientemente valientes y suficientemente audaces, como para decirle a Dios: "¡Me rindo!" Esto y esto solamente, os hará adquirir la estatura de Cristo. Esto y esto únicamente, os hará Benedictinos según el corazón de vuestro Padre.

Durante estos últimos años, Roberto no había abundado en sermones tan fogosos, ni analizado con frecuencia a Cristo y a la Regla. Había estado demasiado ocupado y considerado muchas cosas como un hecho. Pero en

este sermón, los monjes veían a su Modelo como POCOS lo habían visto antes. La última frase del Abad fue una estocada. Decía: "¡La humildad se expresa con la obediencia, no a la simple letra de la Regla, sino a la viviente voz de la autoridad, que tiene el derecho de interpretar esa Regla!"

Roberto abandonó la sala capitular sobrecogida por la emoción. Acababa de atravesar el umbral, cuando, urgido por un impulso irresistible, el joven Romanus salió tras él. Alcanzó al Abad en la puerta de su habitación y, contemplándolo con ojos ardientes de sinceridad, exclamó, apasionado: —Padre, sé perfectamente lo que usted quiso decir. Perdóneme por no haber sido tan obediente y humilde como lo fue Cristo, pero créame cuando le digo que no quise ser otra cosa. No compartimos el mismo punto de vista en este asunto de la Regla, Reverendo Padre; no obstante, siempre obedeceré. No puedo cambiar mi intelecto, mas quiero y puedo someter mi voluntad.

Los ojos de Roberto se llenaron de lágrimas al bendecir al joven sacerdote. Trató de mantener la voz firme mientras decía: —Romanus, hijo mío, nunca lo he dudado. Pero pocos son capaces de hacer tan sutil distinción entre el intelecto y la voluntad y, menos aún, tienen la fuerza de voluntad necesaria para cumplir órdenes que son contrarias a sus ideas. Tú lo has hecho, y estoy seguro de que lo continuarás haciendo. Mas, hijo mío, debes mantener en reserva tu interpretación personal de la Regla. La comunidad está dividida en forma tal que me preocupa—. Roberto entró, entonces, a su habitación y Romanus fue a la capilla.

Esa tarde, cuando Roberto contó a Alberico la apología hecha por Romanus, el Prior se limitó a sacudir la cabeza: —No le tengo confianza. Es demasiado intelectual, y ha conseguido demasiados adeptos. Pues, uno de sus incautos acaba de decirme que usted se equivoca en su interpretación de la Regla, pero que tiene razón al ordenar que esa interpretación sea puesta en práctica; mientras que ellos, en cambio, están en lo cierto en cuanto a interpretación, pero harían mal en llevarla a la práctica en contra de sus órdenes. Ahora bien, esta clase de discusión sólo sirve para confundir a la mayoría de ellos y los mantiene en contra suyo. Este hombre es una amenaza, vuelvo a repetirlo—. Terminó Alberico, encolerizado.

Alberico tenía razón. Romanus manifestó la más absoluta obediencia hacia Roberto; pero sus adeptos se volvieron más y más seguros de sí mismos. Desobedecían abiertamente y discutían, llenos de ira, con el Prior, el Subprior y los monjes de menor jerarquía. Algunos decían que las órdenes de Roberto no estaban de acuerdo con la Regla; de ahí, que el

rehusarse a ejecutarlas no constituía una violación de sus votos.

Romanus, viendo la disensión que había provocado, se abstuvo de hablar sobre la Regla o sobre el Abad. Si hubiera calculado cuidadosamente cómo conseguir la inquebrantable lealtad de los disidentes, no habría podido llegar a un procedimiento más inteligente que el de su actual silencio. Lo consideraron un "mártir", un hombre "perseguido" por aquellos en cuyas manos estaba la autoridad; y persistieron con más vigor en su oposición a las cabezas de la casa.

Casi durante un año, Roberto les reconvino amablemente, arguyó con paciencia, hasta suplicó; pero fue inútil. Castigó con dulzura a unos pocos descontentos, mas esto fue sólo leña para el fuego del resentimiento. El asunto se empeoró tanto, que Roberto vacilaba en impartir las órdenes, considerando que, al no darlas, evitaba un mal mayor. Sin embargo, después de una noche de oración, llamó a Alberico y le dijo: —Padre Prior, debes tomar mi puesto. Me voy.

— ¿Se va... se va... se va, usted? — preguntó con voz entrecortada el azorado Alberico.

—Sí, es necesario proceder. Y procederé. —Pero, yo no puedo hacerme cargo.

—Deberás hacerlo. Tienes a Esteban Harding para que te ayude. Tiene celo, es prudente y está dotado de talento para manejar hombres. Si yo me aparto, ustedes dos serán capaces de realizar algo. Quiero sacudir a esta comunidad y espero y ruego que la partida de su Abad los haga reflexionar. Tú y Esteban deben aprovechar lo más posible de esa consecuencia y hacer que esta casa sea lo que una vez fue.

— ¿A dónde va?

—A Haur. Allí rezaré y, tal vez, mi oración resulte más efectiva que mi dirección.

— ¡Pero usted es Abad! Usted puede mandar. Romanus puede ser expulsado...

—No, Padre. No discutiremos más este punto. Manténme informado sobre todo lo que acontezca.

Alberico arguyó, rogó, regañó, imploró, mas el rostro de Roberto no perdió un ápice de su rigidez. Esa tarde partió y, a la mañana siguiente, Alberico comunicó la noticia a la comunidad. La reacción fue un asombro total. Pero, cuando Alberico, imprudentemente, comentó los motivos y miró con intención a Romanus, incitó a los adeptos del joven a una iracunda

oposición. Alberico comprendió que su primer paso había sido dado en falso, pero estaba resuelto a no retroceder.

Esa tarde, se encerró con Esteban Harding y abrió a ese inglés su corazón y su mente. Le dijo que ya que Roberto le había dado la autoridad de un Abad, estaba dispuesto a usarla. Citó varios capítulos de la Regla, que dice que los murmuradores pueden ser castigados severamente, los descontentos, seriamente corregidos y, los monjes díscolos, despedidos sin más trámite. Esteban escuchó con atención. Las citas de Alberico eran correctas y fue entonces, cuando Esteban le hizo notar lo extraño del hecho de que un observador tan literal de la Regla, como fue Roberto, les hubiera hecho olvidar las estrictas normas de San Benito.

—Bien, ese ha sido el gran error de Roberto —interrumpió Alberico—. No ha sabido usar de su autoridad. Cuando Esteban dijo con calma: —Roberto es un hombre muy piadoso, Padre Prior— Alberico explotó. —¿Piadoso? ¿Piadoso? —gritó—, Roberto no es piadoso, Esteban. ¡Es santo! Lo sé. He vivido con él noche y día, durante trece años. Pero los santos no son omniscientes, ni infalibles, ni tampoco poseen toda la sabiduría. No, por cierto, son amigos de Dios, pero no son Dios. Pueden equivocarse, y se equivocan. Roberto ha cometido un gran error al no hacer uso de su autoridad. Y yo estoy dispuesto a repararlo.

Fue recién a la caída de la tarde, que Esteban, consiguió que Alberico, de mala gana, le prometiera apresurarse y, al mismo tiempo, proceder con cautela. Admitía la justeza de la posición del Prior, pues la reforma de Roberto había sido socavada. Molesme no era ya el monasterio al cual él, Esteban, entrara diez años atrás. Mas él recomendaba prudencia, porque, en ese momento, la comunidad se encontraba sumamente perturbada. La partida de Roberto fue un recio golpe. Ahora nadie estaba en sus cabales y, un paso en falso, podía precipitar el desastre. Alberico terminó accediendo a moderar sus ímpetus, pero insistió en que, de inmediato, debía tomarse alguna medida. Suprimió todos los platos extra en la mesa. Este paso fue acogido con muchas sonrisas irónicas. Mas Alberico no sonreía.

Día tras día, en sus conmovedoras pláticas en el capítulo, recomendaba silencio... silencio en el claustro... silencio durante el trabajo... silencio en el refectorio silencio en el scriptorium. Una mañana, al hacer una pausa, se oyó un sordo rumor: "Sí, y más silencio en la sala del capítulo". Esa vez, Alberico sonrió, pues no había perdido su sentido del humor. Pero, cuando uno de os descontentos se rió en son de mofa, la sonrisa de Alberico se desvaneció.

Más protestas levantó su orden de que todos llevaran la misma vestimenta. Algunos habían recibido regalos de sus parientes, otros habían alegado su mala salud como una excusa, mientras otros, buscaban sin escrúpulos, lo vistoso, lo rico y hasta lo ligeramente adornado; la consecuencia de esto fue que no todos observaban la pobreza en la ropa. Según la opinión de Alberico, Roberto había sido muy indulgente en este punto y decidió poner fin a la cuestión con una medida enérgica. Muchos aprobaron esta orden, porque creían que el afeminamiento se estaba apoderando de ellos. Pero, algunos de los más viriles se resistieron a causa del extremo absolutismo de esa orden. Parecía que Alberico no podía hacer nada bien. Y una y otra vez, se oía decir: "¡Debieran encerrarlo!" Esteban Harding sabía que algunos lo decían en broma, pero sabía, también, que muchos lo decían en serio.

La paciencia de Alberico se agotó tratando de seguir el plan sugerido por Esteban, de hacer una cosa por vez y, todo, con lentitud. Algo había logrado en el correr de los meses; no obstante estaba lejos de sentirse satisfecho. Se guardaba silencio y había más soledad y menos visitas. La dieta era uniforme, como también, la ropa. Alberico sabía que el punto álgido era el trabajo manual y que cuando legislara sobre eso, precipitaría la crisis de toda la situación. Y creyó que debía hacerlo.

Una mañana dispuso que todos levantaran la cosecha de heno. Inmediatamente, diez o doce se aproximaron al Prior y solicitaron ser exceptuados aduciendo trabajos especiales que debían desempeñar en el scriptorium. En alta voz, Alberico exclamó: — ¡Iremos todos al henar, todos!

A pesar de ello, algunos no se movieron; y, otros, permanecieron vacilantes, observando el conflicto de voluntades.

Alberico llamó a Romanus, que se hallaba cerca: —Tú que eres un hombre ilustrado, dime qué significa **miniaturus** en la Regla. ¿No quiere decir "ser soldado?"

Romanus asintió.

— ¡Bien, **soldado!** ¡Obedece a tu oficial!

Una voz, en el fondo, interrumpió: — ¿Han oído alguna vez lo que hacen los soldados con los oficiales que pierden la cabeza?

Un sordo murmullo de aprobación animó al orador. — ¡Los encierran!  
— continuó la voz.

Alberico ignoró la protesta y, dirigiéndose a Romanus, como si fuera

el principal actor, dijo: — ¡Tú irás a trabajar realmente de una vez por todas!

Dos fornidos admiradores del joven monje captaron el gesto imperioso del Prior, y se acercaron a él, gritando: —Sí, los encierran.

Se produjo una refriega. Alberico resistió y todo el furor, contenido durante meses, se desató. Unos se precipitaron hacia el Prior, mientras otros trataban de sujetar a los atacantes; un tercer grupo, trataba de separar los dos primeros.

Alberico, como centro de la lucha, recibía golpes de todos lados. Ni su recia contextura ni sus músculos le servían en este entrevero; era una simple cuestión de peso. En un momento, quedó clavado en tierra, bajo los pies de amigos y enemigos.

Todos los espíritus malignos que se habían opuesto a la reforma de Roberto, mostraron su fuerza ese día. El descontento, los subterfugios, el recelo y las críticas de los últimos meses, explotaron en un desagradable motín.

Pero la lucha fue tan breve como violenta, Alberico, lastimado y golpeado, yacía en el suelo, inconsciente. Uno por uno, sus contrincantes se fueron separando y formaron silenciosos grupos alrededor de su derrotado Prior.

Por un momento, la compasión que sentían por el otrora estimado jefe, los mantuvo inmóviles e inseguros. Los partidarios de Alberico permanecieron tensos, con el leal Esteban Harding a la cabeza, listos para compartir la suerte de su dirigente, pero mal dispuestos a provocar otro conflicto. Ahora, hasta aquellos que habían tomado una parte más activa en la lucha, parecían incapaces de usufructuar de su victoria. En su indecisión, se dieron vuelta lenta, pero inequívocamente hacia Romanus. El joven monje se mantuvo irresoluto, temblando ante la evidencia del derramamiento de sangre y aterrado ante la comprobación de que todo lo hacía directamente responsable de este tumulto.

Se apoderó de él un odio por haber sido tan jactancioso y de tan cortos alcances en sus discusiones. Debió haber previsto un resultado violento. Lógico o ilógico, sabía que Alberico era un santo varón. Más que eso: Alberico era su Prior, su Superior suplente. El, Romanus, no podía permanecer ahí, juzgando a un hombre tanto mayor que él, tanto mejor que él y con tanta más experiencia que la que él tenía.

Dirigió una mirada al círculo de monjes que le contemplaban

esperando su palabra. ¿No había entre ellos uno que se adelantara y lo aliviara de la responsabilidad de una decisión? Se sentía como Pilatos delante de los judíos. Sus ojos se clavaron en el suelo. Debía decir algo, e inmediatamente.

Deseó poder gritar que su posición había cambiado: que, de acuerdo o no con Alberico, no quería ya oponerse a él. El temor al desprecio, en algunos casos, al desprecio franco, de los monjes, lo hizo vacilar. Y otro impulso más honrado lo detuvo: la certidumbre de que un acto semejante no aclararía la confusión, antes bien, la aumentaría; de que el menos capaz de sus partidarios podría aprovecharse de la revuelta; de que la mañana terminaría con Romanus y, tal vez, con muchos otros, lastimados y desvalidos como Alberico.

No. Lo mejor que Romanus podía desear era salvar a Alberico de peores tratamientos. Pensó que si ordenaba el encierro de Alberico, esto satisfaría el rencor de los revoltosos y le permitiría, también, proteger al Prior de cualquier otra tentativa. La medida le parecía acertada, pues de ese modo no rompía definitivamente con ninguno de los dos bandos.

La voz de Romanus conservó algo de su antiguo tono de seguridad, al exclamar: —En beneficio de la paz de Molesme, se mantendrá al Prior en custodia, hasta que todos, reunidos en concilio, decidamos el procedimiento a seguir.

El asentimiento general fue inmediato. Los agresores deseaban evitar más violencia, sobre todo, si podían lograr sus propósitos sin recurrir a ella.

Varios monjes levantaron a Alberico y le condujeron al calabozo. Esteban Harding trató de ayudarlos, pero fue rechazado con decisión. El Prior era demasiado poderoso para que se le diese una oportunidad de escapar mediante la ayuda de sus amigos.

Esa noche, el Lucero contempló una escena de dolorosa contradicción en Molesme: Un monasterio donde los ciegos guiaban a los ciegos, una Abadía sin Abad.

Varios días después, las noticias llegaron a oídos de Roberto, quien se había retirado voluntariamente en exilio, a las selvas de Haur. Allí, en compañía de otros tres ermitaños, pasaba sus horas en penitencia y oración.

El mensajero, un joven monje, viajó tan rápidamente como le fue posible y llegó, al fin, jadeante, a la tranquila gruta. Encontró a Roberto, como de costumbre, de rodillas.

—Reverendo Padre, Reverendo Padre —gritó al acercarse al anciano



Abad—. Traigo las más terribles noticias de Molesme.

— ¿Qué ha pasado, hijo mío? — preguntó Roberto, arrancado abruptamente del mundo de oración en que estaba extasiado.

— ¡El Prior! ¡El Prior! ¡Le han golpeado y arrojado al calabozo!

— ¿Golpeado Alberico? ¿Golpeado Alberico?

—Sí, sí. Y lo han encerrado en un calabozo en Molesme.

Roberto gimió. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, volviéndose hacia el arrebatado monje que respiraba con dificultad, dijo: —Gracias, hijo, por haber venido hasta tan lejos para ver a tu anciano padre. Rezaré. Vuelve cuando tengas mejores noticias.

Cuando el joven mensajero hubo abandonado la gruta, Roberto cayó de rodillas. Todo había sido en vano, pensó. Se había equivocado desde el principio. El anciano Abad Bernardo tenía razón. Maurus tenía razón. Hasta el joven Romanus tenía razón. La Regla no puede ser mantenida en todo su rigor. Los hombres son demasiado egoístas, demasiado débiles, demasiado poco caballeros con Dios.

— ¿Se habría equivocado su madre? ¿También, su padre? ¿El mismo?, ¿tontamente equivocado? ¿Quedaba Dios más satisfecho con las mitigaciones que con la Regla cumplida al pie de la letra? —Sí, sí —sollozó —, debe haber sido así. Me he engañado, embaucado por el diablo.

Miró al cielo. Todo hablaba de dolor. El firmamento crepuscular estaba cubierto por el espeso follaje de los árboles que se elevaban a su alrededor. Súbitamente, empezó a soplar el viento. Las hojas crujieron y se abrieron y Roberto pudo ver, a través de una cortina de verde y plata, su Lucero de la Tarde. Esa noche, la niebla le daba un nuevo significado una frágil cruz de plata brillaba en el cielo solitario. — ¡Veo! ¡Veo! —exclamó —. Tú me enseñas silenciosamente por medio de la estrella. Perdóname, Señor; he olvidado. "Si alguien me sigue... que tome su cruz", Sí, he olvidado—. El anciano hizo un esfuerzo para incorporarse. Se tambaleó al salir de la gruta, mas una vez afuera, se irguió cuan alto era y, levantando la mano hacia los cielos, exclamó: —Continuaré ardiendo, Señor; ¡pero haz que mi remedio tenga éxito! Se encaminó a su choza con la cabeza en alto. Se sentía más cerca de Dios que lo que había estado en todas esas últimas semanas.

## Capítulo X

### ¡HAY UN SOLO CAMINO!

La plegaria de Roberto fue escuchada, aunque de un modo muy extraño. Mientras el anciano se consagraba enteramente a la penitencia y a la oración en Haur, inesperados acontecimientos tuvieron lugar en Molesme. Los siervos que vivían cerca del monasterio, comenzaron a sospechar que algo andaba mal en la comunidad. Poco a poco, se enteraron de los acontecimientos y, muy pronto, del campo al establo, del establo a la cocina, de la cocina la salón y a la dueña de casa, las noticias llegaron a la nobleza. Toda la región vibró de indignación por el tratamiento infligido al Prior y al Abad. Desde entonces, Molesme fue eludido como si estuviera encantado y, sus monjes, rechazados como leprosos.

Antes de que transcurriera el año, ese ostracismo empezó a sentirse en las arcas del monasterio. Se suspendieron las donaciones y muchos siervos se rehusaron a trabajar para la Abadía. Pronto empezó a reinar verdadera pobreza. A medida que la comida escaseaba y el aislamiento se hacía más absoluto, hasta los más obstinados empezaron a flaquear. Finalmente, decidieron por unanimidad rogar al Abad que retornara.

La delegación encargada de este cometido, encontró al anciano en oración. Suplicaron con mucha humildad, mas Roberto contestó secamente a su pedido. —Ustedes no quieren mis ideales y sólo quieren mi popularidad. No piden mi interpretación de la Regla y sí, solamente, las donaciones que recibían de los poderosos.

Esta respuesta fue, para la comunidad, un golpe más fuerte que el retiro de Roberto. ¿Qué podían hacer? Romanus propuso una solución. Si Roberto se negara a oír las súplicas de sus subalternos, obedecería las órdenes de sus superiores. Debían obtener un mandato de Roma. —Pero —les advirtió—, deberán pagar por ese mandato. Puede costar una capitulación absoluta ante los deseos de Roberto. Es seguro que costará muchas concesiones.

No hubo discusión. Todos preferían la estricta observancia a la desaprobación de la sociedad. Todos estaban dispuestos a capitular ya que no quedaba otro recurso. Dos de ellos se dirigieron apresuradamente a la Ciudad Eterna y, por medio de amigos influyentes, consiguieron, de inmediato, una audiencia de Su Santidad Urbano II. Este oyó todo el relato y, cuando comprendió hasta qué punto estaban decididos a obedecer, les otorgó el anhelado mandato. Dos monjes felices viajaron de Roma hasta Molesme; pero fueron aún más felices los que se trasladaron de Molesme a Haur.

Roberto leyó el mandato en silencio. Sin decir una palabra a los mensajeros, cerró la puerta de su pequeña choza, se despidió de los tres ermitaños y dijo: —Vamos.

Los veteranos de Colan y de los primeros tiempos de Molesme recibieron a su Abad con caluroso afecto y hasta con lágrimas. Los disidentes se mostraban muy sumisos y, algunos, un poco avergonzados. En la Abadía, la vida recuperó el antiguo ritmo. Roberto se mostró lo suficientemente diplomático como para hacer algunas concesiones a los recalcitrantes, ganándolos, de este modo, para una mayor obediencia en las reformas más importantes. Alberico no aprobó tales concesiones; pero Esteban Harding le recordó que romper una pequeña costumbre era mejor que romper una cabeza. Con una inclinación y una sonrisa ligeramente avergonzada, Alberico le dio la razón.

Sin embargo, las promesas son siempre más fáciles de hacer que de cumplir. Es verdad que Molesme había florecido como antaño. Los postulantes se presentaban cada vez en mayor número; aumentaban, también, los abades que solicitaban hombres de Molesme para implantar las costumbres de ese monasterio en sus comunidades; los siervos trabajaban de nuevo en las granjas; los benefactores se mostraban cada vez más generosos, pero... antes de que pasaran muchos años, Alberico señaló que el espíritu de Colan ya no animaba a la comunidad y Esteban Harding admitió que tampoco la animaba el primitivo espíritu de Molesme. Individualmente, no podía acusarse a nadie de esto. No obstante, la atmósfera intangible estaba saturada de antagonismo a todo lo que no estuviera de acuerdo con el gran Cluny y las costumbres, casi universales, del mundo monástico. ¡Hasta el anciano Roberto se descorazonó!

Un día, Alberico preguntó a Esteban Harding qué pensaba sobre la paz de Molesme. El inglés lo miró: —No hay paz en Molesme, Alberico; es sólo una tregua. Nunca tendremos perfecta paz en Molesme.

— ¿Nunca?

Alberico se sorprendió de la amargura que dejaba traslucir la voz de Esteban. Sabía que el inglés era hombre moderado, sagaz y tranquilo. — Bien, y ¿cuál es tu solución? — preguntó.

—Hay una única solución, Alberico.

— ¿Y es?... — urgió el Prior.

—Y es dejar esto y fundar un nuevo monasterio.

— ¿Qué?

—Sí, y en ese monasterio deberemos ser más radicales que Roberto. Debemos volver a la estricta letra de la Regla, despojándola de todos los resabios de Cluny y de las costumbres modernas. En otras palabras, debemos ser íntegros en nuestra rebelión.

—Y yo creía que los ingleses eran moderados —exclamó Alberico.

Esteban sonrió. —Es la única solución. Acuérdate de lo que te digo. Esta tregua no puede durar. O el Abad tendrá que contemporizar o, la comunidad, capitular; y no creo en ninguna de las dos cosas. De nuevo están pidiendo dispensas.

—Lo sé —contestó Alberico lentamente—, El Abad ha sentido mucho esto.

Es cierto que el Abad lo sentía mucho. Una tarde, a la caída del sol, cuando todo se teñía de rojo y oro, permaneció sentado en su celda, sumido en tristes pensamientos y sacudiendo su anciana cabeza en una agonía de dolor. Durante sesenta y cinco años, el llamado a una vida más de acuerdo con la Regla había resonado en sus oídos tan incesantemente como "la rompiente de un mar incansable", ¿Por qué no conseguía que otros sintieran lo que él sentía? ¿Por qué no podía convertir en monjes heroicos a hombres comunes? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Tenía ochenta años, de los cuales había pasado sesenta y cinco consagrado a la vida religiosa. Y ¿qué resultados había obtenido? ¡No había sido rapaz de revolucionar ni un monasterio! ¡Ah! realmente había fracasado, completamente fracasado. Los hombres no querían inflamarse y conservar su fuego. El anciano sacudió tristemente la cabeza y se dio cuenta, en ese instante, de que estaba muy cansado. Todo a su alrededor parecía oscuro y vacío. Su blanca cabeza se hundió entre las arrugadas manos.

De pronto, un golpe sonó en la puerta. Estuvo tentado de no responder a ese llamado, tan fatigado, inútil y vencido se sentía. Pero la disciplina de

tantos años le hizo contestar. Sin darse cuenta, respondió a un llamado que repercutía por siglos. Fue un llamado que abrió las puertas de Molesme y estableció un nuevo orden de cosas en toda Europa: fue el llamado de Alberico y de Esteban Harding.

El anciano se sintió aliviado ante su presencia, ya que de ellos no podían venir quejas y, por eso, les estaba agradecido. "¿Por qué vendrán juntos?" pensó. Mas no tuvo que cavilar mucho, pues Alberico, con el modo directo y franco que le era habitual, le dijo que también ellos habían visto el blanco-plata sobre el rojo-fuego; que, también ellos, habían contemplado el Lucero de la Tarde y que, también ellos, querían ser caballeros de Dios.

Alberico y Esteban estaban verdaderamente inflamados por ese fuego. Estaban prontos para una auténtica rebelión. No querían reformar Molesme, lo cual, de acuerdo con la teoría de Esteban, no era posible ni compatible con sus ideales. No querían las dispensas y mitigaciones que habían invadido el actual monasterio. No. Querían prescindir de todas las mitigaciones. Querían la Regla, la Regla completa y nada más que la Regla. La querían tan estricta como la redactó San Benito; tan pura, como la vivió Monte Cassino. Querían ser lo que Cristo les había dicho que fuesen: penitentes por un mundo impenitente.

Roberto soñó despierto. Le pareció que tenía diez y seis años y que había vuelto a Saint Pierre de la Celle. Era de nuevo joven, activo, valiente y lleno de ilusiones. Y, ahora, no soñaba. ¡Era cierto! Su ideal había cundido. Había hombres que se inflamaron con su fuego. Su rebelión sería continuada. Esos hombres no sólo serían generosos, sino también, caballeros de Dios.

—Reverendo Padre —suplicó Alberico—, ¿nos concede autorización para dejar Molesme y fundar un nuevo monasterio?

Roberto comprendió que debía decir algo. Esos hombres esperaban una respuesta. Suspiró hondamente. —No —dijo—, no, no pueden irse... no podrán realizar ese loco proyecto... no podrán llevar a cabo un acto de rebelión como ése... sino... —. Roberto se interrumpió. Esteban y Alberico lo contemplaban, asombrados, ante esta respuesta tan inesperada— Si no... —continuó Roberto— ¡si no estoy yo al frente!

Roberto de Molesme había vuelto a ser Roberto de Saint Pierre. El anciano de ochenta años volvía a ser un niño. Extendiendo hacia Alberico y Esteban sus temblorosas manos, les dijo: —Acepten el agradecimiento de este viejo —y, con una voz vibrante de emoción, continuó—, Hermanos en Cristo, ¡hagamos juntos esta obra!

Roberto estaba dispuesto a abandonar su Abadía. Tenía sus hombres y sus planes; y tenía sus ideales. Estaba convencido de que ése era el único medio de conseguir paz, no sólo para los que se iban, sino también, para los que quedaban. Su corazón cantaba, al hacer los últimos preparativos para el viaje.

Mas este canto se interrumpió. Esteban Harding lo encontró lleno de desaliento, sentado frente a su escritorio.

En respuesta a las ansiosas preguntas de Esteban, Roberto extendió ambas manos en un gesto de desolada resignación: —La obediencia me hace vacilar—. Fue todo lo que pudo decir el anciano. Había recordado súbitamente que Roma le ordenó trasladarse a Molesme. Sólo Roma podía liberarlo. No podía alejarse por su propia decisión.

Esteban quedó confuso. También él profesaba una apasionada lealtad a la Santa Sede. Le pareció que debían irse sin el Abad, o permanecer sin la reforma, y ninguna de estas alternativas le agradaba. Los dos se contemplaron tristemente, cuando irrumpió Alberico: — ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! —exclamó—. ¿Quién ahuyentó al sol? Los dos parecen tan cabizbajos como debe haber estado Noé el día en que no volvió la paloma. ¿Qué sucede?

Al enterarse de lo que pasaba, Alberico, sin vacilar un momento, exclamó:

—Pero, ¿qué hay de malo en obtener una orden del Papa? Si Romanus y sus compinches consiguieron un mandato, me imagino que nosotros podremos obtener algo por el estilo.

—Pero, tomará tanto tiempo — objetó Esteban.

—Nada de tiempo —interrumpió Alberico—, el Legado Papal está en Lyons. Él puede acordar la dispensa que el Reverendo Padre necesita y, al mismo tiempo, obtener la aprobación del Papa para nuestro proyecto. ¡Piensen en lo que eso significa!

Esteban y Roberto se miraron, sonrientes. Alberico les había indicado el camino.

Pocos días después, siete hombres se presentaron ante Hugo, Arzobispo de Lyons y Legado de la Santa Sede. Este los escuchó con tranquilidad y, pronto, se enteró de todo; la controversia provocada por ideales en conflicto; dos bandos igualmente resueltos; ausencia de paz. Se dedicó de lleno a estudiar a ese grupo de hombres y se maravilló del fulgor que brillaba en sus ojos y que revelaba el fuego que ardía en sus corazones.

Sus razonamientos eran lógicos. Siendo imposible la contemporización, la contienda se hacía inevitable. Su pedido, pues, de que se les autorizara a fundar otro monasterio, era razonable. Hugo recorría con los ojos a estos hombres, recordando el nombre de cada uno de ellos. Alberico, el de la hermosa sonrisa. Luego, Odo, una montaña en forma de monje. El ayuno no podría perjudicarlo. Seguía Juan, alto, delgado, anguloso. Luego venía un hombre tranquilo, estudioso, culto. ¡Ah! Sí. Era Esteban Harding, el inglés. Los otros dos eran buenos franceses. Franceses vehementes. Habían estado como sobre ascuas durante toda la entrevista. Se llamaban Letadus y Pedro. Y, al frente de ellos, estaba este viejo de ochenta años, Roberto. Tenía tanta juventud como el más joven —y más fuego.

Hugo tosió. Les dijo a esos hombres que simpatizaba con ellos. La paz era esencial en todo monasterio. Apreciaba su predicamento. Pero ellos debían apreciar el suyo. No era asunto fácil revocar un mandato papal. Exigía un cuidadoso estudio.

—Sin embargo —agregó—, antes se había hecho y podía hacerse. Especialmente, cuando la gloria de Dios y la salvación de las almas estaban en juego. Sonrió. —Padres míos —dijo—, permítanme que les felicite muy sinceramente por su celo. Pueden estar seguros de que meditaré sobre el asunto y, si es posible, tendrán la aprobación del Papa. Dentro de pocos días sabrán la última palabra.

Salieron y, de regreso a la casa, hablaron mucho. Algunos dijeron que las frases finales no eran otra cosa que una buena política para hacerlos a un lado. Otros, tenían menos esperanzas aún. Temían que no revocara el mandato. Roberto se mantuvo silencioso durante casi todo el camino. Dijo simplemente:

—Debemos pedir que se cumpla la voluntad de Dios.

Dos días después, llegó el documento. Alberico se encontraba en la celda del Abad cuando éste lo abrió. La alegría reflejada en el rostro del anciano, lo preparó para la entusiasta exclamación:

— ¡Escucha esto, Alberico! ¡Escucha!

"Por lo tanto, consultando la salvación de ambas partes en dicho monasterio (Molesme), hemos creído más conveniente que os retiréis a algún lugar que Dios, en su generosidad, os indique, para que allí le sirváis con mayor salud y paz espiritual.

"Y confirmamos éste, nuestro consejo, de que perseveréis en vuestro santo propósito, con nuestra autoridad Apostólica y nuestro sello".

—"¡Autoridad Apostólica y nuestro sello!" ¡Podernos ir, Alberico!  
¡Podemos ir!

Roberto no esperó a que pasara el día. Convocó a toda la comunidad a un capítulo especial. —Hombres de Molesme— manifestó—, ya no soy vuestro Abad. Vosotros ya no sois mis monjes. Con el permiso y la aprobación del Papa, os dejo entre mañana y el día siguiente. En este momento, dejo de ser vuestro jefe. Elegid mi sucesor cuando queráis. ¡Pero... no voy solo! Todos los que deseen ser caballeros de Dios, dar más de lo que otros dan, agotarse, tal como Cristo se agotó, mantenerse en la brecha ante la ira de la Omnipotencia y por amor a la tierra; todos los que deseen vivir la Regla que han jurado vivir, y vivirla al pie de la letra, pueden venir conmigo. Tal es la voluntad de la Santa Sede.

Les leyó el documento del Legado Papal. Un silencio que casi podía ser oído, llenó el aposento. Los hombres quedaron como petrificados. Dijo, entonces, Roberto:

—Todos aquellos que quieran seguirme, ¡adelántense! De aquí, de allá, de más atrás, los hombres saltaron de sus asientos y tomaron su puesto en el centro del salón. Roberto contó los que estaban de pie.

¡Bien! —exclamó—. Me seguirán veinte. Cristo tenía sólo doce.

Su último acto fue característico suyo. Pidió perdón por las faltas cometidas mientras había sido Abad. A todos los que quedaban atrás, les pidió sus continuas oraciones y les impartió su más solemne bendición.

Sucedía esto en 1098, cuando toda Europa se conmovía al paso de los hombres, de las mujeres y, hasta de los niños, que partían para la primera Cruzada. "¡Dios lo quiere!" era el grito de guerra y el canto marcial que levantaba y arrastraba a los más arrogantes caballeros. Pero el "¡Dios lo quiere!" no repercutía con más exaltación en ninguna alma que en la de ese anciano de ochenta años, que marchaba por nevados caminos de Francia, a la cabeza de un grupo de veinte monjes. Roberto se sentía más caballero que Godofredo de Bouillon.

No parecía un grupo muy atrayente, el de esos hombres que caminaban penosamente por la carretera que une Molesme con Châlons. Llevaban los ornamentos para la Misa, un gran libro para el Oficio y muy poco más. ¡Y, sin embargo, fue ese grupo el que provocó una revolución en el mundo! Se detuvieron en un bosque llamado Cister, todavía en el ducado de Borgoña.

Cister. ¡Qué lugar! Difícilmente se pudo haber encontrado un lugar



menos adecuado para morada de seres humanos. Era un bosque pantanoso, oscuro, a causa de los tupidos y frondosos árboles, y húmedo con la malsana humedad de las abundantes ciénagas. Veintitrés años antes, Roberto dejó Colan porque era insalubre. ¡Y, ahora, se sumergía con deleite en esta región de marismas! Alberico se preguntaba si su Abad establecía alguna proporción entre efecto y esfuerzo; entre santidad y lucha; entre divinización y dificultades.

De ser así, se dijo, Roberto quería, ciertamente alcanzar la cumbre de la más alta santidad para su pequeño grupo de veinte monjes, quienes en realidad, no estaban nada lejos de la auténtica divinización; ya que Cister significaba dificultades y ruda lucha.

Era a mediados del invierno. Los árboles estaban desnudos y los charcos cenagosos, sucios, a pesar del hielo. Todo estaba yermo, solitario, desolado, en un silencio mortal. Este era el Cister que Roberto y su comitiva contemplaron entre las nieves de 1098. Y se hundieron en esos repelentes bosques, empezando inmediatamente a trabajar. Cayeron los árboles, arrancaron malezas y zarzas y, pronto las fogatas ardieron entre los árboles mientras veintiún hombres se afanaban en la tarea de limpiar el terreno para hacerlo habitable.

Apenas dos semanas después, Odo, Duque de Borgoña, cabalgaba por el camino cubierto de nieve que pasa por las cercanías de Cister. Pensaba en los días de su juventud, uno de esos hombres de corazón y manos de hierro que hacen la desgracia de los peregrinos, de los labriegos y hasta de los príncipes. Había sido la suya una vida de aventura, admitía Odo; con algo de deleite en cada botín. Pero, a medida que avanzaba, recordó claramente el rostro de su último cautivo: ¡era San Anselmo! Se sonrió ante la ironía de lo que había sucedido. Odo había planeado despojar a Anselmo de todo lo que tenía. Y, estaba a punto de hacerlo, cuando el Santo invirtió los papeles y arrebató a Odo, no sólo todo lo que tenía, sino también, a él mismo. Lo apartó de su vida de robo y lo convirtió en un duque temeroso de Dios.

Odo volvió de su sueño con una carcajada. Castigó su caballo y lanzó una exclamación de alegría y alivio. Mas no fue el eco de su exclamación lo que le devolvió el bosque. No. Fue algo totalmente distinto. Dirigiendo su caballo hacia los árboles, siguió al paso hasta el lugar de donde provenía el ruido. Este se hacía cada vez más claro. Odo frunció el ceño, pues esos bosques habían estado siempre desiertos. ¿Qué podría significar tal actividad? Aproximándose con más cautela, descubrió finalmente algunas figuras que se movían entre los árboles. Observó: eran monjes. Estaban

construyendo algo; se acercó más y, llamando a uno de ellos, le preguntó quiénes eran y qué estaban edificando. Al enterarse de que venían de Molesme y que estaban erigiendo un nuevo monasterio, sus manos se alzaron: — ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Un monasterio?... ¿Dónde está el Abad?

Roberto se acercó y se presentó. Odo hizo una inclinación y casi aulló: —Reverendo Padre, antes de la caída de la noche, estará acá una cuadrilla de verdaderos obreros. ¡Que ellos construyan algo adecuado para hombres!

Cuando Roberto trató de darle las gracias, Odo lanzó una carcajada: — Esa es harina de otro costal, Reverendo Padre. Usted ha oído hablar de restituciones ¿no es así? Bien, yo tengo muchas que hacer. Y, usted me ayudará a hacerlas—. Continuó su camino y, antes de que llegara la noche, un buen número de hombres llegó a los bosques de Cister y vibró de actividad.

Tan rápidamente trabajaron, que el 21 de marzo, el "nuevo monasterio", como se le llamaba, fue inaugurado con toda solemnidad. Alberico rebosaba de júbilo. Se precipitó hacia el Abad al finalizar la ceremonia y exclamó:

— ¿Sabe usted qué día es hoy? ¡No quiero ser supersticioso, pero piense, Reverendo Padre, que hoy es 21 de marzo, día de la festividad de San Benito y que coincide con el Domingo de Ramos! Usted ha hecho su entrada triunfal en su Ciudad de Dios, en el día del hombre cuya Regla está dispuesto a cumplir al pie de la letra. Esto no es casual. ¡Esto es la Divina Providencia! Hemos empezado bien.

—Ruega por que continuemos bien —aconsejó el Abad.

—Empezar bien es tener la mitad hecho —replicó el Prior con una sonrisa y se alejó.

Diez y seis meses después, mientras Cister se abrasaba bajo el sol de julio, tuvo lugar otra solemne ceremonia. Era la consagración de una magnífica iglesia del "nuevo monasterio". Odo había ayudado con hombres, dinero y materiales, pero Roberto y sus veinte monjes no permanecieron ociosos. Tenían demasiado fuego en sus almas para permitirse desempeñar el papel de observadores. ¡Trabajaron! Y surgió Cister, cuna de una nueva caballería.

## Capítulo XI

### CREPUSCULO Y LUCERO DE LA TARDE

Había hecho un calor agotador esa mañana. Y aun ahora, a la caída de la tarde, los monjes no podían encontrar ni un soplo de aire en medio de los bosques, ni alivio en la sombra. Había llovido durante la noche y el sol no había acabado de aspirar la pesada humedad de la tierra quemante.

Esteban y Alberico, empapados en sudor, dirigían los trabajos de desagüe. El pantano era ancho y bastante profundo, pero los largos canales estaban bien contruidos. Unos pocos pies más y llegarían al propio pantano; entonces, esas aguas estancadas, que despedían miasmas, correrían hacia las turbulentas aguas que bajaban de la montaña para ser llevadas al río y, después, al mar. Fue Odo el encargado de hacer la última perforación. Al par que el limo y el fango se vertían lentamente sobre los bordes del canal, levantó su cara grande y redonda, que estaba roja como el fuego, y sonrió a Alberico. El Prior retribuyó esa sonrisa. Hundió su herramienta en la boca del canal para agrandarlo y ensanchar sus bordes. Indicó luego al jadeante Odo que descansara. Por un momento, contempló la sucia corriente y golpeó las manos para advertir a todos que el trabajo había cesado.

Esteban se aproximó al Prior y le señaló un macizo de lirios acuáticos que crecían en el seno del pantano. Sus hermosas flores blancas y rosadas descansaban en las anchas hojas.

—Puede haber esplendor hasta en el lodo, ¿no es así? —dijo.

Los ojos de Alberico brillaron al contemplar las flores.

—Este espectáculo me llena de esperanza, Esteban —exclamó—. Si Dios puede hacer semejantes maravillas en este pantano, ¡tal vez algún día haya en mi alma unos cuantos pétalos blancos!

— ¡Qué pretensión! —dijo una voz detrás de ellos. Los dos monjes se volvieron.

— ¡Oh! Reverendo Padre, no lo habíamos oído.

—Pero yo a ustedes, sí —rió el Abad. Y después de echar un vistazo a la ciénaga y a los canales, dijo—: Esto drenará muy pronto. Y, ahora, Padre Prior, espero que no estés muy cansado, pues hay un trabajo que hacer. El Duque Odo me ha dicho que nos abandonará muy pronto. ¿Podrías llevar a todos, con excepción del Padre Esteban a ese campo que cortamos ayer y recoger el heno? Estoy seguro de que se ha secado con el sol de esta mañana y temo que muy pronto tengamos otra lluvia. Deja aquí tu pala, yo me quedaré con el Padre Esteban y cuidaré de que esta corriente no se detenga.

Poco después que el Prior y el Duque se alejaron, Esteban salió de una especie de éxtasis y preguntó con aire soñador:

— ¿Desearía saber cuánto tiempo pasará antes de que este desierto se convierta en una floreciente Ciudad de Dios?

El Abad no respondió durante un rato que, a Esteban, le pareció muy largo. Cuando habló, su tono revelaba una profunda meditación.

—Si dijera "pronto", podrías interpretarme mal; pero, la verdadera respuesta es: ¡pronto!—. Descansando ligeramente sobre el mango de su pala, se volvió a Esteban y añadió en tono más animado: —Fue precisamente esta mañana, cuando estaba en oración, que me apercibí de cuán presto vuela el tiempo. Tengo más de ochenta años, Esteban, y he sido monje durante sesenta y seis. ¿Me creerás si te digo que me parece que fue ayer que dejé mi hogar para entrar en Saint Pierre de la Celle?

Esteban se adelantó y cavó el lodo y el verdín que trataban de tapar la boca del canal. Cuando la hubo dejado libre, retrocedió y dijo:

—Supongo que habrá estado tan ocupado que el tiempo se ha deslizado sin que se diera cuenta. ¡Piense en todo lo que ha realizado! Troyes, Tonnerre, Colan, Molesme, Cister...

— ¿Cómo puedes decir que he realizado algo, hijo mío? —respondió rápidamente el Abad—. He pasado el día entero continuando mi meditación de la mañana y lo único que veo es una serie de fracasos.

— ¿Fracasos? —interrogó Esteban.

—Por cierto, hijo mío —dijo Roberto lentamente—. Por más de sesenta y cinco años, me ha embargado una sola ambición. He soñado con hacer volver a los hombres a una estricta observancia de la Regla, para que, de ese modo, pudieran ser caballeros de Dios. Tú ves lo poco que, de ese sueño, se ha cumplido; tú ves qué bien se ha realizado esa ambición. Henos aquí, frente a esta ciénaga; y un simple puñado de monjes allí, abajo, en el henar. ¡Y hablar de realizaciones! Fracasé en Saint Pierre. Ni como Prior

hice algo. ¡Cómo! Si hasta fracasé al tratar de convencer a mi mejor amigo. Decir que realicé algo en Tonnerre, es pura novela, por no decir "mentira". La verdad es que tuve que renunciar de Saint Michel, después de dos cortos, pero muy turbulentos años. He sido un lamentable fracaso.

— ¿Fue usted quien fracasó, o los monjes? —interrogó Esteban cuando el anciano Abad hizo una pausa.

—Si un comandante pierde una batalla, no culpa a sus tropas. Cuando un dirigente no consigue arrastrar a sus prosélitos, no culpa a éstos. No, mi bondadoso y consolador amigo, fracasé en Saint Michel y fracasé en Molesme. He fracasado toda mi vida. Sólo ahora tengo una semblanza de lo que primero ambicioné; y es hoy día cuando veo una sombra de lo que he soñado. —La mirada del anciano paseó por la marisma. Por supuesto, puedo agradecer a Dios el no haber sido un fracasado de alma. Nunca he perdido la fe. Ha habido errores; malicia, jamás. Pero todavía creo que hubiera podido alcanzar éxitos más evidentes y positivos para El. No ha habido verdadera negligencia ni falta de energía. Ha habido falta de prudencia, de visión, de tacto y mil y un defectos más a los cuales debe extenderse la Misericordia Divina. Pero el punto a que quiero llegar es —concluyó el anciano volviéndose a Esteban—, que no puedes hablar de triunfos en mi larga vida. Y, el punto más importante aún es que mi larga vida, y toda vida larga, es algo impresionantemente corta.

Esteban se encaminó al canal inferior, que estaba rebosando a causa de una maraña de hierbas y raíces detenidas en una pequeña saliente de la piedra. Tardó un rato en deshacer el enredo y, cuando volvió junto al Abad, estaba empapado en sudor. Roberto lo hizo sentar al pie de un árbol y soltar el cuello de su ropón. Temía que el Subprior se hubiese acalorado en demasía. Pero Esteban desechó sus temores con una sonrisa y, señalando la copa de los árboles, dijo: —Dios me refrescará dentro de pocos momentos. ¿Ve esa nube? Está repleta de agua fresca y, pronto, va a romper—. No bien acabó de hablar, un relámpago atravesó el cielo canicular. Se oyó el sordo rumor de un trueno y, en los bosques, repiqueteó el sonido de las gruesas gotas, que golpeaban las hojas de los árboles. Roberto se sentó cerca de Esteban y contempló los hoyuelos que la lluvia formaba en la superficie de la ciénaga. Súbitamente, movió de un lado a otro su anciana cabeza y suspiró. Esteban le miró. — ¡Ah! Esteban, ¿no sería magnífico que pudiéramos ser absorbidos por Dios como las gotas de lluvia son absorbidas por las aguas del pantano? ¡Mira! No puedes decir ahora cuál es agua de lluvia y cuál es ciénaga. Son una sola. En cambio, nosotros... Y de nuevo,

suspiró.

—Usted quiere el cielo en la tierra, Reverendo Padre —rió Esteban. Y no puede ser. ¡El Paraíso está del otro lado de la montaña y el camino que la rodea sigue hacia arriba todo el tiempo!

— ¿Qué montaña? —preguntó Roberto abruptamente.

—La del Calvario —contestó Esteban—, o si prefiere, la montaña del fracaso.

— ¡Ah! Entonces he encontrado mi cielo en la tierra —exclamó el Abad, enjugándose unas gotas de lluvia que corrían por su rostro—. Porque parece que he trepado a mi montaña del fracaso y he encontrado... casi digo "éxito", pero no me gusta esa palabra. Diré que he encontrado Cister.

—Es feliz aquí — ¿no es cierto?

— ¡Oh! Esteban, feliz como un escolar en vacaciones. Tan feliz, que los sesenta y seis años me parecen sesenta y seis días. Esto sí que es un anticipo del cielo—. Pronto la lluvia cesó y, en el oeste, el sol comenzó a brillar entre un grupo de negros y grisáceos nubarrones.

— ¡Mira, si quieres ver gloria! —exclamó Roberto y señaló el vivo carmesí y el llameante oro—. Ese es el símbolo de mi vida, Esteban. Dios me concede hoy un glorioso ocaso después de mucha lluvia. También mi ocaso es magnífico: rojo y oro. He visto a Cister. Ya estoy listo para cantar mi *Nunc dimittis*.

El Subprior no respondió, mas, al recoger las herramientas y mirar nuevamente hacia el oeste, observó que una oscura nube había ocultado el sol y deseó que no fuera, ese, un funesto símbolo del final de la vida del Abad.

En el camino de regreso, Roberto volvió a insistir en la alegría que experimentaba en Cister. La pobreza del lugar y la escasez de monjes no menoscababan la perfección de su plan, y la sencillez, soledad y austeridad, el espíritu de oración, la ardiente dedicación a Dios, la sinceridad de los hombres y su absoluta unión, le encantaban.

Al aproximarse a las puertas del monasterio, divisaron a un extraño que acababa justamente de desmontar. Viendo a los monjes, se acercó e, inclinándose con reverencia, dijo: — ¿Es usted el Abad de Molesme?—. Roberto respondió: —De Cister—. Y el mensajero le extendió un pequeño rollo de pergamino.

Lo abrió Roberto y, después de leer las breves líneas, lo pasó con mano temblorosa a Esteban. De una ojeada, el Subprior recorrió el mensaje.

Era de Hugo, arzobispo de Lyon y Legado de la Santa Sede. Leyó, entonces, con más ansiedad y quedó boquiabierto al enterarse del contenido. Se solicitaba a Roberto que volviese a Molesme "para el bien de todos". Esteban se apercibió que se trataba de una solicitud, no de una orden. Recalcó ese detalle a Roberto, mas el anciano, sin hablar, señaló elocuentemente las palabras "Legado Papal".

Esteban comprendió. Sabía que Roma no necesitaba dar órdenes a Roberto; le bastaba pedir. Para él, su voz era la de Dios. Observó al Abad, que miraba hacia el oeste con una vaga sonrisa. El sol había desaparecido y, amontonadas en el lejano horizonte, se veían nubes blancas y grises, purpúreas y negras. La mano de Roberto se extendió hacia ellas. —El ocaso se ha oscurecido —dijo—. El símbolo de mi vida.

Con el corazón dolorido, el anciano se dirigió al monasterio. En su interior, se desencadenaba una batalla. Su voluntad no flaqueaba, pero todo su ser parecía rebelarse. Nada en su larga vida le había costado tanto como renunciar a esto. Por supuesto, que iría; aunque la partida le rompiera el corazón. Roma había hablado: y él, ¡obedeció!

Dos semanas más tarde, Alberico se enteró de muchos detalles. Supo que, tan pronto como Roberto y sus veinte hombres abandonaron Molesme, la triste historia se repitió. No había transcurrido un año, cuando la comunidad empezó a agitarse y se volvió a Roberto como a su única salvación. Despachó dos emisarios rumbo a la Ciudad Eterna y aguardó, ansiosamente, el resultado de su misión. Los demandantes interrumpieron un concilio de Urbano II y ocasionaron interminables perturbaciones con sus demandas. El Papa era francés, conocía Molesme y había oído hablar mucho de Roberto. Oyó, pues, a esos dos monjes con cierta impaciencia y, más para librarse de ellos que por otra cosa, les dio una carta para el Legado en Lyon, impartiendo al mismo tiempo instrucciones a fin de que investigara el asunto y adoptara las decisiones que considerara convenientes.

Cuando Alberico narró esto a Esteban, el inglés exclamó: —Yo hubiera creído que Hugo se mantendría firme en la aprobación oficial que acordó a Roberto no hace aún dos años.

Alberico se encogió de hombros. — ¿Qué podía hacer? Los hombres de Molesme alegaron que la ruina, tanto espiritual como material, amenazaba destruir su casa. Sin duda alguna, sus simpatías están con Cister, pero es terrible pensar que un gran monasterio como Molesme marchara a su decadencia. Habrás observado que no ordenó. Creo que esto es significativo. Fue a pesar suyo que pidió.

— ¡Pobre Roberto! —fue todo lo que dijo Esteban.

Pero Roberto no necesitaba compasión; pues, cuando volvió esta vez, encontró una comunidad sumamente castigada. En verdad, no podía llevarla hacia el sueño de toda su vida: la estricta observancia de la Regla; no obstante se arregló para que mostraran un poco de hidalguía.

Por algo más de diez años, esos monjes vivieron en tal forma, que, efectivamente, alegraron el corazón que casi habían destrozado. Mas lo hicieron a tiempo; pues ese corazón gigante ya no latiría mucho más para ellos.

En 1111, una luz semejante a la luz argentina del Lucero de la Tarde apareció sobre Molesme. Aumentó gradualmente, hasta alcanzar tremendas proporciones y arrojó poderosos rayos en todas direcciones. — ¿Qué es esto? —preguntaban los siervos en un susurro pleno de terror, al par que se detenían para observar los rayos celestiales que se extendían cada vez más lejos. De pronto, oyeron el lento y lúgubre tañido de las campanas del monasterio. No tardaron en saber la verdad: ¡el buen Abad Roberto, llama que durante tanto tiempo había ardido, se había apagado al fin! ¡Se había elevado hacia Dios!

Verdaderamente traspasado, un monje llevó la noticia a Cister. Tan exhausto estaba a causa del viaje, que Ilbode, el mayordomo de la casa de huéspedes, insistió en que descansara y bebiera algo antes de pasar a ver a Esteban Harding, Abad a la sazón.

El emisario no tenía fuerzas para rehusarse, pero rogó a su hospitalario hermano en religión que entregara inmediatamente su mensaje —la comunicación oficial— al Abad. Ilbode cumplió al punto su cometido, sospechando, por la cara de aquél, los tristes términos de la carta.

Esteban convocó al instante la comunidad en la Capilla y les pidió oraciones por, y para Roberto. La campana de Cister dobló a muerto por el viejo Abad, y la noticia cundió por toda la región. Muchos recordaban la gran figura del hombre que, por primera vez, había llevado los monjes a Cister y conquistado la lealtad de Odo, su Duque.

Unas horas después, Esteban pidió al mensajero que fuera a su celda, si se encontraba con fuerzas suficientes, pues el Abad esperaba, ansioso, la crónica de los últimos días de su amado Superior. El visitante siguió a Ilbode de buena gana hasta la celda de Esteban, pero, una vez allí, permaneció vacilante junto a la puerta. Esteban se aproximó, pronto a recibirle con afecto; se detuvo, sin embargo, asombrado ante la mirada fija y, en cierto modo, suplicante, con que el otro monje lo observaba.



—Usted, que conoce tan bien a los hombres... ¿no me recuerda, Abad Esteban? —preguntó el peregrino.

Al oír su voz, la expresión habitualmente afable de Esteban se tornó adusta a pesar suyo. Dio la espalda y volvió a su escritorio.

—Sí —dijo por fin—. Recuerdo. Entra... Romanus.

Esteban se sentó y guardó silencio por unos minutos, recobrando luego su perturbada calma. Personalmente, hacía ya tiempo que había perdonado a Romanus. Supo que, en los últimos años, el hombre se había convertido en uno de los más ejemplares prosélitos de Roberto, en Molesme. Muchos narraron cómo había empleado su persuasión para aumentar la comprensión de sus hermanos con respecto a su Abad. Pero, involuntariamente, el pensamiento de Esteban conservaba aún las dos imágenes: Roberto, deshecho en lágrimas, orando por sus insensibles monjes, y Alberico humillado y castigado hasta caer en tierra, en Molesme.

Levantó, por fin, la mirada, rogando no pecar ni de inhumano ni de hipócrita.

La expresión de Romanus sorprendió a Esteban, tal comprensión demostraba de la lucha que desarrollaba en su cabeza. El Abad asintió como admitiendo que sus mudos pensamientos habían sido oídos.

—Reverendo Padre —dijo el monje—, vine hasta aquí, no para perturbarlo, sino impulsado por el deseo de hacer un pequeño servicio a nuestro Abad. Sabía, por el amor que profesaba a usted y a todos los de Cister, que nada podía complacerle más que traer la noticia lo más pronto posible. Por esta razón, solicité permiso para ser el mensajero.

Esteban se apaciguó. Este Romanus —que deseaba ser útil— era una persona bien distinta de aquella otra, con desplantes de lógico brillante y algo reconcentrado, cuyo recuerdo conservaba de tiempo atrás. Sus nervios aflojaron y se recostó en su silla.

—Háblame de nuestro Padre Abad —dijo.

Romanus, que había madurado junto al viejo monje, pudo narrar a Esteban muchos de los detalles que éste ansiaba escuchar —de los últimos y más consoladores años, de su tranquila muerte, de la milagrosa estrella.

—Me pregunto si, alguna vez, el mundo lo comprenderá —dijo reflexivamente Esteban cuando Romanus hubo terminado de hablar.

—Lo dudo —replicó éste.

— ¿Por qué?—. Esteban estaba sorprendido ante la decisión con que

respondía Romanus.

—La mayoría de la gente mira sólo la superficie, tal como hice yo en otro tiempo. Ven las contradicciones superficiales, como yo. Y, para justificarse ante los demás, prefieren ignorar méritos que ellos no tratarán de adquirir. Ciertamente conoce usted las burlas que todavía caen sobre Roberto. Durante mucho tiempo, se le acusó de obstinación; ahora, hablan de "inconstancia".

—Supe de esta acusación —dijo Esteban—. Imagina al Arzobispo Hugo haciendo, aún casualmente, un comentario tal como el de "Roberto solía ser inconstante". ¿Cómo es posible que aplicara semejante palabra a semejante hombre? Debía saber, más que ningún otro, que todo acto en la vida religiosa de Roberto fue un acto de obediencia a sus superiores. Tonnerre, Troyes, Colan, Molesme, Cister, prácticamente, cada uno de los cambios reflejaba la voluntad de la Santa Sede.

—Verdad —dijo Romanus—, pero usted debe recordar que, probablemente, el Arzobispo no se molestó en investigar la prodigiosa obediencia de Roberto. Nunca comprendió por qué nuestro Abad pasó tan mansamente de un lugar a otro. El Arzobispo debe haber sabido algo, también, del ideal de Roberto; y, cuando vio con qué tranquilidad se sometía a dejar Cister, el único lugar donde ese ideal tenía una posibilidad de realizarse, se mofó. Nunca supo que, al dejar Cister, el corazón de Roberto casi se hizo pedazos.

—Se fue con tanta calma que ni yo mismo me di cuenta de lo que esto significaba para él —replicó Esteban—. Pero su primera carta me hizo llorar. Después de tantos años, puedo recordar algunas de sus exactas palabras: "Te causaría demasiada pena si pudiera usar mi lengua como pluma, mis lágrimas como tinta y, mi corazón, como papel... ¡Estoy aquí, porque la obediencia me lo exige; pero mi alma está con ustedes!"

Romanus guardó silencio. Por fin, dijo: —Fui uno de los más diligentes en solicitar el regreso de Roberto. ¡Qué vergüenza sentí al comprobar cuánto le había costado nuestra debilidad! Para oír ahora las burlas que hacen de su sacrificio... —Su voz parecía un lamento.

—Nunca reparó Roberto en las burlas —contestó Esteban, pues no deseaba que Romanus se culpara con demasiada severidad—. Y, de cualquier modo, ya no debemos preocuparnos de Roberto. Él está con Dios y, seguramente, Dios lo desagraviará. En efecto, Romanus, por lo que has dicho de la muerte de Roberto, Dios ya ha empezado su obra. La luz que brilló sobre Molesme explica una historia.

—Sí —replicó Romanus, pensativo— así es. Indudablemente, Roberto es uno de los Santos de Dios. Pero, Abad Esteban, para mí y para todos aquellos que dudaron, el milagro de los milagros de Roberto es... ustedes, Cister. El triunfo de su generoso amor a Dios está aquí, en sus vidas.

Esteban se inclinó y estrechó la mano del monje.

—Hay milagros de toda clase —dijo—, y creo que Roberto debe sentirse especialmente feliz ante el nacimiento de su nuevo hermano: Romanus.

## "POST-MORTEM"

Acabáis de conocer al padre de todos los "Trapenses". Debéis admitir que no era un "desilusionado del amor". Estaréis tentados de creer que era un enamorado de la desilusión. ¡Había pasado setenta y siete años en medio de ella! Pero eso sería un conocimiento superficial. La verdadera verdad es que era un enamorado del Amor y que su vida no fue un fracaso.

Como prueba de ello, os ofrecemos este post-mortem. Puede equivocarse un médico al hacer el diagnóstico, mientras la persona está con vida; jamás se equivoca en la autopsia. Por eso tales investigaciones satisfacen y es la razón por la cual ofrecemos este estudio sobre Roberto. En el mejor de los casos, un prenatal nos proporciona una conjetura; un post-mortem nos da un hecho absoluto. Así, podría ser cierto que nuestra Señora desposara a Roberto antes del nacimiento de éste; pero no puede dudarse de que Roberto se desposó con Nuestro Señor antes de morir. Pues, la Infalible Iglesia Católica Romana, por intermedio de Su Santidad Honorio III, inscribió solemnemente a Roberto de Molesme en la nómina de sus Santos, en 1221.

Durante más de siete centurias, se ha entonado el Oficio y se ha ofrecido la Misa en honor de ese muchacho de Troyes que quiso ser caballero de Dios, ¡y lo fue! Pero observad que fue Roberto de Molesme quien ingresó en la legión de los Santos —y éste es el segundo punto de este post-mortem. Roberto, el fundador de Cister, no fue un "cisterciense". No. Vivió y murió como "negro Benedictino". Fundó la Abadía de Cister, no la Orden. Sin embargo, el 29 de abril de cada año, toda la Orden Cisterciense celebra su fiesta de manera muy solemne. En todas las casas, hay un sermón e, invariablemente, el orador argumenta sobre los hechos de su post-mortem para llegar a las realidades de su vida. Ellos han aprendido que murió de la enfermedad de los santos, "mal del corazón". Así, dicen que llegó a ser santo, porque vivió una vida de amor.

El hecho final de este estudio es que el antepasado de los "Trapenses" no fue un "Trapense". No. Sólo concibió la rebelión. Se necesitó de los otros dos, de Alberico y Esteban, para hacerla nacer y cuidar de su crecimiento. Roberto fue el rebelde que plantó la semilla; Alberico, el radical que la regó

y cuidó que arraigara.

Así, la rebelión continúa bajo...

**PARTE II**

**SAN ALBERICO EL RADICAL**

## Capítulo I

### "¿ERES UN RADICAL!"

Si alguien preguntara: "¿Dónde nació Alberico?", la única respuesta posible es que nadie lo sabe. "¿Cuándo nació Alberico?" Nadie lo sabe. "¿Quiénes fueron sus padres?" Nadie lo sabe. "¿Qué era su familia? ¿Cuál fue su primera educación? ¿Su nivel social?" Nadie lo sabe.

Pero esta ignorancia nada significa, puesto que la santidad no es cuestión de cuna ni de infancia. Es cuestión de crecimiento y madurez. En otras palabras, la historia fue clemente al ocultar todos los datos relacionados con Alberico antes de que se reuniera con los eremitas, en Colan; así como el niño puede ser un signo de lo que será cuando hombre ¡así la manzana demuestra mejor la calidad del árbol que su flor! En realidad, el día en que se unió a los eremitas fue su verdadero nacimiento, día en que empezó a vivir para Dios en la forma especial que lo llevaría a la santidad.

Por supuesto, se puede hacer conjeturas sobre la probable fecha de su auténtico nacimiento; pues, cuando Esteban Harding le conoció, alrededor del año 1080, Alberico se describía a sí mismo como un hombre "mediano", de "mediana edad", "tamaño mediano", "cerebro mediocre" y de "mediocre virtud". Esteban le contestó que eso era una verdad a medias, pero Alberico se negó a aceptar ese implícito cumplimento. En consecuencia, puede llegarse a la conclusión de que Alberico nació justamente en la época en que Roberto supo que Dios buscaba alguien que se mantuviera en la brecha, es decir alrededor del año 1033.

En lo relativo a su linaje, puede adivinarse algo estudiando la historia de la fundación de Colan. Se decía que dos hermanos se convirtieron en enconados rivales por la obtención del primer puesto en las diversas justas. Se habían batido, una y otra vez, pero nunca llegaban a un resultado decisivo: primero, ganaba uno; luego, el otro. La rivalidad causó amargura y ésta alcanzó tal grado que ambos resolvieron eliminarse.

Un día, cabalgando de regreso a su hogar, después de otra infructuosa

mañana de lucha, atravesaron el bosque de Colan. En el silencio de la selva, oyeron el latido de sus propios corazones y ambos decidieron, en ese momento, cumplir sus criminales designios. En un mutuo impulso, sujetaron sus cabalgaduras, mas repentinamente los dos se llenaron de horror al pensar en el terrible acto que iban a realizar. Sin decir una palabra, hicieron girar sus caballos, clavaron sus espuelas, y galoparon juntos hasta la choza de un santo sacerdote que llevaba una vida de ermitaño en las profundidades del bosque.

Después de confesarse con él, se confesaron mutuamente. Pronto la vergüenza cedió a la consternación por el dominio que Satanás había ejercido sobre ellos a causa de su pasión por la gloria. De rodillas, se estrecharon las manos y juraron abandonar el mundo. Entonces, en el mismo lugar donde habían proyectado el crimen fratricida, levantaron una ermita y resolvieron pasar allí el resto de sus vidas, buscando, no la propia gloria, sino la gloria de Dios. Pronto, el santo padre eremita vino a vivir con ellos. Poco tiempo después, cuatro de sus antiguos compañeros, todos nobles y guerreros, se unieron a ellos. Este era el grupo de siete que buscó a Roberto para hacerle su padre en religión.

Sobre la base de este relato, podemos dar fe de que Alberico era de noble prosapia. Que no era uno de los hermanos, es seguro; pero que era un guerrero, es absolutamente seguro. Todo en él, desde su espontánea afabilidad hasta su disciplina e indudable valentía, lo revelaba como un soldado.

Una tarde del mes de agosto de 1099, Alberico estaba sentado ante su rústico escritorio, en la celda del Abad del pequeño Cister. Al lado, de pie, estaba Esteban Harding, su Prior.

El aire estaba saturado por el aroma de las rosas silvestres, que llegaba desde un macizo próximo a la ventana del Abad. No hacía un mes que Roberto había partido. Eligieron a Alberico para sucederle y, éste inmediatamente designó a Esteban como Prior. Apenas se habían habituado a sus cargos, cuando ya estaban ocupados haciendo proyectos. Alberico insistía en que la **Instituta** debía ser redactada en términos claros evitando todas las prácticas de Molesme y todas las costumbres de Cluny. Quería que Cister fuese "Cisterciense", —dijo—. "puramente Benedictino".

Esteban movió la cabeza en señal de desacuerdo. Finalmente, exclamó: —Reverendo Padre, no se puede hacer.

—Pues yo te digo que puede hacerse y que se hará. ¡Observa el espíritu de nuestros hombres!— fue la vehemente respuesta.



—Sí —contestó Esteban con franqueza—, la comunidad actual puede hacerlo, y lo hará gustosamente. Mas ¿y el futuro? Supongo que recordarás Molesme, ¿no es así?

Alberico lo miró con aire sospechoso. — ¡Que olvido Molesme! ¿Es esto buen humor inglés? Si hubieras sido golpeado por tus propios monjes, si te hubierais roto la cabeza y castigado tu espalda hasta ponerla negra y azul; si te hubieran arrojado a un calabozo y mantenido prisionero, ¿olvidarías? ¡Que me olvido de Molesme! No, no. —Me has interpretado mal, Reverendo Padre. Sólo que recordaba lo bien que empezó el monasterio y lo mal que terminó. No debes olvidar que fue el elemento joven el que fracasó.

— ¿Y en qué se basa tu oposición? —preguntó Alberico—.

—Piensas pedir más de lo que exigió Roberto. Quieres la Regla en su más perfecta simplicidad.

—Así es.

—Bien, puedes hacerlo, y yo te seguiré, como lo hará la comunidad que ahora tenemos. Pero... ¿qué sucederá dentro de diez años?

—Con la ayuda de Dios —dijo Alberico—, tendremos un monasterio más grande, una comunidad más numerosa y la perfecta simplicidad de la Regla primitiva.

Esteban comprendía lo que pasaba por la mente de Alberico. Este había aprendido la dura lección de Molesme y no quería que se repitiera. Esteban estaba de acuerdo con sus ideas y métodos, pero temía mucho la flaqueza de los hombres.

Después de una breve vacilación, acabó por sacudir la cabeza declarando: — ¡Alberico, si Roberto fue un rebelde, tú eres un radical!

Los grises ojos del Abad se fijaron en Esteban: —No sé si me haces un cumplimiento o un reproche. Ustedes, los ingleses, me desconciertan. Pero lo único que puedo decirte es esto: si dices "radical" en el sentido romano de la palabra, me has definido perfectamente; soy y pienso continuar siendo un radical. Intento ahondar hasta la raíz misma de las cosas. Y la raíz que ahora me interesa es la de la Regla

—Mas ¿no has mirado hacia el futuro? —insistió Esteban.

—Es el futuro lo que me ha decidido —replicó el Abad—. No el mío ni el de ustedes, sino el de Dios. Sé lo que te preocupa: es la juventud de Francia, ¿no es así?

Esteban asintió.

—Esteban, si fueras un joven cuyo padre hubiera tomado la Cruz y combatido por Dios, ¿cuáles serían tus sentimientos? Si tus hermanos mayores y todos los hombres de tu familia hubieran luchado junto a las murallas de Jerusalén y arrebatado la ciudad de manos de los enemigos de la Fe, ¿cuál habría sido tu ambición?

—Sobrepasarlos — fue la inmediata respuesta.

—Bien —dijo Alberico—. El ser tan bueno como tus mayores no te hubiera contentado; sin embargo ¿no crees que la juventud de Francia tiene tanto fuego y tanta imaginación como la de Inglaterra?

Esteban sonrió. Su Abad no podía olvidar jamás que él era inglés. Para evitar discusiones y volverle nuevamente al tema, dijo: —Admitiré que sí.

—Entonces, ¡allí está mi argumento! —exclamó el Abad dando un golpe sobre el escritorio—. Tú te preocupas de la comunidad de aquí a diez años. Serán los hijos de esos Cruzados. ¿Lo oyes bien? ¡Los hijos de los Cruzados! Ellos sabrán cómo sus mayores dejaron Europa en número de seiscientos mil; cómo se apoderaron de Edesa y Antioquía; cómo marcharon, batallaron, sangraron, sufrieron hambre y sed y murieron, hasta quedar solamente cincuenta mil. Piensa en esto; menos de la décima parte del primitivo ejército. Sabrán cómo esos cincuenta mil acamparon junto a las murallas de Jerusalén; que era a mediados del verano; que el Arroyo Cedrón se había secado y los pozos cercanos estaban envenenados o destruidos. Sabrán cómo, bajo un ardiente sol y en medio de una quemante llanura, esos cincuenta mil sufrieron casi tanta sed como la que sufrió el Dios hecho Hombre, afuera de esos mismos muros, el día de su muerte. Sabrán cómo los sobrevivientes se mantuvieron, asaltaron la ciudad, se apoderaron de ella y se inclinaron, conquistadores suplicantes, en la Iglesia de la Resurrección.

El Abad hizo una pausa. Su rostro estaba congestionado y sus ojos brillaban con el resplandor del sol. —Esteban —dijo— con una inspiración semejante, ¿crees que los hijos de esos Cruzados se negarán a ser caballeros de Dios? ¡Pues, todos se inflamarán de entusiasmo por esgrimir la Regla!

—Si ellos pueden ver lo que tú has visto — dijo. Esteban con lentitud.

—Lo verán —contestó el Abad—. Y, si yo no estoy aquí para lograrlo, lo harás tú. La lanza que atravesó el Corazón de Cristo fue milagrosamente hallada en Antioquía, y eso alentó a nuestros caballeros Cruzados. Será asimismo un aliciente para la juventud de Francia. La hidalguía, Esteban, no

es sólo para los campos de batalla, ni para los tiempos pasados. También, aquí, en el claustro, tiene su lugar.

El Prior asintió y dijo el Abad: —En el fondo del corazón de todo hombre, Esteban, hay un rincón secreto que, si se llega a él, hace de este hombre algo más que un hombre: un héroe. Yo lo he visto —exclamó Alberico con los ojos llameantes—, y ¡tú también! ¡Míralo que le ha pasado a Europa estos últimos años! ¡Da a los hombres una Causa y un Jefe y olvidarán que son hombres para convertirse en enamorados de Dios! Esta es la historia de Godofredo de Bouillon y de los Cruzados. Y esta será la historia del pequeño Cister.

— ¿Serás tú el Jefe y, tu Causa, la simplicidad de la Regla?

— ¡Nunca! —contestó el guerrero de otros tiempos—. Sólo hay un Jefe: Cristo. Y sólo una Causa: el honor y la gloria de Dios.

Se produjo una larga pausa. Alberico miró a través de los árboles, pero su mente contempló Alguien que nunca atravesó esos bosques.

El Abad se incorporó, dirigiéndose a la ventana. Luego de contemplar la puesta del sol, se volvió y dijo: —Esteban, seré juzgado de acuerdo con la Regla de San Benito; no sólo de acuerdo al modo de seguirla, sino también, cómo la expliqué a otros, cómo la interpreté para otros y cómo la hice cumplir por otros. Es una grave consideración. Otra, igualmente grave, es la de los siglos venideros. Lo que tú y yo hagamos en esta pequeña Abadía de Cister, Esteban, tendrá repercusión en esos siglos. Nunca lo olvides. Cristo es uno: la Iglesia, una. Todos nosotros, uno solo; lo que hagamos, afecta a todo lo demás. Y, ahora que Roberto no está ¡cómo lo echaremos de menos!

— ¡Oh! Alberico, ¿acaso tú no has hecho casi todo ese trabajo durante un tiempo?

—Sí. Pero la responsabilidad era suya. Ahora es diferente.

—Pareces atemorizado.

El Abad se sentó, inclinándose sobre la mesa. — ¿Atemorizado? — preguntó—. ¡Estoy aterrado, Esteban! Créeme, si no fuera por la lanza que encontraron los Cruzados; si no fuera por el sepulcro que ellos conquistaron; si no fuera por el Cristo que vive y muere y vuelve a vivir, no podría hacerlo. No soy valiente, Esteban, pero, por la gracia de Dios, tengo fe. Él me puso aquí y El me ayudará. Y me auxiliará para mantener la Regla en ristre.

—Roberto decía: "la Regla al pie de la letra".

—Lo sé —respondió Alberico, incorporándose— ¡pero yo iré más

lejos que Roberto! Volveré atrás, a la simplicidad de la Regla en todo. Y eso significa lucha. Sólo puedo imaginar una espada desenvainada hundida hasta la empuñadura. Cister confortará el Corazón de Cristo.

—Vamos —dijo Esteban, levantándose para ocultar su emoción—. Es la hora de Completas. Dejemos el futuro en manos de Dios.

Al encaminarse por el corredor, hacia la Capilla, en pos de su resuelto Abad, la sombra de una sonrisa se dibujó en los labios de Esteban Harding. Era una sonrisa llena de admiración y afecto. Le parecía extraño llamar "Abad" a Alberico. Hacía tantos años que se conocían tan íntimamente. Recordaba muy bien el primer día en que se encontraron. Fue en Molesme y Alberico era Prior. Esteban evocó el raído hábito que llevaba Alberico y que le daba un aspecto extraño del que lo salvaba su sonrisa. Pensaba, ahora, que Alberico debió sonreírse con esfuerzo en esa época, pues era antes de que el Obispo de Troyes volviera hambriento a su casa. Roberto, se dijo Esteban, había tocado ciertamente el rincón secreto del alma de Alberico, ya que sólo un héroe o un fanático enamorado de Dios hubiera podido sonreír tan alegremente en esos años de prueba.

Luego recordó una ventosa noche en que Alberico lo llamó aparte y le señaló el Lucero, preguntándole qué simbolizaba para él. —La pureza —había respondido Esteban—. Parece tan casto y tan frío.

Alberico había reído al contestar: —La castidad no es fría, amigo mío. Es ardiente hasta el rojo blanco. Prueba otra vez.

Esteban volvió a dirigir su mirada a la estrella y dijo: —Obediencia, firme obediencia. La Estrella ha obedecido a Dios, sin una sola desviación, desde el momento en que fuera creada.

— ¡Bien! —exclamó Alberico, preguntando ¿y qué más?

Esteban continuó estudiando la estrella y se volvió, diciendo —Nada más se me ocurre por el momento.

Entonces Alberico había preguntado: — ¿No sabes lo que significa para el Abad? —Esteban no lo sabía—. Significa soledad, amor, dirección. —Roberto ve en ella el símbolo de la Regla, su símbolo. Él quiere observar la Regla estrictamente. Sabe que estará solo y que exigirá mucha dedicación. Mas él insiste siempre en que las estrellas aparecen después de la oscuridad y, así como miríadas de estrellas aparecen tras el Lucero Vespertino, otros monasterios continuarán la obra de Molesté. Mas nos ha advertido que, antes de que eso suceda, vendrán las tinieblas.

Esteban oró esa noche por Alberico y por él. Ahora estaban solos;

Roberto, que había guiado toda su vida religiosa, se había apartado de ellos impulsado por la obediencia. Lo echarían mucho de menos, pero Esteban experimentó gran consuelo al descubrir, esa noche, la contradictoria combinación de timidez y audacia en el carácter de Alberico. Admitía que tenía miedo y proseguía sus planes para una vida sin términos medios. Estaba dispuesto a implantar la Regla en su absoluta simplicidad y vigilar su observancia. Para Esteban, este descubrimiento fue un gran alivio, a pesar de ello, oró para tener coraje.

Las oraciones de Alberico fueron similares, pues sus pensamientos eran casi idénticos. Recordó los años transcurridos y cómo habían dejado Colan, siendo apenas un puñado de hombres: trece en total. Y habían convertido el desierto de Molesme en un paraíso monástico. Comenzaron las transacciones y, cuando él trató de ponerles coto, se produjo la rebelión. ¡Y qué pesadilla fue! Luego llegó la verdadera revolución, la de los veinte que, con Roberto a la cabeza, marcharon a Cister. Trabajo. Éxito. Después, el retiro de Roberto y su elección. ¡Qué años! ¡Qué años! Y, ahora... *Deus in adiutorium meum intende. ¿Qué más?... Domine, ad adjuvandum me festina!*

El oficio de Completas le pareció muy corto aquella noche. Antes de que se apercibiera llegó la hora de retirarse a descansar. Dio, pues, la señal y se ubicó en su puesto, junto a la puerta de la iglesia, para rociar la cabeza de cada uno de los monjes con agua bendita, según la costumbre del monasterio. Al hacerlo, murmuró: —Cruzado de Cristo, ¡sé valiente! —Fue la verdadera iniciación de su abaciado.

## Capítulo II

### "ESCUDOS PARA EL SAGRADO CORAZÓN"

A la mañana siguiente, la comunidad se reunió, como de costumbre, en el capítulo. Algunos estaban aún turbados por el retiro de Roberto. Su confianza en el gigantesco anciano había sido implícita y era natural que así fuera, pues era quien había hecho nacer en ellos la vida espiritual y guiado durante los años de juventud. No era fácil traspasar la confianza de uno a otro, especialmente cuando ese otro había sido uno de ellos, conocido íntimamente y mirado siempre como inferior al magnífico anciano. Por supuesto, admitían que Alberico era, por naturaleza, afable y su jovial sonrisa había animado a casi todos ellos en alguna oportunidad, arrancándolos de la melancolía. Además, era bastante piadoso. Sí, podía decirse que era un buen religioso. Pero, ¿ser Abad en reemplazo de Roberto!... Bien. La verdad era que los intranquilizaba. No habían olvidado la tormenta que desencadenó en Molesme. Un buen superior jamás hubiera llegado a eso. Tal vez, le faltara prudencia y, si alguna vez hizo falta la prudencia, era al iniciar la vida de un nuevo monasterio. Lo eligieron por su experiencia como Prior y por su gran intimidad con Roberto. Indudablemente, era el más adecuado entre los prosélitos del viejo rebelde. ¡Había sido su discípulo por más de un cuarto de siglo!

Pero esa mañana de agosto descubrieron un Alberico completamente distinto. Era el mismo hombre, de tamaño mediano, que se sentaba, no muy cómodamente, en la silla del Abad. La misma sonrisa a flor de labios y el mismo carácter jovial. Y, sin embargo, había cambiado. Parecía más resuelto, con más aspecto de guerrero, de jefe. Una nueva fuerza se reflejaba en ese rostro familiar. Hasta las manos parecían haber adquirido un poder nuevo. Y la voz era diferente...

—Sé que muchos de vosotros estáis intranquilos y no os lo reprocho. Yo mismo lo estoy—. Esa fue la introducción y tanta franqueza le ganó la confianza de su auditorio. Luego, con su modo directo, continuó proporcionándoles razones para aumentar su intranquilidad; razones que, a ellos

mismos, no se les habían ocurrido. Si Molesme, fuerte con sus veinticinco años de vida, no pudo sobrevivir sin Roberto, ¿qué esperanzas quedaban para Cister, fundado apenas dos años antes y con Alberico al frente? Hablando naturalmente, ¡ninguna!

La comunidad quedó sorprendida ante su llaneza, eco de sus propias dudas. Mas Alberico les dijo que, en Cister, no se hablaría "naturalmente", sino que todo sería "sobrenatural". Y tenía que ser así; ya que estando él desposeído de habilidad natural, ellos tendrían que contribuir con todo lo necesario para la vida sobrenatural que estaban dispuestos a llevar. Les dijo que cifraba en ellos todas sus esperanzas y que estaba seguro de que Dios, siempre cerca de los labios de ese puñado de héroes, oiría si le rogaran por su pobre conductor.

Les expuso que los principios de Roberto debían ser llevados hasta su lógica terminación. Usó muchas de las palabras del Abad, mas vibraba en ellas un nuevo tono. La Regla era un modo de demostrar hidalguía hacia Dios, les dijo; era una Cruzada por Cristo, pues Cristo era el Jefe y, la Causa, la gloria de Dios.

Vibrante en todas las frases, ¡estaba el amor! La única razón para esta vida viril era el amor. Y así, como vivirían sin términos medios, también debían amar sin medida. La Causa era demasiado grande para que calcularan su costo; el Jefe, un Soberano demasiado poderoso para que le ofrecieran algo menos que la mayor hidalguía. ¡La Regla de San Benito debía hundirse en sus almas, como una espada, hasta la empuñadura, para demostrar a Cristo el amor de sus viriles corazones!

Hasta el Prior, que lo había oído esa tarde, quedó asombrado de la transformación sufrida por ese hombre, de mediana estatura, siempre afable. Su fuerza, pensó, debía estar en la lanza del Cruzado de la cual le hablara Alberico. *Lancea latus ejus aperuit*, murmuró Esteban para sus adentros. Así era; una lanza había abierto el costado de Alberico y demostrado que su corazón era el de un guerrero inflamado de amor. Antes de que concluyera, todas sus dudas acerca del triunfo de la rebelión de Roberto, se desvanecieron. Era evidente, para todos los integrantes del Capítulo, que esta rebelión sería llevada hasta la más amplia y ardua lucha.

Al terminar, Alberico volvió a su primitiva idea de que Dios está cerca de los labios de un monje. —Susurrad vuestro amor hacia El —les dijo—. Decidle que se lo demostraréis viviendo la Regla en toda su simplicidad. Rogadle luego que ayude a uno que es pobre y simple, vuestro Abad

Los ojos de los monjes brillaban elocuentemente al abandonar el

Capítulo esa mañana. Admiración, entusiasmo, alegría, exultación, denotaban todos esos rostros. Eran hombres felices, pues sabían que tenían un Superior y, el Superior, se sentía feliz al saber que esos hombres le respondían.

La desazón ocasionada por la partida de Roberto desapareció prontamente y el pequeño monasterio adquirió un nuevo ritmo y latió con más vida. Pero el Abad no se detuvo allí, pues sus planes se extendían hasta más allá de Cister. Se los explicó a su Prior, una vez que éste se presentó lleno de temores y escrúpulos.

—Reverendo Padre —dijo Esteban con gravedad—, aquí dentro no tendremos preocupaciones. Nuestra comunidad es verdaderamente celosa. Mas tendremos mucha lucha con los de afuera. Molesme nunca nos dejará tranquilos. Cluny hará comentarios. Y los monjes de Germania no quedarán silenciosos. Para ellos, somos una condenación.

—Un desafío, Esteban; no una condenación — dijo el Abad.

—Ellos lo consideran como una condenación —insistió el Prior—. Nos llaman innovadores y fariseos.

—¿Fariseos?

—Sí, fariseos. Se empeñan en decir que nosotros observamos la letra de la Ley y, ellos, el espíritu.

Alberico se irguió en su silla y habló con más impetuosidad: —Oye, Esteban, entiende esto claramente: no somos innovadores, somos renovadores. Este modo de vivir no es de Roberto, ni tuyo, ni mío: ¡es de Benito! No establecemos una nueva Regla: nos limitamos a hacer resurgir la antigua.

—Y eso es lo difícil —gruñó Esteban—. ¿No ves que dos más dos sólo pueden ser cuatro? Si nosotros tenemos razón, quiere decir que ellos están equivocados.

—Equivocados, no, Esteban. Piensan de diferente modo, nada más.

—Mi buen Padre Abad —exclamó el Prior con algo de sarcasmo—, estás muy despejado esta mañana y lleno de sutiles distinciones. Pero ¿sabes que somos blanco ya de muy cortantes críticas? ¿Sabes que algunos nos llaman "fanáticos fervientes", otros, "alucinados espirituales" y, los más "rigoristas irracionales?"

Alberico lo contempló durante unos instantes con mirada burlona: —Creía que los ingleses eran poco emotivos. ¿Es posible que hayas absorbido algo de nuestro fervor francés?—. Luego, echándose hacia atrás, continuó:



—Esteban, ¿nunca has oído esa cantinela que dice: "Con palos y piedras, puedes romper mis huesos, pero, con apodos, nunca me lastimarás?" Deja que los demás hablen. Yo tengo un plan.

— ¿Para hacerlos callar?

—No. ¡Para que continúen hablando! Pero de tal modo que eso no nos perjudique—. El Prior lo miró desconcertado—. Tú has estado en Roma ¿no es así, Esteban? —El Prior asintió. —Vive allí un hombre muy poderoso, según me han dicho. Creo que le llaman Papa. ¿No crees que él puede ser capaz de impedir que los palos y piedras quiebren nuestros huesos? Como Esteban no respondiera inmediatamente, el Abad continuó: —Los apodos nunca nos dañarán. Hasta me gusta que me llamen "tonto" por Cristo.

— ¿Quieres decir que informarás al Santo Padre sobre Molesme, Cluny y el resto?

—Por cierto, que no. Le informaré sobre Cister y le explicaré claramente la clase de vida que se lleva aquí. Le contaré cómo un Abad tonto preocupa en extremo a un excelente Prior, haciendo que la comunidad viva de acuerdo con sus votos. Le contaré cómo un grupo de fanáticos fervientes, alucinados espirituales y ¿cuál era el otro nombre? ¡Oh! Sí, rigoristas irracionales, han olvidado aquello de que "la letra mata" y están llenos del espíritu de San Benito. Les diré que algunos monjes locos quieren dejar al mundo en paz y que el mundo los deje en paz a ellos. Sólo que no utilizaré esas exactas palabras.

—Y ¿qué pretendes ganar con eso? — preguntó Esteban.

—La aprobación Pontificia y la sanción Apostólica para continuar haciendo lo que hacemos — contestó Alberico con expresión de triunfo.

—Pero ya contamos con la que nos otorgó su delegado—. Fue la rápida respuesta.

—Pretendo más que eso —dijo Alberico—. No he olvidado Molesme, Esteban. Sé lo que puede hacer una ruidosa mayoría. Y, en ese caso, la mayoría está en contra nuestro. Creo que habrá más lucha que la que tú imaginas y quiero tratar de ganarles la mano a todos nuestros amigos. Roma tiene brazo largo y puede protegernos; sin embargo, no es esto lo que me preocupa esta mañana. La crítica de Molesme o de Cluny no me molesta. Ayer estuvieron aquí dos Cardenales, Esteban, ¿no los viste?

—Sí ¿qué querían?

—Simplemente satisfacer una legítima curiosidad. Habían oído hablar bien y mal de nosotros y vinieron a estudiarnos personalmente. ¡Créeme si

te digo que vieron mucho! Sin duda alguna, les hemos dado asunto para largas cavilaciones. También ellos me lo han dado a mí, por cierto. Describieron un cuadro, Esteban, que apenas al par que inspira. —El Abad se detuvo y, volviéndose súbitamente, preguntó: —Esteban, ¿cuál es tu concepto de la vida que llevamos aquí, en Cister?

—Penitentes por un mundo impenitente — fue la inmediata respuesta.

— ¡Bien! —exclamó el Abad—. Eso me recuerda a Roberto. Y, ¿qué más?

—Y, si no es demasiada pretensión, Angeles de Consolación para el Cristo agonizante.

—Esto es mejor que lo de Roberto, y es tuyo. Pero mañana daré a ustedes una definición que considero mejor que todas. Mañana explicaré cómo somos Escudos del Sagrado Corazón. Mañana haré algo que muy pocas veces hago, y es hablar a la Comunidad sobre el mundo que se extiende más allá de nuestros bosques. Les diré lo que hacen con el Cristo a Quien nosotros servimos. El Cardenal Juan y el Cardenal Benito me han dado muy malas noticias, Esteban. Trataré de transformarlas en algo bueno.

— ¿Cómo?

El Abad miró su escritorio como tratando de poner en orden sus ideas. Pronto se enderezó y preguntó: —Esteban, ¿por qué fuiste a Molesme en lugar de Cluny?

El Prior quedó un momento como azorado y contrajo el ceño meditativamente. Luego contestó: —Es una pregunta que me he formulado a menudo, Reverendo Padre. Creo que la verdad es que Molesme era un desafío. Tú sabes, muchos hombres buscan siempre lo audaz, lo difícil, lo distinto. Los jóvenes aman el romance y la aventura. Y yo era joven. Hay romance y aventura en hacer algo totalmente distinto. Hay un cierto deleite en hacer lo que se considera un desafío.

— ¡Bravo! —exclamó el Abad—. Era ésta la salida que esperaba. Esos son los verdaderos elementos que fascinan al hombre: el desafío, la aventura, el romance. Has hablado de ser penitentes por un mundo impenitente y de ser Angeles de Consolación para el Cristo Agonizante. En eso, hay verdadero romance y excitante aventura. Eso es diferente. Mas ahora, yo tengo algo nuevo. Tú crees que nuestra vida de oración y penitencia ayuda al mundo y conforta a Cristo, ¿no es así, Esteban?

El Prior había comprendido ya la maniobra de su Abad y se preguntó si ese viejo guerrero habría oído hablar de Sócrates y de sus métodos. Pero

la llama que ardía en los ojos de Alberico encendía la de su propio corazón. Acercando su silla, contestó: —Ya lo creo que sí.

— ¿Crees que escondiéndonos en esta ciénaga, cantando salmos y cortando leña, arando la tierra y apacentando el ganado llenamos el sublime destino para el cual Dios nos ha creado?

—Estoy seguro de que es así.

— ¿Crees que aunque tú no hagas nada, como dice el mundo, puedes ayudar a salvarlo?

Los ojos de Esteban se iluminaron. —Estoy profundamente convencido de que nosotros ayudamos a salvar el mundo; y sé perfectamente que el mundo está convencido de que nada hacemos. Es el caso de que aquellos que nada hacen, salvan el mundo.

—Bien. Ahora quiero convencerte de que tú y toda la comunidad pueden también salvar a Cristo.

— ¿Salvar a Cristo? —repitió Esteban con asombro— y, ¿de qué?

— ¡De ser nuevamente atravesado por la lanza! Debemos ser Escudos del Sagrado Corazón, Esteban, pues el Sagrado Corazón necesita escudos. De todos lados parten saetas, dirigidos a ese Sagrado Pecho. Y, con un resplandor de cólera en sus ojos, Alberico agregó: — ¿Sabes por qué están en Francia esos dos Cardenales?

—No.

—Porque Felipe, nuestro rey, está imitando a Longinos. Ha repudiado su esposa para reemplazarla con Bertrada, la mujer del Conde de Anjou. Está viviendo en franco adulterio. ¡Ah! ¡Qué inmenso mal causa ese ejemplo por venir de personas que ocupan tan alto rango! Cristo debe estar triste estos días, Esteban, muy triste. De su amada Francia ha partido una larga y afilada lanza de impureza y está dirigida directamente a su Sagrado Corazón. Debemos servirle de coraza.

—Pero ¿cómo? —interrogó Esteban ansiosamente.

El Abad golpeó la mesa con el puño cerrado. —¡Viviendo nuestras vidas sin términos medios! Los Cardenales han excomulgado a Felipe. Con nuestras oraciones y penitencias debemos conseguir que vuelva a Dios. Podemos hacerlo. Sí, podemos hacerlo viviendo nuestra Regla hasta el fin.

—Eso es un desafío —dijo Esteban con los ojos llameante—. Es un desafío que la comunidad aceptará gustosamente.

— ¡Ah! mas eso es sólo el comienzo —continuó el Abad—. Enrique

IV, del Imperio Germánico, es otro Centurión, con una lanza larga y muy peligrosa: ¡su antipapa! Piensa en esto, un soberano católico erigiendo un monigote de su propia fabricación en oposición al representante de Cristo en la tierra. Me dan ganas de calarme la cota de malla. Sí, me hacen desear un fuerte y veloz caballo y una poderosa hacha de combate. —Y, extendiendo las manos en un gesto de exasperación, agregó: — ¡Y todavía hace la guerra por el derecho de la investidura laica!

— ¿Todavía?— Había incredulidad y pena en su pregunta.

—Sí, —y su actitud ha influido en tu propia Inglaterra—. Esteban se incorporó en su asiento como herido por un rayo—. Tu Enrique empezó bastante bien; mas era política, Esteban, pura política. Ese hombre carece en absoluto de principios. Ha desterrado a Anselmo, Arzobispo de Canterbury, confiscando todas sus propiedades, reclamado el derecho de investidura y hasta ha llegado a enviar legados insultantes a entrevistarse con el Papa.

— ¡Insultantes!— Esteban se resistía a creer lo que oía.

—Yo les llamo así— replicó Alberico con calor—. Uno de ellos ha tenido la audacia de decir a Su Santidad: "¡Os aseguro que el Rey no tolerará la pérdida del derecho de investidura laica, aunque le cueste su reino!"

Esteban se estremeció y preguntó con voz lenta:

—Y, ¿qué contestó el Papa?

Alberico irguió la cabeza. —Respondió como verdadero sucesor que es del intrépido Pedro. Dijo: "¡Y yo os aseguro que el Papa Pascual no permitirá ese derecho abusivo, aunque le cueste su vida!"

—Bravo— aprobó Esteban.

— ¡Oh! Pascual es un luchador— dijo Alberico con una sonrisa—. Usó con Enrique el mismo lenguaje que San Ambrosio empleaba con Teodosio el Grande. Dijo: "El palacio es del Emperador, mas la Iglesia es del Obispo":

—Es bastante directo para cualquiera —dijo el Prior.

Pero los ojos de Alberico perdieron el brillo y el tono triunfante de la voz se desvaneció al continuar:

—Sin embargo, Esteban, ¿no ves qué espantoso cuadro presenta nuestro continente? De todas partes, las lanzas están dirigidas al Corazón de Cristo. Lo digo literalmente; no es una metáfora. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo: lo dijo San Pablo. En consecuencia, quien hiere a la Iglesia, hiere a

Jesús.

Esteban hizo una pausa antes de contestar:

—Esas son las exactas palabras de Pablo. Nunca, antes de ahora, comprendí tan cabalmente su significado.

Alberico prosiguió: — ¿Ese hecho no te alienta a llevar una vida más de acuerdo con la Regla? ¿No te llena con el espíritu de no transigir? ¡Ah, Esteban, la verdad es lo que interesa! Mañana haré saber a la comunidad esa aterradora verdad. Pienso, además, enviar a Juan y a Ilbode a Roma. Pues, por extraño que parezca, para ser Escudos del Sagrado Corazón, necesitamos la protección papal.

—Abad mío— dijo Esteban con humildad—, ¿puedo decirte que tu visión progresa? Miras hacia un futuro muy hondo.

El Abad sonrió. —Te equivocas, Esteban. Sólo estoy mirando un pasado muy poco profundo.

Y, como Alberico pasara la mano ligeramente por su hombro, Esteban recordó las cicatrices que debía conservar aún de su cruel prisión soportada en Molesme.

## Capítulo III

### EL BLANCO ES LA MEZCLA DE TODOS LOS COLORES

Juan e Ilbode, dos vigorosos hijos de Francia, partieron al día siguiente para Roma. Alberico les dio, además de su bendición, algunas cartas influyentes y buenos consejos. Eso fue todo, pues nada más tenía para darles. Los dos Cardenales, que habían ido a excomulgar a Felipe, escribieron enérgicas cartas al Papa, urgiéndole a proporcionar la mayor ayuda al pequeño grupo de monjes. También escribió el Obispo de Châlons, mientras Hugo, Arzobispo de Lyon y Legado de la Santa Sede, remitió un informe muy privado dando cuenta de las idas y venidas de Cister. Juan e Ilbode no tenían mucho para la jornada, pero tenían más que suficiente para cuando llegaran al final del viaje.

Esteban pensó que no le hubiera desagradado esa jornada. Muchos años atrás, la había hecho a pie. ¡Recordaba vívidamente las abruptas carreteras que los Romanos construyeran cuando Francia era la Galia Transalpina! ¡Y los bosques! Ahora empezarían a florecer; los árboles parecerían finos, acicalados y como avergonzados de sus pequeños y verdes brotes. Bajo los pies, a través de la oscura capa de hojas caídas el año anterior, el azafrán asomaría amarillo, blanco y azul alhucema, a un mundo lleno de suaves brisas y brillante sol. Las anémonas también harían su aparición. ¡Oh! Sí, los bosques estarían divinos en esa época. ¡Cómo hubiera deseado vagabundear por los caminos!

¡Y las montañas! Sus arroyos correrían ruidosamente, en la temprana primavera. ¡Y, su música, sería un acompañamiento para la brisa de la noche cuando ésta se deslizara, furtivamente, entre los pinos, los robles y los fresnos!

¡Noches de la montaña! Esteban suspiró. ¿Por qué se siente uno tan solo y tan perfectamente en paz, en la cumbre de las montañas? ¿Por qué parece que Dios está tan cerca? ¿Por qué siempre uno se lo imagina reclinado en la Vía Láctea, contemplando su vasta Creación y viendo que es

buena, muy, muy buena? ¿Por qué?...

Esteban volvió a la realidad, riendo suavemente. Que Juan e Ilbode hicieran el viaje. Todos los días rezaría una plegaria para que no les pasara desapercibida la grandeza del Creador, al atravesar los bosques en primavera.

Esteban, el poeta, habló una vez de sus sueños a Alberico. Este último atendió con interés y, luego, respondió:

—Espero que apuren el regreso.

Esteban miró al Abad inquisitivamente y lanzó una carcajada. —Es perder el tiempo —dijo— hablar con una persona que tiene una idea fija, pero comprendo tu impaciencia. Yo también deseo que vuelvan pronto.

¡Y lo hicieron! Pues eran portadores de algo mucho mejor de lo que Alberico jamás había esperado. Sonriendo, le entregaron una carta que el Abad se apresuró a abrir. Pascual, el representante de Cristo, llamaba a Alberico y a sus monjes "muy amados hijos en Cristo, por quienes velo con solicitud". Observaron que los ojos de Alberico recorrían la página. Era demasiado hermoso para ser cierto: "...y excomulgamos al Arzobispo u Obispo, Emperador o Rey, Conde o Vizconde, Juez o cualquier otra persona, eclesiástica o laica que, sabiendo la protección que le dispensa la Santa Sede, se atreva a molestar al Abad o a la Abadía de Cister".

—*Te Deum laudamus*. —Exclamó Alberico—. Que venga el Padre Prior. ¡Que venga en seguida!— Y, cuando Esteban entró, Alberico le entregó la carta, diciendo: — ¡Lee! Lee esto y dime si necesitamos incomodarnos por Molesme, Cluny y los demás.

Esteban leyó. Al llegar a la excomunión, silbó suavemente y luego continuó leyendo en voz alta. Al terminar, se volvió y dijo:

—Pero, Alberico, esto es *privilegium romanum*. Somos independientes de todos los Arzobispos y Obispos. Estamos bajo la protección papal. Esto es... es...

—Es maravilloso— concluyó Alberico—. Y, ¿te has dado cuenta de que se otorga a mí y mis sucesores a perpetuidad? Déjame leer de nuevo esa fecha. "Dado el día diez y ocho del mes de abril del año mil cien, segundo de Nuestro Pontificado, Pascual II". Es ésta una fecha que nunca olvidaré. Es la de mi nacimiento como radical intrépido. ¡Ahora me verás crecer!

Esteban observó la llama que brillaba en los ojos del Abad y dijo, después de una pausa:

—Ya no necesitamos preocuparnos por lo que dicen de nuestra

vestimenta...

Alberico depositó cuidadosamente sobre la mesa el documento papal.

— ¿Qué andan diciendo sobre nuestro habito? —preguntó levantando una punta de su escapulario y frotando la áspera tela—. No es precisamente sedosa; lo reconozco. Ni siquiera, suave; pero es lo que pide la Regla.

—Es lo que piden nuestros censores —dijo Esteban—. Los monjes de otros monasterios se ríen abiertamente de lo que llaman nuestra inconsistencia. Pretendemos ser rigurosos para la Regla, dicen y, sin embargo, hacemos lo que no ha hecho ningún Benedictino en los quinientos cincuenta años que lleva la orden.

— ¿De qué estás hablando?

—De nuestro hábito. Nuestros críticos nos ridiculizan, porque pretendemos ser penitentes y, en vez del cilicio y de las cenizas, nos ataviamos con la radiante blancura de los gozosos. Nos llaman fanáticos innovadores.

—Creo que ahora nos corresponde reír a nosotros —exclamó Alberico con una sonrisa.

— ¿De qué?

—De la falta de memoria de esos monjes. Han olvidado dos cosas, por lo menos. Primero, que el Capítulo 55 de la Regla dice: "que los monjes no se quejen del color o de la aspereza de sus ropas, sino que las adquieran en el país donde habitan o donde puedan ser compradas a precio más conveniente". De modo que ya ves, mi buen Prior, que los rigoristas son rigurosos. La lana más barata que he podido comprar en esta parte del mundo, es esta áspera tela sin teñir, blanca grisácea. El color de nuestro hábito no es, pues, una desviación, sino un retorno a la Regla en su sentido más radical. Pero lo que me hace gracia es que hayan olvidado otra cosa.

— ¿Qué?

—Que el blanco es la mezcla de todos los colores.

Esteban miró a su Abad, pues no había captado el significado de su frase. Después de cavilar un rato, dando vuelta a las palabras en su mente, dijo:

—Estoy esperando saber qué quieres decir. Admito que el blanco es la mezcla de todos los colores.

—Y es, por eso, el único color que se adapta perfectamente a un estado que admite gente de toda clase y para toda clase de propósitos; es



decir, el estado monástico.

—Inteligente observación —dijo el Prior con una sonrisa—, pero que no convence.

— ¿Qué? —exclamó el Abad— ¿Que no convence? Pero mira, hombre, el negro es la ausencia de color. ¿Cómo puede ser simbólico? ¿Cómo puede ser adecuado para el estado monástico? En todo monasterio encontrarás almas ardientemente apostólicas que viven en el claustro con el fin de convertir al mundo quemando, para esto, su vida en oración. Para ellos, el único color simbólico es el rojo, pues son mártires. Están, luego aquellos de corazón generoso que sienten la necesidad de darse enteros a Dios, en una adoración total. El color, para ellos, es el oro. Después para la fresca, impecable blancura de la juventud, que en la primavera de la vida se consagra a Dios, y florece solamente para El, está el color verde. El negro no serviría para ninguno de éstos. Para las almas virginales, está el blanco. El amarillo fuego, es para las almas sacrificadas. Pero, sobre todo, está el azul puro o, mejor aún, el púrpura real, que simboliza la leal grandeza del amor penitencial que absorbe a aquellos que, después de haber conocido el pecado, se han acercado al Salvador. ¿Qué significa o simboliza el negro? ¡Sólo me hace pensar en la muerte, y los hombres no vienen a los monasterios, a buscar la muerte; por lo menos, a este monasterio! No. Ellos vienen aquí a vivir, a vivir solamente para Dios.

—Sí, mas un monje debe morir para el mundo y para las bajas pasiones.

—Tienes razón. Pero no hay motivo para hacerlo por esa muerte. No, por cierto. ¡Vistámonos del blanco de la alegría y del regocijo! O bien, si insisten en la idea de la muerte del yo, diría que hay que envolverse en una mortaja. Y nunca he visto ni oído que una mortaja sea negra. De modo que ya ves, qué convincente puede ser mi inteligencia.

Y, con esto, Alberico contempló a su Prior en actitud desafiante.

—Sí, mas ¿cuánto tiempo dedicaste a pensar en el simbolismo, cuando cambiaste el color de nuestros hábitos? —interrogó Esteban.

—Nada —rió el Abad, complacido—. ¡Absolutamente nada! Pues, mira, Esteban, si la lana roja fuera más barata que la blanca, los hubiera hecho vestir a todos como Cardenales. La Regla es la única razón por la que usamos blanco. Pero la próxima vez que oigas vilipendiar nuestro hábito, di para tus adentros: "Debían saber más que eso. ¡Debían saber que los vestidos blancos son para los tontos!" ¡Y, es por eso, que son tan apropiados para los monjes de Cister!

Como el Prior frunció el ceño, el Abad continuó:

—Eso es lo que somos: tontos por Cristo—. Luego agregó: —Mas, observa que todo lo que te he aconsejado decir es sólo para ti; pues yo siempre he creído que es mejor mantener la boca cerrada y dejar que la gente piense que somos tontos, que abrirla y demostrar que tiene razón.

## Capítulo IV

### "¡NO ESQUILES DEMASIADO!"

Cuando la noticia de la partida de Roberto en el año 1099, se esparció en el mundo monástico, muchas cabezas se menearon con aire de sabiduría y más de un monje profetizó la temprana muerte del nuevo monasterio, iniciado con tan buenos auspicios en la región de las miasmas. Muy pocos hubieran lamentado su desaparición. ¡La empresa era demasiado ambiciosa! Uno que otro monje aislado había admirado la audacia de ese sueño de trasplantar hombres del siglo XII al siglo VI. Muchos se compadecieron del error que llevaba a hombres sinceros a cometer tales extravagancias. Pero la mayoría sentía solamente desprecio por ese fanatismo y lo condenaba; de modo que el retorno de Roberto a Molesme causó una satisfacción casi general.

Mas no habían transcurrido dos meses del año 1100, cuando se hizo evidente que Cister no moriría y ¡que ni siquiera se enfermaría! Alberico inyectó nueva vida al pequeño grupo de la región de las ciénagas y la rebelión en contra de la manera corriente de vivir creció en forma más rápida y segura. Los hábitos blancos refulgían en esos bosques con tanto brillo como las luciérnagas en la oscuridad de la noche y, con la misma insistencia de éstas, hablaban al mundo de la vida.

Una mañana, no obstante, Esteban halló a su casi siempre sonriente Abad con aspecto malhumorado. Al preguntarle qué sucedía, recibió esta sorprendente respuesta: — ¡Oh! es uno de esos días de "manzana seca".

Esteban preguntó qué clase de día era ese y recibió una explicación que hizo sonreír a ambos. Alberico le dijo si nunca se había puesto en la boca una manzana seca y la había dejado un rato. El prior nunca lo había hecho:

—Bien —explicó el Abad—, cuanto más tiempo la tienes en la boca, más crece. Absorbe saliva y aumenta de tamaño y, si la dejaras demasiado tiempo, llegaría a asfixiarte.

Esteban interrogó qué relación tenía eso con lo manifestado por Alberico y éste replicó:

—Muchas de nuestras preocupaciones, mi buen Prior, no son otra cosa que manzanas secas, pero las mantenemos tanto tiempo en la boca, que llegan casi a ahogarnos. Hoy es, para mí, un día de "manzana sea", porque no consigo liberarme de las pequeñas preocupaciones que tengo entre los dientes.

— ¿Qué preocupaciones?

—Eso es lo que me exaspera: que ni siquiera merecen el nombre de preocupaciones. Es sólo un poco de susceptibilidad de mi parte, o, tal vez, curiosidad. Tú ves; el eco de las habladurías de Cluny va penetrando y no sé si estoy lastimado por las críticas o humillado por ser tan estúpido. Lo ignoro, pero me gustaría poder responder a esta pregunta: ¿por qué no nos dejan en paz?

Después de contemplar por un rato los distantes muros, continuó:

—No lo comprendo. Henos aquí; un puñado de hombres escondido en un bosque pantanoso; y he ahí Cluny, con el continente entero bajo su jurisdicción y el mundo entero a sus órdenes; ¡porque la verdad es que casi constituye la Iglesia! Y, a pesar de todo, está pendiente de nosotros. ¿Por qué razón un coloso puede ser molestado por una brizna? Las estrellas no brillan cuando se alza el sol. ¿Qué teme?

Alberico parecía intrigado y malhumorado. Esteban ahogó la risa.

—Reverendo Padre, tu "manzana seca" te está asfixiando —dijo—, ¿qué han estado criticándote últimamente?

— ¿Qué es lo que no han criticado? Nuestra mesa, nuestra cama, nuestro hábito, nuestro trabajo manual...

— ¿No lo esperabas? Tú has criticado su mesa, su cama, su labor manual...

— ¿Yo?... ¿Cuándo?... ¡Jamás!

Esteban volvió a reprimir la risa:

— ¡Oh! No, Reverendo Padre, ¡nunca los has criticado! Pero, de una manera u otra, mucha gente considera todos tus actos como críticas. Ya lo ves; tienen la extraordinaria costumbre de argüir con lógica. Dicen que una Regla demanda una observancia; de ahí, que si tú estás en lo cierto, Cluny está en el error. Pero, si Cluny tiene razón, tú eres un fanático.

—Quiere decir, entonces, que no conocen la Regla —exclamó

Alberico, tomando de su escritorio el texto. Luego, con el pequeño volumen en su mano, hizo una inclinación y dijo:

—Padre Prior, no hay casi un capítulo en este libro que el Abad no pueda moderar, si le parece necesario. San Benito no ha querido tiranizar, sólo ha querido ordenar. Ahora bien, esta única verdad hace que el asunto entero parezca ridículo. Porque Cluny puede ser Cluny y, Molesme, Molesme; y Cister, Cister; y, los tres, seguir siendo Benedictinos. Que ellos interpreten la Regla como les plazca. Eso no es asunto mío. Pero quisiera que me dejaran interpretarla a mi manera.

Esteban se limitó a menear la cabeza.

—No, Reverendo Padre, no es así como trabaja la mente humana. Esta dice que si nosotros podemos sobrevivir con las dos comidas diarias que prescribe San Benito, los otros Benedictinos no necesitan comer tres o cuatro veces; que si podemos prosperar con el trabajo de nuestras manos, los otros no necesitan siervos...

— ¡Ah! —exclamó el Abad con entusiasmo—, esto me recuerda el verdadero problema. No te preocupes por su mentalidad y por Cluny. Pero, ¡ven y presta toda tu atención a este asunto del trabajo y de los siervos!

Y Alberico acercó enérgicamente una silla a su escritorio.

Era tan característico el cambio, que Esteban se sonrió, arrimándose al Abad. Pero esta sonrisa desapareció cuando Alberico le expresó su proyecto.

En el año 1101, los monasterios de Francia eran sostenidos, y algunos hasta enriquecidos, con rentas provenientes de beneficios eclesiásticos: diezmos y el trabajo de los siervos. Más de un Abad era, de hecho, un señor feudal. Sus posesiones eran vastas, muchos sus vasallos y grande su renta. Era un resabio de los primeros siglos de la Edad Media, cuando los monasterios eran la célula embrionaria de futuros pueblos y ciudades. Tal soberanía fue buena para el siervo y para la civilización; pero no lo fue tanto para el espíritu de pobreza. Los monasterios se hicieron muy ricos.

En la época en que Alberico trazó sus planes con Esteban, no había ningún monasterio en el continente, cualquiera fuese su importancia, que no tuviera su propia renta. Los monjes no necesitaban trabajar, pues había quienes los mantenían y no es, pues, sorprendente que todo el mundo monástico se quedara pasmado al saber las consecuencias que tuvo el día de "manzana seca" de Alberico.

Tomó el texto de la Regla y señaló la siguiente frase: "Son monjes verdaderos cuando viven del trabajo de sus propias manos". Sobre esta base,

empezó a construir y, antes de terminar su exposición, había ya proyectado el más radical y rebelde de sus movimientos. No sólo volvería a restablecer la Pobreza, sino que aseguraría su excelsa posición. Había señalado los peligros de la riqueza, haciendo ver cómo hasta los beneficios de Odo, Duque de Borgoña, podían perjudicarles. Para anular todo cuanto podía significar un compromiso, propuso que conservaran tanto terreno como pudieran cultivar ellos mismos y renunciaran a toda otra fuente de ingresos: —Vivamos la Regla, Esteban. Seamos lo suficientemente radicales como para sostenernos solos. Que no haya en Cister ni la apariencia de una concesión.

Era un paso lógico en su programa, mas era un paso que únicamente un héroe podía dar. Alberico lo dio. Y Esteban y la comunidad lo siguieron. Pero el asombro provocado por este paso trascendió el mundo monástico.

Casi toda la nobleza y muchos siervos se maravillaban de la austeridad de Cister y de la generosidad de sus monjes. Les conmovía la hidalguía de esos hombres, que osaban ser tan diferentes para demostrar su caballerosidad por Dios. Por supuesto, prestaban oídos a las risas y sátiras de los otros monjes, pero los hombres sencillos tienen una astucia que les permite escuchar lo que dice el corazón de los simplemente inteligentes, a pesar de lo que sus labios digan. Podían unirse a las risas y divertirse con los sarcasmos, pero admiraban a los hombres de la ciénaga. Sin embargo, cuando se enteraron que Alberico intentaba sostenerse por sus propios medios, sacudieron la cabeza. Y hasta el Duque, el leal, adicto, siempre fiel Odo, no dio su aprobación.

En el año 1099, después de la consagración de la Iglesia, el Duque obtuvo permiso de Roberto para construir una pequeña residencia cerca del monasterio. Ese lugar le atraía con pasión. Nunca dejaba pasar una festividad importante sin llevar a esa casa a varios de sus amigos para que asistieran a todo el Oficio y a la Misa Solemne. Cister completó la conversión iniciada por San Anselmo.

La víspera del día de la Ascensión, en el año 1101, Odo, su hijo Hugo y un grupo numeroso de nobles dejaron sus caballos en los establos del monasterio y se retiraron a la residencia privada a fin de prepararse para celebrar esa festividad con los monjes. Era el segundo año que el Duque procedía así, pero una más profunda gravedad denotaba su porte al hacer los preparativos para esa tarde. Recorrió lentamente las tierras del monasterio, insistiendo en que se le dejara solo. Se detuvo en algunos rincones favoritos, tal como el pequeño nicho contiguo a la puerta de la iglesia, donde

acostumbraba a sentarse con Roberto. Pero donde más se detuvo, fue en el terreno elegido para cementerio. El ceñudo y viejo guerrero parecía un enamorado volviendo a contemplar el lugar donde encontrara el amor por primera vez.

No dio explicaciones sobre su extraña conducta y nadie sospechó nada hasta después de la misa, al día siguiente. Él y sus compañeros se levantaron con los monjes, cerca de la medianoche. Pasaron en la iglesia esas horas sombrías que preceden al alba, siguiendo el canto solemne del Oficio y uniéndose a los monjes en sus preces de alabanza. El Duque solicitó luego permiso para ayudar una misa privada y pasó la hora restante, hasta el Canto a la Salida del Sol de la Hora Prima, ante el Santísimo Sacramento. Después de la Prima, dio una vuelta por el jardín, volvió a la iglesia para la Tercia y para la Misa Solemne y, a mediodía, se encontró con Alberico.

—Se me ha ocurrido esta mañana —dijo—, que sus monjes serían excelentes salteadores.

Había mucho en común entre el Abad y el Duque. Ambos eran guerreros, ambos francos y ambos tenían el mismo humor jovial. Alberico replicó riendo:

— ¿Quién podría juzgar mejor que Vuestra Excelencia? He oído decir a menudo que se necesita un ladrón para descubrir a otro.

—Es eso, precisamente, lo que me ha hecho expresarlo como una certeza y no como una opinión —contestó el Duque—. Conozco mi antiguo oficio y, durante toda la noche, he observado a sus monjes. ¡Ellos, también, conocen su Oficio! Padre Abad, la concentración de esos hombres en la tarea que desempeñan, es estimulante. Ya lo creo que serían buenos salteadores, pues los salteadores deben saber concentrarse.

—Yo creo que son salteadores —dijo Hugo, hijo mayor del Duque, cuyas facciones y cuya tez blanca se parecían más a su madre que al moreno señor. Como su padre le lanzara una mirada inquisitiva, el joven noble continuó—: Le han robado de su antigua vida y hasta de su antigua casa. No es extraño que mi madre le increpe siempre, diciendo: "¿Cuándo vas a tomar el hábito?"

Estaban, en ese momento, sentados alrededor de la mesa especial que Alberico destinaba al Duque y a su séquito. La Regla establecía que el Abad comiera con sus huéspedes y eligiera uno o dos entre la comunidad para que le ayudaran cuando las visitas fueran muy numerosas. Habitualmente, encomendaba a Esteban que comiera con la comunidad, pues la Regla establece que un Superior debe estar siempre presente para mantener la

disciplina. Mas ese día, por razones desconocidas, Alberico pidió al Prior que comiera en la mesa del Duque. Fue, pues, un grupo jovial el que ocupó la misma, pues existía una gran simpatía entre la comitiva de Odo y los monjes de Cister.

Luego que el Duque hubo probado el vino, dio un golpe sobre la mesa y exclamó:

—Ya está. Necesitamos una nueva viña. ¿Qué dice usted, Padre Abad? ¿Aceptaría ese viñedo, que es mi predilecto, situado a una legua de nuestros campos? Alberico rozó sus labios con la servilleta antes de hablar. —Diría que no es posible.

Los ojos del Duque se agrandaron. El Abad, reprimiendo la risa, miró a Esteban Harding y dijo:

—La verdad es como el crimen; ¡siempre sale a luz! —Luego, volviéndose al Duque, preguntó—: Excelencia, ¿sabe usted que la prosperidad acarrea la pobreza?

El Duque frunció el ceño:

—Nunca he entendido paradojas, Padre Abad, y el Evangelio está lleno de ellas: pérdida y ganancia; pierde y encontrarás; vida y muerte. Mas las paradojas me desconciertan: soy un simple soldado.

—Bien. Permítame que le cuente una pequeña historia sobre Molesme —dijo Alberico. Y relató lo que había ocurrido a Roberto y su reforma después que el Obispo de Troyes volviera, hambriento, a su casa. Fue una bien narrada historia y muy convincente. Para terminar, el Abad dijo: —Así que ya ve usted cómo la prosperidad puede acarrear el desastre.

—Yo sólo pensaba en que una buena viña produciría buen vino —contestó el Duque con una carcajada—. No pienso dotarlos con mi Ducado.

—Creo que ya nos ha dado casi la mitad —intercaló Esteban—. Al volver de la última granja que nos ha donado, dije al Abad que necesitaríamos las botas de siete leguas para poder levantar la cosecha en estos campos; me pareció que había hecho la mitad del viaje a París.

—Deje que los siervos levanten la cosecha —gruñó el Duque—. He dejado suficientes labradores en esa granja distante.

—Excelencia —dijo Alberico—, hace un rato, mi Prior y yo tuvimos un concilio. Lo continuaremos ahora, en su presencia, pues aunque no lleva usted hábito, como le dice su hijo en broma, ha sido siempre uno de los nuestros, desde ese día en que apareció entre los árboles y se quedó horrorizado de lo que estábamos construyendo.



El Duque rió de buena gana. —En esa época necesitaban consejo; tal vez, ahora también lo necesiten. ¿Qué han proyectado?

Alberico le habló, entonces, de sus planes, de retener solamente el campo que sus monjes pudieran cultivar y la parte de pradera, bosque y viña que el monasterio necesitaba para bastarse a sí mismo. El Duque escuchó atentamente. Al continuar el Abad con los detalles de su proyecto, Odo comenzó a tamborilear nerviosamente sobre la mesa y, cuando Alberico terminó, movió la cabeza, diciendo:

—Está esquilando demasiado al rape, Padre Abad; va a lastimar la oveja.

Alberico hizo referencia a la Regla y a su régimen de "no transigir". El Duque le preguntó qué haría si la comunidad se agrandara súbitamente. El Abad rió y contestó:

— ¡Recurrir a usted!

Esta respuesta agradó a Su Excelencia, pero le suplicó que fueran prudentes. Alberico movió la cabeza y exclamó: — ¡Hay algunos que le aconsejarían prudencia al Crucifijo!

El Duque rió con su sonora y contagiosa risa:

—Dígame con franqueza, Padre Abad —suplicó—, ¿su lema privado es *Etsi omnes, non ego*?

—No puede ser —dijo el joven Hugo,

— ¿Por qué no? —estalló su padre—. ¿Acaso no es distinto a todos los Abades de la región?

—Sí, lo es. Pero el lema que tú quieres aplicarle salió de los labios de Pedro antes de que cayera. El Padre Abad no caerá.

El Duque se rió, diciendo: —*Qui se existimat stare, videat ne cadat!*, que traducido libremente quiere decir: "¡Mira antes de saltar!" Tengo una solución para usted, Reverendo Padre. Como se imaginará, no puedo aceptar la devolución de lo que ya he donado; de modo que, para su satisfacción, y la de este humilde servidor, tendrá que convertir a los siervos de las granjas en miembros de la comunidad. De ese modo, podrá cumplir con la Regla y yo podré conservar mi propia estimación.

Lo dijo en broma y, en ese momento, Alberico y el resto de los asistentes lo consideraron como tal; pero terminó por ser la semilla del más revolucionario de los movimientos de Alberico. Pero de ello hablaremos más adelante.

La sobremesa fue larga ese día, pues se discutió el plan del Abad. Había provocado gran sorpresa y fue motivo de acalorado debate. No obstante, al levantarse de la mesa, el Duque comunicó algo que resultó más sorprendente aún: —Esta es mi despedida de Cister —dijo.

Todos lo miraron, azorados: —Mi esposa y mi hijo se han reído muchas veces, diciendo que voy a tomar los hábitos. No puedo hacer eso; ¡pero puedo tomar la Cruz! No puedo ser monje cisterciense, mas puedo convertirme en un caballero cruzado. Padres míos y amigos míos, muy pronto partiré para el Oriente. Me han dicho que el nuevo reino cristiano, establecido allí, necesita brazos fuertes, y yo tengo dos. Seré caballero de Dios en otra forma.

Como de costumbre, después de comer, el Duque acompañó al Abad a su celda. Ese día, llevó consigo a su hijo y pidió a Alberico que incluyera a Esteban Harding en la reunión. Los cuatro hicieron un detenido estudio sobre el monasterio y sus tierras. El Duque insistió en señalar todas las probables dificultades que se presentarían e indicó la solución lógica. Parecía que Su Excelencia se preocupaba más por el monasterio que por su Ducado. Hugo escuchaba con atención y, a pesar de que Alberico se mantuvo firme en retener sólo lo necesario para subsistir, el Duque dijo: —Sólo digo a mi hijo para que sepa lo que todavía hace falta. Quiero ayudar y no impedir su reforma, Padre Abad. Pero parto hacia la batalla y, como usted bien lo sabe, los hombres mueren en las batallas. Estoy mirando hacia el futuro.

Esa tarde, Alberico y el Duque recorrieron los senderos del jardín que ahora comenzaba a tomar forma. El Abad exclamó: —De modo que parte para Tierra Santa. ¡Cómo le envidio, Excelencia!— Y, al notar que el Duque le miraba con sorpresa, sonrió, añadiendo: —Supongo que le parecerá extraña esta confesión en labios de un monje, mas permítame que le diga, que nunca he montado un caballo sin que mi sangre comience a bullir. He batallado más de una vez conmigo mismo en los años idos; pero, gracias a Dios, siempre me vencí. He comprobado que la sangre puede dominarse.

Su Excelencia ahogó la risa: —Me alegro de que me diga eso, Reverendo Padre. He pensado muchas veces en usted, y en otros como usted, y me he preguntado si la pasión por el combate muere en el momento en que se toma el hábito, o si hay que matarla cada vez que se oye el resonar de las espuelas o se contempla una cota de malla.

—Continuamos siendo hombres, a pesar de ser monjes, Excelencia.

—Ya lo veo, y hombres de guerra. Pero, voy a proponerle un dilema:

usted me envidia, mi cruzada a Tierra Santa y yo le envidio su cruzada en esta ciénaga. ¿Puede usted decirme por qué siempre la hierba parece más verde en el campo de nuestro vecino?

—Pienso que es una enfermedad adquirida cuando perdimos el Paraíso. Recuerde que Adán y Eva podían comer todas las frutas del jardín, menos una. ¡Esa fue la que codiciaron y la que comieron! Por eso, le envidio a usted y usted me envidia a mí; y seguiremos así hasta que el Paraíso sea nuevamente recuperado.

Los ojos del Duque miraban el sendero de guijarros que se abría a sus pies. Meditaba en voz alta cuando dijo: —Padre Abad, anoche, durante todo el Oficio y en todas las Misas de la mañana, el único pensamiento que bullía constantemente en mi cerebro era: "¡Qué felices son estos monjes de vivir encerrado, a solas con Dios!" Esa es una muy exacta descripción de su monasterio. Están realmente encerrados con Dios. Observaba a sus monjes durante ese largo canto. Era evidente que tenían un solo pensamiento. ¡Era Dios! No hay duda de que tienen un solo trabajo, una vida, un amor. ¡Es Dios! Sí; es literalmente cierto, sus hombres están encerrados con Dios.

Alberico captó mucho del talento del Duque y algo de su manera cuando dijo: —Ese es un nuevo concepto, Excelencia, y muy acertado. He oído hablar de nuestra vida como de un "ocio para amar a Dios" y, créame, ¡es eso! Usted tiene su familia, su Ducado y mil y un asuntos. Hasta los siervos se preocupan de sus salarios y de su trabajo. Pero el monje común tiene una sola cosa que hacer: amar a Dios.

—Es un ocio ocupado, Padre Abad bromeó el Duque—. Desde apenas pasada la medianoche hasta inmediatamente después de la caída del sol, es una buena jornada. Sin embargo, sus hombres han trabajado todo el día.

—Ocupados con Dios. Su ocupación es su ocio.

— ¡Oh! Ya sé lo que quiere decir, está bien calificado. Esta vida, libre de preocupaciones, es una vida de ocio, y ustedes llenan este ocio amando a Dios.

—Mas yo prefiero su idea, Excelencia. Puesto que somos enclaustrados, estamos prisioneros. Sí. Un monasterio puede ser considerado como una prisión. Todos somos criminales: así hemos nacido. Y muchos de nosotros hemos aumentado esta herencia. Ha hecho bien en llamarnos salteadores, puesto que hemos estado robando tiempo.

— ¿Cómo así?

—Bien. Nos han dado tiempo para emplearle en el único trabajo de la

vida; y nosotros lo hemos empleado en otros trabajos.

— ¿El único trabajo?

—Sí, por cierto. Todos tenemos un único trabajo que realizar antes de morir. La vida nos ha sido dada a fin de que hagamos un Acto de Amor.

—Perfectamente. Voy a hacer de mi vida un Acto de Contrición, por eso, me voy al Oriente.

Alberico se detuvo y miró largamente al Duque que también se había detenido. Por fin, dijo: —Excelencia, ha visto usted más profundamente que yo. Siempre he dicho un "Acto de Amor", pero ya que el mejor de nosotros no es otra cosa que un hijo pródigo, ¡ese amor debe ser ardiente, eterno, quemante y penitencial amor! En su frase hay más verdad. Estamos en la tierra para hacer un Acto de Perfecta Contrición, y ese será nuestro Acto de Amor. Usted hace el suyo, combatiendo en el Oriente; y nosotros, el nuestro, en esta cárcel donde los pecadores se han encerrado con Dios para convertirse en santos.

Reanudaron su paseo y, cuando el Duque dijo al Abad que llevaría a Cister en su corazón, en su viaje a Tierra Santa, Alberico contestó:

—Y Cister le acompañará a usted durante todo el camino con sus oraciones.

Al separarse, Odo expresó algunas preocupaciones con respecto a la Abadía, mas Alberico las desechó, riendo y dijo: —Hugo es hijo de su padre. Nunca podremos tener un amigo más influyente y generoso.

En el momento de entrar a la casa, el Duque se volvió hacia el Abad y preguntó:

— ¿Está dispuesto realmente a esquilar tan al rape como ha proyectado?

—Excelencia —dijo Alberico con los ojos llameantes—, voy a esquilar tanto como lo exige la Regla. Cister es una Abadía donde no habrá concesiones.

## Capítulo V

### "¿NO SE PUEDE HACER?"

El Duque partió para Oriente y los planes de Alberico empezaron a ser puestos en práctica. Resonó en todo el mundo monástico como un trueno, cuyo eco volvió a Cister haciendo decir a Esteban Harding que había sido una buena idea la de enviar a Ilbode y Juan a Roma. Sin esa preciosa carta de Pascual, fechada el "día diez y ocho de abril del año 1100, segundo de Nuestro Pontificado", Alberico hubiera recibido una zorra peor que la que recibió en Molesme.

Es un hecho reconocido que Cister era un desafío a cualquier otro monasterio existente. A sabiendas o no, era una condenación. Marcaba y subrayaba cada palabra de la Regla de San Benito con una *stylus* que escribía tan vívidamente como si hablara. ¡Esa *stylus* era la vida de sus monjes! Roberto y su idealismo habían sido extraños; y Molesme, en sus primeros días provocó un verdadero revuelo. Mas Alberico era de distinto temperamento y Cister, de diferente molde. Era más rebelde porque era más radical; y, Alberico, más audaz, porque su monasterio era más independiente. Nadie podía tocar al Abad ni a la Abadía, pues Roma protegía todo lo que estaba oculto en las ciénagas de Cister.

Los monjes de otros monasterios se habían reído de los hábitos blancos y mofado de las parcas comidas, mas ni siquiera podían sonreír ante el desafío, implícito en su franco rechazo de ser sostenidos por otros. El mundo monástico alegó que esto estaba fuera de lo material; Alberico replicó que estaba de acuerdo con la Regla. Luego, a medida que pasaron los años sin conmovir la fortaleza de Cister, el mundo monástico comprendió que se encontraba frente a una verdadera rebelión. La Abadía sufrió por ello; sin embargo, ¡le faltaba aún mucho por ver!

Pocos meses después de la partida de Odo a Tierra Santa, Esteban encontró a su Abad sumido en sus pensamientos. Ante él, se extendía un mapa de las tierras de la Abadía y, al lado, el texto de la Regla. Esteban lo

contempló por un momento y luego dijo: —Pareces muy serio.

—Estoy serio —fue la rápida respuesta—. Tan serio, que estoy positivamente antisociable. Pero a un cordero como tú, no le importa acostarse al lado de un león como yo.

Apartó el mapa y continuó:

—En esa comida de despedida, el Duque hizo una reflexión que tomamos a broma, pero que se ha convertido en el germen de una verdadera idea. ¿Recuerdas que dijo: "La única solución es que los siervos de las granjas sean miembros de la comunidad"? Esteban reflexionó un momento y, recordando, contestó: ¡Ah! Sí. Fue después de decir que nunca aceptaría la devolución de lo que había donado.

—Así es —dijo el Abad—. Bien; he recordado esa observación más de una vez, desde ese día; y, más de una vez, en el día de hoy—. Luego, cambiando rápidamente de frente, preguntó: — ¿Qué sabes acerca de Juan Gualberto y de Vallombrosa, Esteban?

—Ni una palabra —dijo, perplejo, el Prior—. ¿Por qué?

—Bien. Fundó una Orden de acuerdo con la Regla de San Benito, pero introdujo una novedad en el mundo religioso. Tuvo "ayudantes laicos", hombres que estaban exceptuados de guardar silencio y de cantar en el coto, pero que formaban parte de la comunidad, puesto que su deber era ocuparse de todas las tareas exteriores. Ahora, este hecho histórico, más la observación del Duque, hecha al partir, me ha preocupado durante todo el día pensando: ¿No se puede hacer?

— ¿Qué no se puede hacer?

—Puedo tomar las dos ideas, la de Juan Gualberto y la del Duque, fundirlas, y producir algo único: ¿hombres que sean verdaderos religiosos, pero que estén exceptuados de cantar en el coro?

—Pero, ¿y la Regla? Seguramente no vas a intentar una innovación, después de todos estos años de lucha por una renovación, ¿no es así?

—Es la Regla la que me dio la idea —replicó Alberico—. Es decir, la rigidez de la Regla. He aquí la situación, Esteban: acerca esta silla y estudia esto conmigo. —Tomó el mapa y señaló una granja distante. —No podemos prescindir de este campo de trigo, ¿no es verdad?

Esteban miró, estudió el mapa y, moviendo la cabeza, dijo:

—Por supuesto, no podemos. Eso significa nuestro pan.

—Y, sin embargo, no puedes cosechar el trigo y asistir al coro, ¿no es

así?

—¿Quieres decir que está muy distante?

—Quiero decir que es preciso descuidar uno u otro trabajo. O no puedes cantar el Oficio o no puedes cosechar el trigo.

—Cantamos el Oficio en los campos.

—Ya lo sé; y eso es lo que no me gusta. Por ejemplo aquí —y el Abad señaló una pradera más distante aún que la granja—. Necesitamos esta pradera. Nuestro ganado no puede vivir del aire. Mas ¿cómo puede un vaquero estar allí y aquí?

—No puede.

—Muy bien. Ahora, Esteban, ves el dilema que presenta la Regla. Estoy entre la espada y la pared y quiero salir —el Abad sacudió la cabeza con energía—. Se supone que nos sostenemos por nuestros propios medios, ¿no es verdad?

—Así es.

—En consecuencia, debemos conservar esas praderas, granjas y viñedos, ¿no? —y los señaló en el mapa—. Me he desprendido de todo lo que he podido, pero tengo que conservar esto. Ahora bien, nuestro principal trabajo es el Oficio Divino. Somos monjes de coro. Este es el corazón del Benedictinismo. Mira la Regla —y el Abad puso el texto frente a Esteban, contando los capítulos en voz alta—. Doce capítulos enteros dedicados a los detalles del **Opus Dei**, como lo llama San Benito. Esto lo comprueba. Esteban. El Santo insistió en que nada debía preferirse a este "Trabajo de Dios". De modo que ya ves mi dilema. Quiero que nos sostengamos totalmente por nuestros propios medios, y, al mismo tiempo, quiero un coro perfecto; es decir, que todos los miembros estén presentes en todas las Horas, y que las Horas sean cantadas en la iglesia.

Esteban, con el codo apoyado en el escritorio y, el mentón, en su mano, contempló el mapa y la Regla. Alberico lo observó durante un rato y, al ver que no hacía comentarios, dijo:

—Bien, ¿cómo vamos a tener un coro perfecto cuando tantos de nosotros debemos estar afuera, en las granjas y praderas? Y, ¿cómo vamos a sostenernos por nuestros propios medios, si tenemos un coro perfecto? Ese es mi problema.

—En efecto; estás en una encrucijada.

—Ya lo sé. Lo que quiero saber es cómo salir de ella.

— ¿Combinando las ideas del Duque y de Juan Gualberto?

— ¡Exactamente! Pero observa que insisto más en la idea del Duque que en la de Gualberto. Quiero que los ayudantes laicos sean hermanos legos. Quiero que sean verdaderos religiosos, hombres que hagan los mismos votos que hemos hecho nosotros; que vivan la misma Regla que nosotros vivimos; que sean hermanos de todos los de la casa e hijos del Abad; hombres que sean realmente miembros de la comunidad y que cumplan todo, tal como nosotros cumplimos, con la sola excepción del coro. Esta es mi idea, por el momento, mas ahora dime, ¿no se puede hacer? ¿Podemos hacer monjes de siervos?

Esteban meditó por un instante. La idea era tan nueva para él que no se atrevía a opinar inmediatamente. Se le ocurrieron muchas objeciones. ¿No sería esto un subterfugio para buscar el sostén de otros? ¿Podían los hombres ser religiosos y no rezar el Oficio? ¿Cómo podrían estar bajo la jurisdicción del Abad aquellos que vivían en las granjas? ¿No llevaría esto, eventualmente, a la eliminación de la labor manual efectuada por los monjes de coro? Con toda sinceridad, hizo estas y otras reflexiones a Alberico, mas la rapidez y la seguridad con que le contestó el Abad le indicaron que no eran nuevas para él y que había pensado en ellas mucho antes de exponer su proyecto al Prior.

Una vez que se hubieron aclarado estos puntos, dijo el Prior:

—Yo no preguntaría: "¿Podemos hacer monjes de siervos?" Yo diría: ¿Podemos hacer de siervos, santos? Pues esto es lo que proyectas.

— ¡Muy bien! Pues todos los hombres están llamados a la santidad, Esteban. Pero yo te apuesto, en este momento, que más de un hombre, en el humilde papel de hermano lego, escalará las más excelsas alturas de santidad que sus hermanos del Coro. Su vida será más simple y, lo creas o no, hay una íntima conexión entre santidad y simplicidad. Sin embargo, ahora sólo pienso en lo que exige la Regla. Quiero sostenernos por nuestros propios medios y quiero tener un coro perfecto. ¿No se puede hacer?

—Creo que has solucionado todo el problema con bastante acierto, Reverendo Padre. No veo por qué no se puede hacer. La Regla no lo prescribe explícitamente, mas tu argumento, tu dilema, proviene directamente de la Regla. Lo que actualmente me divierte es que el rigor, o como tú insistes en llamarlo, el radicalismo, tan típicamente nuestro, nos lleve a lo que, de hecho, es una innovación.

Alberico empujó el mapa y el texto de la Regla al fondo del escritorio y luego, volviéndose al Prior, le dijo: —La idea no es exactamente nueva



para mí, Esteban. Cuando estábamos en Molesme, el viejo Juan, el viudo, y su único hijo, me impresionaron como dos almas muy santas ¿no los recuerdas?— Esteban asintió—. Eran religiosos en todo, salvo en el nombre, la profesión y su apariencia exterior. Rezaban más que muchos de los monjes. Trabajaban para Dios más que para la Abadía; o, mejor dicho, hacían del trabajo en la Abadía, su tributo a Dios. Me preguntaba, a veces, si no se podía inventar algún plan para incorporarlos a la comunidad. Sólo ahora, después de haber oído al Duque, y reflexionado sobre lo que hizo Juan Gualberto, recordé este plan.

La idea se apoderó de Esteban. Recordó otros siervos parecidos al viejo Juan y a su hijo y se entusiasmó. —Padre Abad, debe haber cientos, no, miles de hombres, no sólo entre los siervos, sino en la pequeña nobleza y, tal vez, hasta en la alta nobleza, que anhelan una institución semejante. Quieren darse y dar todo lo que tienen a Dios y, al mismo tiempo, no sienten inclinación por el trabajo de coro. Debe haber cientos de carpinteros, herreros, albañiles, artesanos de todas clases, picapedreros, leñadores, labradores, aquí en Borgoña, que desean dedicar su talento al servicio de Dios. Piensa en la oportunidad que tú les proporcionarás.

—He pensado en ellos —dijo el Abad con sus ojos llameantes—, y he pensado en otros. Estoy seguro de que debe haber más de un hombre que se considera indigno de permanecer en el coro y de cantar alabanzas a Dios y que, sin embargo, arde en cuerpo y alma con el quemante deseo de consagrarse a Dios. ¡Piensa en lo que significará para ellos! ¡piensa en cuál será su emoción al sentirse al mismo nivel religioso de los monjes de coro! Insisto en esta igualdad. Formarán parte de la comunidad como si fueran el Abad, el Prior o cualquier otro. ¿Crees que se podrá hacer?

—Creo. Opino que se debe hacer en seguida.

El Abad reprimió la risa. — ¡Ah! El ambiente lo está diciendo. El vehemente francés influye en el conservador inglés. Bien; voy a hacerte una confesión, Esteban. ¡Ya lo he hecho! Es decir, prácticamente hecho. Me he puesto en comunicación con Gilberto y su pequeño grupo. Dijeron que hablarían del asunto y lo pensarían. Y lo hicieron. Hace una semana vinieron a pedirme que empezara en seguida. Les pedí una semana de plazo, que termina mañana.

— ¿De modo que has estado ocultándome secretos?—

—Bien, sí y no. Primero tenía que consultar a Mi Señora y le ofrecí una semana de oraciones. Ella es mi Buena Consejera, como tú lo sabes; mi Sede de Sabiduría. Esa semana terminó esta mañana, de modo que te lo he

dicho tan pronto como he podido.

Esteban miró al Abad con admiración y afecto. Alberico parecía siempre un niño cuando hablaba de "Su Señora". —Reverendo Padre —dijo Esteban—, tu devoción por la Madre de Dios ha hecho más por la comunidad y por ti que cualquier otro factor en todo, el proceso de nuestra fundación y desenvolvimiento. Tu "Señora" se ha convertido en su "Señora". ¡Ella santifica!

—Los niños necesitan una madre, Esteban; y el más viejo de nosotros es solamente un niño más crecido. Más aún. Los caballeros necesitan una Dama, y nosotros somos caballeros de Dios. ¡**Nuestra Señora de Cister!**<sup>4</sup> ¡Qué hermoso título para ella y cuánto lo merece! Ella nos ha conducido durante todos estos años. Ella ha inspirado casi todos nuestros movimientos. Ella nos guiará al Cielo. Ella me ha dado el valor necesario para llevar a cabo esta innovación. Y he aquí un pensamiento que me ha inspirado. Hemos batallado por la labor manual, ¿no es así?

—Ese ha sido el punto crucial de toda la situación — replicó Esteban.

—Bien, piensa qué consecuencias tendrá para el trabajo manual esta institución de una hermandad lega. Obligará al mundo a reconocerla como lo que realmente es: ¡Sacramental! Muchos nobles, tal vez demasiados, menosprecian la labor manual, Esteban. Creen que es indigna. ¡Santo Cielo! ¿Acaso no han leído el Evangelio? Jesucristo no se limitó a dignificar el trabajo. ¡Lo divinizó! Las manos que trazaron el curso de los planetas y colocaron las estrellas en la Vía Láctea, se encallecieron; se entallecieron, Esteban, con el martillo, el serrucho y el cepillo. Los brazos que sostuvieron el mundo, se fatigaron trabajando la madera. ¡La frente que guardaba la inteligencia divina, se mojó con el sudor del trabajo! El mundo nunca aprendió esta lección, Esteban. Siempre ha considerado el trabajo como algo inferior. Ya es tiempo de que el mundo sea reeducado. Ya es tiempo de que volvamos a enseñar lo que Cristo enseñó tan elocuentemente. ¡El Redentor del mundo fue un trabajador, un artesano común! Los corredores debemos proceder de la misma manera. Hermanos legos, llamémosles así, los hermanos legos pueden ser otros Cristos. Puede hacerse y lo haremos.

Alberico lo hizo. Dio realmente un nuevo principio a la vida religiosa con la institución de la hermandad lega. Por supuesto, Juan Gualberto fue el primero en introducir la idea, mas eso fue en el año 1050. Pero Alberico dio forma a esa idea, en una manera tan acertada y original, que se convirtió, de

---

<sup>4</sup> Es la primera vez en la historia que se emplea la advocación, Nuestra Señora — Notre Dame.

hecho, en un nuevo principio. Antes de morir, Esteban vio el cúmulo de gracias que debían el cielo y la tierra a la Lanza de Plata y a su "Señora" por esa innovación. Pues, vio que el cielo se pobló de un verdadero ejército de santos poderosos, ¡los hermanos legos! ¡Hombres que fueron grandes en su pequeñez; sublimes, en su simplicidad y descollantes en su extraordinariamente humilde santidad! Y, en la tierra, los hermanos legos predicaron como nadie antes que ellos predicaran, ¡con excepción de Dios hecho Hombre! Ellos dijeron al mundo que el trabajo es un Sacramento, un medio de santificación.

Alberico salió de su encrucijada, haciendo posible, a millones de hombres, el ganar la corona de su gloria. ¡Regocijó el corazón de todos y, especialmente, el Corazón de Dios!

## Capítulo VI

### UNA HOJA CAÍDA

Esteban atravesando el corredor que conducía a la celda del Abad, pensó que hacía ya casi diez años que todos los días realizaba esa visita. Debía presentarse a Alberico, recibir instrucciones para todo el día e informar sobre la labor cumplida el día anterior. Se maravillaba de no haber encontrado nunca ni pesada ni monótona esa rutina y, al reflexionar, encontró el motivo. Alberico abría su corazón a Esteban en esas visitas y, durante ellas, había aprendido a conocer la mente y el alma de la Lanza.

—Tal vez, sea yo su único confidente—, pensó el Prior, al llamar a la puerta de roble.

Halló a Alberico sentado frente a su rústico escritorio, con una hoja entre los dedos. Era una hoja pequeña, a la que octubre, con su magia de escarcha y de sol, había coloreado con un brillante y hermoso tinte carmesí. Parecía una roja llamarada en la mano callosa y endurecida del Abad.

La cabeza de Alberico se alzó lentamente para saludar a Esteban. La luz que brillaba en sus ojos indicaba que había estado sumergido en profunda meditación. Depositando cuidadosamente la bella hoja roja sobre la madera, sin pulir, que le servía de mesa, se dirigió a Esteban, diciendo:

—Esto me ha hablado mucho de la belleza de Dios, de la grandeza de la vida y del encanto de la muerte. Llegué hoy hasta la última fosa que hemos cavado, Esteban y, desde allí, contemplé los bosques. ¡Oh! Dios es maravilloso en la naturaleza de esta época del año.

—¿No lo encuentras siempre así?

—Sí, es claro—, fue la pausada respuesta—, pero nunca tanto como ahora, en las Completas del otoño.

—¡Qué hermoso concepto! exclamó Esteban—. ¡Las Completas de otoño!

—Y ¿no es, acaso, verdadero? —preguntó al Abad. El día de verano

ha terminado y ya se han cantado las Vísperas. Estamos en la época de Completas. Pronto acabará el año. Hoy he pensado mucho en la muerte, Esteban; y mucho más aún en la vida. Al arrodillarme hoy frente a la tumba del Hermano Cristián, mis preces fueron cortas y mis pensamientos, largos.

—Fue un buen hermano —dijo Esteban—. Diligente, sencillo, sincero.

—Sí, fue todo eso. Pero lo que más me ha impresionado en el día de hoy es el hecho de que ese pobre hijo de la tierra de Borgoña, ese campesino, yace ahora junto al Duque de Borgoña. ¡Cómo van a mezclarse esas cenizas! ¡Realmente, la muerte es niveladora! Y, sin embargo, es una disposición perfecta y acertada la proximidad de sus tumbas, pues ambos fueron guerreros de Dios, ambos penitentes, cubiertos de cicatrices ganadas en la batalla,

Esteban captó el estado de ánimo del Abad y se unió a él, exclamando:

— ¡Qué magnífica conversión fue la de Odo! Parece increíble que el mayor benefactor de Cister haya sido un salteador despótico y de duro corazón. ¡Cómo amaba este lugar! ¿No es cierto?

—Ya lo creo. Y su último acto coronó perfectamente su vida. ¡Ah! ¡Qué hombre tan valiente y tan lleno de fe! ¡Partir a Palestina, a su edad, para convertirse en un Cruzado y hacer su Acto de Contrición! Era realmente un noble. ¿Recuerdas cómo disfrutó de su último día aquí? Estuvo como en éxtasis durante el Oficio y la Misa.

—Seguramente, ése fue el canto que resonó en sus oídos cuando yacía, agonizante. ¿Recuerdas que dicen que miró hacia arriba sonriendo, y dijo: "Oigo el Coro de Cister"?

—Siempre nos tuvo presentes en su pensamiento—, murmuró en todo pausado—. Y nosotros debemos recordarle siempre. Sus hombres fueron muy leales, al traer su cuerpo por mar y tierra hasta aquí, cumpliendo su último deseo de ser enterrado entre nosotros.

—Quería nuestras oraciones....

—Las hubiera tenido, en cualquier lugar donde hubiera sido sepultado su cuerpo—. Luego, con un tono algo zumbón, añadió:

— ¿O esperabas que hubiera preferido yacer junto a Godofredo de Bouillon? O, por la menos ¿ser enterrado en algún lugar de Tierra Santa?

—Yo, sí—, contestó Esteban con franqueza—, hubiera sido digno de él. Las cenizas del gran Godofredo y las del heroico Odo. Dos guerreros; dos nobles; dos penitentes; dos hombres que se volvieron a Dios, después de las locuras de la juventud. ¿No te emociona pensar en Godofredo, sepultado

junto a esos descollantes héroes del Antiguo Testamento: Josué, David y Judas Macabeo? Dios tiene un exquisito y delicado sentido de la proporción, ¿no te parece Esteban?

—Es eso justamente que me llamó la atención esta mañana, en el campo santo, frente a las dos tumbas—, dijo Alberico—. Pensé en Odo y en Cristián. ¡Qué contraste en la vida exterior y qué paralelo en la vida interior! Y, en la muerte, ambos descansan unidos.

—¿Cuál fue el paralelo en su vida interior?

—La penitencia—, respondió el Abad. Y, luego, volviéndose, preguntó:

—El Hermano Cristián estuvo poco tiempo entre nosotros, ¿no es verdad?

—Unos cuatro años.

—Y ¿qué hizo durante ese tiempo?

—Nada extraordinario—, respondió el Prior, moviendo la cabeza—. Era un hermano bueno, simple y sincero y cumplió con su deber. Era un hombre común.

—Estás equivocado, Esteban; muy equivocado—, dijo Alberico—. Llevó a cabo algo extraordinario.

—¿Sí?

—Sí, por cierto. Llegó a concentrarse completamente en Dios y a ser absolutamente absorbido por Dios. Esto podrá parecer común a algunos, pero permíteme que diga que es una de las cosas más extraordinarias que puede hacer un hombre sobre la tierra.

—¡Oh! Eso es verdad—, admitió el Prior—. Lo que quiero decir, es que no hizo nada extraordinario entre nosotros.

—¡Ah, qué cumplimiento!— exclamó el Abad, lleno de entusiasmo—. Espero que nunca haya aquí quien lleve a cabo cosas extraordinarias. No les tengo confianza. Pero espero y ruego que tengamos siempre hombres capaces de hacer algo tan extraordinariamente común como lo que hizo Cristián.

Esteban creyó no haber captado bien el sentido de la frase del Abad.

—¿Qué es lo que quieres decir, exactamente, Reverendo Padre?

—Quiero decir que se entregó, por entero, a Dios.

—Mas, ésa es nuestra vocación— objetó Esteban.

—Es verdad —dijo el Abad—, pero es conveniente detenerse, de vez en cuando, para tener una perspectiva de nuestra vocación. La tumba de Cristián y esta hoja caída me han hecho detenerme hoy, y he podido contemplar la belleza de nuestra humilde vida, como no lo había hecho durante años.

Esteban apoyó el codo sobre el escritorio de Alberico.

—Háblame de eso — suplicó.

Alberico empezó a hablar pausadamente:

—Cristián, como tú sabes, era un campesino. Dejó el arado y la vida de rudo trabajo, para venir a Cister y encontrar ¿qué? ¡El arado y una vida de rudo trabajo!

Esteban asintió.

—Sin embargo —continuó el Abad—, ¿existe una diferencia! Tú ves, Esteban que hasta la opaca vida del paisano, tiene sus momentos de ocio, sus verdaderos placeres y sus alegrías terrenas. Obsérvalos en el verano, después de la comida de la tarde, descansando en la gloria del sol poniente. O reunidos alrededor del encendido hogar, durante el invierno.

Esteban volvió a inclinar la cabeza, en señal de asentimiento y el Abad prosiguió:

—Escúchalos durante la vendimia, o contémplos cuando cantan y bailan en el barrido y trillado suelo, mientras la luna de la cosecha brilla en el alto cielo. ¡Ah! Tienen sus alegrías. Concedo que son simples, pero realmente satisfactorias. ¿Qué tenía aquí, Cristián, en cambio? Nada de eso. ¡No tenía un solo momento en el día que pudiera llamar suyo! Se levantaba antes de que se retiraran las estrellas y no se había secado el rocío cuando empezaba a trabajar. ¡Y qué duro trabajo! Cuando el sol estaba alto, sudaba y rezaba. Cuando el día, ya cansado, se acercaba a su fin, Cristián volvía a casa. ¿A qué? ¿A descansar? ¡No, por cierto! Volvía a casa a leer y rezar. Cada minuto ocupado de acuerdo a la Regla. Luego, cuando la noche se embellecía bajo la suavidad de una mágica luna y de la plateada magnificencia de las estrellas silenciosas, Cristián se encaminaba hacia un duro lecho para gozar de unas pocas horas de un bien merecido sueño. Y, ésta fue su vida, día por día, durante cuatro años enteros. Estrictamente hablando, no tuvo un momento que pudiera llamar suyo; pues, toda su vida estaba planeada de antemano. ¡Qué vida! Sí. ¡Qué gloriosa vida! ¡Puesto que cada uno de sus momentos fue dado a Dios!

Los dos hombres guardaron silencio. Al cabo de un rato, el Abad se

removió en la silla y dijo:

—Esteban, ahora comprendo por qué la gente nos llama locos; y veo, como nunca antes lo he visto, cuán perfectamente hermosa, eterna, celestial es nuestra vida de locura. Nuestros días y nuestras noches están trazados, de tal modo, que no podemos evitar el ser conscientes de Dios, concentrados en Dios y totalmente absorbidos por Dios. Cristián se preparó bien para el Cielo, pues pasó cuatro años en el noviciado del Cielo, en nuestro pequeño y humilde monasterio, escondido en el fondo de este cenagoso bosque—, y, levantando la hermosa hoja de color rojo, depositada sobre el escritorio, continuó: — Cuando Cristián cayó, lo hizo igual a esta pequeñísima hoja. ¡Oh! Exactamente igual.

— ¿Quieres decir que todo cambió, lo hermoso...?

—Sí, quiero decir que todo cambió—, dijo el Abad con énfasis—. Al volver del cementerio, esta mañana, esta hojita cayó revoloteando a través de las ramas de un pequeño árbol. Parecía una frágil y flotante flor, una flor de fuego. Su hermosura era indescriptible. Me incliné para recogerla y, al hacerlo, una lanza de luz dorada atravesó el espacio desde los cielos y, por entre los árboles, llegó hasta el tronco de un roble a cuyo pie había caído mi pequeña hoja. Yo he unido esas tres cosas: Cristián, la hoja y la lanza. Cuando Cristián llegó aquí, era como un fruto sin sazonar —continuó Alberico—, con el tiempo cambió. Se volvió más amante de Dios y, al final, se puso rojo, con el rojo vivo del verdadero amor de un hombre. Muy pronto captó el espíritu de Cister. Estaba enamorado de Jesús Crucificado, Esteban. Me lo dijo tan a menudo.

El Abad suspiró al decir esto y Esteban se preguntó si no sería un suspiro de envidia. Pero, casi inmediatamente, Alberico prosiguió:

—Esteban, la humilde vida que llevamos aquí tiene más sortilegio que la varita, tres veces mágica, del otoño. Esta, cambia los bosques en maravillosos países de color verde, rojo, bermejo, carmesí, y otros, en maravillosos países de color amarillo, escarlata y castaño quemado. La humilde vida que llevamos aquí, transforma las almas de todo color en una pureza de plateada blanca y en un amor rojo que, a veces, llega al rojo blanco. Esteban, ¿agradeces lo bastante a Dios, por tu vocación, por tenerte tan cerca de su Sagrado Corazón?

El Prior se había sentido elevado por el ritmo musical de la voz del Abad y por la intensidad de su descripción. Volviendo a la realidad, preguntó:

— ¿Quién puede agradecer a Dios lo bastante, Reverendo Padre? Yo



hago lo que puedo, pero sé que mi agradecimiento es pobre. La magia de que tú hablas parece haber sido especialmente eficaz entre nuestros hermanos legos. Hiciste algo maravilloso para la tierra y el cielo cuando osaste introducir la novedad que tú insistes, tan obstinadamente, en decir que es sólo la Regla Radical. En verdad, muchos de ellos adquieren el color de amor antes de que llegue el otoño de sus vidas.

—Sí—, dijo Alberico lentamente—, es un grupo selecto de hombres. Mas, a lo que he querido llegar con esto, es a decirte que, ahora, siento que la hoja de mi vida se está marchitando. Pronto caerá, Esteban. No, no me discutas. Lo sé. Pero reza, reza, reza, Esteban, para que, cuando caiga, caiga como una llama.

El Abad se incorporó. Miró a Esteban y comprendió que, tras largos años de camaradería, ese hombre había llegado a ser, para él, más que un hijo; era un hermano, un colaborador, un amigo.

—Te dejaré esto—, dijo, extendiéndole la hoja—, yo debo hablar con Dios.

## Capítulo VII

### LA LLAMA SE APAGA

Esteban se dirigió al pequeño camposanto, donde Alberico encontrara su inspiración, pero, en lugar de pensar en la muerte, pensó en la vida. El recuerdo del Abad llenaba su pensamiento. Al contemplar el colorido que el pródigo otoño había esparcido en los bosques, comprendió la nostalgia de Alberico por el Cielo y por el Artista que se esconde detrás de la obra maestra, que es el mundo. Cister, bajo los resplandores del sol poniente, asombraba por su belleza.

Esteban volvió a pensar en su Abad y se preguntó si Alberico habría profetizado. Había dicho que la hoja de su vida se estaba marchitando, ¡y hasta que caería! ¿Sería esto un presentimiento de su muerte? Esteban sacudió la cabeza. Teniendo en cuenta la larga vida de los monjes, Alberico no era un hombre viejo. Más aún, era sano. El Prior no recordaba haberlo visto nunca seriamente enfermo y, en ese momento, parecía bien. Tal vez, se tratara de un estado de ánimo producido por las visitas a las tumbas y el hallazgo de la hoja.

"Reza para que, cuando caiga, caiga como una llama....." ¡Qué súplica! ¡Como si Alberico necesitara esa oración! Pedir que ame a Dios aquel cuyas palabras se refieren a Dios, aquel que suspira únicamente por Dios, aquel cuyos latidos son sólo para Dios. Rogar por aquel que fue a Colan, porque significaba una vida más áspera! A Molesme, porque significaba una más generosa entrega y, a Cister, porque significaba un total abandono, una rendición incondicional de todo su yo a Dios..... ¡Pedid que ame a Dios! Casi rió Esteban, recordando ese pedido.

Mientras permanecía allí, pensando en Alberico, la brisa del atardecer estremeció el bosque lleno de colorido que bordeaba el pequeño cementerio, lanzando oleadas de verde y oro, de amarillo y escarlata sobre las hojas. Sus ojos se detuvieron ante una lluvia de pétalos, rojos como llamas, que revolotearon y cayeron a su lado. No era extraño que Alberico quisiera

transformarse como ellos, pensó, al recoger unos cuantos y contemplar su brillante gloria.

Mas Esteban se detuvo preocupado por otro pensamiento. Su Abad ¿no se habría transformado ya? se preguntó. ¡Pensar todo lo que había realizado en sólo nueve años y medio! Las costumbres contrarias a la Regla habían sido eliminadas hasta su último vestigio. Con una intrepidez que a todos asombró, condujo a sus hombres seiscientos años atrás y los encendió en un celo capaz de hacerles vivir como Benito estipuló que sus monjes debían vivir.

Súbitamente, Esteban contuvo su respiración con un sonido entrecortado. Sin que se diera cuenta, las hojas cayeron de su mano. Mirando hacia el cielo crepuscular, exclamó:

— ¡Santo Dios, lo ha hecho! Ha echado los cimientos de una nueva obra. Somos únicos en el mundo monástico. ¡Sí, nos ha dado todo el material para una nueva Orden!

El Prior recorrió, de un extremo al otro, los senderos pedregosos del pequeño cementerio. El repentino reconocimiento de la obra realizada por Alberico lo había sobrecogido. Mientras se paseaba, empezó a asombrarse del coraje y del poder de ese hombre. ¿Dónde encontró el valor para desafiar a todos los demás?, se preguntó. ¿Dónde? Sabía que era un guerrero, pero esto no era la bravura común. Este era el coraje audaz y aventurero del héroe. ¿Dónde lo encontró? Entonces, Esteban murmuró una sola palabra: En ella estaba la solución. —Amor, dijo—. ¡Amor que vence al temor! Ese era el secreto de Alberico. Su coraje no se basaba en una bravura denodada. No. Se basaba en el amor de un alma grande. Alberico era la lanza, de la que tan frecuentemente hablaba: la lanza dirigida hacia un sólo punto. El Abad era una punta de lanza que había llegado hasta el propio Corazón de Cristo, no para traspasarlo, sino para ser enterrada en él y ser absorbida por él.

Con un paso algo más lento, Esteban continuó recorriendo los senderos.

— ¡Él lo ha hecho! —dijo en alta voz—. Sí, ha concebido algo enteramente nuevo. Se detuvo un momento y enumeró, con los dedos, los puntos principales: simplicidad, pobreza, bastarse a sí mismos, oraciones litúrgicas. Ciertamente, es Benedictino; pero no es el Benedictino de esta época. Su inflexible simplicidad ha creado una nueva Orden. Me pregunto si se da cuenta de ello. Su lanza ha llegado al blanco; su ideal es tan puro y brillante, que puede expresarse en dos palabras: ¡solamente Dios!

Esteban hizo una pausa después de esas dos palabras.

—Y éste es el hombre —exclamó—, el alma concentrada en Cristo, que me pide a mí, a mi entre todos, que rece por él. ¡Oh!, Dios amado, bendice su humildad y concédeme una sombra de ella.

Tocaron a Vísperas. Esteban se disponía a entrar, pero, al llegar a la puerta, se volvió para echar una última mirada al maravilloso paisaje otoñal. En ese instante, una ráfaga de viento volvió a agitar el bosque y lanzó otra lluvia de pétalos de fuego que cayeron en tierra. Esteban recordó las palabras del Abad.

—Dios amado —murmuró—, cuando yo caiga, haz también que lo haga como una llama...

El otoño cantó sus Completas hasta que llegaron las nieves. El Adviento cedió el paso a la Navidad y el año 1109 entró envuelto en helada blancura. Todas las cosas siguieron su curso, con su habitual y bien ordenada calma, en el pequeño monasterio hundido en las ciénagas. Luego, cuando enero llegaba a su frío final, ¡la llama cayó! Alberico, el valiente hombre de Dios, fue hacia Dios el día veintiséis del primer mes del año 1109.

Ese día, hacía un frío terriblemente intenso en Cister. Y así estaba el mundo entero para Esteban Harding. Sintió como si todo el calor del universo hubiera desaparecido repentinamente. El sol brillaba, pero su resplandor sólo contribuía a acentuar la frialdad. El azul, distante y límpido del cielo, detenía la sangre en las venas y, cuando el día hubo terminado, frías estrellas aparecieron en un cielo glacial, resplandecientes como cristales de plateado hielo en un mundo que, de pronto, se había convertido en un páramo. En verdad, la llama había caído. Esteban se sintió solo, tremendamente solo y helado hasta la médula.

Al día siguiente, enterraron a Albarico. Se dirigieron hacia el pequeño cementerio y, sobre la blanca nieve, los hermanos legos y los monjes se arrodillaron y rezaron. Esteban roció el cuerpo con agua bendita, recitó las oraciones litúrgicas y balanceó el incensario que al tacto parecía de hielo. Fue el último que, con un nudo en la garganta dejó caer una palada de tierra helada sobre el frío cuerpo de aquel que había rogado, y pedido a otros que rogaran para que cayera como una llama.

Luego volvieron a la sala del capítulo. No era un grupo grande, mas era un grupo amante. Cuando todos estuvieron sentados, Esteban aclaró su garganta y enjugando las lágrimas, les dijo:

—Hermanos míos, en medio de esta pérdida universal, soy en verdad, un pobre consolador, pues yo mismo necesito consuelo. Es cierto que

vosotros habéis perdido un padre, y el guía de vuestras almas, pero yo he perdido más aún. ¡Lloro a mi camarada! Era mi compañero de armas en cada una de las grandes batallas libradas por el Señor. Se ha alejado de nosotros, pero, —dijo—, no nos ha abandonado; pues nos ha llevado a todos consigo en su mente. Y, ahora, que ha sido conducido a la presencia de Dios y está unido a Él en individual amor, también se ha unido a nosotros, que estamos en su mente, con Dios. ¿Por qué habríamos de llorarle? ¿Por qué habríamos de entristecernos por quien está gozando? ¿Por qué hacer duelo por el soldado que descansa al fin?... Venid hermanos míos. Transformemos nuestras dolientes palabras en oraciones. Roguemos ahora a nuestro Abad, que está en la gloria. Que no permita que nuestro maligno enemigo nos impida reunirnos con él un día, y gozar juntos en el cielo.

Con estas palabras empezó la devoción a Alberico, la que aumentó día a día. Apenas quedó oculto, a los ojos de los hombres, por un montón de tierra helada, éstos comenzaron a verle en su verdadera perspectiva. Gradualmente, llegaron a comprender que la lanza de plata era el perfecto símbolo de su alma pura.

A medida que comentaban entre ellos, se dieron cuenta de que su Abad había sido un héroe. Ni siquiera una sola vez en todos esos años, se había hecho eco de una trivialidad, por piadosa que fuera. A menudo, los había conmovido; pero sus emociones eran profundas, duraderas y viriles; no eran sentimientos superficiales ni efímeros. La comida, el alojamiento, la ropa, habían cambiado en Cister a causa de la virilidad innata en el alma de ese hombre. Allí brillaban la pobreza y la simplicidad, porque, como una lanza, Alberico buscaba siempre el centro del blanco.

Como con frecuencia sucede, la apreciación llegó demasiado tarde. No podían dar gracias a oídos que ya no oían; ni podían sonreír con aprobación a ojos que ya no veían, de modo que golpearon sus pechos con arrepentimiento y se acusaron de haber sido tan estúpidamente ciegos. Pero rezaron por el viejo guerrero y le rogaron, diciéndole que anhelaban oír sus varoniles, desafiantes y arrebatadores clamores de "hasta la empuñadura" y "no transigir".

Unas pocas semanas después, cuando uno de los miembros de la comunidad, preguntó a Esteban si Alberico había intentado fundar un Orden, el inglés replicó:

—Alberico no intentó, en realidad, provocar una rebelión, sino que quiso, únicamente, que Cister viviera la Regla intensamente y la llevara clavada, como una espada, hasta la empuñadura.

Al preguntarle por qué, Esteban dio una solemne respuesta. Dijo:

—Porque pensó que era la mejor manera de curar un Corazón que ha sido traspasado y herido; la mejor manera de sacar una corona de espinas de una cabeza; la mejor manera de arrancar los clavos que atravesaron cruelmente las manos y los pies. Ese era su único objeto. Quería que, Cister viviera la Regla hasta el final, porque era la única forma de pagar la tremenda deuda contraída esa tarde del Viernes, en el Calvario. En resumen: **el amor había encontrado el modo de retribuir el Amor.**

## EPITOME Y EPITAFIO

Alberico no tiene historia alguna anterior a su nacimiento y no le haremos un post-mortem; pero, para todos aquellos que dicen que los hombres se hacen Trapenses, porque están desilusionados del amor, nosotros subrayamos la última frase de la vida de Alberico.

Sólo seiscientos años después, la Iglesia se pronunció oficialmente sobre este radical que llevó a cabo, con tanto éxito, su rebelión. Pero los hijos y las hijas de Cister siempre lo recordaron. Como la comunidad que lo sobrevivió, rogaron por él; y, en el año 1701, el Santo Padre aprobó sus plegarias, concediéndoles una Misa y un Oficio en su honor. Esto es lo que se conoce como "canonización equivalente". Podemos estar seguros de que proporcionó gran regocijo al corazón de todos los monjes y monjas de hábito blanco que llaman "Padre" a la Lanza de Plata. Su festividad se conmemora el 26 de enero, día de su muerte.

La descripción proporcionada por quienes le conocieron, es pobre, pero está trazada con rasgos muy netos. Dicen de él:

—"Fue un amante de la Regla y de la hermandad".

¿Puede haber una mejor descripción del monje modelo, del amante de Dios, de alma grande? Pues la Regla es la voluntad de Dios y, la hermandad su imagen. Por lo tanto, el epítome que este Radical merece es el siguiente:

**Alberico, un varonil amante de Jesucristo**

Que esto sirva no sólo como epítome, sino también, como epitafio. La lanza encontró su blanco. La llama cayó. ¡Pero la rebelión siguió su curso! Esteban, la otra mitad del alma de Alberico, la completó...

## **PARTE III**

# **SAN ESTEBAN HARDING EL RACIONALISTA**



## Capítulo I

### ESTEBAN PROPORCIONA DIVERSIÓN AL MUNDO

Había llovido sin cesar durante toda la mañana. Esteban había prestado vagamente atención al repiqueteo de las gotas que se deslizaban por el alero y golpeaban los guijarros del sendero. Cuando este rumor se aquietó gradualmente y, por fin, se detuvo, Esteban se distrajo, pues el silencio era más perturbador que el ruido del agua. Volviéndose, miró por la ventana. En el rincón más lejano de los oscuros cielos, vio una franja gris plata que se iba agrandando a medida que la contemplaba, pues las sombrías nubes eran barridas por el viento hacia el este. Esteban se sintió sobrecogido por la fuerza y simetría de los árboles que se destacaban contra el lúgubre cielo. Junto a su ventana, distinguió las flores de lis, de tinte amarillo, cuyo brillo era más intenso que bajo el sol del verano.

—Es extraño —dijo en voz alta—. Nunca lo había observado antes; la oscuridad hace resaltar la belleza.

Bajo la purificante lluvia, y a la sombra de las apresuradas y oscuras nubes de tormenta, el jardín lucía tintes y tonos que permanecen ocultos cuando brilla el sol. El verde del pasto y de las hojas parecía más suave, vívido y resplandeciente; los rojos, más cálidos y hasta la púrpura que bordeaba los retorcidos pétalos de la flor de lis, era más encendida y regia.

Al reanudar su trabajo, Esteban se preguntó si las almas no se destacan más en la sombra. Tomando su stylus y deteniéndolo a mitad de camino, le clavó los ojos. Pensó en Roberto, el viejo gigante de Molesme, a quien cuadraba, sin duda, este concepto. Su recio carácter y las grandes virtudes de su alma se perfilaban contra el sombrío fondo de lucha.

Esteban volvió a inclinarse sobre su escritorio y, cuando se disponía a reanudar su escritura, el sordo ruido de los cascos de un caballo llegó hasta él desde el camino que se extendía frente a su ventana. Se asomó y vio un jinete envuelto en negra capa, cuyas ropas empapadas hablaban de largas

horas de lluvia. Esteban sólo pudo ver la espalda encorvada de este hombre; pero, cuando, caballo y jinete desaparecieron en el patio, pensó:

—Quienquiera que sea, es un hombre cansado.

Poco después, resonó un golpe en la puerta del Abad. Se preguntó quién podría ser a esas horas y abrió la puerta con sorpresa, que se transformó, de inmediato, en alegría al reconocer al visitante. Antes de que el hermano lego hubiera podido decir una palabra, Esteban lo apartó y, echando sus brazos alrededor del extranjero vestido de negro, lo besó en ambas mejillas, exclamando encantado:

— ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Pedro!

—Ten cuidado, Reverendo Padre —protestó el monje encapuchado—. Estoy mojado.

— ¡Eres Pedro! —exclamó, riendo, el Abad. Lo llevó hasta su celda y cerró la puerta. El buen hermano lego, que había quedado del otro lado de esa puerta, movió la cabeza con asombro por los extraños modales de este inglés, que era su Abad. Habitualmente digno y calmado, parecía ahora más excitado y demostrativo que un francés. ¡Y nada menos que con un "Benedictino vestido de negro"! No. No había explicación para el modo de actuar de estos extranjeros, pensó al regresar a los establos.

Veinte minutos después, el hábito del "negro Benedictino" se secaba colgado frente al fuego, mientras el "negro Benedictino" en persona conversaba con Esteban tironeando los pliegues de la blanca capa que le habían prestado y riendo al pensar en lo que diría el Gran Abad si viera, en ese momento, al bravo hijo de Cluny.

—Ahora sí, estás bien —dijo Esteban—. El blanco te sienta admirablemente. Debieras usarlo siempre. Como Pedro sonriera, el Abad continuó:

—Mientras te cambiabas, Pedro, he hecho cuentas. Estoy seguro de que mis cálculos son correctos y, sin embargo, no puedo creer en los resultados. ¿Es posible que hayan pasado treinta y dos años desde que nos separamos?

— ¡Casi exactamente!— afirmó Pedro, sentándose en la silla o se Esteban había acercado para él—. Más de tres décadas han transcurrido desde que tú tomaste tu camino y yo, el mío. Y tenía que ser una tormenta lo que nos volviera a reunir. Si los cielos no se hubieran desgarrado, en la forma en que lo hicieron, habría tenido que continuar mi viaje a Cluny y perdido la oportunidad de ver si mi viejo compañero de peregrinaje es tan

malo como lo pintan. Pareces humano: en realidad, no estás tan distinto del joven y alegre inglés de quien me separé después de ese bendito viaje a Roma.

Mientras su amigo hablaba, Esteban lo observó, viendo lo que el tiempo había hecho en el rostro de ese muchacho que encontrara en Borgoña en aquel lejano día, treinta y dos años antes. Ese día, Esteban había estado preocupado y solitario. París y sus años de estudio quedaban atrás. Habían sido la culminación de una vida dedicada a la ciencia. Cuando niño, fue enviado a los Benedictinos de Sherborne, en Inglaterra; y, al finalizar sus cursos, cruzó el mar rumbo a la Isla de los Santos y de los Sabios y frecuentó sus célebres escuelas, para terminar donde la mayoría de los estudiantes de aquella época terminaban: en París. Pero allí se sintió inquieto; su vida le pareció vacía y su búsqueda de sabiduría, vana. Súbitamente, se decidió a buscar la Verdad. Empezó por vestir el hábito del peregrino y marchó hacia Roma.

Había caminado lo bastante como para sentirse desesperadamente solo, cuando, al atravesar Borgoña, encontró un atrayente joven de su misma edad, bien educado y casi de su mismo temperamento. También él iba a Roma, como peregrino y, juntos, hicieron la jornada.

Que ésta no había sido fácil, era evidente a juzgar por sus joviales recuerdos: los difíciles pasos de los Alpes, cubiertos de nieve; la noche en que se perdieron y se helaron en medio de la espesura de los bosques; los extranjeros de aspecto peligroso, que se unieron a ellos y que no los robaron; el hambre que habían sufrido antes de encontrar los cordiales, generosos, siempre sonrientes italianos de la Lombardía.

—Y nos separamos en los bosques de Molesme —concluyó Pedro. Esa había sido su despedida, pues, a su retorno, al llegar a Borgoña, Pedro se encaminó a Cluny; en cambio Esteban, atraído por los comentarios que había oído sobre la santidad de Roberto y sus rebeldes, se separó para unirse al anciano gigante y a su puñado de antiguos eremitas.

—Me dicen que los viejos siempre suspiran por "lo que pudo haber sido" —dijo Esteban. Y, aunque nosotros no somos exactamente viejos, tampoco somos demasiado jóvenes como para no echar una rápida mirada a lo que pudo haber sido. Dime: ¿has lamentado alguna vez no haber seguido mis pasos, ese día, en los bosques?

Pedro miró a su viejo amigo y decidió que podía ser tan franco como de costumbre.

—Tú eres el hombre que debía suspirar por "lo que pudo haber sido"

—dijo. No te puedo decir la cantidad de veces que he pensado cuán perfectamente Cluny te hubiera convenido y cuán perfectamente tú te habrías adaptado a Cluny. ¡Cuántas veces, cuando estaba entre los manuscritos, sufría literalmente al pensar que estabas entre nabos y zanahorias, en Molesme! En todos estos extraordinarios treinta años, Esteban, el único momento en que no me lamenté por ti, fue cuando supe que habías hecho la Revisión de la Biblia. Hasta entonces, sólo vi la muerte de tu talento y, a veces, me preguntaba qué diría el Amo de la casa cuando hiciera sus cuentas.

Esteban sonrió.

—Hablas exactamente igual a un diablillo que solía visitarme diariamente durante los primeros años que pasé en Molesme. Me decía lo mismo que tú me has dicho, Pedro. Créeme, podía repetir las Escrituras al pie de la letra. Me asustaba con esa parábola de los talentos. ¿Conoces el nombre de ese diablillo?

—No.

—Satán —dijo Esteban, con una carcajada. Déjame que te diga, Pedro: me probó a menudo con esa tentación cubierta con palabras casi idénticas a las tuyas.

— ¿Era una tentación? —preguntó Pedro con una mirada significativa.

Esteban observó a su amigo durante un momento. Lo encontró muy serio y hasta ansioso.

—Tengo entendido que tú no apruebas Cister —dijo.

—No para ti, Esteban; aun cuando tú eres su Abad. No tomarás a mal que te hable francamente. Creo que fue nuestra mutua sinceridad la que nos unió tan estrechamente aquel año en que viajamos a Roma. Esteban. Esteban —dijo Pedro con tristeza—, ¿cómo puedes glorificar a Dios enterrando tu brillo? No hay diez hombres en el continente que tengan las dotes intelectuales con que tú has nacido. Te dije treinta años atrás que pertenecías a Cluny, y esta convicción se ha arraigado con los años, tanto por lo que sé de este monasterio, como por lo que he oído.

— ¿Qué sabes de esto, Pedro? —preguntó Esteban. Sentía que la conversación hubiera tomado ese giro tan pronto. Temió que, finalmente, llegara a ese punto, mas había esperado evitarlo. Sin embargo, en este momento, debía hacerle frente. Si Pedro era el Pedro de antaño, ésta era la única forma de proceder.

— ¿Qué sé de este lugar? —repitió Pedro. Lo que todos saben: que

está fuera de lo natural; que pide más de lo que un hombre puede dar y más de lo que Dios exige; en resumen, que es fanatismo. Quieres que sea franco, ¿no es así, Reverendo Padre?

—Sí —replicó Esteban— y no quiero que me llames "Reverendo Padre". Sabes mi nombre y conoces mi carácter. Me llamaste "el Racionalista" una vez, porque yo insistía en razonar todo muy a fondo. Tú lo dijiste como un reproche y yo lo tomé como un cumplimiento. Sea como fuere, resultó un excelente análisis. Me gusta razonar las cosas, y razonarlas cabalmente. Pues ahora veamos qué hay en lo que todo el mundo sabe de este lugar.

Ah! Esteban, el mundo se ríe de ti.

—Me alegro de proporcionar diversión al mundo —dijo el Abad, dando poca importancia al asunto. Conozco otro Hombre de quien también, alguna vez, se rieron con desprecio. Fue justamente después de haber hecho un milagro. ¿Tal vez tú recuerdes?

—Vamos, Esteban, hablaste hace un rato del diablo que citaba las Escrituras. Tú sabes mejor que yo que no hubo heresiarca en la historia, ni alucinado fanático, desde los días de Cristo hasta el presente, que haya dejado de hacer lo mismo. Vamos, enfrenta los hechos. ¿No has ido demasiado lejos?

—Espero que no, Pedro; pues todavía no he llegado hasta donde intento ir. Hay unas cuantas cosas que Roberto y Alberico dejaron para que yo las completara.

— ¡Roberto! —rezongó Pedro. Pero al observar la llama que asomó a los ojos de Esteban, dijo con más calma:

—Un santo varón en su estilo, supongo: mas tan firme como una veleta. Y, en cuanto a Alberico...

—Observo que sigues hablando de "lo que todo el mundo sabe" — interrumpió Esteban rápidamente. No se sentía capaz de oír hablar en contra de la Lanza de Plata, que tanto había amado. Enfrentemos los hechos, como tú dices, Pedro; y dejemos a un lado personas y personalidades.

Pedro se reclinó en su silla y ahogó la risa. Este súbito cambio sorprendió a Esteban.

— ¿Qué hay de gracioso en esto? —preguntó el Abad.

—Yo —contestó Pedro. Hace treinta años que no te veo y no hace treinta minutos que estamos juntos cuando ya he renovado la misma discusión que tuvimos al separar nuestros caminos hace treinta años. ¡Peor

aún! Estoy discutiendo sobre cosas que sólo sé de oídas, como tú lo has hecho notar tan hábilmente. Perdóname, Esteban, pero razona el asunto para que yo lo entienda. He estado dolorosamente intrigado durante estos treinta años. Dime la verdad: ¿no exigés demasiado a la naturaleza humana?

Esteban se alegró del nuevo giro que había tomado la conversación. Le gustaba pensar, razonar, argüir, discutir, debatir; pero detestaba la querrela. Por un instante, pareció que iban a llegar a esto; mas ahora, que su amigo se había reído de sí mismo, el Abad se sentía más libre.

—Uso tu mismo criterio para contestar esa pregunta. Mira los hechos. Hemos estado aquí doce años, y nadie ha muerto de hambre. Tampoco nadie ha muerto de exceso de trabajo o de desnutrición. Que yo sepa, por lo menos. Y el Abad sonrió.

—He oído decir que Alberico se murió, prácticamente, de hambre.

Esteban rió de buena gana.

— ¿Nunca viste a ese hombre, Pedro?

El monje sacudió la cabeza.

—Bien. ¡Aun hasta en el año en que murió, parecía un guerrero! Y no uno cansado, después de una larga y dura campaña, sino un guerrero en su mejor atavío de combate, listo para la batalla. ¡Ah! Doña Habladurías tiene lengua larga, muy larga y retorcida. No, no, Pedro, eso es absurdo. ¿Parezco yo, hambriento?

—No, por cierto.

—Y ninguno de los hermanos lo parece —continuó Esteban. La asignación de Benito de dos raciones de comida, una libra de pan, tres cuartos de pinta de vino, no solamente mantienen el cuerpo y el alma juntos, ¡sino que también los mantienen separados! La carne no lucha tanto con el espíritu cuando no está sobrealimentada.

—Pero Esteban, con seguridad que esto es más de lo que Dios exige.

—Todo depende de lo que quieres decir, Pedro —respondió Esteban pausadamente—. Es cierto que Dios no exige que hagamos todo lo que se hace aquí, en Cister, para ir al cielo. Pero, si ése es el caso, tampoco exige todo lo que ustedes hacen en Cluny. Una cosa, es una orden y, otra, un consejo. Mas, si tú crees que hacemos más de lo que a Dios agrada, ¿cómo interpretas esto? —Y Esteban levantó el Crucifijo.

Como Pedro no contestara de inmediato, Esteban asintió significativamente y dijo:

—También se rieron de él.

El monje de Cluny se movió, en su silla, con inquietud y Esteban continuó:

—Esa es nuestra respuesta definitiva a todos los cargos que nos hacen, Pedro. He oído casi todos ellos. Sé que nos consideran tontos. Sé que muchos dicen que hemos sobrepasado el sentido de la Regla, la naturaleza del hombre y la dignidad del sacerdocio. He oído decir que el mundo se ríe de lo que llama nuestro "fariseísmo". Mas después de la primera sensación experimentada en mi naturaleza, esto no me molesta. Como tampoco molestaría a cualquier hombre que haya leído el Evangelio.

— ¡Oh! Esteban.

El Abad se inclinó hacia adelante, intentando así dar más énfasis a su argumento.

—Pedro, el Evangelio contiene la biografía de un Hombre que pasó por el mundo haciendo el bien. Tú sabes la recompensa que recibió por ello. Fue llamado "bebedor de vino", "amigo de publicanos y pecadores". Fue acusado de estar poseído por el demonio y es transgresor de las leyes y considerado como loco hasta por sus propios parientes. Ese es el Hombre que dijo: "Ven, sígueme"; y ése es el Hombre que nosotros tratamos de seguir.

—Y ¿a quién seguimos en Cluny?

La pregunta fue hecha con tanto fuego, que Esteban no pudo reprimir la risa.

—Deja que te explique —dijo, reclinándose en su silla.

Pareció que Pedro quiso hacer una objeción, pero Esteban se apresuró:

—El mundo monástico se estaba relajando, Pedro, y todavía es demasiado complaciente. Esto es siempre una señal de peligro; la historia es una gran maestra y ella prueba que el tiempo siempre aplaca y mitiga lo que, al principio, parece áspero. Roberto llamó "mitigaciones" a esas suavidades, y Alberico insistió siempre en que eran "transacciones". Pero, cualquiera fuera su nombre, los hechos son éstos. Con los años, se produce una declinación en los ideales; una dilución en los inflexibles dictámenes de la ley. Son tanto más mortíferos cuanto son tan perfectamente prudentes y tan profundamente razonables. Sigue el curso de la historia de la Iglesia o, si quieres, la historia de una sola Orden en la Iglesia, y encontrarás esto que yo he llamado "proceso de desgaste". Los años redondean las aristas cortantes y suavizan los puntos ásperos.

Luego, viene la reacción. La produce un hombre a quien se le tilda de rebelde, porque se levanta contra las costumbres establecidas. Mas, Pedro, él es, en realidad, el único de su tiempo que no es rebelde: pues acepta, inflexiblemente, el desnudo texto de la ley, sin preocuparse en lo más mínimo de la opinión de sus contemporáneos. Así eran nuestros primeros abades, Odo, Avmard, Mavetil. Así era Hildebrando. Así, Benito de Nursia, Benito de Aniane y todos los grandes reformadores. Así era, inconscientemente, Roberto de Molesme. Y yo estoy cada vez más convencido de que esto no es tanto el trabajo del hombre, o de los hombres, como de Dios. Se ha confirmado mi creencia de que Cister, no es solamente un desafío a lugares como Cluny, sino que es, de hecho, una reacción contra el proceso de desgaste que ha relajado todo el mundo monástico.

—Yo no lo he encontrado suave, Esteban; y he vivido en él treinta años. Admito que no es tan duro como lo que ustedes hacen aquí; pero no veo dónde es suave.

—Hablo en términos generales, Pedro, con muy pocos hechos concretos. No pretendo censurar a nadie. Mas debo decirte que el efecto que produce la vida de cualquier reforma o reformador en sus contemporáneos, es semejante a un golpe de agua helada en una espalda bien abrigada. Esto sacude. Sacude la complacencia y provoca la ira.

—Esto suena casi a complacencia —replicó Pedro bruscamente,

—Lo siento —dijo Esteban con una sonrisa—. Sólo quise narrarte una pequeña historia y demostrarte unos cuantos hechos del momento. Si quieres decir que ser un instrumento de Dios, suena a complacencia, voy a decirte una verdad. Me hace tan complaciente como el poder que tengo de consagrar el pan y el vino. No sé cuáles son tus sentimientos, pero te puedo asegurar que nunca me siento tan pequeño, tan totalmente indigno, tan abrumadoramente humillado como cuando yo, Esteban Harding, un hombre pecador, sostengo a Dios en mis manos. Mira, Pedro, cada vez que reflexiono sobre el poder que Dios me ha dado, me ruborizo hasta el alma. No, amigo mío, el tener conciencia de ser instrumento de Dios, no hace complaciente a un hombre razonable; lo confunde y lo hace profunda, profundamente humilde.

Antes de que se pronunciase otra palabra, se oyó el tañido vigoroso de una campana. El Abad se incorporó, sonriente, y dijo:

—Ven, llama a Vísperas. Permanece a mi lado en el coro y, por una vez, canta las alabanzas al Señor vestido con el hábito blanco de Cister.

Casi una hora después, volvieron a la celda del Abad. El rostro de



Pedro se había endurecido y denotaba tristeza. Tan pronto como Esteban abrió la puerta, el monje visitante exclamó:

—Es muy cierto todo lo que la gente ha dicho de ti y de tu iglesia, Esteban. Estoy herido, profundamente herido. Había oído decir que habías desguarnecido la Casa de Dios, despojándola, hasta dejarla desnuda. No podía creerlo de un hombre de tu cultura, refinamiento, sentido estético y espiritual. Pero es demasiado cierto. Eso no es una iglesia; ¡es un granero vacío! En los ojos de Pedro brillaba una luz iracunda.

El Abad lo notó y se abstuvo, sabiamente, de hacer comentarios durante un rato. Acomodó las sillas y se sentó antes de dirigirse a su amigo.

—Cristo tuvo un establo, una vez —dijo Esteban.

—Esto ha sucedido con demasiada frecuencia. ¿Por qué repetir Belén? Démosle lo mejor de la tierra. Nada es demasiado bueno para Dios. Haz magnífica tu iglesia, para demostrarle que deploras la caverna-establo y la frialdad de los Betlemitas. ¡Oh! esto me duele. No es extraño que el mundo se ría de ti, o, más bien, ¡que se burle!

Esteban raspó un pedazo de pergamino con su stylus. Era la acción inconsciente de un hombre sumergido en sus pensamientos. Comprendía que el mundo había condensado su actuación en una frase clara y muy expresiva. Él había despojado su iglesia y la había despojado hasta dejarla desnuda. Las ventanas eran de vidrio común, sin vitrales; no había imágenes; y el único candelabro que ardía en el santuario, era de hierro. Comprendía que el contraste entre Cluny y Cister debía haber chocado a Pedro.

Cluny era la magnificencia personificada. El oro, la plata y las piedras preciosas resplandecían en sus pisos, techos y paredes; el santuario era suntuosamente rico y sorprendentemente hermoso. Hasta su exterior era tal obra de arte, que Esteban había predicho que sería la admiración y la desesperación de los siglos venideros. Pero en lo que más pensaba ahora, ¡era en la impresión que recibiría Pedro a la mañana siguiente!

Esteban había ordenado que los vasos sagrados de Cister fuesen de plata dorada; el incensario, de bronce y las vestimentas, de tela, lana o de lino. Conocía los ornamentos y los vasos sagrados a los cuales estaba habituado Pedro, en Cluny. Eran supremas creaciones de arte, maravillas de habilidad y de delicada factura. Pedro había estado entre ellos durante más de treinta años. A la mañana siguiente, vestiría lana o lino y llevaría un cáliz de plata dorada al altar. Esteban juzgó más prudente prepararlo para esta sorpresa, mas antes de que pudiera hablar, el huésped se inclinó y tocándolo

en la rodilla, le dijo:

— ¡Qué horror de Crucifijo! ¡Oh, Esteban! Estoy impresionado.

—Comprendo tu reacción, Pedro —contestó el Abad pensadamente, sin levantar los ojos del pergamino que estaba raspando—. La desnudez de nuestra pequeña iglesia tiene que chocar a quien ha estado acostumbrado a lo contrario durante toda su vida.

—Pero ¿por qué lo haces? ¿Por qué no dar al Señor toda la magnificencia posible?

—Hay una diferencia entre magnificencia y grandiosidad, Pedro.

—Ya lo sé. Es la misma que existe entre pobreza y miseria; entre sencillez sin adornos y cruda desnudez; entre buen gusto y oropel. Pero, si tuviese que elegir, prefiero lo recargado a lo desnudo.

— ¿Has mirado, alguna vez, de cerca, una columna griega, Pedro?

—No —contestó secamente.

—No la encontrarás desnuda, aunque la veas tan totalmente sencilla. Si la miras con detenimiento, verás que es casta, simple, sublimemente hermosa y lo que es más, Pedro, encontrarás que es lo bastante sólida como para soportar un gran peso.

— ¿Qué tiene que ver una columna griega con tu desmantelada iglesia?

—Nada y todo —replicó Esteban lentamente—. Ya lo ves, Pedro, he sido educado con hombres que, hasta cierto punto, se inclinaban al simbolismo. Roberto encontró el suyo en la solitaria estrella que puedes ver en el cielo, inmediatamente después del ocaso o precisamente antes de la salida del sol. Hay una simplicidad, una castidad, una espléndida belleza en esa estrella, ¿no te parece?

Pedro asintió, desorientado.

—Alberico era un guerrero. No es extraño, pues, que tomara como símbolos a una espada desenvainada y a una larga lanza de plata. Para mí, he tomado la columna griega.

Como Esteban hiciera una pausa, y denotara guardar silencio, Pedro insistió bruscamente:

—Bien ¿a dónde quieres llegar? ¿Qué tiene que ver todo este simbolismo con tu iglesia? Y, sobre todo, ¿qué tiene que ver esta conversación sobre la casta belleza con ese horror de Crucifijo pintado? Había oído hablar de que tú habías sacado el cuerpo y pintado una llamativa

imagen sobre la madera, pero ni siquiera por esto, llegué a imaginar lo que has hecho. ¡Es un horror!

Esteban se incorporó y contempló largamente a Pedro antes de preguntar: — ¿Has tratado de imaginarte, alguna vez, cuál habrá sido el aspecto de Cristo, colgando de la Cruz, esa espantosa tarde del Viernes? ¡El Calvario fue horrendo, Pedro! Cristo se retorció, torturado, y su Cuerpo, debió ser atado para que no se desprendiera del leño al contraerse en su agonía. Y, luego de haber observado la muerte de los hombres, sé que, cuando Jesucristo exhaló su último suspiro, no debe haber parecido hermoso. He pintado nuestras cruces de madera vívidamente, porque quiero que nuestros hombres comprendan, vívidamente, que Jesucristo ¡fue crucificado!

Pedro guardó silencio. Viendo Esteban que su argumento había dado en el blanco, cambió de táctica. — ¿Qué opinas del coro?

—No es exactamente musical, —dijo Pedro con su habitual franqueza—, pero es realmente ferviente. Tus hombres no cantan demasiado bien; sin embargo, rezan mejor que cualquier otro coro que yo haya oído. Sus voces no son, por cierto, las mejores de Francia, mas ponen el corazón y la mente en sus palabras. ¡Realmente rezan! Verdaderamente alaban a Dios. Me sentí edificado y estimulado.

—De manera que el aspecto de granero de la iglesia no los distrajo de su devoción ¿no es así? ¿No te dice algo esto, Pedro? Somos hijos de los sentidos. Necesitamos de lo externo; ¡pero no somos únicamente hijos de los sentidos! Creo en el ornamento, pero no en la ornamentación y, nunca por cierto, en la ostentación. Nuestra iglesia puede estar pobremente decorada, mas es necesario este desequilibrio para nivelar la balanza.

— ¿Es éste tu primordial propósito?

Esteban meditó un momento y, luego, respondió con calma: —No, Pedro. Ese no es mi propósito primordial. Para decir la verdad, no es, en absoluto, mi propósito. No pensaba en otras iglesias cuando "despojé la mía hasta dejarla desnuda", como tú dices: sólo pensaba en la Regla.

— ¿En la Regla? — explotó Pedro.

—Eso es todo, Pedro, la Regla. El espíritu de la Regla. La primera frase de "El Oratorio del Monasterio" es todo un volumen. Dice: "¡Que el oratorio sea lo que su nombre significa! Y que no se haga otra cosa allí, ni se guarde allí otra cosa". Para mí, esto significa dos cosas muy fundamentales. Dice a gritos: "¡Sé simple! ¡Sé pobre!" Por eso no ves ornamentación en

nuestra iglesia. La simplicidad y la pobreza exigen que esté tan poco adornada como una columna griega. La pobreza no permite la plata, el oro y las piedras preciosas; la simplicidad, no admite las vidrieras coloreadas y decoradas, ni los vasos y ornamentos que deleitan a los conocedores del arte. Fue la Regla lo que me movió.

Pedro se sonrió. —Me parece muy extraño que alguien de Cister hable del "espíritu" de la Regla. Hace ya más de diez años que el mundo se ríe de este lugar y llama a ustedes, fariseos, porque han estado tan ocupados con la letra de la Regla, que parecían ignorar su espíritu.

Esteban correspondió a esa sonrisa.

—Lo sé, —dijo—, pero el mundo no ha captado aún el espíritu de Cister—. Luego, inclinándose hacia su amigo, continuó: —Pedro, mucho antes de que Cister fuera fundada, antes de que Molesme fuera fundada, sí, aun antes de que Roberto fuera enviado a Colan, ya había sido concebido el ideal que ahora ves tan cerca de su realización. Desde el día en que el casto Lucero de la Tarde se convirtió en el símbolo de Roberto, la Pobreza y la Simplicidad fueron el ideal hacia el cual se encaminaron él y sus adeptos. Estoy haciendo lo que Roberto o Alberico habrían hecho, si Dios les hubiera dado tiempo. Actualmente, no hay en la iglesia nada que no sea casto, simple, necesario y pobre. Sé que Roberto sacudió el mundo monástico con el rigor con que cumplía la Regla. Sé que Alberico, con su espíritu de "no transigir", estremeció ese mundo. Mas, a pesar de lo que ese mundo piense o diga, mientras la Regla exija simplicidad y pobreza, todo en Cister será pobre y simple. Hemos vuelto a la letra para captar el espíritu. Ahora, estamos casi de regreso.

—¿Casi? —interrogó Pedro con una carcajada—. A mí me parece que ya han superado ese regreso; y que están bastante más allá. Pero, Esteban, debo admitir que esta visita y esta conversación me han abierto los ojos. Veo cuál es tu ideal y, ciertamente, lo estás realizando. No puedo decir todavía que simpatizo con ese ideal, pero reconozco que el mundo se ha reído demasiado fuerte y durante demasiado tiempo. Eres el mismo racionalista de antaño y tienes sólidos razonamientos para lo que suena por demás, irracional. Perdóname por lo que parece una censura, mas créeme, si te digo que esto es como vivir en otro mundo. No puedes imaginarte cuán frío y desnudo es este lugar, comparado con Cluny.

—Cuando lleve a cabo mi próximo movimiento, parecerá aún más desnudo y frío.

Pedro contempló a su amigo con un gesto irónico.

— ¿Estás dispuesto, deliberadamente, a hacer tambalear el mundo, Esteban? ¿Cuál es tu próximo movimiento?

—Si he entendido bien la Regla de Benito, él quería que sus monjes fueran cenobitas y, al mismo tiempo, que sus monasterios fuesen solitarios. De nuevo estoy apuntando al espíritu.

—Sí, y estás insinuando algo que no llego a comprender.

—Bien, —empezó Esteban—, cuando Benito estipuló expresamente que "un monasterio debe tener agua, un molino, una panadería, un jardín y los distintos talleres"... y, luego, agrega inmediatamente, "obviando así la necesidad de que los monjes salgan", yo no oigo decir más que: "¡Monjes, permaneced ahí!", ordenar claramente: "¡Mundo, quédate afuera!" En otras palabras, Pedro, la tercera estrella del firmamento cisterciense es la **Soledad**. Ahora, tienes el perfecto ideal de Cister: Simplicidad... Pobreza... Soledad.

—Prosigue, explícate, —exigió Pedro, que escuchaba con toda atención.

—Tú has visitado monasterios, Pedro. ¿Los has encontrado muy distintos a los castillos feudales? ¿No eran igualmente ruidosos con los caballos de los caballeros, los carruajes de los nobles, y las riñas de los siervos?

—Algunos son así, —admitió Pedro—. Pero no veo ni el más remoto peligro de que esta ciénaga se convierta en territorio feudal y, este pequeño monasterio, en castillo.

—No, mientras la Pobreza y la Simplicidad se mantengan; no obstante, la Soledad puede ser destruida. El Duque de Borgoña ha sido muy bueno con nosotros.

—Para tristeza de más de un monje, —rió Pedro—. Dicen que Hugo es tan cordial y generoso como lo fue su padre.

—Y tan piadoso, también, —añadió Esteban en un tono que hizo fruncir el ceño a Pedro. Esteban sonrió—. ¿Has visto esa mansión a la vera del camino? El monje asintió. —Odo la edificó para él y su séquito. Nunca perdió una festividad; llegaba a la vigilia y partía después de Vísperas. Su hijo ha hecho lo mismo. Voy a poner punto final a esas visitas.

— ¿Cómo? —gritó Pedro, incorporándose en su silla—. ¡Santo cielo, hombre! ¿Dónde está tu gratitud, tu prudencia, tu respeto por la nobleza, tu celo por la gloria de Dios, tu?...

— ¡Basta! —dijo Esteban, riendo y alzando una mano en señal de

protesta.

—Y pensar que esto es suave comparado con lo que dirá el mundo.

— ¡Pero, Esteban, tú estás loco! ¿Qué quieres decir con semejante cosa?

—Sin soledad no hay verdadero recogimiento; sin verdadero recogimiento, no hay verdadera oración; sin verdadera oración, somos cáscaras de huevo: ¡cáscaras de huevo vacías!

—Pero la nobleza sólo viene para las festividades, Esteban. Con seguridad, tu comunidad puede soportar esa pequeña distracción.

—Nunca conociste la Lanza de Plata, Pedro; de lo contrario, no hablarías así. Sólo tenía un clamor: "¡No transigir!"

—Mas ¿cómo te atreves a recibir los dones y despedir al donante? Odo edificó este monasterio y lo sostuvo por años. Él fue el verdadero fundador y Roberto, solamente la autoridad monástica. Y, ahora, quieres echar a su heredero de la casa que su padre levantó.

—Tú no sabes todo lo que hizo Odo por nosotros, Pedro, —admitió Esteban—. Estábamos librando un combate cuando él nos encontró. Envió hombres y materiales y edificó nuestro monasterio. Pero eso fue sólo el comienzo; nos donó praderas y el ganado que, en ellas, pastaba. Instaló granjas y las pobló con siervos. Nos obsequió con viñedos escogidos y nos dio sus más hábiles obreros para que los cuidaran. Pues, sí, casi la mitad de nuestros hermanos legos, eran vasallos del Duque. Amaba este lugar como una madre ama a un hijo atribulado. Yace ahí, sepultado entre la hermandad, de la que realmente, fue un padre. Su hijo, el Duque Hugo, ha seguido los pasos de su padre. Es nuestro poderoso protector y nuestro muy generoso amigo y, sin embargo, antes de que pase esta semana, voy a decirle que ya no puede venir con su comitiva a celebrar aquí las festividades.

—Pero ¿por qué? —exclamó el excitado Pedro—. Esta es la locura más grande que jamás he oído. Estás aboliendo un privilegio que tiene siglos de antigüedad. Estás insultando a la nobleza. Estás mordiendo la mano que te ha dado de comer, Esteban. Esteban ¿qué significa esta locura?

La sonrisa del Abad se ensombreció algo, al contestar: —Significa que estoy completando la rebelión iniciada por Roberto. Significa que soy bastante racionalista como para ser tan radical como lo fue Alberico. Significa que la pureza de la Regla, letra y espíritu, será el orgullo de Cister.

Pedro sacudió tristemente la cabeza. —Significa que vas a hacer que todo el mundo monástico y toda la nobleza de Borgoña revoloteen alrededor

de tu cabeza como avispas enfurecidas. No. No, Esteban, la Regla no exige esta locura.

—Pedro, —dijo el Abad gravemente—, acabas de señalar lo que yo ya he previsto. El único que no se ofenderá es el hombre que tú consideras más ofendido. Yo espero que el Duque Hugo comprenda. Podría hablarte largamente sobre los minúsculos gérmenes mundanos, que se introducen en el corazón monástico y lo roen en silencio hasta consumir su verdadera substancia; mas no lo haré. Podría decirte el efecto que produce la atmósfera, el medio, el desgaste, en todo lo creado, hasta en el corazón monástico; mas no lo haré. Podría hablarte sobre el verdadero ejército de distracciones que puede provocar la más mínima ojeada al fausto, a la pompa, al colorido, inseparables de un duque y de su séquito; pero no lo haré. Me limitaré simplemente a preguntarte si has leído ese pasaje de la Regla que cité hace un rato y, luego, te aconsejaré que te preguntes a ti mismo si Benito no clama: "¡que haya una completa separación del mundo, que haya estricta clausura!"

—Pero aquí no entra ninguna mujer...

— ¡Ay!, Pedro, esto es lo que yo llamo ser literal. Este es el fariseísmo más puro. El claustro no quiere decir: "¡Mujer, quédate afuera!" sino "¡Mundo, quédate afuera!" Y, permíteme que te diga que Cister será de clausura.

—Es innecesario, Esteban, —fue el comentario final de Pedro—, completamente innecesario. Vas más allá de la rigidez de la Regla. Estás pecando contra la moderación, la gratitud, la reverencia...

— ¿No crees realmente que muchos hacen hincapié en la moderación, Pedro? ¡Mira! —dijo levantando el Crucifijo—. Aquí no hay mucha moderación, ¿no es cierto? Cristo pudo haber redimido el mundo con una gota de su Preciosa Sangre, y, sin embargo, ¡se desangró! ¡Y, a pesar de esto, hay cristianos que predicán moderación! Siempre me ha parecido que son muy poco moderados al insistir tanto en la moderación.

—Noto que todos tus argumentos terminen con Cristo y la Cruz.

— ¡Tu vista es corta, Pedro! ¡Empiezan allí! Benito dijo: "¡Que nada se prefiera al amor a Cristo!"

El monje no se impresionó. Permaneció sentado, sacudiendo la cabeza. Finalmente, levantó la vista y preguntó: — ¿Has calculado lo que te costará; Esteban?

— ¡Hasta el Último centavo! —exclamó el Abad—, y estoy dispuesto

a pagarlo.

—Este movimiento será la culminación, —dijo Pedro— hábitos blancos; comida escasa; trabajo de siervos; letra de la Regla, iglesia desnuda y, ahora, desalojo de la nobleza. Por cierto, que proporcionas sorpresas al mundo.

—Estás elogiando a quien no lo merece, —sonrió el Abad—. Debes rendir tu homenaje a Benito de Nursia. Yo sólo me limito a seguir su Regla.

—Y ¿qué sigo yo?

El Abad se incorporó. —La campana que acabamos de oír, llama para la lectura antes de Completas. Siéntate a mi lado, con tus flotantes vestiduras blancas; y, mañana por la mañana, durante tu meditación, podrás responder a tu propia pregunta.



## Capítulo II

### ESTEBAN PLANTEA UN PROBLEMA AL CIELO

A la mañana siguiente, Pedro vistió su hábito negro. Se sentía mejor en él. Al disponerse a montar, se detuvo con el pie en el estribo y se volvió hacia Esteban: —Me alegro de que haya llovido, Esteban, y me alegro de haberme mojado. Esta visita ha sido, en muchos sentidos, una bendición. Ahora entiendo un poco a Cister—. Y, al instalarse en la montura, sujetó su caballo que caracoleaba, inquieto, miró, sonriente, al Abad y continuó: —Pero me alegro de volver a casa.

—¿No te ha gustado Cister? — preguntó Esteban.

—No digo eso, —replicó Pedro, refrenando al animal—. Digo que amo a Cluny. Mi última estocada es ésta, Esteban: has justificado todo en este lugar, hasta la iglesia desnuda. Eres aún el racionalista. Pero no seas tan irracional como para despedir al Duque.

Esteban, riendo, alzó su mano en una bendición y dijo: —Espero que pronto las nubes vuelvan a abrirse. Eres bastante grande como para saber que debes entrar a guarecerte de la lluvia. Da al Gran Abad mis sinceras expresiones de estima y caluroso afecto. Dile que nosotros no condenarnos Cluny; pues, así como "en la Casa de mi Padre hay muchas mansiones", debe haber muchos monasterios en la tierra. Pídele, entonces, que no se impresione demasiado cuando despida al Duque.

—Así que estás dispuesto a hacerlo.

—Lo haré — contestó Esteban, con un resuelto ademán de cabeza.

—Para mal o para bien, eres un hombre que sabe lo que quiere—, respondió Pedro con una sonrisa, y luego añadió: —Juntos hicimos nuestra peregrinación a la Ciudad Eterna, Esteban; nuestro peregrinaje a la Ciudad de la Eternidad, lo haremos...

—Juntos en espíritu, — interrumpió Esteban. Adoramos al mismo Dios y nos encaminamos hacia la misma meta, Pedro. Agradezco mucho a Dios el que te haya permitido pasar la noche con nosotros. Ruega por mí

cuando despida al Duque; luego, a la noche siguiente, únete a mí en espíritu; pues estoy seguro de que será muy negra. Mas la Simplicidad, la Pobreza y la Soledad deben brillar en Cister, como brillan las estrellas en la oscuridad de la noche.

—Eres testarudo. Esteban, —rió Pedro—, pero estaré contigo—. Y, clavando las espuelas en el animal, trazó el Signo de la Cruz sobre la cabeza del Abad de Cister.

Antes de que transcurriera la semana, Esteban había hablado con el Duque. Su Excelencia le prestó la mayor atención, y trató, en lo posible, de comprender al Abad. Su gran temor era que él, o sus hombres, hubieran ofendido en algo; tranquilizado sobre este punto, pudo dedicar más atención a lo que Esteban deseaba explicarle. Cuando éste le habló de la suprema ambición del contemplativo —unión íntima con Dios— comprendió el deseo de soledad de Esteban. Antes de que terminara la conferencia, Hugo comprendió que siempre sería bien recibido como visitante; que la Regla preveía, explícitamente, los huéspedes del monasterio; pero lo que no preveía la Regla era el bullicio y el alboroto que siempre van unidos a una gran reunión de personas y la distracción que produce el inevitable colorido del séquito de un Duque.

Hugo admitió este principio y aceptó su aplicación. Previno, sin embargo, a Esteban, dos cosas: primero, que provocaría cortantes críticas hasta de aquellos que le habían demostrado simpatía; y, segundo, que se malquistaría con la nobleza. Llegó más lejos aún y recordó que Cister sólo había conservado la tierra que podía cultivar por sí misma, rechazando toda esa fuente de ingresos; que se había privado voluntariamente de todo lo que otros consideraban legítimos medios de subsistencia. Insistía en mantenerse por sus propios medios. ¿Qué haría si llegaran los malos tiempos? —El hombre necesitaba amigos: los monasterios, también—, advirtió.

El Abad replicó que había pesado todo eso y que estaba dispuesto a afrontar todo, si el Duque no se ofendía. Hasta llegó a admitir que no era buena política atacar una costumbre largamente arraigada; pero insistió en que los principios no permitían otro camino.

Hugo acató los deseos del Abad. Antes de que llegara la próxima festividad, comunicó a sus íntimos que no podrían seguir celebrando las fechas solemnes en la Abadía. Cuando les explicó las razones, despertó terrible indignación cuyo fuego barrió con toda la simpatía que había inspirado el pequeño monasterio de las ciénagas.

Pedro profetizó que Esteban atraería alrededor de su cabeza un

zumbante enjambre de avispas; mas probó ser un falso profeta. Es cierto que hubo mucho zumbido, causado por nobles y monjes enfurecidos como avispas, mas el zumbido no rodeó a Cister. No; el pequeño monasterio quedó severamente aislado. Los nobles se apartaron con tanta decisión como el niño quemado se aparta del fuego.

Pero este aislamiento, al principio, sólo produjo alegría en los hombres de la ciénaga. Como el Duque aceptara, con tanta dignidad, la situación, Esteban comprendió que la rebelión había llegado a su completa realización. Las mitigaciones desaparecieron; todos los compromisos quedaron rotos; Cister se mantuvo con su propio trabajo; la Simplicidad brillaba en el Oficio, en la Misa y en todo el monasterio; la Pobreza reinaba sobre todas las cosas y la Soledad fue asegurada al fin. Si alguna vez ha gozado un hombre del más perfecto clima para vivir solo con Dios, ese hombre, pensó Esteban, era el monje de Cister. Contenido el mundo más allá de sus muros y encerrado, el monje, dentro de ellos, el lugar se convirtió en un verdadero Paraíso de oración; y la naturaleza del terreno, con sus bosques y ciénagas, con su húmedo y pantanoso suelo, lo hacía un verdadero Purgatorio de penitencia, puesto que un monje tenía que trabajar, si quería vivir.

Antes de que el ardiente julio terminara, sin embargo, Esteban comenzó a preocuparse. Sus monjes estaban libres de distracciones, gracias al desalojo del Duque. Pero él estaba lejos de sentirse libre; día a día, aumentaba su preocupación. Pues julio, realmente ardía al aproximarse agosto y, hasta el enlodado, pantanoso, siempre húmedo Cister, estaba reseco. Las legumbres no crecen entre el polvo y el Abad empezó a temer por su cosecha. Al finalizar septiembre, sus peores temores se confirmaron: la cosecha se perdió y pronto se hizo evidente que el pequeño grupo de hombres, perdido en los bosques, no podría obtener ni el escaso alimento que prescribe la Regla de San Benito. De modo que, antes de que cayeran las hojas y noviembre se pusiera gris, Esteban, que había alejado al mundo, tuvo que salir a ese mundo a mendigar. De castillo en castillo peregrinó y, si bien fue recibido con reverencia, también es cierto que no se le dio calurosa acogida. La nobleza se había sentido ultrajada por su proceder. Algunos le ayudaron, persuadiéndolo de que la sequía del verano había sido universal. Esteban aceptó los escasos dones con agradecimiento y se retiró, como había llegado, ¡con una sonrisa!

Mucha risa burlona provocó el Abad y su sonrisa. Los nobles y monjes, que profetizaban la ruina de Cister, conocieron un momento de triunfo, ya que sólo era cuestión de tiempo el que se cumpliera totalmente

esa profecía. ¡El siglo XII, era el siglo XII y no el VI! Ahora, la Regla de San Benito debía ser interpretada y no leída literalmente. ¡Cister volvería, muy pronto, a convertirse en ciénaga! Así hablaron y hablaron; pero, por exultantes que estuvieran, no pudieron liberarse de la intriga que les produjo esa eterna sonrisa en el pálido y consumido rostro del Abad.

Mas una mayor intriga tuvieron esas almas simples que contemplaron el crecimiento de la Abadía y se maravillaron del celo de sus monjes. He ahí hombres, que habían dado todo lo que puede dar un hombre, para glorificar a Dios del modo más generoso. He ahí hombres, que se habían elevado sobre la mediocridad del mundo que los rodeaba y sobre la indolencia que existe en el fondo de toda alma humana. He ahí hombres, que habían batallado durante todo el camino para llegar a la cumbre de la heroica vida cristiana; hombres, que habían llevado al claustro la caballeridad y la hidalguía; hombres, que se habían arrojado a los pies de Dios, en holocausto. ¡Y su recompensa inmediata era la aflicción! Esas almas simples y sinceras estaban más que intrigadas ante la sonrisa de Esteban: estaban absortas. ¿Cómo osaba, ese hombre, sonreír, frente a una situación semejante?

Nunca supieron empero cuál era la secreta fuente de esa tranquilidad; puesto que nunca conocieron la acendrada devoción que el Abad profesaba a la Madre de Dios. Ella le había narrado su propia historia: ¡cómo, después de responder a la Salutación del Angel con un generoso "Fiat!", que brotó del fondo de su alma, se convirtió inmediatamente en la Madre de los Dolores! Esa fue, para Esteban, la lección de su vida. Volvía siempre a recordar los hechos que aprendiera en las rodillas de su "Señora"; cómo, cuando ya su Niño estaba próximo a nacer, fue obligada a dejar su casa y a encaminarse a una ciudad de posadas repletas y puertas cerradas; cómo, apenas hubo dado a luz al Salvador del mundo, tuvo que cruzar las arenas del desierto y alojarse entre los innumerables dioses que pueblan las orillas del fecundo Nilo; cómo perdió a su Hijo, cuando tenía doce años; cómo a los treinta, la abandonó, a los treinta y tres, lo sostuvo, ensangrentado y yerto, afuera de la ciudad coronada de templos y morada de su Pueblo Elegido. En las rodillas de María, Esteban aprendió a decir "Fiat", a sufrir y sonreír.

Mas también aprendió de María otra lección. La había observado en unas bodas, presentando los hechos a su Hijo y pidiéndole el milagro. Esteban sería también como Ella, en esto. ¡Plantearía un problema al Cielo! Si el agua pudo ser transformada en vino, sólo para salvar a una

joven pareja del ridículo, seguramente tres centavos podían cambiarse en algo más valioso para una comunidad hambrienta. De modo que antes que llegaran las nieves del invierno, cuando supo que tendría lugar una feria en Vézelay, llamó a un obediente monje y le dijo: —He registrado toda la casa, y éste es todo el dinero contante y sonante que he podido encontrar—. El monje extendió la mano y Esteban puso en ella tres centavos. Cuando el monje le miró, le dio esta orden: —Ve a Vézelay; hay allí una feria. Compra tres carros. Para cada carro, compra tres caballos. Carga, luego, esos carros con ropa, alimentos y todo lo que necesitamos. Vuelve, después, a nosotros en alegría y prosperidad.

El monje contempló su mano. Las tres monedas parecían increíblemente pequeñas. Entonces miró a su Abad. Esteban sonreía. El monje no contestó a esa sonrisa. Miró nuevamente su mano. Riendo, Esteban lo tomó del brazo, caminó hasta la puerta y, dándole un leve empujón, dijo: —Ve. Dios proveerá.

El monje fue. Por supuesto, estaba intrigado, muy intrigado. En el camino, comenzó a sospechar que, tal vez, el hambre hubiera alterado las facultades mentales de su Abad. Mas continuó su camino, pues, en un verdadero religioso, la obediencia es instintiva. No obstante durante la jornada sacó varias veces las tres monedas, las contempló, sacudió la cabeza, miró hacia los cielos y suspiró: — ¡Oh, Dios! Tendrás mucho que proveer. Tres carros, nueve caballos, toda la ropa y los alimentos que necesitamos. ¡Y todo por tres centavos! ¡Oh!

Cuando llegó a Vézelay, puso la mano en el bolsillo para asegurarse de que las tres monedas estabais allí. Al encontrarlas, se sintió más tranquilo. Luego, hizo lo lógico: buscó a un amigo para narrarle toda la triste historia y ganar su compasión. Encontró la casa, entró, sacó las tres monedas y dijo: —Mira lo que tengo para conseguir cuanto se precisa en Cister—. Y, con un significativo movimiento de cabeza hacia los centavos que tenía en la extendida palma, contó a su amigo toda la historia.

En el momento de terminar, éste se golpeó la rodilla, se incorporó súbitamente, tomó al desesperado monje por el brazo y exclamó, excitado: — ¡Ven! Conozco el hombre que debe ver tus monedas y oír tu historia. ¡Ven!

Salieron de la casa. El amigo arrastró al monje por la calle y a través de un gran parque, hasta llegar a una espaciosa mansión. Allí, con muy poca ceremonia, lo acercó al lecho de un hombre muy enfermo.

La historia fue narrada en pocas palabras y el enfermo, después de oírla, se incorporó y, con débil y temblorosa voz, dijo a su esposa: —Da a este monje todo el dinero que necesite. Cister tendrá sus carros, caballos y todo lo necesario—. Luego, recostándose nuevamente en la almohada, murmuró: —Diles que recen por mí.

Al día siguiente, Esteban y la comunidad salieron en procesión a encontrar al hombre que conservaba las tres monedas, pero que traía tres carros, cada uno con sus tres caballos, repletos con lo que Cister precisaba. Al devolver las monedas al Abad, exclamó: — ¡Dios proveyó; pero, realmente, tuve miedo! Esteban se limitó a sonreír. Sabía que María no había olvidado cómo conseguir favores de su Hijo.

Sin embargo, esos tres carros cargados sólo mantuvieron a la comunidad durante el invierno. Cuando los vientos de marzo comenzaron a soplar, llegó la enfermedad. Detrás del hambre, la peste rondaba en acecho. Cister no fue dejada de lado. Luego, por primera vez en treinta años, la sonrisa de Esteban se desvaneció. El hambre y la verdadera necesidad no conmovieron su confianza; ¡pero la muerte sí! Una tétrica inquietud asomó a sus ojos, habitualmente diáfanos, y su frente, siempre plácida, se ensombreció cuando el Torvo Espectro, con implacable regularidad, penetró en la iglesia y fue vaciando sitial tras sitial.

Los novicios nunca habían sido numerosos y no todos los que llegaron, perseveraron. Después del desalojo del Duque, la afluencia se detuvo por completo. En la iglesia, Esteban se veía obligado a mirar las cada vez más raleadas filas del coro y oír el siempre decreciente volumen de voz. Su preocupación se hizo más profunda. Semana tras semana debía arrodillarse ante tumbas recién cavadas; las cruces aumentaban en el camposanto y el conturbado Abad empezó a temer que, pronto, Cister se convertiría en una casa encantada con un cementerio repleto.

¿Habían sido acertadas las críticas? ¿Acaso él, Alberico y Roberto habían ido demasiado lejos y exigido demasiado? ¿Estaba él absolutamente equivocado en la nueva creencia de que habían surgido para sacudir la complacencia del mundo monástico de la época? ¿Es que seis siglos habían cambiado de tal manera, a los hombres que ya no podían observar la Regla de Benito? ¿Es que Dios mismo estaba disgustado con la arrogancia de Cister? De lo contrario ¿qué significaban estos trece años de relativa aridez y, ahora, esta devastadora mortandad? El ceño se hizo más profundo y la duda, más amarga.

Recordó lo que Alberico había dicho acerca de los hijos de los Cruzados con el espíritu de los Cruzados. No habían venido. ¡No, no habían venido! ¿Se habría equivocado Alberico?

Recordó lo que Roberto decía sobre el Lucero de la Tarde, su Lucero de la Tarde, tan apartado y solo. "Otros vendrán, después de él", había dicho. "Pero antes de que esto suceda, tendremos que estar en tinieblas".

— ¡Oh, Dios! —clamó Esteban—, estamos en tinieblas, ¡en las más profundas tinieblas! Y, mientras así clamaba, llegó hasta él el lúgubre y estremecedor sonido de la matraca, anunciando que la Muerte había vuelto a llamar. — ¡Oh, Dios amado! —murmuró Esteban—, ¡cada vez está más oscuro! Ha llegado el momento de atreverse, de llegar a lo desesperado.

Habiendo tomado esta firme resolución, Esteban se encaminó al lecho del moribundo. Luego, en un silencio que estremecía los nervios, dio una orden que llenó de temor hasta el corazón de los más audaces.

—Hermano Félix, —dijo—, en virtud de la obediencia que me debes, yo te ordeno que vuelvas después de la muerte y nos informes acerca de nuestro modo de vivir, para saber si es o no agradable a los ojos de Dios.

El monje murió y algunos días transcurrieron sin que nada sucediera. Esteban empezó a asustarse. ¿Había sido demasiado temerario? ¿Habría sido arrogante al plantear ese problema al cielo? Mas ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba tan a oscuras que se vio obligado a ello. Su horizonte estaba en tinieblas y debía mandar alguien a la Fuente de toda luz. Luego, un día en que todos trabajaban en los campos, con Esteban a la cabeza, dio la señal para el acostumbrado breve descanso que tomaban a mitad de la faena. Apartándose a un lugar donde podía estar solo, se encontró súbitamente en medio de un haz de luz. Sobresaltado, irguió la cabeza y tropezó con los ojos de Félix, el hermano a quien había ordenado que volviese de entre los muertos. Esteban, dejando escapar un grito ahogado, cayó de rodillas. Pero Félix, sonriente, le dijo: "Desecha toda duda, Reverendo Padre, y ten por seguro que tu modo de vivir es santo y muy grato a los ojos de Dios. Más aún, tu dolor por la falta de hijos pronto desaparecerá: pues muchos llegarán a ti, hombres de noble cuna e ilustrados. Sí, y como abejas que enjambran apresuradas y abandonan la colmena, ellos volarán y se diseminarán por muchos países."

¡Esteban recuperó la radiante sonrisa de antaño! El ceño desapareció de su frente y las nubes se disiparon de sus ojos. Parecía el joven y

entusiasta Esteban, que oyó hablar a Alberico de los hijos de los Cruzados, que heredarían el espíritu de los Cruzados. Parecía más joven aún; parecía el muchacho que contempló el Lucero de la Tarde y oyó a Roberto profetizar sobre las otras estrellas que aparecían, una vez disipadas las tinieblas. Entonces, golpeándose el pecho, murmuró:

— ¡Oh, tú, hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado? Perdóname, Señor.

Esa misma tarde, de pie frente a su ventana, contempló los cielos. Con la palidez del occidente, apareció el brillante fulgor del Lucero, lleno de hermosura, pero completamente solo. Esteban continuó con la vista fija en el firmamento, observando cómo avanzaba la oscuridad sutil e imperceptiblemente. En el lejano azul, descubrió pequeñísimas anémonas de plata que abrían sus cinco bellos pétalos. Hacía largos años que no contemplaba el florecimiento de los cielos de zafiro y le pareció que lo miraba por primera vez. Se sorprendió cantando en voz baja: "*Coelli enarrant gloriam Dei*", "Es la gloria de Dios lo que narran los cielos". Sus ojos se humedecieron y la plateada magnificencia brilló suavemente a través de sus lágrimas.

—Roberto tenía razón. Las estrellas aparecen después de la oscuridad—, pensó. Y, luego, alzando su rostro, rogó—: Pero, ¡oh, amado Dios! ¡Hemos estado en tinieblas, en profundas tinieblas y me he sentido muy solo! Roberto se fue. Alberico murió. Hemos perdido nuestros benefactores. Llegó la Pobreza; luego, la necesidad, la mendicidad, el hambre. El sufrimiento fue seguido por la enfermedad y, a ésta, siguió la muerte. Sí, fueron días muy negros, Señor mío. ¡No había estrellas entonces! Mas yo no debía dudar. Perdóname por haber tenido poca fe. Ahora sé que sólo después de las tinieblas, comienzan a aparecer las estrellas.

Al día siguiente, Esteban se dirigió al rincón más lejano del pequeño campamento y se detuvo junto a la tumba de Alberico:

—La hoja de su vida cayó—, pensó—, y, al caer, era roja como una llama. Muchos, muchos han caído desde entonces y, a mi alrededor, el suelo está cubierto. Te doy gracias, Señor, porque todos cayeron en la misma forma: todos se transformaron y adquirieron la roja belleza de la llama. Mas el árbol de donde provenían, quedó desnudo y yo me asusté. Había llegado el invierno. Alberico hablaba del espíritu de los Cruzados, pero de aquellos que lo tenían, muy pocos habían quedado. Los escudos del Sagrado Corazón yacían golpeados y rotos y no había brazos fuertes



para levantarlos. Ha llegado la primavera y la tierra se ha puesto blanda alrededor de su tumba. El árbol del que cayera la hoja escarlata, está, ahora, cubierto de tiernos brotes verdes. La brisa que llega de los bosques es más cálida y la esperanza —la esperanza de la juventud— llena ahora mi corazón. Echo mucho de menos al anciano Lanza de Plata, cuando me acerco a su tumba, lo siento muy cerca y me infunde valor. Debo completar su obra. Dios ha dicho que vendrán nuevos hombres, y no tengo la menor duda de que ellos serán los que Alberico prometió y profetizó: hijos de Cruzados, con espíritus de Cruzados.

De rodillas, oró desde lo más íntimo de su ser:

— ¡Oh, Dios! concede que los que vengan lleguen a ser lo que fue ese hombre: fuertes, rectos y sinceros. ¡Y que cuando lleguen a caer, caigan del mismo modo que él! Como una llama.

Naturalmente, el mensaje de Félix embargó el ánimo de Esteban. Caviló y caviló sobre él: "Hombres de noble cuna e ilustrados", había dicho. Esteban amaba la primera palabra: "hombres"; sí, quería hombres, verdaderos hombres; pues sólo hombres de esa clase aceptarían y soportarían la vida de Cister. Era un mundo áspero, el pequeño monasterio de las ciénagas y en él no había lugar ni para afeminados ni para inútiles. Era un mundo que exigía pasión, pero que no dejaba tiempo para sentimentalismos. Era un mundo que hería lo más recóndito del corazón del hombre y despertaba su fuerza y su coraje. Por eso, Esteban encontraba de su agrado la primera palabra del mensaje: pues bien sabía que el hombre viril puede ser conducido a la más alta virtud y, el hombre fuerte, a la más suprema santidad. Daba gracias a Dios por esa palabra, en la que estaba latente la promesa de hombres fuertes y varoniles.

Las cualidades que Félix añadió al mensaje, hicieron soñar a Esteban. "Hombres de noble cuna", había dicho. Esteban recordó una reflexión que había hecho a Roberto muchos años atrás. Estaban discutiendo sobre Alberico y el misterio que envolvía su linaje. Esteban había reído de su Abad, diciendo: "¡Aunque Alberico haya nacido del más humilde de los siervos, es un noble!" A Esteban no le preocupaba mucho de dónde provenían los hombres. Le interesaban lo que eran. Luego pensó que su tan usado ejemplo servía para todo. La buena educación y el buen ambiente "templán" el alma y modelan el carácter, así como un ambiente corrompido y una mala educación pueden manchar a los más puros y torcer a los más rectos. Poco a poco, el primer calificativo pareció mejor a Esteban. **Noblesse oblige** era el lema que había impulsado a todos los

caballeros del mundo a realizar actos de magnífico e inmortal heroísmo. ¿Por qué no podría impulsar a las almas de los nobles hasta las más descollantes alturas de la santidad, desde la humildad del claustro? El argumento pareció sólido y hasta llegó a alegrarse de ese primer calificativo.

El segundo, sin embargo, no le pareció adecuado: "hombres ilustrados". ¿Para qué servía la ilustración en un mundo como Cister, donde, desde los cimientos hasta el tejado, era la esencia de la simplicidad? ¿Para qué puede servir la ciencia a hombres cuyo único trabajo consiste en alabar a Dios con los Salmos de David y humillarse, como siervos, regando la tierra con el sudor de su frente? ¿Para qué sirve el saber en un mundo cuya única ciencia es la ciencia de los Santos? Esteban frunció el ceño. ¿Qué significaría ese calificativo? El mismo era considerado un "hombre de ciencia". Había pasado los años de su juventud en las escuelas, primero en Inglaterra, luego en Irlanda y, finalmente, en Francia. Y, sin embargo, le parecía que no había estado en una verdadera escuela hasta su entrada en la Abadía de Molesme y se esforzó en olvidar la ciencia que había adquirido al dedicar todo su tiempo a aprender a seguir las huellas del Nazareno. ¿De qué sirve la erudición a un humilde monje?

Al llegar a este punto, Esteban dejó de preocuparse y abrió sus ojos, sorprendido de sí mismo. ¿Qué le sucedía? ¿Había comenzado él el "proceso de desgaste"? ¿Se había apoderado de él el ambiente, y lo suggestionaba? ¿Había penetrado en su subconsciencia tan repentina e inexacta frase: "El saber no ayuda a la santidad"?

Sentado frente a su escritorio, meditó sobre el problema. Es cierto que Dios es Caridad; pero el Hombre-Dios no se calificó así. Sus palabras fueron: "¡Yo soy la Verdad!" Cristo dijo que Él era la Verdad; lo mismo puede decirse de la Divinidad. Dios es la esencia de la Verdad. De lo que se deduce, se dijo Esteban, que al captar la más mínima verdad, sea cual fuere, se capta a Dios de manera más firme y cabal. Y, para eso, vive un monje. Quiere captar a Dios; su vida no es otra que la continua búsqueda de Dios. La Eternidad será su perpetua unión con Aquel que ha anhelado hallar. Todo, en consecuencia, desde la abstracta verdad matemática de que dos más dos son cuatro hasta la más sutil, pura y refinada noción metafísica, contenida en el concepto de la esencia de Dios, deben relacionarse entre sí. Son, por ello, manifestaciones del Ser que amamos y adoramos. De ahí que, cuanto más agudo es el intelecto, más perfecta es la santidad alcanzada.

—Eso es una verdad más grande que la de "el saber no ayuda a la santidad", dijo Esteban en voz alta.

Pero, como era un verdadero racionalista, se preguntó: Si en lo especulativo es así, ¿lo es también en el orden práctico? Mi educación ¿me ha ayudado en mi lucha por la santidad? No había reflexionado mucho, cuando una amplia sonrisa iluminó su rostro, pues comprobó que, en efecto, lo había ayudado inmensamente. Más aún, comprendió que siempre ayudaría; porque cuanto más ardiente es la fantasía, más viva la imaginación, más aguda y rápida la percepción, la comprensión de la verdad sería más firme y cabal. Esteban estaba realmente sumergido en sus pensamientos. No se puede asir a Dios con las manos, se dijo. No podemos estrecharle contra nuestro pecho ni abrazarlo con nuestros brazos. No. Es Espíritu y sólo puede ser sostenido por el Espíritu. ¡Por eso el intelecto es de tan capital importancia en la vida espiritual! La santidad es un producto de la cabeza y del corazón, no del corazón solamente.

Esteban acercó la silla al escritorio. El tema merecía atención, pues nunca, hasta entonces, había comprendido la importancia del intelecto. Veía ahora, que la voluntad es un hombre ciego a quien conduce la única facultad del alma que tiene vista. El amor es el resultado del conocimiento, reflexionó. Luego pensó en la fe y se entusiasmó al definirla como un **asentimiento intelectual** y no como una palpitación del corazón o un desborde del sentimiento. Es la mente lo que interesa, casi gritó. Pues es la mente lo que actúa como timonel del monje, conduciéndolo por entre los remolinos y las rocas, apartándolo del Scilla de las triviales expresiones de piedad y de las afeminadas efusiones de los sentimientos, y del Caribdis del frío, duro y mecánico cumplimiento del deber. Un monje no debe ser ni un estoico ni un bullicioso surtidor; debe ser un ser racional. La mente debe ser su mentor. ¡Tiene que ser así, por cierto; pues la fe, la esperanza y la caridad dependen de la facultad que **comprende!**

Esteban se reclinó en su asiento y sacudió la cabeza con sincera aprobación. Veía ahora por qué algunas almas se sentían abrumadas al ingresar en la vida religiosa y comenzar su búsqueda en la intimidad con Dios. Su voluntad era firme; sentían ansias por unirse a la Divinidad; deseaban captar a Dios y estrecharlo contra su corazón. ¡Mas su mente estaba equivocada, pues no eran hombres ilustrados! Creían que un abismo infinito los separaba de Aquel que los creó y murió para salvarlos. Nunca comprendieron la relación de todas las cosas con el Absoluto. No supieron nunca que el camino que conduce a Dios es la ancha vía del universo y

que, de cualquier lugar donde se comience y a cualquier lado donde uno se dirija, los pasos conducen siempre a Dios.

—Esa es la verdad, —musitó Esteban—. No eran hombres de estudio y por eso, no pudieran leer las señales que la Providencia de Dios ha colocado a lo largo del camino. Nunca aprendieron que toda criatura viviente, desde la pequeñísima violeta que se mueve, agitada por la brisa, hasta esas asombrosas esferas celestes que giran en la inmensidad de los cielos, es un índice que señala directamente a Dios.

— ¡Qué sutil herejía se extiende por el mundo religioso! —exclamó Esteban—. Muchos confunden simpleza con estupidez. Consideran a la ciencia como aun enemigo de la santidad. Creen firmemente que un hombre intelectual no puede ser humilde—. El Abad sonrió—. Si no fuera tan trágico, resultaría gracioso. ¡Me imagino qué pensarán del intelecto de Cristo; ya que no pueden negar su humildad!

Desde ese día, el mensaje de Félix complació grandemente a Esteban; pero también agitó su impaciencia. Sonrió y rezó mucho esos días y su oración más ferviente fue para que se le concediera paciencia. Después de meditar largamente sobre cada una de las frases del mensaje, llegó a la conclusión de que cada calificativo tenía su lugar en Cister. Y como tenía la seguridad de que su modo de vivir era grato a los ojos de Dios, el único problema que le restaba era mantener la calma hasta que el Cielo cumpliera su promesa. Era un problema que había planteado al Cielo.

## Capítulo III

### EL CIELO PLANTEA UN PROBLEMA A ESTEBAN

El ayuno de la Cuaresma había pasado ya y Esteban, con su puñado de hombres, cantó las primeras "Aleluyas" de Pascua, llenos de regocijo por la triunfante resurrección de Cristo. Era un grupo pequeño, más reducido que nunca, pero la alegre esperanza que llenó a Cister desde el día que Esteban recibió la visita de Félix, se mantuvo viva en todos los corazones del monasterio. Todos rezaron para tener paciencia como su Abad, mas día a día la paciencia se tornó difícil, a pesar de su radiante esperanza. Las austeridades del tiempo de penitencia no hicieron mella en esa esperanza, mas el amanecer de Pascua trajo a todos la calma, aun hasta al Abad.

Una tarde, poco después de que el primer alegre "Aleluya" brotara de su gozoso corazón, Esteban se encontraba frente a su escritorio, estudiando la Revisión que había hecho de la Biblia. Estaba absorbido por su trabajo, cuando se oyó un breve y nervioso golpe en la puerta y el jadeante portero irrumpió con una exclamación en sus labios:

¡Han llegado!

El Abad alzó los ojos. Había estado perdido en sus pensamientos.

— ¿Quiénes? —preguntó con calma.

¡ Los hombres de noble cuna e ilustrados! El libro cayó de las manos de Esteban y su pulso se aceleró.

— ¿Cuántos? —interrogó.

Treinta y dos—, gritó el excitado portero.

Esteban se encaminó a la puerta con tanta calma como le fue posible, pero su esfuerzo era notorio. El color brillaba en sus mejillas, habitualmente pálidas y en sus ojos se reflejaba una vivacidad fuera de lo común. El portero abrió la puerta, de par en par y los treinta y dos nobles contemplaron un majestuoso Abad que apareció en el marco, sonriente.

Era todo cuanto Esteban podía hacer en ese momento. Delante de él los nobles permanecían alineados, desde aquellos adolescentes, de trece años apenas, hasta los maduros que habían pasado los cincuenta y cinco. Esteban los miró a través de una niebla, pues las lágrimas de alegría se rehusaban a ser contenidas. Con asombro, supo que todos esos hombres estaban unidos por lazos de sangre y de íntima amistad. Su vocero era un joven hermoso, de cabellos claros, grandes ojos y arrogante figura, de unos veintidós años. Su nombre era Bernardo y venía de Fontaines. Era vástago de una de las mejores familias de Borgoña. Detrás de él, estaban sus cuatro hermanos, uno de sus tíos, algunos primos y muchos de sus amigos de siempre. La única pregunta que hizo fue la siguiente:

¿Podemos entrar?

Esteban pestañeó. "¿Si podían entrar?" ¡Ah, si fuera francés para poder contestar con efusión! "¿Si podían entrar?" Por años había estado esperando y orando. Durante largas semanas, había velado. ¡Y, ahora! "¿Si podían entrar?" Esteban sentía no ser francés. Hubiera querido ser locuaz; hacer gestos expresivos y que sus labios pronunciaran multitud de palabras acogedoras. ¡Todo esto estaba en su corazón! Mas lo único que pudo hacer fue sonreír y decir:

—Sí, entrad. Pero ¿y éste? No, temo que sea demasiado joven. Puso su mano sobre el hombro de Roberto, joven primo de Bernardo. El muchacho tenía sólo trece años.

Muchas cosas experimentó Esteban Harding en su corazón aquella tarde de Pascua cuando se asomó a la puerta para dar la bienvenida a Bernardo y a su comitiva. Respondía a la frescura y al cálido llamado de la juventud; a la dignidad sobria y firme de la edad madura; a los grises cabellos del guerrero Gauldry, tío materno de Bernardo. Pero más que todo, se sentía confundido por la fidelidad y benevolencia de Dios.

Esa noche intentó comprender bien lo que había ocurrido. Era difícil. ¡Qué conjunto de novicios había llegado! Caballeros que habían hecho a un lado espada y lanza; nobles que habían abandonado mujer e hijos; jóvenes que se habían alejado de la vida, de la aventura y del romance del mundo; ¡y todos habían llegado al pequeño Cister para buscar solamente a Dios!

Desde ese día Cister cambió. Una nueva vida corría por sus venas; un ritmo más vibrante animaba su coro y un corazón más joven palpitaba en su trabajo manual. Y, desde ese día, el Abad de Cister se transformó. Rejuveneció, sus ojos brillaron más intensamente: el tono de su voz se hizo más musical y su paso más ágil. Fue entonces cuando Esteban comenzó el

mayor de sus trabajos: el de modelar al hombre más eminente del siglo XII y la gloria más grande de Cister, el joven Bernardo de Fontaines. Había tenido ese presentimiento desde el momento en que su portero abriera la puerta y llegara a sus oídos la clara voz del joven noble de Borgoña. Lo había presentido con un poco de temor, pero fue un desafío a su virilidad, un agujijón que lo impulsó a buscar a Dios Padre para la fuerza; a Dios Hijo para la sabiduría y a Dios Espíritu Santo para la luz.

La primavera llenó los bosques y también el corazón de Esteban de Cister. Mañana tras mañana se encaminaba al cementerio, para llevar a Albarico las nuevas, acerca de los deseados nobles y eruditos, ¡que habíais llegado al fin! Contó a la Lanza de Plata que algunos eran hijos de Cruzados y que todos tenían el espíritu de los Cruzados; le explicó cómo tendría ahora que dedicarse a enseñarles a convertir a Dios en el punto central de sus pensamientos y de sus afectos. Con una sonrisa utilizó la frase tan amada por Roberto y Albarico, "Orientados hacia Dios". Con la ayuda de Dios llegaría a hacerlo; ¡orientaría esos hombres hacia Dios!

No fue esta tarea tan difícil como creyó al principio, pues bien pronto descubrió que la educación y el medio habían modelado esas almas. Antes de que transcurriera un mes, Esteban había comprendido cuánto puede hacer una madre en el corazón y la mente de sus hijos; y en secreto admitió que Alicia de Montbar, esposa de Tescelín de Fontaines y madre de Bernardo y sus hermanos, había sido el "Preceptor de Novicios" de ese grupo escogido.

Mas Esteban era lo bastante sabio como para comprender que el Cielo le había planteado un problema. Sabía que esos hombres serían tentados, pues no ignoraba que la humilde vida de Cister no podía ser fácil para Gauldry, el noble caballero que dejara tras sí castillos, vasallos y riquezas. No, no sería fácil para él, el aceptar órdenes y trabajar como siervo. Tampoco lo sería para Guy, hermano mayor de Bernardo, que había abandonado a su mujer y a sus dos hermosas y pequeñas hijas. Le costaría vivir solo y rodeado de silencio. Los otros dos hermanos de Bernardo, Gerardo y Andrés, tampoco encontrarían fácil esa vida. Habían sido ya armados caballeros y gustado el embriagador vino del triunfo y la gloria en las batallas. Por cierto que para tales hombres, sería muy arduo el satisfacerse con la opaca y prosaica vida detrás del arado. Y tenía que ser lo mismo para el resto de los treinta; para todos resultaría difícil el adaptarse; por lo cual Esteban debía encontrar un medio para que la vida les resultara menos dura.

¡Y lo encontró! Halló el único medio; halló a Aquel que dijo de sí mismo: "¡Yo soy el camino!" El resultado que produjo la solución de Esteban constituye la fascinante historia "La familia que alcanzó a Cristo", que es la continuación de esta Leyenda de Cister... Aquí bástenos decir que Esteban presentó su solución con claridad. Lo que más insistió en hacerles notar es el hecho de que Cristo fue un HOMBRE. De ahí que su lema debía ser "¡Viriliter age!" ¡Sed hombres! Que todo lo que se hiciera por Dios fuera en forma varonil, puesto que ése era el modo de Cristo. Con un propósito práctico los llevó hasta el "age quod agis". Persevera en la tarea del momento. Pon tu corazón y tu mente y todas tus energías en lo que estás haciendo, con la total exclusión de todo lo demás.

Fue una lección sencilla y que aprendieron fácilmente, pues la enseñó bien, y esos hombres, muchos de los cuales habían pasado su vida sobre la montura, con un brioso caballo entre las rodillas y una lanza o un hacha de combate en la mano, aprendieron la lección que les enseñó Esteban y la convirtieron en un grito de batalla. Lo usaron hasta el final de sus días y les infundió fuego en sus almas hasta convertirlas en brillante hoguera cuando fue necesario. Este grito fue: "¡Todo por Dios"!

Cuando Esteban vio cuán rápidamente aprendieron la lección y captaron el espíritu de Cister; cuando observó con qué velocidad, semejante a una certera estocada, habían llegado al verdadero corazón de la Regla de San Benito, se arrodilló humildemente y desde el fondo de su corazón dio gracias fervientes a Dios por haberle enviado hombres, verdaderos hombres, hombres nobles e ilustrados.

Mas ese fue solamente el principio del problema que el Cielo planteó a Esteban, ¡pues Bernardo de Fontaines causó una conmoción! Cuando Borgoña se enteró que el Señor de Fontaines había quedado sólo en su castillo, en compañía de su única hija y de su hijo menor, los comentarios fueron largos y amplios. Continuaban los torneos y aún los jóvenes nobles recibían el espaldarazo que los consagraba caballeros, pero la atención del Ducado no se concentraba ya sólo en esto. Se hablaba todo el tiempo de la Abadía perdida entre las ciénagas. El tema favorito de todas las conversaciones no era el último vencedor en el torneo o la más bella dama; ¡era Bernardo y sus amigos, y el pequeño Cister! Día tras día la caballería se hizo más consciente de que existía una más alta hidalguía y los caballeros de la corte supieron que había un lugar para ellos detrás de los muros del monasterio.



En esa época, los soldados del Ducado sitiaban a Grancey; mas ni aun eso logró disuadir a los nobles encendidos en la llama de Bernardo, a los caballeros que habían seguido al joven Andrés o a los viejos guerreros amigos de Guy y de Gauldry. Hubo muchas discusiones y se acusó de desertores y de fanáticos a los que imitaron a los hombres de Fontaines; mas a pesar de las burlas y las críticas, desafiando los vituperios y el ridículo, jóvenes y viejos continuaron dirigiéndose a Cister.

Semana tras semana, el aldabón de hierro de las puertas de la Abadía era alzado con resolución por manos acostumbradas a las batallas y que estaban listas para la lucha. Semana tras semana Esteban Harding daba la bienvenida a nuevos novicios, y encontraba entre los hijos de los Cruzados, el ardiente espíritu de los Cruzados. Semana tras semana acogió no solamente a los hombres de noble cuna e ilustrados, sino también a los hombres ignorantes, hijos de la tierra y de la servidumbre. ¡A nobles y a siervos recibió del mismo modo!

El Abad Esteban no podía creer lo que veía, y aunque su problema crecía, no sintió temor. Esperaba encontrar a tiempo la solución. Por el momento, se contentó con ser humilde, y más de una vez se encaminó al cementerio para narrar a Alberico y a los otros, las maravillas que estaban sucediendo. Golpeándose el pecho, repetía: "¡Y pensar que llegué a dudar!"

Pero los golpes en el pecho no fueron suficientes cuando la concurrencia continuó creciendo y llenó totalmente la pequeña Abadía. ¿Que se podía hacer? ¿Sería esta corriente repentina, después de tantos años de sequía, sólo una inundación de primavera? ¿Se detendría con el verano? ¿Agrandaría la Abadía? ¿Permanecerían los postulantes? Todas estas preguntas giraban en la mente de Esteban al recorrer los senderos del cementerio. Recordó que allí mismo, en medio de esas tumbas, comprendió súbitamente una vez, que Roberto y Alberico habían creado algo completamente distinto. Y allí mismo, en medio de esas tumbas, Esteban decidió completar esa obra.

No agrandaría la Abadía; ¡agrandaría la Orden! Se dijo, caminando más rápidamente—. Sí, ¡Tiene que ser una Orden!

Lo había previsto aun antes de la muerte de Alberico. Es cierto que dudó cuando la Muerte vació uno a uno, los siales del coro, con helada regularidad y el aldabón de hierro de la Abadía permanecía silencioso. Mas ése era su pecado, y debía repararlo. Habló gravemente con los muertos, durante su paseo por los senderos, y oyó lo que los muertos le

decían. Habló con los hermanos legos que le inspiraron tanto y le dieron tanto valor; habló con los hombres que murieron mientras desempeñó su cargo de Abad; y habló por fin con el Hermano Félix, el hombre a quien ordenó que volviera de entre los muertos ¡y que le había obedecido! A éste le dijo:

—Los postulantes son como "abejas que enjambran", Félix. Ya es tiempo de que algunas "vuelen y se diseminen por todas partes".

En Esteban, siempre el pensamiento había estado unido a la acción. Había razonado el asunto profundamente y había llegado a una conclusión. De modo que una mañana, a principios del mes de mayo de 1113, cuando la hierba crecía verde y abundante en el pequeño camposanto, el Abad se arrodilló en la tumba de la Lanza de Plata. Su rostro parecía de piedra. Después de permanecer un momento de rodillas, dijo lentamente:

—Mañana partirán, Alberico... Hijos de los Cruzados con espíritu de Cruzados...

Con los ojos fijos en el césped como si pudiera ver el rostro de su amigo, continuó:

—Tú recuerdas a Bertrand, que vino con nosotros de Molesme. Mañana le daré una cruz, y doce hombres, para que con ellos se dirija hacia el sur. Fijarán su residencia cerca de Grosne. Gualterio, Arzobispo de Châlons y dos nobles no han dado las tierras. Es una buena extensión y será nuestra primera fundación. La llamaremos **La Ferté o Firmitas**; y rogaremos para que sea fuerte y para que sea cierta para todos los que hemos trabajado por ella.

—Alberico —continuó—, tu lanza de plata debe marcar el camino para que mi columna griega pueda levantarse. Esos hombres conocen bien la Causa y el Jefe; trata de tocar en ellos ese rincón secreto que tú dices que hay en el corazón de todos los hombres. Haz que La Ferté sea un hogar para los Escudos del Sagrado Corazón. Vela por que la Pobreza, la Simplicidad y la Soledad sean los principios que los guíen y las estrellas que los iluminen y conduzcan. Di a Roberto que las estrellas ya han comenzado a brillar entre las tinieblas.

Al día siguiente partieron; Bertrand a la cabeza sosteniendo una gran cruz, y detrás de él los doce monjes silenciosos. Los que les vieron se sorprendieron por el número y recordaron a Cristo y sus doce discípulos. Esa era realmente la idea que hizo fijar la cantidad y el espíritu que animaba al grupo. Ese fue el día en que Cister se convirtió en "Madre";

su "hija", su primera hija, se trasladaba hacia el sur. Esteban Harding se alegró de la solución que había encontrado para el problema que le planteara el Cielo.

Mas a medida que pasaron los meses, comprobó que ese problema no estaba resuelto todavía. Los postulantes seguían levantando el aldabón de hierro de la puerta de entrada del monasterio; y la iglesia, el refectorio y los dormitorios continuaban repletos. Las "abejas" todavía "enjambaban" como Félix había profetizado, y el problema se hizo cada vez más intrincado para el Abad. Los veteranos del primitivo Molesme y aun del primitivo Cister eran pocos, y no todos ellos eran conductores de hombres. ¿A quién colocar a la cabeza de otro grupo? ¿Y a dónde enviarlos? Esteban se preocupó más y más, hasta que un día llamó a Gauldry y le preguntó bruscamente:

Tú conoces a los hombres. ¿Crees que Hugo de Mâcon es un conductor?

El anciano guerrero reprimió la risa:

—Los hombres son animales difíciles de conducir, Reverendo Padre. En realidad, no les gusta ser conducidos—. Y luego musitó pensativamente—: El verdadero conductor de hombres es el capaz de convencerlos de que lo acompañan y no que lo siguen. Es el hombre lo bastante sabio como para reconocer, respetar y demostrar la debida deferencia a la virilidad de otros hombres. Es el hombre que gana la confianza de otros porque les demuestra tener confianza en ellos. Y luego, con una rápida ojeada al Abad, agregó—. No hay muchos hombres tan sabios; mas creo que el joven Hugo de Mâcon lo es.

Esteban sonrió:

— ¿No exiges, entonces, verdadera superioridad en tus conductores?

—Oh, debe existir —dijo Gauldry rápidamente—. Pero no debe ser ostentada. Los hombres exigen superioridad en sus jefes, mas al mismo tiempo, les duele que les haga sentirse inferiores. De modo que el verdadero superior es el hombre que hace que sus inferiores se sientan iguales a él; aunque estos comprendan, en el fondo de su corazón, que no es así. Esta honesta duplicidad es una de las más extrañas sutilezas de la naturaleza humana. Pero, ¿por qué me has preguntado sobre Hugo?

El Abad extendió un mapa de Francia y colocó al lado una lista de los miembros de la comunidad.

—Debemos razonar sobre dos cosas confusas—. Y señalando con su stylus una X marcada con tinta, dijo:

Esto es Cister y aquí, al sur, está La Ferté. Como soldado, ¿dónde ubicarías nuestra próxima casa?

Gauldry paseó su mirada desde el Abad al mapa y luego al Abad:

—Depende de lo que quieras hacer, Reverendo Padre. Si quieres defender Cister debes rodearla por todos lados y mantener a tus hijas cerca de tu casa. Si quieres que Cister se expanda, debes hacer dos cosas que parecen contradictorias. Tienes que radiar al mismo tiempo que atraer.

El Abad se sonrió. Era agradable planear con alguien tan entendido en la materia.

—Has delineado mis principios aún antes de que los haya expuesto, Gauldry. Quiero unión; eso es fundamental. Mas es obvio, al mirar esta lista, que necesito expansión.

Lo has explicado mejor que yo, Reverendo Padre. He aquí nuestro centro. Este será el cubo de la rueda—, y el anciano soldado colocó su dedo sobre Cister—. Ya tienes un rayo en el sur —continuó indicando La Ferté—. Ahora necesitas otros tres rayos; uno aquí; uno allá y otro más allá—, y su dedo señaló diversos lugares al norte, este y oeste de Cister. —Esto te proporcionará la unión y la expansión que deseas. Y he hablado de ruedas porque pienso en las dos fuerzas de la misma, tú sabes para qué sirve el cubo. Debes sujetar a tus hijas, al mismo tiempo que las envías a trazar la circunferencia del círculo—. Añadió trazando un arco sobre los puntos que había indicado sobre el mapa.

Pero tú hablabas de radiar y atraer. ¿Qué quieres significar?

—Prácticamente, la misma cosa. Reverendo Padre, he tenido ocasión de observar la firme corriente de postulantes que han llegado hasta aquí. Cister los ha atraído y por esta causa, debe ahora radiarlos. Has comenzado ya con La Ferté, en el sur. Pero para continuar creciendo, La Ferté y todas las otras hijas deberán atraer como ha atraído Cister. De esa manera solamente, podrán ser capaces de radiar a su vez. De ahí que debes colocar tus casas tan cerca como sea posible de las intersecciones de las distintas diócesis, de las fronteras de las distintas provincias y bastante cerca de los centros de población. Eso es lo que haría un soldado.

Esteban se inclinó sobre el mapa. Estudió la posición de La Ferté; que daba cerca de la intersección de las diócesis de Mâcon y Châlons. Era una posición extremadamente satisfactoria. Luego el Abad señaló con su

stylus un punto donde se unen tres provincias, Auxerre, Tonnerre y Champagne.

Mira esto Gauldry. Este lugar no está solamente tangente con tres provincias sino también con tres diócesis. Podría instalar allí una mesa e invitar a comer a los Obispos de Sens, Langres y Auxerre, sin que ninguno abandonara su diócesis. ¿No crees que sea un lugar adecuado para fundar una Abadía?

Gauldry, comprendiendo la intención, sonrió y contestó:

— ¡Excelente!

Muy bien —continuó Esteban, apartando el mapa y tomando la lista de la comunidad—: Ahora, los hombres. ¿Cómo se enseña a mandar, Gauldry?

—No se enseña —replicó el antiguo soldado—. Se aprende como aprendemos a caminar, caminando. Aprendemos a mandar, dando órdenes —. Y añadió con una sonrisa—. Todo lo aprendemos cometiendo errores. Los tropezones, caídas y golpes de la infancia, son los más expertos maestros en el arte de caminar Reverendo Padre. Y estoy casi seguro que nuestros errores de criterio, nuestras demasiado apuradas órdenes y nuestras humillantes derrotas nos enseñan muy bien a ordenar. Pero noto que hay algo que te preocupa, Reverendo Padre. ¿Qué es?

—El tiempo —dijo Esteban—. ¿Están suficientemente enseñados? ¿Están bien afianzados en la Simplicidad, Pobreza y Soledad que son las bases de nuestro espíritu? ¿Aman realmente la oración y la penitencia?

— ¡Alto! —ordenó Gauldry, dirigiendo una sonrisa a su superior. Y como Esteban le miraba con sorpresa, el anciano guerrero continuó—: Has expresado mal tu última pregunta, Reverendo Padre. Nadie ama la penitencia; nadie puede amarla. Y hasta casi diría lo mismo de ciertas formas de oración. Aman al Dios a quien oran, al Dios a quien ofrecen reparación con la penitencia. Mas no aman y no pueden amar la penitencia.

— ¿Te has vuelto filósofo a la vejez, no es así?

—No, no, Reverendo Padre, me he vuelto consciente de Dios, nada más.

—Bien, ¿qué piensas de esto, Gauldry? ¿Piensas que Hugo de Mâcon puede llevar doce hombres hasta el lugar que te he señalado, y vivir allí como nosotros vivimos aquí?

El viejo guerrero meditó largo tiempo, antes de inclinar su cabeza gris en señal de asentimiento.

Tan bien como cualquiera de los hombres que tienes anotados en esa lista —dijo finalmente—, Mas debo decirte que si lo envías, enviarás con él la mitad del corazón del joven Bernardo. Han sido los mejores amigos desde la infancia.

He pensado en eso —respondió Esteban lentamente. — Pero Bernardo debe acostumbrarse a tener roto el corazón. Parece que parte de la técnica de Dios al esculpir sus santos, Gauldry, es romperles el corazón una y otra vez; mas sólo para moldearlo de acuerdo con el suyo. ¿Quién sabe si ése no es el secreto de los siete puñales que están clavados en el Inmaculado Pecho de María?

—La santidad cuesta, ¿no es cierto? —Fue la pausada pregunta que hizo el guerrero, cuyos ojos miraban a la distancia.

—Sí —contestó rápidamente Esteban—. Cuesta mucho, pero el precio siempre está al alcance de nuestros bolsillos. No la adquirimos, no porque seamos pobres, sino porque somos mezquinos. ¡No queremos pagar el precio! He aquí un perfecto ejemplo de lo fácil que es adquirir santidad, si queremos. Esta separación entre Bernardo y Hugo será dolorosa. Ellos tendrán que reaccionar naturalmente o sobrenaturalmente. Pueden fomentar ese dolor, amohinarse, gruñir y lamentarse sobre la soledad y la falta de amor de la vida religiosa; o pueden sonreír exteriormente aunque interiormente sufran; pueden darse ánimo uno a otro al despedirse, rogando secretamente a Cristo que la pena que agobia sus almas arda como incienso en el brasero de su Sagrado Corazón, ofreciendo a la Divinidad en acto de reparación y alabanza. El hacer esto no calma el dolor. No, por cierto. A menudo lo aumenta por la negación del alivio que representa la expresión exterior del dolor humano. Tú sabes ya cuál de los dos caminos es el bueno. Sabes cuál de ellos hace al hombre de Dios y cuál al monje tibio. Sí, Gauldry, la santidad cuesta; pero siempre podemos pagar el precio. La única pregunta es ésta: ¿lo pagaremos?

—Gauldry se levantó y dijo:

Gracias Reverendo Padre. Me has enseñado una valiosa verdad. La santidad siempre me pareció algo muy distante, prácticamente inalcanzable. Como es sobrenatural, supongo que creí que tenía poca relación con mi yo natural. Veo ahora que he sido muy torpe. Veo ahora que pude haber comprado mi santidad con la moneda acuñada con el metal de mis actos y reacciones de todos los días. Comprendo que Bernardo y Hugo deben acuñar su tristeza—. Y añadió después de una pausa—: Tal

vez sea ése el más fácil de todos los metales, para trabajar en él, Reverendo Padre. Más difícil me resultará acuñar el placer que Dios me proporciona.

El Abad contempló largamente al viejo guerrero, cuyas sienes estaban grises y cuya sinceridad brillaba en sus ojos; luego sonrió con afecto.

—Gauldry —dijo—, si los jóvenes aprenden la lección tan bien como tú, puedo desechar mis temores. Serán caballeros de Dios.

—Eso es un verdadero cumplimento, Reverendo Padre —dijo el noble con una inclinación—. Te doy las gracias por tu bondad, pero me rehúso a aceptar tus alabanzas. Esos jóvenes han aprendido mejor y más rápidamente que yo.

—Veremos lo que sucede —dijo Esteban cuando el viejo guerrero se alejaba.

Una semana después Hugo de Mâcon llevando en su hombro una cruz de madera de cinco pies de alto y seguido de sus doce hombres, se encaminó hacia el oeste, a Pontigny. Cister tenía una segunda hija y en la Casa-Matriz hubo un poco más de espacio.

Esto sucedía en el año 1114, y en el 1115 Esteban descansó muy poco. La afluencia de novicios continuó tan numerosa como siempre. Ocupado como estaba, con la enseñanza de esos novicios, Esteban no olvidó el plan que el viejo guerrero le trazara; así como tampoco olvidó sus propios proyectos con respecto a la Orden. Varias veces habló del asunto con Gauldry, pero no pudieron llegar a nada nuevo en sus discusiones. La rueda, de la cual Cister era el cubo, continuaba siendo el plan favorito de Gauldry. Cada vez que Esteban hablaba de los que podrían ser jefes, el viejo guerrero señalaba indefectiblemente a los jóvenes. Ellos tenían audacia, decía; y la audacia se necesita para empresas como aquéllas. Los hombres viejos son demasiado prudentes.

Que su Abad escuchaba sus consejos fue evidente, el día que Arnolfo de Cologne fue elegido para dirigir un grupo de doce que se encaminó hacia el este. Fundaron la Abadía de Morimond, cercana a las diócesis de Toul, Langres y Besançon. El plan de Gauldry se siguió casi al pie de la letra.

Luego, antes de que transcurriera un año, Esteban llevó a cabo una de las acciones más humanas de su santa carrera. A pesar de las protestas de algunos de los más viejos, hizo llamar a Bernardo de Fontaines, y pese a su juventud, salud delicada y excesivo celo, lo designó jefe del grupo que

partía para el norte. Lo integraba su tío Gaudry, sus cuatro hermanos, Guy, Gerardo, Andrés y Bartolomé, siete de sus primos y amigos íntimos. Era un grupo muy selecto; y si Bernardo hubiera podido elegir a sus acompañantes, hubieran sido los mismos doce que el Abad designó.

Cuando el grupo se reunía para la partida, Gaudry se dirigió a la celda del Abad y le dijo:

—Algunos de los santos de Dios son personas muy humanas, ¿no es así, Reverendo Padre?

El Abad sonrió.

—Lo que has hecho por Bernardo y sus hermanos es muy bondadoso.

—Y ¿qué me dices del tío? —interrogó Esteban con una amplia sonrisa.

—El tío es un enigma, Reverendo Padre. Como tú ves, quiere convertirse en Santo; y tú dijiste, en una ocasión que para hacer santos, Dios les destroza el corazón, para moldearlo de nuevo a su divina imagen. Y el corazón de Gaudry no se ha destrozado en esta oportunidad.

Esteban se incorporó, y encaminándose hacia la puerta, dijo:

—Cuando era niño, oí decir a un anciano campesino: "Nunca cuentes tus pollos antes de que salgan del cascarón". Cuando era joven, oí decir a un viejo marino: "Siempre hay calma antes de una tempestad". Ahora que soy un monje viejo sé que es un hombre sabio aquel, que en los tiempos de bonanza, prepara su alma para la adversidad. Vigila tu corazón en estos próximos años Gaudry.

El anciano guerrero se sonrió, mas pocos minutos después, olvidó su sonrisa ante la sorpresa experimentada al observar a Esteban Harding. Al decir adiós al pequeño grupo, el poco demostrativo Abad no pudo contener las lágrimas. Y cuando le oyó pedir humildemente al joven Bartolomé, que rezara por él, Gaudry se dijo:

—Había olvidado que otro corazón también estaba envuelto en este asunto. Creo que Dios continua modelando corazones a su divina imagen.



## Capítulo IV

### EL PROBLEMA SE HACE MÁS INTRINCADO

El corazón de Esteban Harding se oprimió ese día, como se había oprimido cada vez que debió decir adiós a los pequeños grupos de hombres a quienes enseñara a ser caballeros de Dios. Mas unas pocas semanas después, cuando marcó en el mapa, con una X al norte, el lugar que ocupaba "Clairvaux", respiró con alivio. Los cuatro rayos de la rueda de Gaudry se habían completado. Cister estaba rodeada de casas-hijas. Esteban podía mirar al norte, al sur, al este y al oeste, y cualquiera fuera el punto adonde dirigiera sus miradas, tropezaría con algunos de sus hombres. Pero entonces, cuando recién empezaba a sentirse tranquilo, ¡se encontró ante nuevas dificultades!

Un inesperado y grato visitante llegó un día al Monasterio; Pedro, su antiguo compañero de peregrinaje. Aunque no llovía, el monje de Cluny dijo que estaba empapado y que esa era su única excusa para detenerse en Cister. Cuando el Abad le tocó las ropas, Pedro sonrió y dijo:

—Estoy empapado por el sol, Reverendo Padre. Necesito la sombra de Cister, por unas cuantas horas.

Esteban trató de persuadirlo de que necesitaba unos cuantos días, pero la respuesta de Pedro fue:

— ¡Vete, Satanás! El monje de Cluny felicitó calurosamente a Esteban por el éxito de Cister. Le dijo que el mundo había dejado de reír y había comenzado a maravillarse. Nunca había sucedido nada semejante en la historia de la provincia; y Borgoña no salía de su asombro. Solamente cinco años atrás había predicho la muerte de los fanáticos de los bosques; y era ahora testigo del crecimiento y la difusión del grupo de hombres que había esperado ver tambalearse y sucumbir. Cister continuaba siendo objeto de los comentarios del Ducado; mas el tono de las conversaciones había cambiado grandemente.

Cuando Esteban le mostró el mapa, Pedro aprobó su estrategia y dijo:

—Crecerás. Sí, crecerás.

Los amigos conversaron con agrado hasta que Pedro dijo:

—Supongo que serás Gran Abad de todas esas casas.

Esteban Harding contuvo el aliento. No había pensado en esa posibilidad. —Me has dado motivo para cavilar, Pedro, —dijo con lentitud—. No quiero ser Gran Abad.

— ¿Por qué? ¿Porque te parecerías a Cluny?

No, porque haría que no me pareciera a San Benito.

—El legisló para un sólo monasterio; no para una Orden. Y ustedes se han convertido en una Orden.

—Lo sé. Pero será una Orden Benedictina. El Santo legisló para un sólo monasterio, como tú dices, pero su plan de absoluta autonomía es muy claro.

—No seas tonto Esteban, —replicó Pedro—. ¡No puedes conciliar lo inconciliable! O tus casas-hijas dependen de ti o dejan de ser casas-hijas. O Cister tiene el poder supremo, o deja de ser Casa-Madre. Cluny ha resuelto el problema que se te plantea. Su Jefe es el Gran Abad; y los superiores de todas sus casas son Piores, y están bajo su autoridad. De este modo hemos extendido, hasta todas nuestras casas, el método patriarcal que San Benito planeó para un solo monasterio.

—Querrás decir que han destruido el método patriarcal de Benito y que han establecido una monarquía absoluta.

Pedro trató de protestar, mas el Abad continuó:

—Sabes que tienes que admitirlo, Pedro. Cluny es una monarquía. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Hay grandes ventajas en esta forma de gobierno. Con un hombre santo y capaz ocupando el cargo de Abad de Cluny, la Orden funcionará perfectamente. Se obtiene una unión y una unidad imposibles de conseguir bajo otra forma de gobierno. Pero a mí no me gusta.

—Eres difícil de contestar.

—Así es, —admitió Esteban sonriendo—. Tengo dos grandes objeciones en contra de la monarquía. Coloca demasiado en las manos de un solo hombre, y no es Benedictina.

—Bien, si no la adoptas, fracasará tu reforma. "Divide et impera", es más que un axioma; es todo un plan de campaña. La dispersión es siempre peligrosa, Esteban. Las madres sabias siempre tienen a sus hijos pequeños pegados a sus faldas. Deja que tus hijas sigan su camino y con ellas se irá

también tu reforma. —Bien lo sé—aceptó Esteban frunciendo el ceño. La concentración es el secreto del poder y del éxito. La dispersión siempre atenúa el fervor y acaba por llevar al fracaso. Cluny ha sobrevivido y sobrevivido muy bien. Y a pesar de reconocerlo, no puedo adoptar su sistema.

— ¿Y cómo vas a hacer entonces para conseguir que la próxima generación de Cistercienses sea "Benedictinos blancos", o si tú prefieres, "Cluny sin hábito negro?" Has creado aquí algo *suigeneris*. Has hecho lo que nadie más que tú creyó posible.

— ¿Así que lo reconoces? — preguntó Esteban con una leve sonrisa.

— ¡Oh!, los que *somos* honestos debemos reconocerlo, pero no quiero decir eso. Lo que quiero decir es que debes conservar lo que has creado; debes perpetuarlo. Y la única forma de hacerlo es manteniendo a tus hijas pegadas a tus faldas. ¡Todo tiene una tendencia a la decadencia! Y el hombre *no* es una excepción a la regla. No *me* refiero al hombre físico sino al espiritual. Ahora bien, ¿cómo vas a conseguir que tus casas-hijas y tus casas-nietas no olviden la pobreza, la simplicidad, el silencio, la soledad, la rígida regularidad de Cister? No puedes hacerlo si no te conviertes *en* un monarca.

Sin embargo, Pedro, no me convertiré en un monarca y encontraré un medio para que mis hijas y mis nietas *no se* descarríen.

— ¿Pero cómo?... —y deteniéndose, Pedro se rió—. Es cierto que has hecho cosas tan extraordinarias, que lo mejor que puedo hacer es callarme.

—Me alegro que hayas hablado, Pedro. Me has ayudado a comprender hasta qué punto es complicado mi problema. Un general inteligente estudia las fuerzas de su enemigo. Sí, al no callarte, has abierto mis ojos, puesto que me has hecho ver algo que aparentemente parece imposible. Quiero que todas las casas-hijas de Cister *sean* absolutamente autónomas, ya que así lo rige la Regla de San Benito, y al mismo tiempo deseo que permanezcan siendo hijas de Cister. ¿Cómo puedo combinar Dependencia e Independencia?

—Me alegro mucho de *no tener* ese problema, —dijo Pedro—. Mas *no* desesperes. Has convertido el negro en blanco más de una vez. —Y tocando su hábito el del Abad, añadió—. Has convertido lo antiguo en moderno y lo moderno *en* antiguo. Has hecho de la letra de la ley su espíritu y de su espíritu, letra. Estoy comenzando a creer que eres mago.

—Y yo estoy comenzando a creer que soy un monje aturdido e inseguro. Me has dado motivo para serias meditaciones. ¿Cómo puedo impedir que mis hijas se alejen de mí y al mismo tiempo no comportarme como una madre dominante y tiránica?

—Tú, en cambio, no me ocasionas preocupación alguna, Esteban. Nunca he sido bueno para acertijos y siempre me he apartado de lo que he considerado imposible de realizar. Lamento dejarte con tal problema, pero sé que no podría ayudarte, por mucho que cavilara sobre el asunto. No soy tan hábil como tú en trazar planes. Mas te prometo recordarte en algunos de los Rosarios que rece todos los días.

Durante muchas semanas después de la partida de Pedro, la frente de Esteban continuó surcada de arrugas de preocupación. Volvió a convertirse en el racionalista, en el hombre que mira a través de los hechos para llegar a los principios. Muchas reformas habían florecido para marchitarse luego, y se propuso descubrir la causa. Pedro le dio una razón cuando hizo alusión a la tendencia innata que existe en todo hombre, hacia la decadencia, la desmoralización. Lo que es verdadero en el hombre individual, lo es también en el monasterio individual, se dijo. ¿Cómo mantener en las nuevas casas el mismo nivel del viejo Cister?

¿Cómo detener esa tendencia innata hacia la decadencia, y no estorbar, al mismo tiempo, la independencia individual? Llevó su problema a Albarico, y esa vez, su viejo amigo guardó silencio. Lo llevó a la iglesia y ni el Tabernáculo ni el Crucifijo le prestaron ayuda.

Durante largos meses oró y meditó, meditó y oró. ¡Y al fin encontró la solución! Y al suceder esto, le pareció tan simple que temió no diera resultados. Parecía tan obvia que se asombraba de no haber pensado antes en ella y tan fácil que dudó de que realmente fuera una solución. Escribió sus ideas a grandes rasgos y trazó su plan, marcando en el mapa las líneas que unían a cada una de las casas. Parecía la cosa más natural del mundo, y sin embargo, nadie había pensado en ello, antes. ¿Faltaría algún detalle fundamental a su plan? Quisiera que Pedro estuviera aquí, para discutir con él, —pensó—. Y añadió luego, —Pero como no está, ¡encontraré algo parecido, o mejor!

Así fue. En el año 1116 hizo llamar a los cuatro Abades de las cuatro casas-hijas de Cister. Si dos cabezas sirven más que una, cuatro servirán más que dos, pensó Esteban. Pero no consiguió las cuatro, pues Bernardo de Clairvaux estaba demasiado enfermo para asistir. Expuso, pues su plan ante Bertrand, Hugo y Arnoldo, quienes comprendieron su antipatía

por la idea de una monarquía y su deseo de un patriarcado de acuerdo con la Regla de San Benito, y al mismo tiempo su anhelo de mantener todas las casas unidas en alguna forma. Luego pasó a hablar de su proyecto, que a todos pareció muy practicable: **cada casa sería autónoma**. Morimond sería Morimond y no estaría sometida a Cister. Pontigny sería Pontigny, con completa independencia, y lo mismo Clairvaux y La Ferté. Esto era lo que Benito había prescripto. Mas para que Pontigny no llegara a ser diferente de Cister, para que La Ferté y sus costumbres, se mantuvieran siempre exactas a las de Cister, para que Morimond no aceptará "mitigaciones" y Clairvaux no introdujera "transacciones", todas las casas debían estar unidas a Cister. Y el lazo que las unirían sería el de la **Caridad**, una **Caridad mutua**, que se manifestaría por medio de una mutua supervisión.

Explicó después lo que quería significar con eso. El Abad de Cister visitaría sus casas una vez por año, para no intervenir en los asuntos puramente temporales, ni administrar la propiedad, ni disponer en forma alguna del personal de la comunidad, sino únicamente para comprobar si **la hija era fiel a la tradición de la familia**.

Hugo preguntó:

—Suponiendo que se produjera una diferencia de opinión, ¿qué sucedería? La Caridad es el lazo de unión, lo reconozco: y la Caridad encubre una multitud de pecados; mas ¿si La Ferté niega su pecado y Pontigny insiste en que La Ferté peca? O supongamos que Clairvaux disiente de Morimond, ¿a quién deberá recurrir como última corte de apelación, a Cister? ¿Y en el caso de que todas las hijas se encuentren en desacuerdo con la madre? En otras palabras, Reverendo Padre, ¿quién investirá la autoridad? Lo natural es que sea Cister. Mas si haces esto, a pesar de tu lazo de Caridad, expresado en mutua supervisión, tendrás otra monarquía, un Cluny con ribetes de Cisterciense.

Esteban sacudió la cabeza y tamborileó sobre su escritorio. —Creí que mi plan era más simple. Pontigny ha visto más lejos que Cister. Tienes razón, Hugo, la autoridad debe ser investida por alguien, y este alguien no debe ser Cister. ¿Cómo podemos solucionar este problema? — Se produjo un silencio. —Debe existir una corte suprema de apelación. — musitó Esteban.

—Y ¿por qué no puede ser Cister? — interrogó Arnoldo.

—Porque entonces, como lo ha señalado Pontigny, tendríamos a Cluny con un disfraz.

Continuaron discutiendo el tema, pero ninguna de las soluciones presentadas los satisfizo. O volvían con ellas a la monarquía o no representaban una corte suprema de apelación. Por fin, dijo Bertrand:

—El fondo de tu plan es sólido, Reverendo Padre. La caridad mutua debe ser el lazo, y cada casa debe alcanzar completa independencia. Tu idea de mutua supervisión también es acertada. Eso nos ayudará a mantenernos iguales a Cister. La dificultad que Hugo ha expresado, es muy cierta, mas no desmerece el resto del plan. Se trata de un detalle final que sólo necesita estudio prolijo.

Las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento, pues las palabras de Bertrand complacieron a Hugo y Arnoldo; pero Esteban continuó preocupado:

—Querría considerarlo como un simple detalle, mas por el momento no podemos hacer más. Sé que todos estáis ansiosos por retornar a vuestros monasterios. Recemos todos y meditemos sobre esto. Si alguno piensa en algo que pueda servir, comuníquelo y si a mí se me ocurre una solución para lo que Bertrand considera un simple detalle, os lo haré saber. Mientras tanto, permaneced fieles a vuestras tradiciones.

Se separaron y transcurrieron tres años antes de que volvieran a reunirse. ¡Pero cuando lo hicieron, ya no fueron tres sino nueve, los Abades que conferenciaron con Esteban! Pues de 1116 a 1119, Cister fundó nada menos que cinco nuevas colonias. ¡Con qué exactitud se cumplía la predicción de Félix! Cister continuaba "enjambrando" y su Abad estaba más ocupado que cualquier abeja. Enseñaba a los novicios, escogía los grupos que destinaba a las nuevas casas, elegía superiores, estudiaba la ubicación y al mismo tiempo dirigía a Cister. En medio de tantas actividades, tuvo tiempo, sin embargo, de estudiar el "simple detalle" como lo llamara Bertrand. Y este estudio proporcionó al mundo esa obra maestra de legislación monástica, la justamente célebre "Carta de Caridad", de Esteban Harding.

La dio a conocer a la asamblea de Abades y los veteranos de La Ferté, Morimond y Pontigny, se unieron a los jóvenes en sus expresiones de caluroso entusiasmo y se complacieron de éste. La primera parte del documento describía el proyecto, tal como lo habían oído en su última asamblea: cada monasterio constituía una familia individual, bajo la autoridad del padre y no obstante, cada casa estaba en cierto modo sometida al Abad de la "Casa-matriz" de la cual había nacido. Él era el "Padre

Inmediato", que visitaría anualmente a su hija para velar por que conservara las tradiciones familiares.

Pero los veteranos ansiaban conocer la segunda parte, pues deseaban saber cómo Esteban había solucionado el problema, de combinar la unión con la independencia.

Cuando lo hubieron leído, permanecieron en silencio. Les pareció increíble. ¡Esteban había conseguido lo que se propusiera! Había unido dependencia con independencia. Hugo de Mâcon rió al señalar ese pasaje a Bernardo de Fontaines:

—Yo soy el responsable de esto, —dijo—. Hace tres años, propuse algo que pareció una dificultad insalvable. Quería que alguien invistiera la autoridad y dije que si ese alguien era Cister, se convertiría en una monarquía. ¡Y mira la solución! Parece tan obvia Y tan simple que me siento tentado a decir: —Si fuese un perro, mordería.

Bernardo se sonrió. —Tú sabes, Hugo, que todos los descubrimientos del genio parecen obvios y simples, después de haber sido descubiertos. Déjame ver nuevamente la solución—. Y tomando el documento volvió a leer el pasaje.

Si, —dijo—, ésta es la solución. Esteban coloca la autoridad suprema en manos de un cuerpo, no de un individuo. Pide que los Abades se reúnan en un Capítulo General, que constituirá la corte suprema de apelación. Con esto, ciertamente suprime la monarquía, ¿no es así?

—Ahora bien, ¿por qué no pensé en eso, hace tres años? —exclamó Hugo—. Estábamos sentados aquí los cuatro, Arnoldo, Bertrand, Esteban y yo. Propuse el problema, diciendo: "Si colocamos la autoridad total en tus manos, tendremos una monarquía, lo que no queremos". ¿Por qué no dije: "Si colocamos la autoridad total en nuestras manos, tendremos una aristocracia, que es lo que queremos?"

—Simplemente porque no eres un genio, Hugo.

— ¿Admites, entonces que es un rasgo de genio?

— ¿Quién se atrevería a negarlo?

—Esteban.

Los grandes ojos de Bernardo brillaron de contento. —Pareces decidido a incomodarte si lo niega. ¿Acaso no conoces la humildad de ese hombre? Lo más probable es que nos pida disculpas por haber sido tan estúpidamente lerdo.

En ese momento entró Esteban. Los diez Abades tomaron asiento alrededor de la larga mesa y con calma y precisión, Esteban explicó todos los detalles de su "Carta". Se creaba una nueva Orden en la cual, los poderes legislativo, judicial y coercitivo se colocaban, no en manos de un individuo sino en la entidad moral constituida por los Abades reunidos en Capítulo General. Sería una Orden en la cual cada casa sería absolutamente autónoma, y sin embargo estaría bajo la supervisión de quien tenía como deber velar por que las costumbres de Cister no sufrieran alteraciones. Sería una Orden cuyos miembros estarían unidos a su Abad local por lazos de filial amor, a sus hermanos por lazos de amor fraternal y a su Casa-Matriz y todas las otras casas por los de un mutuo amor.

Más tarde, Esteban definió claramente los deberes de los "Padres Inmediatos", e insistió que ellos no deberían nunca regir la casa que visitaran y que se trataría solamente de una visita paternal, con el único objeto de vigilar para que la Regla se cumpliera a la manera de Cister.

Finalmente, dio lectura a las estipulaciones concernientes al Capítulo General. Eran pocas, pero severas. Se reuniría una vez al año y todos estarían presentes. Sólo el más grave de los impedimentos excusaría la ausencia de un Abad. Su obligación consistiría en corregir los abusos, mantener la disciplina y acrecentar los lazos de paz y caridad.

Al terminar la reunión. Hugo, fascinado todavía con la nueva Carta, dijo a Bernardo:

—Sus frases parecen un poema. ¡Oye!... "para que vivamos unidos en la observancia de la misma Regla y de acuerdo con la mismas Costumbres, y en una común Caridad".

—Esos no son los versos de un poema, —replicó Bernardo—. ¡Son el prólogo de una epopeya!



## Capítulo V

### EL MUNDO PROPORCIONA DIVERSIÓN A ESTEBAN

A Esteban le hizo gracia el entusiasmo demostrado por sus hijos espirituales con motivo de su "Carta Caritatis", pero, como Hugo, se preguntaba continuamente por qué no había encontrado antes la solución de todos esos problemas. Sin embargo, cuando todos los Abades la aceptaron por unanimidad hizo algo muy parecido a lo que acostumbraba hacer Alberico: unió su "**Carta**" al "**Instituta**" del anciano Lanza de Plata, agregó el "Parvum Exordium" (una corta reseña de la fundación de Cister), y envió todo al Papa.

El racionalista hizo este razonamiento:

—Mis Abades han aprobado y aceptado la Carta como fundamental estatuto de la Orden; pero al fin y al cabo, sólo se trata de un acuerdo privado, integrado por individuos independientes. ¿Qué puede impedir que un Abad, en los años venideros, diga que no ha sido consultado en dicho acuerdo? Nada. Mas si consigo la aprobación Papal para mi Carta, y la sanción eclesiástica para la Orden, podré olvidar todos estos temores.

Calixto II estaba en esa época en Saulien. Era hijo de un Conde de Borgoña, y Esteban estaba seguro de que las líneas de su "**Exordium**" llevarían ecos de los bosques de Cister a los oídos del Pontífice. Esperó y rezó. Luego, como regalo de Navidad recibió una Bula fechada "este veintitrés de diciembre de 1119, primero de Nuestro Pontificado". Aprobaba incondicionalmente a las tres obras que componían el volumen y más aún. Otorgaba el reconocimiento Papal y la sanción eclesiástica a la mayor de las obras, a la Orden de Cister. El Niño Dios, por intermedio de su representante visible en la tierra, hacía a Esteban el único regalo que había ambicionado; y en retribución, Esteban ofrecía al Niño el oro, la mirra y el incienso que era la Orden de Cister. Fue tal vez la Navidad más feliz que pasó Esteban Harding.

Marzo, que llegó como un león, no había cambiado su melena por la blanca lana del cordero, cuando el Abad comenzó a reírse del mundo y de sí mismo. El mundo estaba intrigado y hasta cierto modo, azorado. No sólo Borgoña, mas toda Francia parecía encaminarse a Cister o alguna de sus casas-hijas. Esteban se reía del asombro del mundo. Podría haberle dado la clave diciendo que un viejo soldado había planeado una rueda, cuyo cubo era Cister; y que había insistido en que cada uno de los rayos de esa rueda debía dirigirse de tal modo que atrajera al mismo tiempo que radiara. ¡El mundo hubiera entonces comprendido; pues Cister se había convertido ahora en abuela! Sus hijas habían crecido y eran madres a su vez. ¡A decir verdad, la táctica de Gauldry habían dado los mejores resultados!

Mas al reírse de sí mismo, Esteban no lo hacía con tanto gusto. Pues llegó a la conclusión de que no había solucionado aún todos los problemas que el Cielo le presentara. Así como Hugo le señaló una diferencia en el plan original, él mismo descubrió una falla en el ahora completo proyecto.

Esteban conocía bastante los repliegues del cerebro humano. Y estaba seguro de que algún día, llegaría un hombre que clasificaría y subclasificaría las diversas líneas, y hasta las frases y palabras de su Carta de Caridad, tal como se había hecho con la Regla de San Benito. Esto había producido gran confusión, y debía planear algo para impedir que este hecho se repitiera. Debía encontrar algún sistema que evitara que las futuras generaciones dijeran: "¡Así no lo interpretó Cister! ¡Este no es el modo de los antiguos tiempos! ¡Eso no es lo que nuestros Padres hacían!"

Se dirigió a su escritorio, e inclinado sobre el mismo, trabajó hasta que pudo decir: —La tarea está terminada.

La idea que concibió como único remedio, como único preventivo, fue el "Libro de Costumbres", en el cual con extrema prolijidad se detallaron todos los usos de Cister. Fue un trabajo muy pesado; pues las costumbres eran muchas. Y exigió mucho tiempo; pues demandó gran precisión. Mas Esteban hizo caso omiso del tiempo, ya que sabía que estaba protegiendo una Orden. Pasaron los años, hasta que un día separándose del escritorio, pudo decir con satisfacción:

— ¡Bien! Ya está hecho. **Scripta manent**. Se necesitará verdadera magia mental para negar o establecer diferencias en estas líneas. Creo que al fin, el problema ha quedado resuelto.

¡Y así fue! Con la última frase de su "Libro de Costumbres", Esteban completó la rebelión comenzada hacía casi un siglo. En el año 1033

Roberto, un niño de quince años, recién llegado de Troves, oyó que un viejo Abad decía: "¿Qué diría Benito a esto?" La frase había servido de chispa para encender la hoguera que iluminaría un día a toda Europa. Pero fue un fuego muy lento en arder. Pues sólo ahora, casi cien años después, pudo Esteban responder a esa pregunta, con ésta contestación: "¡Benito hubiera dicho que es perfecto!"

Año tras año, una corriente firme y siempre en aumento, de caballeros y nobles, de siervos y vasallos, siguió el camino de Cister o de sus casas-hijas. Borgoña dejó de ser la única provincia del país, que tenía monjes blancos". En poco tiempo Francia no fue la única nación orgullosa de sus silenciosos Cistercienses; pues Italia tuvo sus abadías, y Hugo de Mâcon de Pontigny, se convirtió en "Padre Inmediato" de muchas "hijas" de Germania. El continente entero se dio cuenta de la importancia de Cister. Con algo parecido a nostalgia, Esteban vio que sus hijos cruzaban el mar y se instalaban en Inglaterra, su país de origen. Finalmente, en el año 1132, la Orden cruzó los Pirineos y los hidalgos españoles buscaron el modo de obtener el cielo en la forma Cisterciense, siendo caballeros de Dios.

El mundo no solamente estaba asombrado, sino que hasta encolerizado, en cierto modo. Sólo habían pasado veinte cortos años desde que predijera la muerte lenta de la Abadía de las ciénagas. Y ahora ella sobrepasa a Congregaciones que tenían siglos de antigüedad. ¡El Cister que Esteban temió un día que se convirtiera en una casa encantada con un cementerio repleto, volvió súbitamente a la vida, rompió sus ligaduras y se esparció por setenta y cinco lugares distintos!

¡En el año 1132, Esteban volvió a sorprender al mundo, fundando el primer monasterio Cisterciense de monjas! La gente había dicho siempre que el régimen Cisterciense era exagerado para hombres. Esteban les demostró lo que pensaba de esa opinión, dando idéntico régimen a mujeres. Fue en Tart, cerca de Dijon donde abrió la primera casa. ¡Y las mujeres fueron más entusiastas aún que los hombres! Sus casas se multiplicaron más ligero y llegaron hasta lugares más apartados. No es de extrañar pues, que el mundo estuviera sorprendido y azorado.

Damas y caballeros, hijas e hijos de nobles familias, doncellas de servicio y siervos, adoptaban este austero modo de vivir. Europa no podía creer lo que veían sus ojos. Esteban recordó muchas veces la frase de Alberico de que hay realmente un rincón secreto en el alma de todo hombre o mujer que, si se llega a él, hace de ese hombre o de esa mujer, un

héroe. También, había estado acertado al pensar que los hombres y las mujeres aman las cosas audaces, difíciles, diferentes; de que aman el desafío. Y el viejo y valeroso Roberto también había tenido razón: las estrellas realmente aparecen después de la obscuridad. Una y otra vez dio gracias a Dios. Sumergido en la oración, comprendió que quien había tenido más razón, era Cristo: "Cuando sea ensalzado, atraeré todas las cosas hacia Mí". Esa era la única explicación para esa extraordinaria afluencia hacia Cister y los Cistercienses. Cristo llamaba y su voz era irresistible. Cister había encontrado su lugar en el Cuerpo Místico.

A fines de agosto, cuando el verano empezaba a declinar, un monje anciano se encaminó a Cister y preguntó por Esteban Harding. Cuando le preguntaron su nombre, se limitó a sonreír y murmuró: —Digan que es un antiguo compañero de peregrinaje. El comprenderá.

Y Esteban comprendió. Con más energía que la demostrada en meses tanteó su camino hasta la puerta, pues sus ojos habían perdido casi por completo la vista. Al tomar a su amigo por el brazo y conducirlo lentamente hasta una silla, le dijo: —Estamos llegando al final de la jornada. Ven, Pedro y dime cómo está el camino.

—He venido a aprender el camino, —replicó sonriente el monje de Cluny—. Hay algo mágico en Cister y quiero saber qué es. Dímelo, Esteban.

Los dos amigos, sentados frente a frente, se contemplaron en silencio. Esteban fue el primero en sonreír y dijo: —Nos hemos marchitado, Pedro. Somos dos hojas amarillentas, secándonos lentamente bajo el último sol del otoño de la vida.

—Bien lo sé, —replicó Pedro—. Y el hecho me maravilla, puesto que ayer era primavera. ¿Qué ha pasado con nuestro verano?

—El mío se fue mientras yo secaba los pantanos, —rió Esteban—. Y el tuyo mientras cantabas las alabanzas al Señor.

—Durante el tuyo echaste los profundos cimientos de un edificio cuya altura nadie puede todavía calcular. ¿Qué ha sucedido Esteban; y que sucederá?

—No me propongas acertijos Pedro, —dijo el anciano Abad moviendo la cabeza—. Mi gastado cerebro no puede adivinarlos. Han pasado muchos años desde el día en que te dije que la misión de Cister era sacudir al mundo. También te dije, entonces que creía en la obra de

Dios más que en la obra del hombre y convendrás conmigo en que Cister, con la ayuda de Dios, ha sacudido el mundo.

El viejo y arrugado rostro de Pedro se iluminó y sus ojos brillaron. —Ah, la antigua hoguera aún no se ha extinguido. Bien, Esteban. Pero vamos, dime el secreto. ¿Cómo lo haces? Muéstrame el molde en el cual fundes a tus hombres...

Pasaron varias horas embebidos en su conversación. Bernardo, a quien se consideraba, en la época, como la voz de la Cristiandad, fue motivo de muchos comentarios. Había hecho temblar a los reyes, sostenido a los Papas, conmovido naciones y dominaba a toda Europa. Su Abadía de Clairvaux sobrepasaba a Cister en la cantidad de nuevas fundaciones. Un tema como éste tenía que ser grato al corazón del anciano Esteban. Mas había otros temas, que si bien eran apasionantes, no resultaban tan gratos.

Pedro habló del Papado, que era una llaga en el corazón del anciano Abad. En ese momento, la Cristiandad había llegado casi al cisma, a causa de la rivalidad de dos hombres que ambicionaban el Trono de Pedro. Anacleto e Inocencio se daban ambos el título de "Papa". Bernardo estaba con Inocencio y había ganado a su favor a Francia, Alemania, Inglaterra y parte de Italia. Mas Pedro de Leone era testarudo; y la batalla no llegaba a un fin. Esteban penaba por su hijo Bernardo, envuelto en el conflicto, pero se inquietaba más aún por la Iglesia de Cristo.

Pero lo que más interesaba a Pedro era el tema del misterio de Cister. Cuando, por sexta o séptima vez, preguntó. — ¿Cuál es el secreto? Esteban respondió: —Te lo diré si me explicas por qué anda mal el mundo.

—Por la codicia, — contestó Pedro con convicción.

Esteban sacudió la cabeza. —No es suficiente, Pedro. Explicas mucho con eso, pero no todo. Los nobles son codiciosos y eso les impulsa a luchar con la Iglesia, con los otros Estados o con ellos mismos.

—Con ella se explica todo, —dijo Pedro con calor—. No tendríamos casi un cisma si Pedro de Leone y sus adeptos no tuvieran codicia por el poder. No tendríamos esta constante lucha entre los prelados y los príncipes, si reyes o emperadores, y toda su corte, no estuvieran llenos de codicia por la riqueza de las propiedades de la Iglesia. No habría escándalo si los caballeros y las damas no codiciaran el placer. No tendríamos nada de esto si la codicia no existiera en los hombres. Esteban, puedes atribuir la mayor parte de nuestras dificultades a la codicia.

El Abad asintió. —Es verdad, Pedro. Mas cuando una torre se derrumba, no miras sus paredes; sino que estudias sus cimientos. Cuando una flor es mezquina, no examinas las hojas sino las raíces. Y cuando el fruto es malo, no le echas la culpa a las flores o a la corteza; observas la estructura del suelo.

— ¿Qué puede haber más profundo que la codicia? —preguntó Pedro —. Está en la propia médula de los huesos.

—Tal vez. Pero hay algo que produce la médula. Por ejemplo, Pedro, he oído hablar mucho de los señores y barones feudales, de los reyes feudales y los emperadores feudales. Se nos ha dicho que la investidura laica es el resultado de la codicia de esos hombres. Y esa no es la verdadera causa. No. La verdadera causa no es el soberano feudal; ¡es el sistema feudal!

— ¿Cómo? — interrogó Pedro.

—Si los Obispos y Abades no fueran ellos mismos señores temporales, de vastos dominios y mucho vasallos, los reyes temporales no los molestarían. ¿Te imaginas al Duque de Borgoña o al Rey de Francia interesados en el pequeño Cister o en el Abad de Cister? ¡No! ¿Y por qué? Porque somos pobres. Nuestra propiedad es pequeña y carecemos de vasallos. Ni hombres ni riquezas pueden obtenerse de las ciénagas. Y por eso nos dejan en paz.

—Pero, y si sigues creciendo...

Si mantenemos nuestro ideal de Simplicidad, Pobreza y Soledad, nadie nos molestará. Las casas podrán multiplicarse y nuestra Orden llegar a ser poderosa, mas ninguna abadía individual podrá provocar la envidia de un señor temporal. Pero a lo que quiero llegar es que hay siempre en todo más profundidad que la que se aparenta. Pareciera que la investidura laica es el resultado de la soberanía feudal, y no es así; es el resultado del sistema feudal. Lo mismo pasa con el mundo. Parece que sus dificultades son ocasionadas por la codicia, por la lujuria, el egoísmo y el pecado. Mas la raíz de todas estas cosas es la falta de fe.

—Esteban, dicen que estamos en la Edad de la Fe...

—Ya lo sé, y por eso me hace gracia. Echa una mirada a la historia del Papado durante este último siglo, y verás cómo merece la edad este nombre. Si los condes italianos y todo el pueblo de Italia tuvieran fe, ¿crees que ocasionarían tantas revueltas y tantas luchas cada vez que hay una elección papal, como lo ha hecho durante este siglo? Si los

emperadores de Germania tuvieran fe ¿crees que nombrarían anti-Papas y manejarían el Trono de Pedro como si fuera una fruslería? Si nuestros reyes Franceses tuvieran fe, no causarían escándalos con sus matrimonios, como lo han venido haciendo durante años y años. La verdad es, Pedro, ¡que la gente no cree en lo que profesa creer!

Pedro comprendió que Esteban tenía razón. Las dificultades de la época no eran producidas por lo que muchos vituperaban. No era la avaricia, ni la ambición, ni el loco deseo de gloria. Era algo mucho más profundo y Esteban había acertado al decir que era falta de fe. Los pensamientos giraban en la mente de Pedro en asustadora confusión. La última frase del Abad, "La gente no cree en lo que profesa creer", le hizo examinar su propia conciencia. ¿Creía con palpitante, verdadera fe, que estaba al servicio de Dios? Cuando cantaba el Oficio, ¿creía realmente que cantaba como lo hacen los ángeles, directamente ante el rostro de Dios? ¿Y cuando recibía la Santa Comunión?

Antes de que esas preguntas se hicieran demasiado perturbadoras, Esteban interrumpió:

—La gente no cree en el Primer Mandamiento, Pedro; y por eso Cister sacude al mundo. ¡Por eso!

— ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nosotros vivimos la tremenda verdad que la gente considera tan trivialmente. Dios nos hizo para que lo adoremos, Pedro. Ese es el primer deber del hombre. La adoración está en nuestra sangre, en nuestros huesos, en lo más profundo de nuestro ser. Así como se elevan las llamas, así nuestras almas se elevan para adorar—. El Abad continuó con más intensidad—. ¿Para qué me ha creado Dios, Pedro? ¿Para qué te ha creado a ti? ¿Y a esos miles y cientos de miles que viven más allá de nuestros bosques? ¿Para qué? ¡Para adorar! ¡Para adorar a Dios! ¡Oh! Pedro, créeme que el Primer Mandamiento es lo primero. ¡Debemos adorar a Dios! El propósito primordial de la creación es la gloria de Dios, y ¡qué oportunidad tienen para ello los monjes! El mundo todavía no sabe que es lo que le asombra en Cister.

—Es la austeridad, la penitencia, el profundo alejamiento del mundo —, dijo Pedro.

— ¡No! ¡Lo que asombra en Cister es la ardiente sinceridad! Aquí los hombres viven la fe que profesan. Consideran como primordial al Primer Mandamiento. Penitencia, austeridad, alejamiento del mundo. Tienes que mirar más hondo, hombre.

— ¡Mas vuestro trabajo, vuestro ayuno, esa extrema pobreza...!

—Eso es la cáscara —respondió Esteban—. Solamente la cáscara. La pulpa, la parte comestible del fruto, está debajo de todo eso. ¿Querías saber el secreto de Cister? Bien, te lo diré. Los sangrantes Corazones de Aquellos dos que sufrieron tanto por el mundo, constituye nuestro secreto. **¡Los corazones de Jesús y María!** Ese es todo el secreto de Cister, Pedro. Los Cistercienses amamos a Dios.

—Todos conocemos a Jesús y a María. Todos conocemos su amor. Pero... ¿Cómo hacer para convertir a todos, nobles y caballeros, señores y siervos, en amantes de Cristo? Ese es el enigma. Tú conviertes esas verdades en verdad. Eso es magia. ¿Cuál es tu varita de virtudes?

—Ven —dijo Esteban levantándose dificultosamente de su silla—. Ven conmigo y te la mostraré.

Lentamente los dos ancianos, atravesaron los largos corredores. Al llegar a la Iglesia, Esteban señaló el Crucifijo, de tamaño natural. Era una cruz de tosca madera, en la cual estaba pintado un Cristo sangriento, llagado, horriblemente lastimado.

—He ahí —dijo jadeante el anciano Abad—. He ahí mi vara de virtudes. Si el leño de la Cruz no consigue cambiar a los hombres, nada los cambiará. Cristo sufrió todo eso, esos golpes, esa sangre, clavos, espinas y salivazos, todo, ¡todo por mí! ¡Cristo me amó!

Esteban cayó de rodillas y Pedro se arrodilló a su lado. El Abad sollozaba. Por un largo rato los dos permanecieron en oración. Esteban fue el primero en moverse. Tomándose del pie de la Cruz se incorporó, y al mirar hacia la sangrante imagen pintada en forma real sobre la madera, Pedro observó en sus ojos una luz que no había vista nunca antes sobre la tierra. ¡Era el éxtasis!

Silenciosamente el Abad lo llevó hasta la sacristía y tomando el incensario de bronce lo colocó sobre la mesa. Señalándolo, dijo con voz pausada:

—Este es mi molde.

Pedro frunció el entrecejo

— ¿Molde? —repitió—. No... comprendo...

— ¡Piensa, Pedro, piensa! Es el Primer Mandamiento. Nosotros los Cistercienses somos adoradores. Tomamos nuestras vidas como si fuesen aromático incienso y lo arrojamos con dadivosa mano en el brasero del amor. Queremos quemarnos ante los dos Corazones de que te



hablé hace un rato, los dos corazones destrozados. Deseamos que perfumadas nubes de adoración se eleven incesantemente delante del trono de Dios. Por eso nos hemos encerrado entre las paredes de un monasterio. Para eso hemos venido a esta ciénaga. **¡Queremos adorar!** Has querido ver mi molde. Es éste. Trato de moldear en él todas las almas que están bajo mi cuidado; pues estoy convencido que las cosas primordiales son las más importantes—. Luego mirando a Pedro con fijeza, continuó con más lentitud:

—Pedro, estoy convencido de que el monje debe permanecer postrado continuamente ante la majestad de Dios, adorándolo con todo su ser.

Los dos amigos volvieron a la celda del Abad. Una vez que estuvieron sentados, Esteban sonrió y dijo:

—Me has preguntado por el secreto de Cister... —Acabas de revelármelo —dijo Pedro lentamente.

—No —replicó Esteban sacudiendo la cabeza—, no lo he hecho. Porque el secreto de Cister es que no tiene secretos.

—No obstante, yo digo que es un secreto a voces. Está allí para que todo el mundo pueda comprenderlo. Es evidente que hasta en la posición de vuestra Iglesia. Esteban, cierta vez me dijiste una frase inhumana. Hablaste de estar "orientados a Dios". Bien, ése es el secreto de Cister. ¡Hasta nuestra Iglesia mira hacia el este! Vuestro rostro se dirige hacia el sol. Y si me permites hacer un juego de palabras diría que dirigís vuestro rostro hacia el Hijo de Dios. Comprendo ahora por qué los Cistercienses son tan poco conscientes de sí mismos y tan profundamente inconscientes del mundo. Son completamente conscientes de Cristo, totalmente conscientes de Dios; ésa es la razón. Ahora comprendo y acepto tu inhumana frase, y te felicito por la perfección a que has llegado en lo que todo el mundo reconoce: que Cister está realmente orientada hacia "Dios".

Esteban inclinó la cabeza agradecido.

—Gracias —dijo suavemente—. Di el secreto a todos los que encuentres. ¿Quieres, Pedro? Dios desea contemplar rostros levantados hacia su Hijo.

Los dos amigos se despidieron al día siguiente. Fue la última vez que se encontraron sobre la tierra.

## Capítulo VI

### LADO A LADO

Un mes después de la partida de Pedro, los árboles de la Abadía estaban cargados de maduros y hermosos frutos. Los ojos de Esteban no veían bien, pero percibía su dorada madurez en cada ráfaga cálida que llegaba hasta su ventana, desde los huertos y viñedos. La rica fragancia que llegaba en la brisa le hizo recordar lo que dijera a Pedro, de que eran amarillentas hojas en el último otoño de la vida. Luego pensó en Alberico, y comprendió por qué la Lanza de Plata, en aquellos lejanos tiempos, había meditado tanto sobre la hoja escarlata. Esteban sacudió la cabeza. Esa sensibilidad hacia la naturaleza significaba que la noche estaba cerca. Debía prepararse para ella.

El catorce de setiembre del año 1133, setenta y cinco Abades se reunieron en Cister para su Capítulo General anual. Esteban había esperado ansiosamente esta asamblea. Cuando todos ocuparon su lugar en la sala de reuniones, el anciano Abad hizo su entrada. Fue un espectáculo patético, pues sus manos temblaban y debía avanzar a tientas, ya que su vista se había debilitado. Se instaló dificultosamente en su silla y con una oración, el Capítulo se abrió oficialmente.

Cuando todos estuvieron sentados, Esteban se incorporó y mirando la reunión con sus ojos casi ciegos, dijo:

—Padres míos, si me hubiese desembarazado de la carga que representa este puesto que ocupo cuando era aún joven, podíais haberme acusado de pusilanimidad. Pero ahora, como vosotros veis, estoy viejo y afligido por muchas enfermedades. De modo que si os pido que me permitáis renunciar, no debéis acusarme de presuntuoso, sino decir que soy modesto. Tanto como he podido, he puesto mi hombro en la rueda y no he rehuido ninguna obligación. Gracias a Dios he visto que esta tierna planta ha echado profundas raíces. Gracias a Dios el pequeño monasterio que recibí

se ha multiplicado casi hasta centuplicar—. Y extendiendo sus manos con expresión suplicante, agregó:

—Padres míos, no es la voluntad de servir lo que me falta. No, es la fuerza...

Se produjo una larga pausa. Los Abades de todas edades, algunos de casi ochenta años, y otros que aún no habían cumplido los cuarenta, guardaron silencio. Sus ojos se paseaban desde el hombre tan viejo, instalado a la cabecera de la mesa hasta una pequeña tarjeta que marcaba el lugar de cada uno de ellos. Parecía que no se animaban a mirarse, para no ver reflejar en los ojos de los otros la pena que sabían se notaba en los propios. El momento era emocionante. La voz imploraba, y sin embargo, había en ella un tono de pesadumbre. "Padres míos, permitid a un hombre viejo..." recalca la palabra "viejo". "...Permitid a un hombre viejo que descanse al fin..."

¡Esteban Harding... Esteban Harding... implorando reposo! ¡Era esto posible! Pero no. La interrogación desapareció de todos los ojos cuando el anciano continuó. En tono más claro y una voz vibrante en la cual podía notarse verdadera determinación, dijo.

—Permitid a un hombre viejo que descanse, para que pueda ocuparse de sus propias necesidades.

No por cierto, Esteban no pedía reposo: pedía libertad solamente para llevar a cabo un trabajo más intenso.

Con reverencia y sentimiento, los Abades aceptaron de mala gana y muchos ojos se llenaron de lágrimas al depositar el voto. Sabían que el pedido era razonable, dada la edad y las enfermedades que aquejaban al Abad. Pero conocían también su santidad y su amor. A pesar de ello, cedieron y eligieron un sucesor.

Sucedió algo extraño e inesperado, pues Guy, el Abad de Trois Fontaines, fue elegido. Y Guy, el Abad de Trois Fontaines, no era un hombre santo. Esteban lo sabía; era el único en el Capítulo que lo sabía. Guy, no era el hombre adecuado para dirigir la reciente Orden de Cister. Mas ¿qué podía hacer Esteban? Su renuncia acababa de ser aceptada y no le correspondía intervenir. Debió permanecer en silencio, aunque le costó un esfuerzo. Mantuvo su silencio delante de los hombres a fin de ser capaz de hablar más y por más tiempo con Dios.

Todos los días el anciano tanteaba su camino hasta el gran Crucifijo y como Magdalena, se postraba a sus pies. Todos los días delante del

Tabernáculo, imploraba la protección de Cristo para el pequeño Cister. Un mes entero pasó, lleno de preocupaciones y de oraciones. Y luego los otros comprendieron lo que Esteban había sabido: Guy fue depuesto de inmediato. Eligieron en cambio a Rainard, monje de Clairvaux y discípulo de San Bernardo. Esteban se regocijó, pues sabía que su Orden estaba ahora en manos capaces. Se dedicó entonces a su última gran tarea, la de prepararse para la muerte.

El invierno desaparecía lentamente en el avance de la primavera. Los narcisos cubrían la tierra cada vez más blanda y la fresca hierba comenzaba a crecer en el pequeño camposanto de Cister. Los Abades se reunieron nuevamente, mas esta vez no fue en Capítulo General. Venían a rodear el lecho de muerte de su fundador, a recibir su bendición, oír sus últimas palabras, y asistirle si era posible. Esteban moría.

Sin embargo el anciano demoró su partida; parecía que no quería dejar este mundo sin despedirse de su hijo Bernardo. Pero Bernardo no podía acudir, porque estaba lejos, luchando por la causa de Inocencio, el verdadero Vicario de Cristo sobre la tierra. El viejo corazón latía lentamente, pues Esteban guerreaba por última vez.

Los Abades, de rodillas, cambiaban frases llenas de reverencia y de amor.

—"Su vida ha sido larga" —dijo uno—. "Y llena de buenas obras" —replicó otro—. "No llegaré con las manos vacías al encuentro de su Creador".

—"Su vida fue generosa" —musitó un joven Abad.

—"Ciertamente lo fue" —llegó la respuesta—. "Y Dios se lo premiará."

Luego, una voz algo más alta, exclamó.

—"En verdad, le podemos llamar bienaventurado..."

Esteban se agitó un poco, y la luz volvió a sus ojos, a sus viejos ojos. Alzando la cansada cabeza, exclamó con una voz débil pero vibrante:

—Os oigo hablar, Padres míos. ¿Qué estáis diciendo?... La verdad es, que voy hacia Dios temblando... Tan ansioso como si nunca hubiera hecho una buena obra... Hizo una pausa y cerró los ojos. Su respiración era entrecortada. Pero luego con la misma débil y vibrante voz, continuó:

—Si ha habido algo bueno en mis actos... Si algo bueno ha producido mi pobre trabajo... todo se debe a la gracia de Dios.

La ruidosa respiración del moribundo se acentuó. Con dificultad pronunció la última frase:

—Temo... y tiemblo... por no haber respondido totalmente... a esa gracia...; y de no haberla recibido... con la debida... humildad.

Fueron las palabras finales de Esteban Harding. Con esfuerzo pronunció la última y se detuvo en ella. Los Abades arrodillados junto a su lecho comprendieron que había resumido en esa palabra su vida entera, y les había dado la llave de la santidad. Más aún. Comprendieron que les había indicado la virtud que debía predominar en su Orden, ya que con su último suspiro dijo: "... **humildad**".

Era el 28 de marzo de 1134. La primavera acababa de llegar. La vida florecía en los campos y en los bosques y Cister se sentía plácidamente feliz en medio de todo ese esplendor. Se sentía sola, ya que su padre ha desaparecido; pero no estaba triste porque sabía que se había ido a Dios. Ya no verían al venerable Abad recorrer los corredores en busca del Señor: ya no forzaría sus gastados ojos para atravesar los velos; no contemplaría a Dios tras el crepúsculo de la fe; le vería "cara a cara" y el pequeño Cister se regocijaba por esto.

Al día siguiente llevaron el cuerpo hasta el camposanto. Cantaron mientras lo hacían y su canto no fue triste ni sombrío. Era un canto reverente y sagrado, lleno de gozo. ¿Y por qué no? ¿No rendían acaso honores a un guerrero? ¿No ofrecían un homenaje a Dios? Es cierto que rogaban para que todo le fuera perdonado; pero lo que querían significar realmente con su canto era: "¡Qué Dios le dé la Bienvenida!"

Lo enterraron al lado de Alberico y eso fue una medida muy acertada, pues sus vidas y su amor fueron iguales. Y los rebeldes yacen para siempre, lado a lado, para poder levantarse hombro contra hombro, cuando llegue la hora del último gran Capítulo General de toda la raza humana...

## Capítulo VII

### UN BÁCULO TORCIDO

Cuando todo hubo terminado, los Abades, monjes y hermanos legos regresaron al monasterio. Muchos buscaron recuerdos; que algunos llamaron abiertamente "reliquias". La búsqueda resultó casi vana; pues Esteban había vivido en la pobreza, y la pobreza en la vida, significa pobreza en la muerte. Sin embargo, Cister encontró un recuerdo, y lo convirtió en reliquia. No era una cosa importante, pero era un perfecto emblema de su vida. Para aquellos capaces de comprender, narraba todo el secreto de la santidad de Cister. Era el bastón de Esteban, un viejo y torcido báculo.

Cister veneró esa reliquia durante siglos; y durante siglos los hijos Cistercienses aprendieron la historia del Racionalista que completó la rebelión con su constante exigencia de Pobreza... Simplicidad... y Silencio. El báculo les dijo algo más. Les habló de la virtud que debe brillar con más claridad en sus vidas. La virtud mayor que su pobreza, la virtud que Cristo y San Esteban amaron, ¡la virtud de la **humildad!**

Sí, San Esteban Harding; pues Benedicto XIV reconoció su santidad, y en el año 1584 aprobó su culto. Su festividad se celebra el 17 de abril, según el Calendario Romano; pero sus hijos Cistercienses aguardan hasta el 16 de julio para rendirle homenaje. Lo hacen con más pompa y ceremonia que la que emplean en las festividades de sus dos amigos, Roberto y Alberico; ya que fue Esteban el rebelde que completó la rebelión. Él fue el fundador de la Orden, ¡más aún! Recuerdan que es padre en religión del muchacho de Fontaines, del niño que llegó a ser el hombre de Europa, Bernardo, el que decidió ALCANZAR A CRISTO.

El báculo torcido fue el único recuerdo material que Cister conservó de este admirable inglés. Mas Cister conservó siempre su espíritu, el espíritu de ser tan profundamente razonable como para vivir la Pobreza, la Simplicidad y la Soledad en toda su magnificencia; el espíritu de ser tan generoso como para tomar la vida y arrojarla en el brasero del amor, para

que en ella arda, enviando fragantes nubes de adoración hacia Aquel que nos ha creado.

Los TRES MONJES REBELDES enseñaron a Cister el modo de ser caballeros de Dios. ¡Nunca lo ha olvidado!

# DAD A DIOS LO QUE ES DE DIOS

## Epílogo

Y así tenemos la respuesta para la pregunta: "¿Por qué los hombres del siglo veinte se hacen Trapenses?" Podemos decir: "Porque los hombres del siglo doce fueron Cistercienses". Pero de este modo no somos tan racionales como lo fue San Esteban, tan radicales como San Alberico, ni tan rebeldes como San Roberto. Pues no damos una respuesta total, ya que pueden lógicamente preguntarnos: "¿Por qué los hombres del siglo doce fueron Cistercienses?" En parte podríamos responder: "Porque Benito se hizo monje en el siglo sexto." Pero la respuesta real y completa es: "¡Porque en el siglo primero Dios se hizo Hombre!"

Esa es la respuesta final. Hay Trapenses en el año 1943, no precisamente porque un muchacho de Troyes en el año 1033 decidió que había una "más alta hidalguía", sino porque hubo un Hombre en el año 33 que dijo: "Hágase Tu Voluntad y no la Mía." Cristo es la única respuesta. Debe haber hombres que se entreguen a Dios porque hay un Dios que se entregó a los hombres. Debe haber claustros porque hay un Creador. Debe haber adoradores porque hay un Hacedor que tiene que ser adorado. ¡Debe haber monasterios Trapenses porque tiene que haber lugares de cita donde los amantes se encuentren! Es menester dar a Dios lo que es de Dios.

Sí, los Trapenses son "desencantados del amor", tan desencantados del amor de la cosas finitas, que se han enamorado del Infinito. Hay un Getsemaní en Kentucky porque hay un Getsemaní en Palestina; hay Cistercienses porque hay un Cristo; hay un ardiente brasero donde arden las vidas hasta consumirse, ¡pues es menester dar a Dios lo que es de Dios!

Ahora bien, si esto suena a orgullo rogad porque todos los Trapenses saquemos provecho de ese orgullo. Pues si lo hacemos será por el bien de todos nosotros, por el bien del mundo y para la gloria de Dios.



¡Demos a Dios lo que es de Dios en la forma en que lo hicieron los Tres Monjes Rebeldes, dando amor por amor, vida por vida, y todo por todo!

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA, DE LA LEYENDA DE CISTER